

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

100

G. LEROUX

EL CASTILLO
NEGRO

PQ2623

.E6

C58

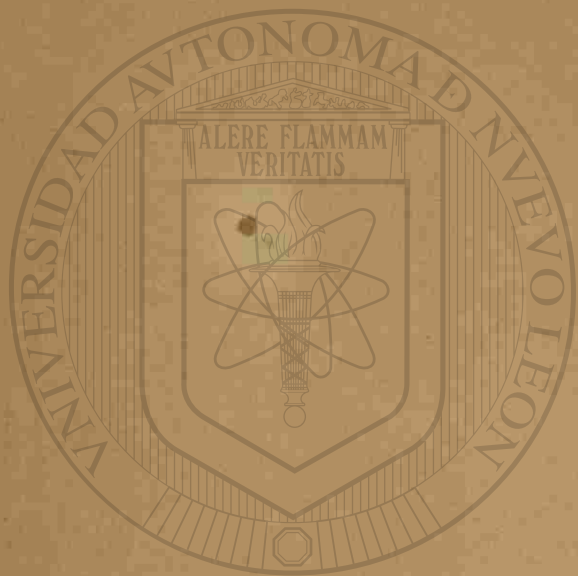
85775



1020027016

GASTÓN LEROUX

EL CASTILLO NEGRO



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las aventuras extraordinarias del repórter
JOSE ROULETABILLE

GASTÓN LEROUX

EL CASTILLO NEGRO

PRIMERA PARTE
EL CORAZON DE IVANA

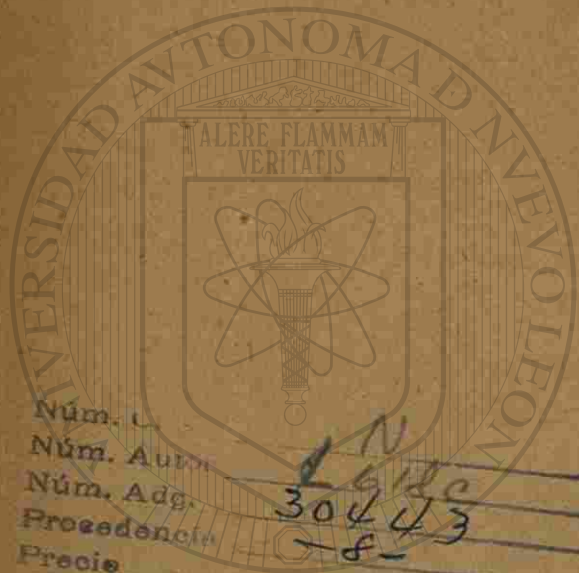
TRADUCCIÓN DE
FRANCISCO ALMELA Y VIVES



M. AGUILAR
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

85775

30413



Núm. L.
Núm. Autor
Núm. Adg. 30443
Procedencia
Precio
Fecha
Clasific.
Catalogó

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

843,
21
PA 2623
E6



55 PROPIEDAD

PRIMERA PARTE
EL CORAZÓN DE IVANA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp de J. Pueyo, Luna, 29.
Teléfono 14-30 — MADRID.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

¡AMOR!... ¡AMOR!...

MIRE... ¡Aún se ve la cicatriz!... Rouletabille se inclinó sobre el desnudo cuello que se doblaba con gracia, y al borde del casto descote, junto al hombro ambarino de Ivana, distinguió la muy precisa línea blanca que había dejado la puñalada. El joven, confuso y ruborizado, hizo un gesto con la cabeza. Había visto bastante.

Y con emoción murmuró:

—¡Qué salvajes!

—¡Chss! En Bulgaria—observó ella con sonrisa que descubría sus dientes de lobezna—todos somos aún algo salvajes; pero nos hace poca gracia que nos lo digan.

—¡Si; saben ustedes disimular!—replicó el repórter señalando con un gesto rápido a las muy correctas personas que evolucionaban por el salón del general Vilitchkov, sentábase a una mesa de *bridge* o hablaban en los rincones.

La mayoría de los hombres llevaban guerrera blanca, cortada de través por la bandolera que sostenía la espada, y pantalón obscuro; otros oficiales iban metidos en

Rouletabille, enardecido por la clara risa de la joven, provocóla diciendo:

—¿Se atreverá a decir que no la quiero?

Se desafiaban con sonrisas, pero estaban tan juntos que hubiera podido creerse que iban a besarse. Entonces Ivana separóse de pronto, porque había percibido el cálido aliento del joven. Y Rouletabille se pasó la mano por la frente, procurando recobrar un poco de sangre fría. Luego fué a reunirse con la muchacha, que detrás de un balcón, con la cortina levantada, contemplaba la ciudad bajo la noche. Y le habló en voz baja, con ansia y con cierto apasionado atrevimiento. Ella le oía atentamente, inmóvil, muda, sin volver la cabeza.

—¿Quiere pruebas de que usted también me ama?... ¿Acaso no lo es la alegría que hemos experimentado al encontrarnos?... ¿Y el paseo de ayer a caballo, por fuera de las murallas?... ¿Recuerda aquel momento, cerca del puente de piedra, en que la sostuve cuando su caballo se encabritó?... La tuve en mis brazos... Pero ¡sólo fué un instante! ¿Se acuerda de nuestra turbación y de nuestro silencio? ¿No es amor todo eso? Hace unos instantes, cuando nuestros alientos se han mezclado...

—¡Calle! Jamás he de ser su esposa.

—¿Por qué? Déme una razón... Me parece que no ha dicho eso muy convenida. Pero ¿tiene algún compromiso? ¿Hay alguien que pueda llamarse novio suyo?

Ivana negó con su bella cabeza y explicó, no sin cierto esfuerzo:

—Nadie puede llamármelo, amigo mío... No quiero casarme... Y—añadió con grave y enigmática sonrisa—voy a decirle por qué... Cierta día paseaba yo con mi padre por el Balkán... Como es natural, era muy pequeña, ya que mi padre fué asesinado cuando yo tenía seis años...

Y aquello ocurrió varios meses antes de su muerte... El caso es que se nos acercó una vieja gitana, me leyó las rayas de la mano y me dijo: «¡Ten cuidado, pequeña, con tu boda!» ¿Qué tal? Como usted comprenderá, no voy a tener ningún interés en casarme.

—¡Oh!—exclamó él—. Si sólo es eso...

Pero al mirar el rostro de Ivana quedó estupefacto. El rostro de la joven se había convertido en mármol. Y Rouletabille desconocía aquellos ojos duros, aquella mirada tenebrosa y hasta a aquella mujer que estaba ante él.

—¿Qué le pasa, Ivana?

—Me pasa «que nadie debe pensar en casarse conmigo». Hace un ratillo le enseñé la cicatriz de una herida de *kandjar* que sufrí a los seis años, ¿no?... Precisamente para evitar una segunda herida me ha hecho viajar tanto mi tío; por eso he ido a estudiar medicina a París. ¡Ya conoce la causa de mi destierro!... No es una razón heroica, pero sí bastante romántica... ¡Confíeselo!

—Pero—exclamó el repórter—¿es posible que no hayan sido olvidadas las viejas historias de los compañeros de Panitza y de los asesinos de Veltchef?... ¡Caramba! Ya han sido bastante vengadas sus sombras sangrientas a costa de Stamboulov y de los suyos, de los de ustedes...

—Parece ser que no—dijo Ivana volviéndose hacia el joven y escrutando la emoción sincera y profunda de éste—. Aquí los odios son eternos; nunca hay que fiarse de ningún perdón.

—¡Oh!—exclamó Rouletabille—. Entonces ¿de quién y de qué puede fiarse uno en su país, Ivana? Y, sobre todo, ¿por qué ha vuelto usted?

—Porque tal vez haya guerra—musitó ella entre sus labios pálidos, de los que parecía haberse retirado toda

la sangre—. ¿Comprende usted?... Mi vida no vale nada. Y además, ¿qué es la vida?

Ivana agarró con su fría mano la mano ardiente del repórter, y, refiriéndose a los invitados de su tío, dijo:

—Y en último término, ¿qué es una cuchillada?... Quizá no hay ni uno de esos graves varones, sobre todo los viejos, que no pueda mostrar bajo la ropa varias cicatrices como la que ha parecido emocionarle antes... Mire... Ese caballero de corbata blanca y lentes, que baña el labio rasurado en la taza de té y que parece un probo funcionario retirado...

—Es muy inteligente — interrumpió Rouletabille—. Hace poco le oí hablar de los hombres de ahora. Los deshacía como un relojero la máquina de un reloj.

—Sí; ve el fondo de las cosas como a través del agua límpida... Es Stancho, campesino en tiempos pasados y vicepresidente de nuestra Sobranié. Fué uno de los cinco que acompañaron a Zacarias Stoianov en su última aventura a Troian, antes de la guerra de la Liberación. Estuvo quince días errando por un bosque, sin más alimento que acedera silvestre y caracoles. Al día siguiente fué presa de una partida de *bachi-buzuks*. Los turcos descubrieron que era un «comité». ¡Buena le esperaba! Y los *zeptiés*, antes de ahorcarlo, le pusieron una corona de flores y le decían: «¡Cuánto gustarás a las hermosas hijas de Troian!» Y le ahorcaron...

—¡Imposible!

—Posible... Al colgarlo dispararon sobre él. Y eso le salvó, porque una bala cortó la cuerda. Como tenía otras cinco balas en el cuerpo, le dieron por muerto.

—Entonces vuelve del otro mundo, ¿eh? — observó Rouletabille asombrado.

—En mi tierra — dijo Ivana con cierto orgullo — todos

volvemos del otro mundo. Fijese en esos cuatro que están jugando al *bridge* en esa mesa. Todos se han asesinado entre sí más o menos. El que sólo tiene cuatro dedos en la mano derecha, perdió el quinto cuando asesinaron a Stamboulov. Los dos que están enfrente de él son primos de Karavélov, a quienes Stamboulov apresó, hizo desnudar y mandó que les azotaran hasta el desvanecimiento. Seguramente formaban parte del complot en que pereció Stamboulov y en que sucumbieron asesinados mi padre y mi madre.

—¿Y los recibe usted en su casa?

—¡Oh!... No han intervenido directamente en el atentado...

—¡Bello país! — bromeó el repórter.

—Al fin y al cabo, vamos a tener guerra — dijo Ivana con voz sorda—. ¡Y nuestro deber es olvidar todas nuestras rencillas y nuestros rencores domésticos!

—Bien — repuso Rouletabille—. Por eso mismo no la comprendo cuando usted me dice, a pesar de la guerra inminente, que está constantemente en peligro de ser la víctima de esos odios...

—Es que en mi caso hay mezclado un *pomak* — explicó la joven dulcemente, con triste sonrisa.

—¿Qué es un *pomak*?

—Un búlgaro que se haya hecho musulmán. Le aseguro que no tenemos más terrible enemigo.

—¡Sí que debe ser una cosa delicada! — dijo Rouletabille moviendo la cabeza—. ¿Y cómo se llama ese *pomak*? ¿Puedo saberlo?...

—¡Se llama *Gaulowl*!...

El repórter había conservado la mano de Ivana en la suya. Y notó que la mano se estremecía mientras la joven pronunciaba en voz muy baja aquel nombre.

he tenido una pesadilla esta noche; que cuide mucho de su preciosa salud y de la de su tío y que no salga de casa hasta mi llegada, que es cuestión de unas horas.»

—Me parece inquietante ese telegrama—dijo Rouletabille.

—¡Bah!... Atanasio Khetew siempre lo ve todo muy negro—replicó Ivana.

El repórter le preguntó en voz baja:

—¿Dónde vive ese *pomak*?

—Sólo se sabe vagamente... Entre el Estrandja y el Mar Negro... Desaparece durante años enteros... Señalan a veces su presencia en Andrinópolis... De vez en cuando, resurge en Bulgaria... Seguramente viene a ver si estoy allá... Y después no se oye hablar de él...

Y cuando Rouletabille, en señal de afecto y protección, apretó la mano que le abandonara Ivana, ésta tiró de él...

—Venga, venga—le dijo—. Conviene que sepa usted cómo murieron mis padres...

Levantó una cortina y dejaron el salón, al que Rouletabille dirigió una postrer mirada. A todos aquellos personajes tan correctos y tan tranquilos que hacían alrededor de las mesas todos los gestos de la civilización, los veía ahora desnudos, ensangrentados, desgarrados por el hierro enrojecido de las pasadas guerras y de las luchas civiles, asesinandose atrozmente en nombre de la patria por la cual estaban dispuestos a morir juntos y a traicionar juntos... ¡Civilización y Edad Media!... ¡Qué mezcolanza tan extraña, engañosa, cruel, atractiva y repelente de la extremada, hipócrita y burguesa cortesía del Occidente con los bárbaros instintos del Oriente!

Ivana le hizo atravesar una habitación oscura, cuya única lámpara parecía puesta allí con el solo objeto de alumbrar un retrato de Stamboulov joven. Ivana [se] lo

CAPÍTULO II

¡SANGRE!... ¡SANGRE!...

EN aquel momento entró en el salón un nuevo personaje que se dirigió en seguida hacia Ivana. Apenas la había saludado, cuando le tendió una hoja de telegrama...

—¿Qué hay, Vastchenko?

—Haga el favor, Ivana Ivanovna, de leer este telegrama de Andrinópolis que acaba de mandar Atanasio Khetew.

—¿Atanasio Khetew?—dijo Rouletabille—. ¡Le conozco! Vino a París...

—Sí—corroboró Ivana—. Es aquel a quien usted llamaba *el huno*...

—Lea, lea—insistió Vastchenko.

Ivana, luego de leer, sonrió para decir:

—¡Vaya con Atanasio! Siempre está pasando apuros por culpa mía...

—¿Qué le ocurre?—se creyó con derecho a preguntar Rouletabille.

Ivana entonces tradujo el telegrama:

«Vaya a ver a Ivana y dígame que estoy triste porque

señaló. Y el repórter leyó, bajo el retrato, estas líneas firmadas por Zacarias Stoianov: «Le llamaban el estudiante, pero su palabra ardiente, su resolución inquebrantable, sus canciones patrióticas, hacían sentir a los más aletargados. La fatiga, el hambre, la esclavitud, la muerte, no eran nada para él.»

— ¡Sobre todo la muerte de los demás! — observó Rouletabille.

Ivana, sin inmutarse, dijo:

— Sí que mató a mucha gente. Casi no hay familia que no tenga que reprocharte una víctima de su patriotismo. Bien hacía las cosas, ¡bien! Los calabozos estaban repletos; y hubo buenos racimos de horca después de la conspiración de Routschouk y la traición de Paultza... Era preciso, sí, preciso... Mi padre fué el brazo derecho de Stamboulov... ¡También él salvó a la patria!... Y ambos perecieron en la demanda... ¡Vengal...

Le llevaba por una de las últimas casonas que en Sofía habían conservado su carácter a medias eslavo y bizantino. Era un enorme edificio construido con poca piedra y mucha madera; de habitaciones vastas y oscuras, atravesadas en lo alto por tremendas vigas, y a las cuales daban pasillos insospechados, cuartos disimulados y alcobas que eran verdaderas sorpresas... Y por dondequiera había muebles ridículos; pesados tapices hacían flotar sobre las paredes las hieráticas figuras de los santos ortodoxos, tales como los fijaron los monjes del monte Athos; iconos y alhajas alrededor de ciertos retratos; arcaes con incrustaciones de marfil, de oro y de piedras preciosas... y suelos cansados que gemían al paso. Aquella curiosa y antigua mansión es considerada ahora en Sofía como un fenómeno, sobre todo por estar en la calle de Moskouska y en un barrio donde todo es

nuevo, a excepción de la antigua iglesita de Santa Sofía.

¡Qué casa tan vieja!... ¡Cuántos dramas ha visto!... Llora y gime como una viejecita de miembros descarnados a la que empujen un poco. Por eso, cuando abrieron una puerta, dió ésta un quejido tan lúgubre, que Rouletabille se detuvo en seco, deteniendo también, por la ropa, a Ivana. Pero ella, dirigiendo al repórter aquella mirada profunda que le hubiera hecho ir hasta el infierno, dijo:

— Venga, venga...

Y entraron en una habitación que parecía una capilla. La piedad del general había reunido allí todos los recuerdos materiales que le quedaban de su hermano y de la mujer de su hermano, la madre de Ivana. ¡Qué recuerdos! La mirada, en aquella oscuridad agujereada por los guiños de las lamparillas de aceite, topaba ante todo con dos manos cortadas, espantosamente mutiladas, que habían sido preparadas para la conservación tal como el asesinato las había dejado y que mostraban sus heridas en una vitrina, de la misma manera que a veces, tras la luna de las joyerías, una mano de cera enseña sus sortijas o sus pulseras. ¡Aquí eran sortijas y pulseras cuya púrpura se había puesto horriblemente oscura!

— Son las manos de mi padre...

Pero, al oír un ruido detrás de ellos, se volvieron. En la sombra, sobre un sofá, se movía un bulto que se levantó en seguida pronunciando palabras que el joven no comprendió. Y avanzó un hombre, vestido como los tziganos, a quienes Rouletabille había visitado la víspera, acompañado de Ivana, en un pueblecito de junto al cementerio. Llevaba grandes botas, unos pantalones muy gruesos, una holgada casaca bastante sucia y un gorro de piel de gato de tres colores.

— Es — dijo ella — nuestro pastor, Velio, fiel como un pe-

rró. No sé por qué, mi tío lo ha puesto aquí con orden de no dejar entrar a nadie. Velio quiere que nos marchemos. Se lo va a decir a mi tío...

Ivana se dirigió a un cofre, pintado con ingenuas imágenes y claveteado de cobre por completo, que estaba colocado sobre un taburete bizantino, al lado de los restos manuales del ilustre muerto...

Con una llavecita lo abrió...

—Aquí—dijo—están los recuerdos de mi madre...

Y sacó, sin emoción aparente, pero luego de haberlas besado repetidas veces, varias reliquias... Telas de vieja seda... Un par de guantes, de largos guantes blancos mancillados de atroces manchas oscuras.

—Mire estos guantes... ¡Pobre mamá!... ¡Pobre mamá!... Y la ropa que llevaba aquella noche... Se había vestido magníficamente porque tenía que celebrarse en casa una recepción de gala... ¡En qué estado se encontraba la ropa!... ¡Bandidos!... Cuando estuvo muerta la arrastraron, tirando de la ropa, hasta el balcón... ¡Querían arrojar su cadáver al populacho!... ¡Ya puede figurarse los gritos que daríamos mi hermanita y yo!...

—¿Cómo, Ivana? ¿Estaba usted allí?

—Aquí—respondió la joven señalando un rincón de la vasta estancia—. Mi hermanita y yo nos habíamos refugiado detrás de ese butacón...

—Nunca me había dicho usted que tuviese una hermana.

—¡Pues ya lo sabes!... Pero murió... Fué en Constantinopla. Y la echaron al Bósforo.

—¿Al Bósforo?

—Sí. En un saco de cuero, según parece... Pero realmente no tenemos seguridad de ello... Nos lo han dicho... ¡Pobre Irenel!... ¿Por qué me mira usted de esa manera?...

Recuerde la visita de Atanasio Khetew que recibió el año pasado en el hospital de la Pitié...

—¡Oh! Recuerdo perfectamente la visita del huno...

—Entonces me puse de luto... Entonces me enteré de la muerte de mi hermana...

—Pero ¿aún son arrojadas al Bósforo mujeres dentro de un saco de cuero?

—Le advierto que de ello hace ocho años, aunque no nos enteráramos hasta el año pasado... Y es que los que caen allí no mandan esquelas de defunción...

No bromeaba al pronunciar aquella extraordinaria e inesperada frase. Ahora estaba detrás del sillón que, cuando ella tenía seis años, la había ocultado un instante a las miradas de los asesinos.

—¡Qué escena, amigo mío, qué escena! Habíamos venido con nuestra vieja *gnia-gnia* rusa para admirar la toaleta de mamá. También la vieja *gnia-gnia* fué asesinada. ¡Y qué rápido fué todo! Stamboulov, valiente como un jabato, no tomaba ninguna precaución. El 15 de julio de 1895, salió hacia las ocho del Union Club con Petkol y mi padre, y subía en su coche para volver a casa cuando los asesinos se abalanzaron sobre Stamboulov y mi padre y los derribaron a puñaladas y tiros, sin que los gendarmes interviniesen. ¡Oh! ¡Fué un golpe bien preparado! A los infortunados los hicieron a trozos. Mi padre, solamente en la cabeza, tenía quince heridas. Sus brazos estaban horriblemente destrozados, las manos no se sostenían más que por un poco de carne. Y mientras ocurría la tragedia, mi hermanita y yo felicitábamos a mi madre por lo guapa que estaba y lo bien vestida que iba. De pronto, en la habitación de al lado se dejó oír un vozarrón; luego, pasos precipitados, muebles que se tambalean... La puerta se abrió. Y mi madre lanzó un grito

desgarrador: «¡Gaulow!» Sí, era Gaulow con un sable desenvainado en la mano. ¿De dónde salía? ¿Del infierno? Porque lo más raro era que se le creía muerto. Mi mismo padre había enseñado a mi madre, que temía mucho a Gaulow, un informe de la policía en ese sentido. Era hijo natural y adorado de un compañero de Panitza. La noche en que ejecutaron a su padre y a Panitza, juró públicamente destruirnos a todos. Al oír ruido, pues, las pequeñas, asustadas, corrimos detrás del bufacón. Mi madre, para protegernos, se arrodilló delante de nosotras, suplicando, con las manos juntas, a Gaulow. Pero Gaulow le atravesó el cuerpo con su sable. Y comoquiera que ella, con sus manos enguantadas, se había agarrado a Gaulow, Stefo el Dálmata, segundón de Gaulow, se las cortó a puñaladas. Para cometer el asesinato habían venido cuatro. Los otros dos, luego de haber muerto a la *gnia-gnia*, se dirigían hacia nosotras, atraídos por nuestros gritos. Pero Gaulow, encarnizado con mi madre, nos reclamó como presa suya: «¡Dejad las niñas para mí!» Y arrancó un *kandjar* de la mano de uno de sus secuaces para herirme...

Ivana, mientras hablaba, había vuelto al cofre, de donde sacó todavía alhajas antiguas de gran valor, admirables collares de perlas, una cruz griega de diamantes y rubíes, pulseras de una labor maravillosa. Aquellas joyas ensangrentadas constituían una fortuna...

—Las alhajas de mi madre...

Ivana las volvió a dejar y quedó contemplándolas, con las manos coquetamente apoyadas en las caderas. Pero volvió el pastor Vefio, con sus largos cabellos blancos bajo el *kalpack* y los bigotes colgantes. Ivana se volvió hacia él. Y Rouletabille se emocionó al ver que la joven tenía los ojos anegados de lágrimas. Precisamente cuan-

do la creía de mármol, lloraba. En su país, por lo visto, era así: tan pronto tenía la dureza de la piedra como se fundía por influencia de los más tiernos sentimientos o poníase tiesa y feroz como un gallito de pelea.

En París siempre era serena y clara. El cambio, por lo visto, se debía a la vieja morada de sangrientos muros. Era natural. El caso es que Ivana pareció tener una disputa con el pastor y luego hizo a Rouletabille señal de que habían de salir de la habitación. Volvieron, pues, a los salones de suelo encerado y gimiente. Y continuó Ivana su narración.

—Yo—dijo—iba a morir; pero el horror, el terror, me dieron una agilidad inaudita, gracias a la cual conseguí escabullirme de las manos asesinas y llegar al grupo de amigos de mi padre que traían su cadáver. Cuando entraron en la habitación no encontraron más que los cuerpos descuartizados de mi madre y de la *gnia-gnia*. Mi hermanita había desaparecido. Gaulow, a última hora, en vez de matarla, cambió de idea y se la llevó. Irene era muy bonita. Más tarde nos enteramos de que la había vendido por buen precio a un traficante de esclavos de Trebisonda.

Rouletabille exclamó:

—¡Qué espantoso es todo eso! ¡Cuánto crimen!... Y ¿por qué? ¿Para qué?...

—¿Por qué? ¿Para qué?—repuso la joven con tranquilidad—. Me hace usted mucha gracia. *Es la política, querido amigo.*

—No tengo triunfo—dijo uno de los que jugaban al *bridge*, en el momento en que los dos jóvenes volvían al salón.

Rouletabille, al mirar a aquel jugador, que era un coronel servio, lo reconoció.

—¿No es Stoian Mikajlovich?—bisbiseó—. ¡El que asesinó a la reina!...

—El mismo. Se ha dicho, en efecto, que asesinó a la reina Draga...

—Buenas noches, Ivana—dijo el coronel, mientras se arreglaba los naipes—. Hoy está usted tan bella como una joven leona.

—¡Tiene razón!—aprobó Rouletabille—. Su gentileza, Ivana, tiene esta noche un nosequé de crueldad. ¿Le es simpático ese hombre?

—¡Mucho!

—Yo no puedo mirarle sin estremecerme. Al pasar por Belgrado he visto el lugar en que él y su horda asesinaron al pobrecito rey y a la infortunada reina Draga...

Ivana le miró extrañamente para decir:

—Era un *pobrecito rey* que había vendido su país a Austria. ¿Iban a darle las gracias, acaso?... ¡No han hecho más que cumplir con su deber!... ¿Cree usted que si nuestro rey no cumpliera con el suyo...?

—Dicen que está a partir un piñón con Alemania—murmuró Rouletabille—. Y Guillermo es amigo de los turcos. Conque ¡ajo!...

La joven se encogió de hombros y se alejó bruscamente, con hostilidad. Paseó con cierta excitación entre los grupos y luego desapareció sin tan siquiera despedirse de Rouletabille.

Este salió, bajó y llegó a la calle con la cabeza ardiendo y el corazón revuelto contra Ivana Ivanovna porque aprobaba el asesinato de Alejandro y de Draga. Decididamente ¡Rouletabille era un sentimental y un mal político!...

Lo que tenía que hacer era desconfiar de aquellos amores eslavos, desengañar a su corazón... Cuando estu-

vo en Rusia conoció muchachas de esas que parecen dulces y tiernas como corderitas, pero que lo sacrifican todo a una idea, que tienen heroico corazón de piedra contra el que se estrella la frente de los enamorados. Ivana, con su serenidad y buen sentido en París, le había equivocado. Y él pensó en un matrimonio tranquilo con aquella doctora que le brindaría descanso para sus aventuras. ¡Oh!... Lo peor era que la amaba, ¡la amaba! Rouletabille estaba enamorado por primera vez. ¡Cuánto quería a su Ivana Ivanovna! A pesar de que ahora la detestaba, quizá nunca la había querido tanto.

cias a un descote cuyo perfume aún le tenía embriagado. Rouletabille ni tan siquiera escuchaba los informes de La Candeur, su lugarteniente, por decirlo así, una especie de gigante que se trajo de París para las misiones de cuidado. Y, sin embargo, lo que decía La Candeur no dejaba de ser interesante.

—¡Ya se conoce el plan de los búlgaros, Rouletabille! Mueve los alfileres, muévelos. El primer ejército y el segundo van a descender por el curso del Maritza para atacar a Andrinópolis. El tercero sesgará hacia el Oeste de los dos primeros, bajará en seguida de Norte a Sur, se apoderará de la vía férrea y después tomará la ofensiva en el Este. El primer golpe será la toma de Andrinópolis. El generalísimo Savoff dice a quien quiere oírle que va a sacrificar cincuenta mil hombres para tomar Andrinópolis «a la japonesa».

—¿Eso dice?—acabó por exclamar Rouletabille.

Y añadió:

—¡Calla, badulaque! Si lo dice, es porque no lo va a hacer. Si fuera a hacerlo ¡no lo diría!... ¿Dices que ya se conoce el plan de los búlgaros?—rezongó el repórter con indiferencia—. ¡Bah! Eso significa que no es ése.

Y se detuvo ante un inmenso mapa de los Balkanes.

La Candeur, ofendido, replicó:

—Te advierto que no soy más badulaque que tú. Prueba que es verdad el hecho de que todos los oficiales hayan recibido órdenes en ese sentido...

—¿Quieres que te demuestre que no es verdad?—interrumpió Rouletabille—. ¡Escribel!

Y le dictó un despacho exponiendo el famoso plan de los búlgaros. Luego llamó a su criado, un francés, Modesto de nombre, ex camarero y muy buena persona, a quien ordenó que lo llevara a la censura.

CAPITULO III

NOCHE DE ORIENTE

DELANTE del café de Sofía—que estaba cerrando porque iban a dar las diez y se había declarado el estado de sitio—, Marko el Valaco, corresponsal de la *Nouvelle Presse de Paris*, quiso detener a Rouletabille para preguntarle noticias; pero éste tenía prisa por volver a su casa, expedir el último despacho y acostarse en seguida para meditar acerca de las terribles historias de Ivana. ¡Pobre chical! ¡Pobre chical! Ahora, como si volviera a ver la cicatriz, le tenía lástima. ¡Amor!... ¡Amor!... En su casa, en un piso agregado al hotel del Danubio, en el salón transformado en unas verdaderas oficinas de Estado Mayor con mapas desplegados en las paredes y en las mesas y punzados por alfileres con cabeza de color, que representaban: unos el primer ejército, otros el segundo, otros el tercero y—todas las negras que estaban alrededor de Andrinópolis—el ejército turco; en aquel salón, repetimos, paseaba Rouletabille con las manos atrás, como Napoleón antes de una campaña.

Pero, en realidad, no pensaba más que en el amor y en cierta cicatriz de un hombro ambarino entrevista gra-

—Pero ¿qué haces?—objetó La Candeur—. La censura termina a las diez.

—¡Bueno!... Mira, Modesto... Corre a casa del señor Franghia, que es un buen amigo mío, y vuelve aquí con el telegrama y el sello oficial, que es azul, ¿sabes?

—¡Franghia no aprobará eso!—dijo La Candeur.

—¡Ya lo veremos!

Y Rouletabille, pensativo, quedó otra vez delante del mapa.

—Te estás empeñando en buscar tres pies al gato—institió La Candeur—. ¡Los búlgaros han renunciado a ocultar su plan porque no pueden tener otro! ¡No pueden pasar más que por el valle del Maritzal!

—Precisamente por eso—replicó Rouletabille—busco un sitio por donde no puedan pasar.

—¿Por qué?

—Porque por ahí pasarán.

—¿Te lo han dicho?—bromeó el bueno de La Candeur.

—¡No! Pero justamente porque no me lo han dicho, y porque nadie puede ni pensar en ello, se me ha ocurrido a mí...

—Tienes mucha intención... Pero ¡por mucho que mirés!... Ni una buena carretera, ni una vía férrea... Al Este del Maritza no se puede hacer nada... ¿Las montañas de Viza y del Istrandja? ¡Son infranqueables!

Rouletabille, que había vuelto a su actitud napoleónica, contestó:

—Eso mismo dirían a Bonaparte la víspera del día en que atravesó el San Bernardo.

En aquel momento se abrió la puerta a impulsos de un joven extraordinariamente bello, pero que tenía trazas bastante remilgadas. Rouletabille había escogido a este

joven eslavo de Kiew como intérprete, en primer lugar, porque hablaba admirablemente varias lenguas, entre ellas los dialectos de los Balkanes y del Istrandja, y, además, porque era desenvuelto y no tenía escrúpulos. Le dejaría hacer lo que un repórter que se estime no puede hacer por sí mismo. ¡La guerra es la guerra! Por cierto que Vladimir aseguraba tener ocasiones especiales gracias a su buena amistad con una mujer del más gran mundo (como él decía), una princesa de cierta edad, pero muy rica y siempre vestida con suntuosas pieles, a la que el joven paseaba con un orgullo de pavo real por los cafés de segundo orden...

—¿Qué pasa, Vladimir Petrovitch? ¡Parece usted muy enfurecido!

Vladimir Petrovitch dejó el bastón y el sombrero, se quitó los guantes (¡qué elegancia la de Vladimir!) y dijo:

— ¡Estoy furioso porque he vuelto a encontrarme con ese granuja de Marko el Valaco, ese corresponsal de la *Nouvelle Presse de Paris*! Me sigue por todas partes para saber lo que voy a hacer, lo que voy a telegrafiar. ¡No se fie de Marko el Valaco! Es un hombre sin escrúpulos y capaz de todo.

—¡Déjame estar de valacos!... ¿Qué te dije yo que hicieras?

—He intentado telegrafiar, como usted me indicó, a Jambol, a Straldja, a Kizil-Agatch. Pero ¡en vano! Todas las comunicaciones postales y telegráficas con el Este de Bulgaria están interrumpidas por orden del Gobierno.

Rouletabille dió una palmada y dejó oír un triunfante «¿Qué tal?» Luego, parado ante el mapa, dijo a La Candeur:

—¡Escribel... «Diario *Epoque*, París.—El plan adoptado por el Estado Mayor búlgaro no ha dejado de asombrar

a los que pensaban que no habría detención ante el obstáculo de Andrinópolis. Pero no hay más remedio que rendirse a la evidencia de las órdenes dadas ostensiblemente, sin lo cual la concentración de tropas, en vez de hacerse únicamente cerca del Maritza, como se confiesa ahora, tendría lugar en gran parte del Este búlgaro, como Stradjal, Jambol y Rizil-Agatch, tras los contrafuertes del Istrandja-Dagh, de donde el ejército búlgaro, bien disimulado, hubiera podido, por sorpresa, desembocar en Kirk-Kilissé...

No había acabado Rouletabille de dictar su despacho, cuando entró de nuevo el criado.

—¿Qué hay, Modesto?

—Ya está aprobado el despacho, señorito.

—¡Ah!—exclamó Rouletabille—. Ya me figuraba yo que no les molestaría.

Se lo tomó de la mano y luego dió el segundo telegrama a Modesto con las mismas recomendaciones para el ministro.

—¿Cree usted—dijo Vladimir Petrovitch brillantándose las uñas—que el bueno del señor Franghia le va a permitir un telegrama que haga alusión a la verdad, aunque sólo sea en mínima parte?

—¡Ya supongo que no lo aprobará, ya!—contestó el repórter—. Por lo tanto, no saldrá el telegrama... Pero saldremos *nosotros*... ¿Comprendes, Vladimir Petrovich... de Kiew?... Y nos iremos a un país en que no nos exponremos a encontrar colegas...

Muy satisfecho de sí mismo, volvió a sumirse en el estudio de sus mapas...

—¿Quién le ha dado esas noticias?—preguntó Vladimir.

—¡Nadiel!—exclamó Rouletabille—. Eso de buscar no-

ticias queda para los compañeros. ¡Yo hago el reportaje *con ideas generales*. Y la verdad es que no hay nada como las ideas generales para estar bien informado.

—¡Hombret! ¡Aquí tenemos un general!—prorrumpió La Candeur.

El general Poutilof, en efecto, hacía su entrada empujando a Modesto ante él y seguido de cuatro soldados con bayoneta calada.

—¡Caballeros!—anunció—. Quedan ustedes detenidos por orden superior... Que nadie salga de aquí. La orden se refiere a este muchacho y a estos dos caballeros. (Señalaba a Modesto, La Candeur y Vladimir.) En cuanto a usted, caballero (y señalaba a Rouletabille), haga el favor de seguirme a casa del general en jefe.

Aquellos jóvenes quedaron estupefactos. Pero antes de que tuvieran tiempo de protestar, dos soldados tomaban la consigna en el vestíbulo y los otros dos se llevaban a Rouletabille.

—¡Bueno! ¡Bueno! Les seguiré, pero no me cojan. (Y para su capote, añadió:) ¡Qué poco cómodo resulta el reportaje en este país! Menos mal que conozco su plan...

¿Le llevaban a casa del general en jefe? ¿Qué general en jefe? No se pasó poco Rouletabille al ver que le llevaban al sitio de donde había salido antes. Vió, efectivamente, la calle de Moskowska y el jardín con la casona del general Vilitchkow, domicilio de Ivana. El primer piso aún estaba iluminado. Pero la velada tocaría ya a su fin.

Metieron al repórter en el pabellón del portero, cerca de la verja. Aquel pabellón no guardaba a su *schwitozar*: Era la cárcel provisional de Rouletabille.

—El general en jefe va a venir a verle en seguida—anunció el general Poutilof antes de cerrar la puerta, ante la cual dejó un centinela.

En la verja había otro centinela. Rouletabille, pues, estaba bien guardado.

Esperó. Transcurrió una hora. Se impacientó. Sentóse. Dormitaba ya, cuando se despertó sobresaltado. ¿Dónde se encontraba? Recordándose, por fin, de su extraña cautividad, corrió a la única ventana que daba al jardín y levantó la cortina.

Abajo no había luz... Pero ¿qué eran aquellas sombras que se deslizaban por el jardín al claro de luna? Parecían oficiales... ¿Y por qué se disimulaban así?... ¿Por qué caminaban encorvados?... De pronto, echaron a correr... Y penetraron en la casa como ladrones... Súbitamente se oyó un grito, un grito de muerte! Rouletabille creyó reconocer la voz de Ivana. Sin razonar, abrió la ventana y saltó al jardín, no pensando en que podía ser fusilado a bocajarro por el centinela... Tropezó con un cuerpo... Se inclinó, palpó y hubo de retroceder... ¡Era el centinela, que yacía asesinado!... Y Rouletabille, con el corazón oprimido por un horrible presentimiento, se incorporó con decisión...

¿Pasaba alguna cosa lamentable? De todos modos, la alarma ya estaba dada, pues habían acudido oficiales. Rouletabille, con sus propios ojos, los había visto desaparecer en la casa. ¡Oh, que llegasen a tiempo! Saltó tras ellos, sin poder contener un ronco gemido, a través del jardín bañado de luna. Pensó en Ivana y en el terrible relato que le había hecho. Sin embargo, se esforzó en convencerse de que el grito que había oído poco antes no era un grito de mujer. ¡Ojalá! Porque si el grito había sido de ella, ahora quizá estaría muerta...

Cuando Rouletabille iba a trasponer el oscuro umbral de la casa, se encendió débil luz en una ventana, a la izquierda de la planta baja. Corrió a ella. Iba a saber

en seguida lo que pasaba. Miró. La ventana estaba entreabierta. Daba a una habitación de servicio, destartada, bastante sucia, provista, en el centro, de una chimenea elevada algunas pulgadas sobre el nivel del suelo. Cerca estaban alineados los botes de cobre que servían para el café. Eran esos detalles insignificantes que, en los minutos terribles de la vida, sorprende la mirada que no los busca y guarda para siempre la memoria. Asimismo Rouletabille conservó mucho tiempo en su oído el rumor del caño, que caía gota a gota sobre la piedra. ¡Y sólo estuvo un segundo cerca de allí. La gente no se movía. Un albanés salvaje, polvoriento, con esas trazas de vagabundo propias casi siempre de las personas de semejante raza cuando no tienen empleo regular, con el cinturón ocupado por extrañas armas, con la mirada viva y los brazos cruzados, como si esperara órdenes, estaba acechando, lo mismo que dos turcos, que llevaban esos vestidos de algodón rojo y amarillo, a que tan aficionados son en los Balkanes. Los tres llevaban sobre los hombros capotes de soldado búlgaro, con los cuales se habían envuelto para, disfrazados, penetrar hasta allí.

Lo más chocante era la tranquilidad de aquellos bandidos a pesar de que sabían que les buscaban los oficiales, cuyos pasos se oían arriba, por toda la casa. ¡Y habían encendido una lámpara, como si estuvieran en su propia casa! Uno de ellos fumaba. Rouletabille nunca había visto mejor el fatalismo musulmán, ese ponderado fatalismo, que en aquellos tres rostros tan serenos en un momento trágico.

Precisamente cuando el repórter, que apenas había detenido su impulso, iba a partir, se movió algo en la sombra. Y entonces vió Rouletabille sobre la losa de la

chimenea dos cuerpos tendidos que, prisioneros o agonizantes, habían dejado allí. Quizá eran los criados, que habían hecho frente, primero que nadie, a la intentona de los bandidos. El albanés enorme dirigió una patada hacia la chimenea. Hubo un gemido. Después todo volvió al silencio.

Rouletabille, ya en la escalera, no comprendía nada de lo que acababa de ver. Y en el pavimento de arriba continuaban resonando los pasos. Pero el repórter no conocía la casa. Y la obscuridad le coartaba. Hizo crujir un fósforo, vió un conmutador, le dió la vuelta, no consiguió la chispa eléctrica y se dió cuenta entonces de que los hilos estaban cortados.

—¡Como en el Konak!—no pudo menos de pensar Rouletabille, obsesionado aún con los recuerdos de Belgrado—. Como en el Konak, la noche en que asesinaron a la reina Draga y al rey Alejandro...

Y al llegar al rellano del primer piso sopló la cerilla luego de haberse orientado. Era preferible, por de pronto, la obscuridad. No sabía con quién iba a encontrarse. Si antes había querido luz, ahora le estorbaba porque, al fin y al cabo, no sabía a quién podía delatarle.

Penetró a tientas en el gran salón que conocía perfectamente por haber pasado allí la velada con Ivana. Al llegar a un balcón, levantó la anchura de una cortina. Y la claridad lunar, que él evitaba, invadió un gran rectángulo de la estancia, a la que él dio la vuelta con precaución.

De pronto tropezó y retrocedió con horror, como poco antes en el jardín. Había pisado otra vez un cuerpo blando. Se arrodilló con indecible angustia. Tiró del cuerpo hasta llevarlo al rectángulo de luz. Antes de llegar se dió cuenta de que tocaba ropas de hombre. Y sólo

eso le descargó del horrible pensamiento que le había asaltado. Por fin, la cabeza del muerto recibió la fría claridad nocturna. Y Rouletabille reconoció al oficial ayudante del general Vilitchkov, junto al cual había cenado aquella misma noche.

El tropel de pasos, que se había alejado como recorriendo las habitaciones, se acercaba otra vez.

Rouletabille sumióse en la obscuridad.

Y tres oficiales, sable en mano, aparecieron en la puerta que daba al rellano, en aquella misma puerta por donde acababa de pasar Rouletabille. Mientras tanto, por la puerta del fondo que daba a las habitaciones que le había hecho visitar Ivana, surgía otro oficial, también sable en mano, y en un estado de rabia y exaltación extraordinarias...

Dirigió a los otros palabras precipitadas, a las que respondieron con monosílabos y negaciones enérgicas.

Rouletabille, al ver a los oficiales, estuvo a punto de ceder a su primer impulso, que era el de acercarse a ellos para pedirles explicaciones. Pero la extraña actitud, el lenguaje descompuesto y el furor de aquellos hombres, así como el terrible talante del que parecía mandar a los demás, le dieron inmediatamente qué pensar.

Aquellos individuos tenían más aspecto de asesinos que de salvadores.

Bajó, y al ver los capotes, pensó que el albanés y los turcos se habían disfrazado de soldados. Y éstos, cuya facha no era más recomendable, bien habían podido disfrazarse de oficiales búlgaros. Así se explicaría la facilidad con que habían podido acercarse a los centinelas, acabar con ellos y entrar en la mansión del general Vilitchkov y de Ivana. ¿Qué objeto tenía aquella abo-

minable aventura?... Ya había tropezado el joven con dos cadáveres. ¿Y Vilitchkov e Ivana?

¿Eran ya víctimas de los miserables?

El repórter no tuvo ni tiempo de pensarlo ante el furor creciente y ostensible de los conjurados. Si hubiera podido dudar un instante de la verdadera personalidad de los oficiales que disputaban ante él abriendo puertas y agitando sus armas, no hubiese tardado en enterarse completamente por un nombre varias veces pronunciado y cuyas sílabas sonoras le habían quedado en el oído a raíz de su conversación con Ivana. «¡Stefo!... ¡Stefo, el dalmata!...» — dijo ella. Segundón de Gaulow...

Eran, pues, los de la banda de Gaulow los que estaban allí realizando una espantosa tarea, acabando la bárbara venganza comenzada diez años antes.

Y Rouletabille, aunque no podía comprender exactamente el sentido de las palabras de acerbo reproche que el supuesto jefe dirigía a Stefo, esperaba al menos aprehender el sentido... El nombre de Ivana acudió varias veces a la boca de aquel hombre de talante terrible, que estuvo un segundo a la luz de la luna, y que bien podría ser el mismo Gaulow.

Aquel hombre, evidentemente, se quejaba de que no hubieran dado con Ivana... Y los otros replicaban que la habían buscado por todas partes... Se deducía de sus gestos...

Ivana estaba escondida, y bien escondida, en aquella misteriosa casona que Rouletabille, pocas horas antes, había comparado con una caja de sorpresas. Estaba, sí, escondida, ¡viva! Al menos, así lo esperaba Rouletabille. ¿Para qué había Providencia? ¡Atención! Aquellos tipos habían acabado de disputar. Se consultaban. ¡Se orientaban para continuar sus pesquisas!

Señalaban puertas y pasillos; se distribuían la tarea; se repartían el camino a recorrer.

Y quizá ahora cayesen sobre Rouletabille, que no podía hacer nada... ¡nada!... más que esperar que se fuesen... o que le descubriesen... No estaba armado; no llevaba ni un cuchillo ni un revólver.

Los falsos oficiales, de pronto, hicieron salir rayos de luz de las lamparillas sordas de que iban provistos.

Y, en una mano la lámpara, en otra el sable, buscaban, buscaban. Alguno atravesaba con el sable las cortinas, como Hamlet, que con la punta del arma buscaba al pobre Polonio. Si tenían revólveres, al menos no los enseñaban. No había sido disparado ni un tiro. Aquella noche se asesinaba con arma blanca. Y Rouletabille estaba acurrucado en lo más oscuro, detrás de un butacón, un verdadero butacón de cuero como el que ocultó antaño a Ivana e Irene cuando asesinaban a su madre y a su vieja *gnia-gnia* en la cámara de las reliquias. ¡Aquello sí que era vivir el reportaje! Si Rouletabille tuviese alguna vez que contar un drama de Oriente, en el cual se asesinara a reyes y reinas, sabría perfectamente dar carácter y detalles a los personajes. Se acordaría del hocico tembloroso de Stefo, de las posturas escurridizas de los otros, que palpaban paredes y telas en busca de puertas secretas; y, sobre todo, de la cólera formidable de aquel Gaulow—porque así se llamaría—a quien escapaba la presa.

¡Ojalá escapara de veras! Rouletabille seguramente moriría si moría Ivana. Cuando menos, así lo pensaba, enamorado por primera vez. Y el primer amor, según se cree, llega hasta la muerte.

Por diferentes puertas desaparecieron los oficiales, deslizándose junto a Rouletabille sin verle porque esta-

ban convencidos de que aquella estancia, que habían registrado escrupulosamente, no contenía más que el cadáver, poco interesante, del ayudante del general Vitlitchkov.

Y ¿qué había sido del general?... Sin duda había muerto ya, puesto que no se hablaba de él. Ni habían pronunciado su nombre ni se habían preocupado de él en lo más mínimo. Ya le habían ajustado las cuentas.

¿Qué haría Rouletabille? ¿Ponerse en salvo para buscar auxilio? ¡Oh! ¿Y si aquellas aves de mal agüero habían levantado el vuelo cuando él volviese, quizá con el tiempo justo para coger en brazos el cadáver palpitante y caliente de Ivana?...

Entonces ¿qué?... ¿Abrir una ventana?... ¿Llamar?... Pero ¿le oirían?... Además, al segundo grito, los asesinos se le echarían encima... Y ¿cuántos serían?... ¿Ocho? ¿Diez?... ¡Oh, si al menos tuviera un revólver!... ¡Ivana! ¡Ivana! ¿Dónde estás?... No se le ocurría nada. El amor embotaba su mente. De no amar a Ivana, seguramente hubiera encontrado un medio de salvarla si aun era tiempo... Pero sólo sabía mascullear sordamente y tropezar de nuevo con el cadáver del oficial-ayudante... ¡Holal! El cadáver llevaba un sable... Rouletabille sacó por entero la hoja, que ya estaba medio salida de la vaina... Empuñando el arma, escuchó para percatarse de si habían sido oídos sus pasos. Y se deslizó a la habitación inmediata, pegado a la pared, palpando los muebles, procurando hacerse lo más pequeño posible, suspirando muy quedo: «¡Ivana!... ¡Ivana!...» Evidentemente el joven amaba hasta la muerte, ya que no sabía más que morir por aquella a quien amaba... Sí; ir a morir con ella es todo cuanto podía hacer... Y con voz muy sorda decía: «¡Ivana!... ¿Está usted ahí?... ¡Contésteme!... Se hallan

lejos... Soy yo. ¡Rouletabille!...» De pronto—¡ay!—hizo caer una silla, que produjo bastante estrépito... Al punto hubo ruido de pasos en el cuarto contiguo... Y los pasos, apresurados, volvían... Rouletabille se aplastó contra la pared, amparándose en la sombra de una cortina que apenas le cubría, mirando con ojos muy abiertos hacia la puerta iluminada por la luna, hacia aquella puerta que iba a abrirse para dejar paso al pelotón de criminales.

He aquí a Stefo, a otro, a otro más, desencajados y sangrientos. Pasaron como diablos de pesadilla. Y cuando atravesaron el local, se presentó tras ellos una figura blanca que se deslizaba vacilante, pegada a las paredes. ¡Ivana! Era Ivana, con su vestido de recepción, ahora desgarrado, cuyos harapos se arrastraban por el suelo como alas cansadas incapaces de elevar un cuerpo que muere; era Ivana, cuya garganta herida dejaba oír un sollozo de espanto, y cuyos cabellos despeinados le colgaban por la espalda como largas serpientes negras.

Rouletabille la llamó por su nombre, se lanzó hacia ella y la recibió en sus brazos, cuando iba a desplomarse en una alfombra. Estrechó contra su joven y ardiente pecho aquel peso tan querido. ¡Oh, él arrancaría aquella presa a los bandidos! Tenía una fe sobrehumana en su fuerza y en su suerte.

Pero ella, con su voz trémula, le hizo descender a la horrible realidad:

—¡Ya están ahí!... ¡Gaulow!... ¡Oigo los pasos de Gaulow!...

Y era verdad que por la derecha, por la izquierda, por todas partes, se acercaban pasos. Sonaban voces llamándose, interpelándose.

Ivana señaló un rincón de las paredes.

—¡Ahí! ¡Ahí!

¿Qué quería decir?

Ivana, en aquel instante supremo, recobró fuerzas para levantar un tapiz que cubría el muro, escondiendo una doble puerta disimulada, destinada a poner en comunicación aquella estancia con un estrecho guardarropia. Ivana hizo correr la doble puerta y se precipitaron a aquel refugio, pero no con bastante rapidez para evitar que les viera un nuevo personaje que acababa de irrumpir en el salón y que saltó hacia ellos... Llegó en el tiempo preciso para bajar el tapiz sobre la doble puerta ya cerrada.

Ivana y Rouletabille reconocieron al pastor Velio, también perseguido, también acosado, pero que antes de morir había tenido tiempo de hacer el gesto que quizá salvara a su joven ama.

Mas ya los asesinos estaban sobre él.

Ivana y Rouletabille, desde el fondo del ropero, oían sus vociferaciones, sus amonestaciones, sus amenazas y sus promesas.

Arrastraban a Velio, intimidándole, bajo pena de muerte, a que les dijera dónde estaba su ama, a que les descubriera el misterioso escondrijo en que hubiera podido refugiarse en aquella casa, que tan perfectamente conocía él.

Pero Velio alegaba ignorancia. Oíanse sus desesperadas negativas... Y la banda pasó empujando al desgraciado más lejos, arrastrándole entre gestos que preludaban el asesinato.

Mientras tanto, los dos jóvenes, en el fondo del armario, se estrechaban las manos en la esperanza de que estaban salvados. No osaban respirar: escuchaban. ¡Ah! Cuando Rouletabille, poco antes, atravesó Belgrado y visitó las fatales habitaciones de Konak, no pensaba en

volver a ver tan pronto semejantes horrores ni en revivir —para morir quizá a consecuencia de ello— la noche de Alejandro y de Draga en el fondo del armario.

Así, apretados, habrían estado los dos amantes reales en la obscuridad de su escondite, tras las cortinas, mientras oían «trabajar» a sus enemigos, mientras arrastraban de cuarto en cuarto a Lázaro Petrovitch, como éstos arrastraban a Velio para que descubriese el refugio de su ama.

Pero, así como Lázaro Petrovitch había hablado, Velio calló heroicamente, como un buen pastor dedicado a la custodia de sus amos, como un perro fiel.

¡Oh, aquellos ruidos de botas y sables sobre el pavimento!... ¿Cuándo cesarían?...

La aurora, al ahuyentar aquella siniestra noche, ¿no ahuyentaría también a los bandidos?

Cuando se aproximaban, ¿cómo se estrechaban locamente en el fondo de su cobijo los dos jóvenes!...

¿Qué podría hacer Rouletabille ante aquellos verdugos? ¡Ocultarla con su cuerpo! ¡Morir con ella! ¿No era eso lo que anhelaba poco antes? ¡Sus votos habían sido oídos!

Tenía abrazada a Ivana. Sobre el hombro masculino se apoyaba pesadamente la cabeza de ella. ¡Y Rouletabille sentía correr por sus manos la sangre de la garganta!

¿Gracias a qué milagro había podido librarse la joven de semejante golpe de mano? Puesto que el cielo había permitido aquel milagro, ¿cómo no esperar que la Providencia fuera hasta el fin del milagro retirándola del torbellino de aquella aventura de venganza y de sangre?

¡Más gritos!... ¡Y qué cercanos, qué cercanos!... «Gaulow!» La voz de Ivana parecía la de un moribundo al pronunciar el nombre detestado.

Dieron puñetazos en las paredes. Tanteaban...

Si acaso los puños, golpeando sobre el tapiz, llegasen a la doble puerta de madera, ¡pobre pareja! Morirían los dos.

La puerta se abriría como la que se abrió ante Draga y Alejandro, y morirían ellos como murieron el rey, la reina, sus dos hermanos, Nicolás y Nicodemo, el fiero Lázaro Petrovitch, el bravo Naumovitch, Gakovitch y tantos otros, muertos en las rojas noches del Oriente sanguinolento.

Estrépito de muebles removidos y cajas arrastradas... De nuevo daba órdenes la voz de Gaulow... Y la voz agonizante de Ivana musitó al oído de Rouletabille:

—Ya han acabado de asesinar; ahora roban.

Los miserables, en efecto, andaban a la búsqueda de todos los objetos de valor. Despojaban las paredes y vaciaban los cajones... Gaulow era, decididamente, un bandolero.

Pero no habían acabado de asesinar, no. Y la prueba es que volvió Velio.

Aún no había muerto...

Arrastrado de la bodega al granero, volvía ahora a esta habitación. Lo echaron contra el tabique.

Arrodillado, pidió clemencia, compasión...

Juró que no había visto a su ama..., que no sabía nada..., que desconocía aquella casa..., que era recién llegado del campo...

¡Suplicó que le dejaran su vida!

Los otros le concedieron cinco minutos para decirse.

Pero no habló, no. Hizo grandes señales de la cruz, según el rito ortodoxo. Y de pronto lanzó un horrible grito al recibir en el pecho un sablazo.

Oyóse su estertor; oyóse que se arrastraba. ¡Y también fueron oídos los puntazos con que le acribillaban y le clavaban al suelo!

Rouletabille hubiera querido precipitarse horadando las paredes; su juventud sentía repugnancia ante aquella pasividad a dos pasos de un criado que moría asesinado por Ivana y, al fin de cuentas, por él.

Ivana, al notar que iba a lanzarse, le detuvo con un fuerte abrazo.

Le estrechaba sobre su corazón, sobre su pecho palpitante... Y para poder con él, para salvarle de los asesinatos, le dió con labios ardientes y febriles, entre sangre y largos cabellos húmedos, el primer beso de amor; beso desbordante de desesperación y salvaje ternura, de extraña y casta voluptuosidad a causa de la muerte, que les atisbaba...

Cuando pudieron respirar y sus brazos se aflojaron, la obscuridad que reinaba en torno de ellos y toda la casa guardaban un profundo silencio. Parecía un silencio impuesto por el beso... Y parecía también que el beso había hecho huir a la horda.

Al principio no podían creer en su felicidad.

Durante unos minutos eternos, escucharon inmóviles.

Luego, Rouletabille, a pesar de que ella aún le tenía cogido, hizo correr la puerta, levantó el tapiz y miró...

La aurora, una lívida y vergonzosa aurora, iluminaba el repugnante espectáculo. Acá, el cuerpo del oficial ayudante, de bruces, arrollado en un rincón... Allá, el cadáver de Velio... Sangre por doquiera... Desorden espantoso, muebles derribados... Las cortinas de los balcones, arrancadas; éstos, abiertos; los vidrios, rotos... Muerte... Silencio... ¡Silencio sobre todo! El repórter aventuró algunos pasos por aquel trágico dominio... Ivana le siguió.

30443

pálida como un espectro, como la imagen de la Muerte. Se detuvieron... Escucharon... Avizoraron... Sí... Los miserables, convencidos de que no quedaba persona a quien matar ni nada que robar, habían abandonado el campo de sus hazañas.

—¡Vamos a ver al general!—murmuró Ivana.

Rouletabille se volvió y cogió a Ivana en brazos. Ya no le quedaban fuerzas ni quizá sangre... El joven creyó que la pobre iba a morir... Pero ella volvió a abrir los ojos y repitió:

—A ver al general...

Y con su mano desfalleciente le indicaba el camino que llevaba a la cámara de las reliquias...

—Me ha avisado la voz de mi tío—explicó Ivana—. Pero ha lanzado tal grito que debe estar muerto. Vamos a ver...

Y en el silencio sepulcral se oía un gemido con más claridad según se acercaban a la cámara de las reliquias... Era un llamamiento débil, muy débil, quedo, apagado, pero repetido incansablemente y con un tinte lúgubre... ¡Oh, el emocionante matiz de aquella voz que se agotaba!

Por fin llegó Rouletabille a la puerta llevando consigo a Ivana, la cual había levantado la pálida cabeza, cuyos ojos, bajo los párpados pesados, encontraron un nuevo fulgor gracias al espanto que le produjo oír aquellos sonidos siniestros.

Reconoció la voz. ¡Era la del general!

—¡Cuidado! Hay que bajar dos escalones.

Una vez empujada la puerta, se encontraron en la cámara de las reliquias, donde llamaba la voz lúgubre.

—¡Tío! ¡Tío!—exclamó Ivana—. ¡Somos nosotros!... ¡Se han ido! ¡Estamos salvados!...

Soltóse de los brazos de Rouletabille y quiso dar un paso, pero vaciló y cayó, dando un gemido tan débil que verdaderamente causaba lástima.

Y la voz lúgubre, desde el fondo de la sombra de aquella habitación, no cesaba en su espantoso llamamiento de agonía.

Rouletabille se acercó a un balcón y levantó una cortina.

La aurora entró por allí.

Y el joven no reconoció aquella cámara. Las manos cercenadas habían desaparecido. ¡Gaulow se había llevado hasta aquellas manos de asesinado! Le pertenecían, formaban parte del botín de su venganza. ¡Cuánto desastre! Las paredes habían sido despojadas de sus cuadros, de sus iconos, de sus imágenes, algunas de las cuales habían sido fragmentadas con ensañamiento.

Y en medio de todo aquello, el cuerpo del general Vititchkov no era más que una espumadera cuyos múltiples agujeros dejaran pasar chorritos de sangre. ¿Cómo, acribillado de tal manera, seguía viviendo el general? ¡Sus dedos colgaban de unos muñones!

¡Qué aficionada es la gente oriental a cortar los dedos! Les gusta, sí, matar a conciencia, pero no se olvidan de mutilar. En eso se reconoce a los verdaderos asesinos de Oriente (1).

Rouletabille levantó la cabeza del general, cuyos ojos le miraban muy extrañamente, mientras su boca no cesaba en el lúgubre llamamiento.

¡Oh, qué extraordinario!... El general no se quejaba... No eran, no, quejas lo que salía de los labios exangües...

(1) Posteriormente les han imitado a la perfección ciertos asesinos occidentales.

Eran unas palabras, siempre las mismas, siempre repetidas, que—Rouletabille lo adivinó—constituían una advertencia que era necesario comprender: algo así como el anuncio de una gran desgracia que el general quisiera dar a conocer antes de morir...

Vilitchkov estaba en una singular postura: tendido cuan largo era, sus brazos y sus manos, de dedos colgantes y sanguinolentos, abrazaban locamente el silloncito de madera en forma de tijera—lo que en Occidente se llama un sillón a la Dagobert—, sobre el cual se hallaba aquella misma noche la arquilla de pinturas bizantinas claveteada de cobre, el mueblecito de las reliquias, de las joyas, de la ropa, que recordaban los asesinatos de Stambulov y los Vilitchkov. Pero la arqueta había desaparecido.

El general explicaba, por lo visto, cosas inauditas, ya que Ivana, ayudándose de los codos y de las rodillas, atravesando un charco de sangre, se arrastró hasta su tío y Rouletabille y pronunció a su vez unas sílabas insensatas avivando al general con una mirada más espantosa—si posible fuera—que la que dirigió a Rouletabille cuando el joven la encontró perseguida por la muerte... Y el general, con sus brazos desfallecientes mutilados, continuaba apretando el sillón a la Dagobert.

Inútil fué que Rouletabille dijera palabras en francés... El general seguramente se acordó de que sabía hablar esa lengua... Pero parecía no querer hablar más que para su sobrina Ivana, la cual dejó caer la cabeza de su tío y se irguió como si estuviera llena de una vida y de una fuerza nuevas.

El gemido del general no cesó. Antes al contrario, otro gemido unióse al suyo... Y aquel gemido, también desesperado, salía de la boca de Ivana con las mismas

palabras, repetidas sin cesar, que no comprendía Rouletabille.

Este hubiera querido correr tras de Ivana viendo que se salvaba, con la misma estupefacción con que, quien da calor entre sus manos a un pájaro casi muerto, ve que, de pronto, echa a volar.

Pero el general lanzó un suspiro tan terrible al mismo tiempo que miraba fijamente a Rouletabille, que el repórter no pudo menos de acercarse a aquellos ojos que le hipnotizaban, a aquella boca que parecía querer pronunciar una frase suprema...

Y aquella frase, pronunciada junto con un suspiro, la recogió Rouletabille con tan prodigioso asombro y con tanta estupefacción, que su expresión facial hubiera hecho sonreír si tras la frase en cuestión no hubiese tanta sangre y tanto cadáver...

Rouletabille retrocedió al oír aquellas palabras de locura. El general deliraba, sus labios temblaban. Después, el último suspiro... ¡Había muerto el general!

La carrera emprendida mientras tanto por la pobre Ivana, no había sido larga... La joven, al salir de aquel cuarto, rodó por los dos escalones y no se pudo levantar...

Entonces agarró con sus brazos temblorosos la cabeza de Rouletabille, que se inclinaba sobre ella, y le dijo precipitadamente al oído:

—Gaulow ha robado el cofrecillo bizantino...

—¿El cofrecillo bizantino?—repitió, pasmado, el pobre repórter.

Y la joven, como quiera que Rouletabille parecía ocuparse sólo de ella, pero no de lo que ella decía, insistió:

—¿No me oyes?... ¿No me oyes?... ¡Gaulow ha robado el cofrecillo bizantino!...

Y nuevamente se puso a gemir palabras incomprensibles, mientras se retorció las manos...

Aquella desesperación, aquel delirio hicieron sollozar a Rouletabille, que se precipitó sobre la querida cabeza, la atrajo hacia sí con sus brazos desfallecientes y se inclinó sobre aquellos labios agitados por un temblor convulsivo, sobre aquellos labios que, ahora en francés, repetían:

—Los documentos... Los documentos...

—¿Qué documentos?... ¡Habla, Ivana!...

—Han desaparecido los documentos...

—¿Cuáles?

—A nadie... No hay que decirlo a nadie...

—¡Bueno!... A nadie... Pero habla pronto...

—El cofrecillo bizantino...

—¿Qué?

Entonces, Ivana, entre espasmos, pudo articular:

—*En el cofrecillo bizantino había un cajón secreto... Y en ese cajón había guardado el general todos los planos secretos de movilización.*

—¿Qué dices?— exclamó Rouletabille.

Pero Ivana no necesitó repetirlo. Sobradamente lo había oído y comprendido Rouletabille...

—A nadie...— volvió a suspirar Ivana—. No hay que decirlo a nadie... *excepto al general Stanislawof.*

E incorporándose sobre un codo gracias a una reunión de las poquísimas fuerzas que le quedaban, dijo:

—¡Corre a ver al zar!... ¡Correl!...

El general Stanislawof, en efecto, estaba instalado en Palacio... Rouletabille se levantó.

CAPÍTULO IV

«¡DEMASIADO TARDE!»

IVANA le ordenaba que se fuera. Y él, por el gesto, comprendió que nunca le perdonaría que se quedara un momento más junto a ella.

Además, necesitaba buscar auxilio fuera. Y el Palacio real estaba cerca.

Tendió a Ivana en un sofá, examinó su herida, vió que solamente era superficial, aunque había derramado mucha sangre; concibió por ello grandes esperanzas y descendió corriendo.

Cerca de la verja del parque tuvo que saltar por encima del cadáver del primer centinela, con el cual había tropezado ya al echarse por la ventana al principio de aquel espantoso drama. Detrás de la verja estaba el cadáver de otro soldado.

Llegó a la calle, absolutamente desierta todavía.

Se dirigió a la izquierda, tomó impulso y no se detuvo hasta llegar frente a la verja del parque real. Una vez allí, habló con el centinela por gestos, ya que de otra manera no podía hacerse entender.

Acudió un suboficial.

Y nuevamente se puso a gemir palabras incomprensibles, mientras se retorció las manos...

Aquella desesperación, aquel delirio hicieron sollozar a Rouletabille, que se precipitó sobre la querida cabeza, la atrajo hacia sí con sus brazos desfallecientes y se inclinó sobre aquellos labios agitados por un temblor convulsivo, sobre aquellos labios que, ahora en francés, repetían:

—Los documentos... Los documentos...

—¿Qué documentos?... ¡Habla, Ivana!...

—Han desaparecido los documentos...

—¿Cuáles?

—A nadie... No hay que decirlo a nadie...

—¡Bueno!... A nadie... Pero habla pronto...

—El cofrecillo bizantino...

—¿Qué?

Entonces, Ivana, entre espasmos, pudo articular:

—*En el cofrecillo bizantino había un cajón secreto... Y en ese cajón había guardado el general todos los planos secretos de movilización.*

—¿Qué dices?— exclamó Rouletabille.

Pero Ivana no necesitó repetirlo. Sobradamente lo había oído y comprendido Rouletabille...

—A nadie...— volvió a suspirar Ivana—. No hay que decirlo a nadie... *excepto al general Stanislawof.*

E incorporándose sobre un codo gracias a una reunión de las poquísimas fuerzas que le quedaban, dijo:

—¡Corre a ver al zar!... ¡Correl!...

El general Stanislawof, en efecto, estaba instalado en Palacio... Rouletabille se levantó.

CAPÍTULO IV

«¡DEMASIADO TARDE!»

IVANA le ordenaba que se fuera. Y él, por el gesto, comprendió que nunca le perdonaría que se quedara un momento más junto a ella.

Además, necesitaba buscar auxilio fuera. Y el Palacio real estaba cerca.

Tendió a Ivana en un sofá, examinó su herida, vió que solamente era superficial, aunque había derramado mucha sangre; concibió por ello grandes esperanzas y descendió corriendo.

Cerca de la verja del parque tuvo que saltar por encima del cadáver del primer centinela, con el cual había tropezado ya al echarse por la ventana al principio de aquel espantoso drama. Detrás de la verja estaba el cadáver de otro soldado.

Llegó a la calle, absolutamente desierta todavía.

Se dirigió a la izquierda, tomó impulso y no se detuvo hasta llegar frente a la verja del parque real. Una vez allí, habló con el centinela por gestos, ya que de otra manera no podía hacerse entender.

Acudió un suboficial.

Tan grande, tan excesiva, tan impresionante era la agitación de Rouletabille reclamando la presencia de un oficial, que el suboficial fué a despertar al que estaba de guardia, el cual acudió con los ojos abotargados de sueño.

Como el oficial hablaba francés, Rouletabille pudo espetarle al momento que era de grandísima urgencia ver al general Stanislawof.

El oficial, echándose a reir, replicó que el general dormía.

—Pues despiértelo— dijo Rouletabille.

El otro le tomó por un loco.

—¡No estoy loco! El general Vilitchkov ha sido asesinado esta noche en su propia casa.

El oficial, al oír aquella grave noticia, perdió toda su jocundidad y echó a correr hacia Palacio.

Como quiera que Rouletabille inició un movimiento para ir a la Moskouska y volver a casa de Vilitchkov, el centinela le detuvo, porque el oficial le había ordenado que no perdiera de vista al extranjero. Esperó, pues, pacientemente, pensando en Ivana, que había quedado completamente sola. Por fin, varios minutos después, vió salir de Palacio a un grupo de oficiales.

Iban aprisa alrededor de una persona, en quien Rouletabille reconoció inmediatamente al general Stanislawof.

El repórter había ya tenido ocasión de acercarse a aquel ilustre militar, que para honra de su patria rehusaría, varios meses después, asociarse al atentado de Fernando contra Bulgaria, y que más tarde, al producirse la guerra europea, rompió con la traidora Bulgaria y puso su espada al servicio del zar de todas las Rusias.

Rouletabille, pues, corrió hacia él.

—¿Es cierto que ha sido asesinado mi antiguo hermano de armas?—le gritó el general.

El repórter le dijo al oído:

—*¡Y los documentos, robados!*

La noticia dada por el periodista era formidable. Stanislawof lanzó una sorda exclamación y palideció.

¿Era cosa de asombrarse porque los documentos hubieran sido llevados a casa del general en jefe? ¿No hubieran debido quedar en las oficinas militares?

Precisamente el traslado se había hecho para que permaneciera secreto.

Excepto cuatro o cinco oficiales generales, cuando más, nadie conocía ni debía conocer el plan de campaña que preparaba el golpe fulminante de Kirk-Kilissé.

Los documentos relativos a ese plan, redactados en el mayor secreto, eran escondidos todas las noches por el general en jefe, que se los llevaba a su domicilio y los ocultaba en un lugar donde era seguro que nadie sabría descubrirlos.

El general ordenó a los oficiales que le siguieran a cierta distancia.

—¡Hable, hable aprisa! ¿Está seguro de que han robado los planos? ¿Cómo sabe usted eso? ¿*Qué planos son?* ¿Quién le ha dicho que el general tenía planos en casa? ¿Cómo lo sabe?

Y Stanislawof, con el ceño fruncido, miraba al repórter coléricamente con sus ojos penetrantes, agudos, fríos y azules... Aquellos ojos tenían fama de poseer una «mirada de niño»; pero de momento no prometían nada bueno al repórter.

Rouletabille, sin dejarse impresionar en lo más mínimo, contó con rapidez y claridad todos los sucesos de aquella noche abominable.

—¿No ha entendido usted ninguna de las palabras dirigidas por el general a Ivana?

—Ni una—contestó el repórter—. Pero en cambio he podido comprender perfectamente una frase que pronunció antes de morir. El general, en aquel momento, quizá estuviera ya en el coma...

—Y ¿qué ha dicho?

—¡Oh! Una cosa muy rara.

—Diga...

—Una cosa que seguramente hubiera hecho sonreír en un momento menos terrible...

—Pero que quizá tenga una gran importancia. ¡Hable, hombre!

—El general Vilitchkov me ha dicho antes de morir: *Sofía de la catarata.*

—¿Qué?

Rouletabille tuvo que repetir la frase, cosa que hizo con perfecta seriedad.

—¡El pobre deliraba!—comentó Stanislawof—. Todo es aún más terrible de lo que usted se imagina.

—Pero todavía les queda una esperanza—insinuó el repórter moviendo la cabeza.

—¿Cuál, Dios mío?

—*Esos bandidos quizá se hayan apoderado de los documentos sin sospechar que se los llevaban.*

—¿Cree usted?

—Me figuro que Gaulow y su banda ignoraban que los documentos estaban en casa del general o al menos que se hallasen en el cofrecillo. Han vuelto a Sofía para consumir en la persona de Ivana la bárbara venganza que antaño comenzaron a costa de su padre y de su madre. Como Ivana ha conseguido escapar de ellos, se han lanzado con rabia contra su tío, el general. Y final-

mente, como verdaderos bandidos, han aprovechado la expedición para robar lo que les venía a mano. El cofrecillo en cuestión estaba lleno de alhajas y de preciosos recuerdos. Se han llevado, pues, esa fortuna. Y asimismo se han llevado otros objetos. En cuanto al cajón secreto, lo ignoran y quizá seguirán ignorándolo.

—Pero ¿por qué se han llevado ese cofrecillo, y no otro? ¿Sabían que encerraba objetos de valor?

—Creo acordarme, mi general, de que Ivana Ivanovna, luego de haberme enseñado las reliquias y las joyas de su madre, se olvidó de cerrar el cofrecillo con llave. Salimos de aquel cuarto con precipitación. El pastor Velio había venido a buscarnos imperativamente de parte del general.

Ya no hablaron más hasta llegar a la mansión de Vilitchkov.

La ciudad aun dormía tras las puertas cerradas. Hacía algún tiempo que el cielo estaba anubarrado. Y caía una lluvia muy fina, pero bastante densa.

Cuando los oficiales empujaban ya las puertas de la verja prorrumpiendo en sordas exclamaciones a la vista de los cadáveres de los dos centinelas tendidos a la entrada del pequeño parque, el general les señaló al repórter, que, a gatas delante de él, examinaba atentamente el pavimento de la calle. Rouletabille iba de una losa a otra con verdaderos gemidos de angustia o gruñidos de perro que olfatea una pista. Y de pronto se levantó denotando inquietud y espanto, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Mi general!... ¡Han vuelto!... Han vuelto en auto... Y se han marchado de nuevo... No hace media hora que llueve, y han vuelto cuando ya llovía... ¡Ay, Ivana, Ivana!...

Había saltado al parque. Y corría como un insensato...

—¡Ahora sí que *me la han matado!*...

El general penetró tras él en el edificio. Stanislawof reconoció el cadáver del oficial-ayudante del general Vilitchkov y, más adelante, tuvo que apartar con el pie el cuerpo del pastor. De haberse encontrado allí diez o veinte cadáveres, los hubiese tratado con la misma indiferencia.

No pensaba más que en la arqueta. Para hacerse con ella, hubiera llegado a arruinar la caja pública. Incorporó el cadáver mutilado del general Vilitchkov, se aseguró de que su compañero estaba muerto y, abrazándole, le dijo antes de irse:

—Si Ivana no ha muerto, será mi hija.

Mientras tanto, Rouletabille corría de habitación en habitación llamando a la joven...

Por fin, el periodista llegó a la estancia en que la había dejado. Tenía el convencimiento de que iba a descubrir un nuevo horror: ¡el cuerpo martirizado de su amada!

Empujó la puerta, ebrío, vacilante, sin apenas atreverse a mirar ante sí...

¡La habitación se hallaba vacía!

Ivana no estaba en el sofá... En cambio, no le hubiera sido difícil a Rouletabille notar, en el desorden de los objetos que le rodeaban, la huella de una corta lucha, de la breve resistencia que la joven había intentado oponer a sus raptos.

Porque ¡Ivana había sido raptada!

¿Qué suplicio le reservaría Gaulow?

Ya llegaba Rouletabille al colmo de la desesperación cuando sobre su hombro se puso una mano. Levantó hacia quien así le llamaba un rostro anegado en lágrimas. El general estaba ante él. Y el joven, avergonzado de su

pusilanimidad, enjugó su llanto y dijo con sencillez para excusarse:

—¡Perdóneme, general!... ¡La quiero!

—Bueno—repuso el otro prosiguiendo con impasibilidad su sombrío pensamiento—. Pero ¿ha muerto?

—¡No! ¡La han raptado!... Mas ¡yo la encontraré!... Y ¡pobre del que haya puesto la mano sobre Ivana!... ¡También yo demostraré que sé vengarme!...

El general dijo:

—¡Hay que encontrar el cofrecillo!

—¡Se encontrará, mi general! ¡Le juro que nada se ha perdido ni para usted ni para mí! Por de pronto, ordene al jefe de Policía...

—¡Aquí está!—dijo el general volviéndose hacia un funcionario que acababa de entrar y que apartaba a los oficiales.

—¡Mi general!—exclamó el jefe de Policía—. Acabo de enterarme del abominable atentado...

Pero Stanislawof le interrumpió.

—Haga lo que le diga este joven.

—¿Qué es ello?

—¡Excelencia!—dijo Rouletabille—. Hay que telegrafiar o telegrafiar a todos los puestos de la frontera para que no dejen pasar absolutamente ningún automóvil... y para que los examinen todos hasta darse cuenta exacta de la identidad de todas las personas que en ellos vayan, sobre todo si esas personas son militares o si se presentan bajo la apariencia de oficiales. Que detengan a los sospechosos; que, sobre todo, se fijen en si va una joven obligada por la fuerza; que abran los equipajes; que busquen en todos los vehículos que se presenten una caja con tapadera curva, en forma de cofrecillo, adornada con figuras bizantinas y claveteada de cobre.

—En ese caso—advirtió el general—hay que retener con los mayores cuidados el cofrecillo, que encierra una fortuna en alhajas.

—¡Aprisa! ¡Aprisa, Excelencia!—dijo Rouletabille—. Yo me encargo de lo demás. Dentro de unos minutos le daré o le mandaré todas las indicaciones aclaratorias, todos los detalles necesarios.

—¡Puede retirarse!—ordenó el general.

El jefe de Policía saludó y salió.

Rouletabille había recobrado toda su fuerza, toda su energía, toda su combatividad, toda su lucidez.

—Al decir que me encargo de lo demás quiero decir que me encargo de todo, porque las medidas que acabamos de adoptar—afirmó Rouletabille—no son tomadas más que *para tranquilidad de la conciencia*. Mi convicción es que no servirán de nada y que el enemigo ha previsto esas precauciones.

El general se había puesto a dar paseos de arriba abajo. A juzgar por su fisonomía, no era difícil adivinar que lo creía todo perdido.

Deteniéndose ante el repórter y habiendo alejado con un gesto a los oficiales que le rodeaban, declaró con lentitud y solemnidad muy marcadas:

—Huelga decirle que, pase lo que pase, no hay que hablar de esos documentos a nadie, absolutamente a nadie.

—¡A nadie, mi general!

Rouletabille saludó. Y marchóse...

Stanislawof, taciturno y cada vez más aplanado, bajó al jardín.

Los oficiales habían descubierto en las dependencias y en una sala para la servidumbre en la planta baja, tres cadáveres de criados y a dos camareros sólidamente

atados y amordazados. Mandaron conducir a los camareros, con vida aún, ante la policía, que, inmediatamente, les acusó de cómplices y les metió en el calabozo, lo cual prueba que esa clase de sucesos son deplorables para todo el mundo, para el que muere y para el que se libra...

Rouletabille, en su carrera desde la casa a la verja, había sido detenido dos minutos por un objeto que había escapado a la vista de los oficiales y que se metió en el bolsillo para examinarlo más tarde.

Ese ligero retraso hizo que el general, su escolta y Rouletabille se encontraran casi al mismo tiempo en la salida a la calle de Moskowska, precisamente cuando un auto de una suciedad repugnante, lleno de barro, desembocó por la plaza de la Catedral de San Alejandro Newski y se dirigió a toda marcha ante la mansión de Vilitchkov. De aquel auto bajó un hombre tan poco presentable como el vehículo, macilento, de facciones contraídas, de rostro fatigado, trastornado. Y detúvose de repente al ver el grupo de oficiales que rodeaba al general Stanislawof.

Y viendo al mismo tiempo los cuerpos de los dos centinelas, dejó escapar una exclamación sorda y desesperada:

—¡Llego demasiado tarde!...

—¡Un suceso vulgar!—había dicho el general a sus oficiales.

El hombre bajado del auto quedó contra la verja como abatido por las palabras de Stanislawof.

Su figura no era corriente.

Joven, de unos treinta años, flaco, musculoso, de pecho hundido, de manos poderosas. Tenía acusados los rasgos de la cara; la nariz, gruesa; el pelo, hirsuto, de un matiz azul oscuro; la frente, de mediana elevación; los ojos, pequeños y hundidos, que en este momento parecían tener muerta la mirada bajo las pobladas cejas. Sus labios eran finos, duros y enérgicamente dibujados. Vestía un traje de particular abrochado hasta el cuello.

Rouletabille le cogió de la mano al mismo tiempo que le llamaba por su nombre.

El repórter reconocía a aquel hombre. Ivana se lo había presentado en el hospital de la Pitié de París. Por entonces pasó en Francia unos cuantos días, pues parecía que no hubiese ido más que para anunciar a Ivana la muerte de su hermanita. Y Rouletabille se acordaba de lo que, cuando se marchó, le dijo Ivana de él... Eran cosas muy búlgaras. Había sido educado gracias al general Vilitchkov porque sus padres, como tantos otros, habían muerto trágicamente. El padre era un rico negociante a quien sus negocios habían retenido en Tracia, por las proximidades de Andrinópolis. Algunos años después del nacimiento de Atanasio, había desaparecido su madre de manera que nunca se pudo saber. Un mes más tarde fué encontrada cerca de Kadikenci con el cuello cortado. Corrió el rumor de que quien la había raptado y asesinado era un agha turco. Su marido, el padre de Atanasio, quiso vengarse, pero no consiguió más que herir al agha de varias puñaladas. Tuvo que huir, abandonando su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
ALERE FLAMM VERITATIS
CAPÍTULO V
ATANASIO KHETEW

Si, Atanasio Khetew!—repitió el general—. ¡Demasiado tardel...

Y enseñándole los cadáveres de sus soldados, añadió:

—¡Gaulow ha pasado por aquí!

Atanasio Khetew palideció más, si era posible, y, apoyándose en la verja, dijo:

—¿Y Ivana?

—¡Han muerto a mi antiguo compañero y han raptado a su sobrina!—dijo el general sin tomar ninguna precaución por el dolor de aquel «miembro de la familia». Procure encontrarla, Atanasio Khetew, porque la considero ya como una hija... ¡Pero si usted se hubiera deshecho de Gaulow, no pasaría nada de esto!...

Y siguió adelante, resguardado por su escolta.

Llegaron agentes de Policía, que trasladaron los cadáveres al edificio. Otros impedían que la multitud curiosa entrara en el jardín.

Tenían orden de no dar por de pronto ninguna explicación. Más tarde se explicaría el hecho por un vulgar robo seguido de asesinato.

casa y a sus hijos; pero agitado por un odio mortal contra el turco, permaneció, sin embargo, en Tracia, esforzándose para sublevar al elemento búlgaro. Pero fue traicionado, sorprendido en el Balkán y fusilado.

El general Vilitchkov, por parte de su mujer, era pariente de Khetew. Hizo venir al niño y procuró por su educación. En ello Atanasio, que ya tenía sus propios odios personales, tomó además, y muy a pecho por cierto, los de la familia Vilitchkov. Ivana lo había descrito como un excelente muchacho «cuando se le conocía a fondo», un poco sombrío, rudo y taciturno en apariencia, pero valiente sobre todas las cosas. «Conmigo—había dicho Ivana—siempre se ha portado admirablemente. Ocho años tenía cuando nació. Y me ha protegido, me ha querido como un hermano.»

Rouletabille repitió:

—¡Atanasio Khetew!

El otro continuaba mirando fijamente al suelo con sus ojos, que no velan. ¿Le oía? Lo evidente era que no le reconocía.

Pero Rouletabille, como tenía prisa, insistió diciendo:

—¿No recuerda de mí? La sobrina del general nos presentó en París... Soy José Rouletabille...

—Sí—contestó el otro, como saliendo de un sueño—. Ya recuerdo...

—¡Pues en marcha!...

Atanasio, súbitamente, descendió a la realidad de las cosas y a las necesidades del momento.

—¡En marcha, sí!—exclamó corriendo hacia su auto—. ¡En marcha!... ¿Nos llevan mucha delantera?...

—Media hora o, todo lo más, tres cuartos.

—¡Ah!—exclamó Atanasio—. ¡Los alcanzaremos, si Dios quiere!

Y puso el motor en marcha con una violencia capaz de estropear el mecanismo. Luego saltó al coche. El periodista estaba ya en su sitio al lado de Atanasio, que guiaba. Le señaló la dirección opuesta a la del camino por donde había llegado, por el lado de la mezquita de Brandja-Badri. Y Atanasio se asombraba, sacudiendo su cabeza hirsuta y descubierta, porque había perdido la gorra.

—¿Por ahí?... ¿Por qué por ahí?... ¿Está usted seguro de que se han marchado por ahí?...

—Sí, porque he examinado las escasas huellas que han dejado en el pavimento... Pero, aunque no hubiera huellas, seguramente habrían tomado por ahí...

—¿Por qué?

—¡No hay que asombrarse! Su interés no consistía en tomar el camino más inesperado.

—Pero consistía en ganar la frontera turca lo más pronto posible.

—Lo más seguramente posible.

—¿Y nos alejamos?

—Usted vuelve de la frontera turca. En su país hay pocas carreteras para autos, ¿verdad? Y no los ha encontrado... Por lo tanto, han venido por ahí y se han marchado por otra parte—explicó con volubilidad el repórter—. ¡En marcha!... ¡En marcha!...

El auto se estremeció... Dieron la vuelta al Palacio real y emprendieron la calle de Tergouska...

—Pase por el puente de los Leones—ordenó el repórter.

—¿Por qué?

—Ya se lo diré.

El coche remontó con ímpetu la avenida de la Princesa María Luisa. Cuando llegaron al muelle de Bojana,

BIBLIOTECA
"ALEJANDRO NÚÑEZ"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

en la esquina del puente de los Leones y del bulevar Silonitza, el repórter hizo parar.

Como Atanasio no comprendía la causa, Rouletabille le señaló un *garage* cuyas puertas estaban entreabiertas.

—Necesitará esencia, ¿no?

—¡Es verdad!...

—También ellos habrán necesitado esencia.

Y como Khetew permaneciera en su asiento cual asombrado por la idea de Rouletabille, éste hubo de gritarle:

—Baje, Atanasio... ¡Yo no sé hablar búlgaro!...

Atanasio bajó. Por indicación de Rouletabille, mientras se proveía de esencia, interrogó a los empleados. Y la alegría de ambos jóvenes fué muy grande cuando se enteraron de que, tres cuartos de hora antes, un auto *limousine*, en el cual iban varios oficiales y una mujer, se había detenido delante del *garage* para, como había previsto el periodista, proveerse de esencia.

Los empleados dieron todas las explicaciones que se les pidieron, adornándolas con gran lujo de detalles. Les había sido fácil advertir la presencia de la joven porque no procuraba ocultarse, llevaba la cabeza descubierta e iba medio envuelta en un capote de oficial. Estaba muy pálida y parecía enferma; pero se conservaba bastante serena. Y, a través de los vidrios, miraba vagamente las cosas de la calle...

En cuanto a los oficiales, parecían tener mucha prisa.

Cuando el oficial que guiaba se quitó uno de sus guantes para poner el motor en marcha, un empleado vió una mancha muy roja de sangre. El empleado preguntó al oficial si se había herido, y el oficial le contestó que, en efecto, se había herido al dar marcha al auto: un retroceso de manivela...

Aquellos viajeros habían pedido algunos informes so-

bre la ruta a seguir. Querían llegar, por el camino más corto, a Monasteritche. Y los empleados les indicaron el itinerario: atravesar el puente, la parte Norte de la avenida María Luisa, remontar un poco el bulevar de Fernando I, pasar ante la estación y emprender la carretera. Una vez allí, no tenían más que correr hacia adelante.

Pero he aquí que, de pronto, volvía Atanasio a las dudas.

—Si fueran ellos—dijo a Rouletabille—no hubieran dejado a Ivana la libertad de mirar por la portezuela. Ivana hubiera gritado, hubiera pedido auxilio...

—¡No!—replicó Rouletabille—. Ivana en manera alguna hubiera gritado.

—¿Por qué?

—Ya se lo explicaré más tarde, cuando tengamos tiempo. Pregunte al empleado si el auto llevaba maletas o baúles.

El empleado contestó que no había visto nada de eso.

—Pregúntele si antes del coche *limousine* pasó otro auto llevando también oficiales.

El empleado respondió que, en efecto, veinte minutos antes que el *limousine* había pasado un torpedo, ocupado asimismo por oficiales, el cual partió en seguida a toda velocidad, en cuanto el oficial que conducía hubo pedido los mismos informes que luego se había de proporcionar a los del *limousine*.

Según opinión de los empleados, era evidente que los dos autos se dirigían al mismo sitio y perseguían igual objeto.

En cuanto uno de los empleados pronunció la palabra torpedo, exclamó Atanasio:

—¡Son ellos!

Y su rostro, hasta entonces tan sombrío, se iluminó inmediatamente para decir:

— ¡Son ellos! ¡Estoy seguro!

Desde la frontera turca perseguía Atanasio un *limousine* y un torpedo ocupados por individuos—entre ellos Gaulow—que él sabía que eran falsos oficiales. Saltó, pues, a su asiento.

El empleado del *garage* dió marcha al motor. Rouletabille aun hizo que se le preguntara si el torpedo llevaba maletas o baúles.

Y el empleado contestó que el coche llevaba detrás una gran impedimenta.

—En esa impedimenta, ¿no había una especie de pequeño baúl pintado de colores vivos y con muchos clavos de cobre?

¡Sí! ¡Lo había visto aquel hombre!

Y Rouletabille gritó:

— ¡En marcha!

Partieron.

— ¡Son ellos! ¡Son ellos!—repetía sin cesar Atanasio. Y preguntó al repórter: —Pero ¿por qué pierde usted el tiempo ocupándose de maletas y baúles? ¿Qué falta nos hace ese baúl con clavos de cobre?

—No hay que descuidar ningún detalle, Atanasio. Al demostrarse que esa gente lleva los cofres robados en casa del general, se demuestra que es la gente que buscamos.

— ¡Sí que ha sido una suerte— confesó Atanasio— que esos bandidos se hayan detenido en el *garage*!

— ¡Y que nos hayamos detenido nosotros!— corrigió Rouletabille.

— Ahora no tenemos más que correr tras ellos...

— Sí, Atanasio, sí, sí— dijo el repórter, pensativo—.

Está bien. ¡Quizá está demasiado bien! ¡Al menos hubieran podido ocultar el cofrecillo!... Oiga, ese Gaulow ¿es muy fuerte?

— ¿Si es muy fuerte? Hace diez años que le persigo— contestó Atanasio sordamente—. Pero, por fin, he descubierto su guarida. ¡Ay! Acababa de salir de ella... Sí: no estaba ya en su *Castillo Negro*, un refugio que tiene en el fondo de las montañas, en que vive como un rey. Por diez minutos no lo he cogido en Kirk-Kilissé. Había tomado el tren para Andrinópolis. Subí al tren siguiente. Cuando llegué a Andrinópolis, hacía una hora que había salido de la ciudad con sus compañeros, es decir, con su banda. Acababa de enterarme de que dos autos les esperaban más allá de la frontera búlgara para una misteriosa empresa, cuyo criminal objeto sospeché. Entonces, decidí telegrafiar. Pero ¿cómo? ¿qué? En visperas de guerra, ¿me dejarían comunicar en lenguaje cifrado con el general en jefe de Sofía? No. Y ¿qué podía decir yo en escritura corriente? ¿Que le amenazaba un peligro? Me hubieran detenido como espía, y el despacho no hubiera salido. ¡Oh! ¡He pasado unos minutos que nunca olvidaré! Sin embargo, he intentado algo... Ya que todo despacho, incluso el más anodino, enviado al general en jefe hubiera sido seguramente objeto de un gran retraso y del examen receloso de la censura, telegrafié a un amigo mío para que dijese a Ivana...

— Que usted había tenido un mal sueño...

— Eso es... Y que no saliese de casa... Luego de esa advertencia, ¿por qué no ha desconfiado?... El general hubiese debido tomar precauciones...

— Ivana no ha querido dar cuenta al general...

— ¡Insensata!... Yo no perdí un minuto... Tomando el tren aquella misma noche en Andrinópolis, llegué a la

frontera búlgara, a Hermauli, donde se encuentra la aduana. Allí me enteré de que los bandidos habían bajado del tren anterior, haciéndose pasar por patriotas de Tracia que iban a alistarse a Sofía. Acababan de visarles los pasaportes cuando dos autos, cuya exacta descripción me hicieron, se presentaron y se los llevaron por el camino de Filipópolis. Hice despertar al jefe de la aduana, llamé al jefe de estación y dije a ambos que aquellos individuos eran espías turcos que iban a Sofía con muy mal propósito y que, a toda costa, debíamos intentar detenerlos.

»—Basta con telegrafiar— contestó el jefe de estación.

»Fuí con él a su despacho. Llamó a Filipópolis. No le contestaron: estaba cortado el hilo.

»No dudaba yo de que darían el golpe.

»Sin embargo, no podía explicarme cómo podían temer mi persecución, ya que estaba convencido de que la ignoraban. Pero el jefe de estación dijo de pronto:

»—Espere... Esta noche hemos recibido un telegrama de Andrinópolis para Simeón Tzankof.

»¡Oh! Era uno de los nombres de guerra de Gaulow: seguramente el que había utilizado en su pasaporte.

»El funcionario recordó los términos del telegrama.

Eran dos palabras turcas: *Dikab ete*, «lleva cuidado!». Entonces recordé haber encontrado en el muelle de la estación de Andrinópolis a un individuo del que yo tenía algunas razones para desconfiar. En cuanto lo ví, procuré pasar desapercibido, pero sin duda ya era tarde. Gaulow, como sabe que le busco hace diez años, ha intentado varias veces desembarazarse de mí con la misma saña que yo empleo para desembarazarme de él... Ya veremos finalmente quién...

—¡Continúe su relato! —interrumpió Rouletabille—. Continúel...

—Dentro de la desgracia, he tenido la suerte de encontrar este auto que se había quedado en la frontera porque su propietario no tenía los papeles que le pedían y que había ido a buscar por tren a Tirnovo. Las autoridades me dejaron coger el auto, luego de enterarse de mi condición.

»¡Ante todo, el servicio de Estado Mayor!

»Afortunadamente, dí con un buen coche; pero ¡llevaba tanto retraso!...

»Y partí!... Hice los cien primeros kilómetros a bastante velocidad, a pesar de algún pequeño accidente que me desesperó como usted puede comprender.

»En Filipópolis, y más tarde en Tatar-Bajardjick, recibí informes concretos acerca de los dos autos que ahora iban ocupados por oficiales.

»Supuse en seguida que Gaulow y los suyos habían encontrado la ropa necesaria para semejante transformación en los autos que les esperaban. Así habrán podido cambiar de traje mientras avanzaban, lo cual no hubieran podido hacer en ferrocarril.

»¡Ah!... En Filipópolis intenté de nuevo telegrafiar. También allí habían cortado los hilos. ¡Cómo tomaban precauciones!

»No obstante, era mi opinión que no se había perdido todo porque continuaba ganándole terreno a Gaulow.

»Al llegar a Zehtiman, que dista cincuenta kilómetros de Sofía, podía esperar que llegaría a la calle de Moskowska, ya que no antes que los bandidos, sí, al menos, al mismo tiempo que ellos. ¡Oh! Ya daba gracias al cielo y bendecía el incidente de la frontera que me había proporcionado el excelente automóvil que marchaba velozmente por un terreno accidentado. ¿Qué delantera me llevarían? Unos diez minutos.

• Pero a pocos kilómetros de la ciudad, estalló uno de mis neumáticos.

• Me precipité hacia el neumático de recambio que había visto en la parte posterior.

• Pero ese neumático, que yo creía nuevo, también estaba agujereado.

• ¡Caí de rodillas en el camino, mordiéndome los puños de rabia!

• Pensaba que mientras yo permanecía allí, impotente, asesinaban a mi querida Ivana.

• ¡Quise suicidarme! ¡Me volvía loco!

• Pero recobré el conocimiento, porque quería agotar hasta la última posibilidad.

• ¿Por qué los otros habían de acabar su viaje sin obstáculos? Cogí, pues, la caja de herramientas y arreglé un neumático atándole con cordeles unas bandas de caucho. Afortunadamente, tenía una cámara intacta. Y luego de veinte minutos de descanso, ya estaba el coche en disposición de moverse.

• Volviendo sobre mis pasos, llegué a Ichtiman, pues sólo allí podía encontrar un neumático de recambio. Me indicaron el domicilio de un herrero que los vendía y que se encargaba de hacer reparaciones de autos. Gracias a aquel buen hombre pude volver a ponerme definitivamente en camino. Pero ¡ay, cuánto tiempo perdido! Y mientras volaba hacia Sofía, ¡qué angustia tan atroz me oprimía el pecho!

• ¡Finalmente vi las casas y las iglesias de Sofía! Pero no había alcanzado a los bandidos. ¿Qué hacían en tan terribles minutos? Apelando a toda velocidad, llegué como una tromba, pero ¡tardel... ¡Ay de Ivana!...

Rouletabille no pudo menos de observar que toda la desesperación de Atanasio Khetev se refería únicamente

a Ivana, prescindiendo por completo del pobre general en jefe.

—¿Quiere usted mucho a su prima, Atanasio?

Khetev movió la cabeza y levantó los ojos al cielo un segundo, y no más tiempo para evitar una posible desviación.

—¡Ya lo creo! ¡La amo!—respondió con su voz ronca y desagradable—. ¿Acaso no es mi prometida?

—¡Alfo!—aulló Rouletabille.

testado cualquier vaguedad porque no se atrevía a quitarle toda esperanza.

Tras esa hipótesis, vió claro en su corazón y en el camino. ¡Y de pronto descubrió las huellas que parecía buscar! Le llevaron fuera de la carretera. Entonces hizo señas a Atanasio para que bajara y le siguiese por un pequeño atajo.

Aún no estaban lejos de la ciudad. De pronto lanzaron al mismo tiempo una exclamación.

Disimulados en un grupo de árboles, había dos autos abandonados. Se acercaron corriendo. Y encontraron en gran desorden trajes arrojados de cualquier manera y manchados, capotes de soldado y oficial, uniformes de diferentes graduaciones y velos que habían pertenecido a Ivona; velos trágicos, ensangrentados; velos sobre los cuales se precipitó Atanasio y de los que se apoderó a manera de reliquias.

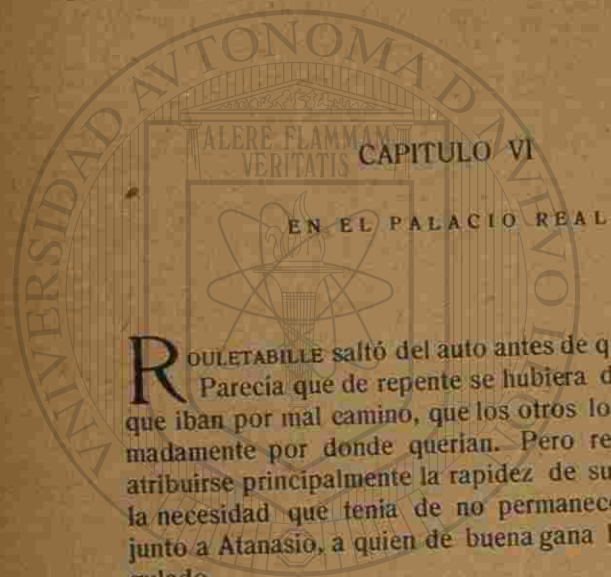
Rouletabile, al ver aquella acción, apretó los puños como si fuera a lanzarse contra su rival. Pero se contuvo y continuó andando tras las huellas que encontraba.

—¿Qué cree usted?—preguntó Atanasio—. Es de suponer que, como han abandonado los autos, no estarán lejos.

—¡Oh! A lo mejor no están tan cerca como parece... Dos grandes carretas les esperaban en donde hemos encontrado los autos. Y esas carretas eran tiradas por vigorosos caballos que han podido hacer mucho camino.

—Y ¿por qué carretas?

—Sí; carretas de campesinos... El camino seguido por ellos está lleno de coles y zanahorias. Es más: seguramente, aparte de abandonar los autos por comprometedores, han cambiado por la misma razón los uniformes por trajes de labriego. Así habrán podido volver a Sofía,



Rouletabile saltó del auto antes de que éste parase. Parecía que de repente se hubiera dado cuenta de que iban por mal camino, que los otros los llevaban taimadamente por donde querían. Pero realmente debe atribuirse principalmente la rapidez de su movimiento a la necesidad que tenía de no permanecer más tiempo junto a Atanasio, a quien de buena gana hubiera estrangulado.

Para no tener que hablar en seguida con aquel hombre y para ocultar su turbación, se puso a inspeccionar con gran atención la carretera, como si de pronto hubiera descubierto algo muy importante. Y no consiguió calmarse más que luego de haberse repetido diez veces la frase de Ivona: *Nadie tiene derecho a llamarse mi novio.*

Sin embargo, era muy improbable que, respecto a aquella cuestión, se envaneciera el búlgaro de lo que no era. Entonces Rouletabile, queriendo consolarse a todo trance, supuso que Atanasio había pedido la mano de Ivona y que la joven, que le apreciaba como un hermano, no habiéndolo querido causarle un disgusto, le había con-

o lo que es más probable, se habrán mezclado a los carros que volvían del mercado central en dirección a los pueblecitos. A estas horas seguramente estarán ya refugiados en alguna parte.

—Pero ¿cómo han podido hacer todo eso con una joven ya herida, que habrá forcejeado y gritado pidiendo auxilio en cuanto haya visto a alguien en la carretera?— preguntó Atanasio.

—¿Gritaba, acaso, cuando a través de los cristales del auto, miraba tranquilamente, según ha dicho el empleado del *garage* del puente de los Leones?

—¡Es incomprensible!

—Quizá habrían prometido a la señorita Vilitchkov meterle una bala en la cabeza en cuanto gritase.

—Conozco a Ivana... ¡Y eso no hubiera podido detenerla!... ¡Antes hubiese muerto que convertirse en presa de esos miserables!...

—Pues ¿qué voy a decirte? Podrá ser incomprensible, pero ¡es así!... ¡Ni ha forcejeado ni ha gritado!— afirmó Rouletabille.

—¿Cree usted que les ha seguido de grado?

—¡Eso opino!—acabó por decir el repórter.

—¡Caballero!—gritó el búlgaro, avanzando con los puños apretados y dispuestos a golpear—. Va usted a explicarme por qué se atreve a proferir semejante tontería.

Rouletabille palideció, pero se contuvo.

—¡No pienso explicarle nada, caballero! Y acabemos ahora mismo esta disputa inútil. ¡No tenemos el tiempo para discutir!

Volieron a Sofia sin decir ni una palabra más. Atanasio estaba abatido.

El búlgaro, sin ocuparse más del repórter, paró el auto

ante el palacio real y penetró preguntando por el general Stanislawof. No se dió cuenta de que Rouletabille le seguía. Y los dejaron pasar a ambos, creyendo que pedían audiencia juntos.

Sin embargo, sólo entró Atanasio Khetew en el despacho del general. Un ujier atravesó el antedespacho llevando una orden. Rouletabille le dió su tarjeta para que la entregara al general. Y quedó examinando una pequeña y grasienta libreta que había sacado del bolsillo y que era el objeto recogido del suelo en el jardín del general Vilitchkov. Contenía varias notas escritas tan pronto en turco o en búlgaro como en francés. Además, había fechas, extraños dibujos de una geometría singular y, al fin, una lista de nombres y direcciones turcos. Todo aquello le pareció de primer momento incomprensible. De las palabras turcas sólo traducía: *guidje*, la noche; *guené*, *guedjem*, volveré; palabras seguidas de una fecha, tras la cual figuraban *sandalje*, el taller, y *guidich-guelich*, ida y vuelta.

Pero continuando el ojeo de la libreta, iluminóse su rostro y acabó por lanzar una sorda exclamación. Había leído estas palabras en francés: *Sofia de la catarata*.

Metióse prestamente la libreta en el bolsillo porque el ujier iba a buscarle para introducirle cerca del general.

Atanasio estaba haciendo entonces un relato en búlgaro. Stanislawof le rogó que lo continuara en francés. Atanasio obedeció luego de lanzar una mirada nada agradable al repórter.

—Ese miserable—dijo—se me ha escabullido siempre de entre los dedos, mi general. ¡Cuántas veces he creído tenerle cogido! Pero siempre me ha escapado... ¡Gaulow tiene lo menos diez o veinte personalidades! Se llama Gaulow para nosotros, Tzaukol para los pomaks, Dot-

chan en el Rhodope, Simeón en Macedonia, Hadji Abdul Kerim en Kirk Kilisé y en Andrinópolis, Kara Selim en el Castillo Negro. Además tiene nombres que yo desconozco en Odessa y en todos los puntos del mar Negro donde se distrae de su profesión de bandolero montañés haciendo un doble negocio como pirata y como traficante de esclavos.

—Pero de todos modos—interrumpió el general—, habrá un sitio en que ese genio del mal descanse volviendo a ser simplemente Gaulow; un rincón en que esconda el fruto de sus rapiñas, un refugio adonde irá para recobrar fuerzas.

—Sí, mi general. Existe ese sitio. ¡Y por fin he logrado conocerlo! Para acercarme a él, me he jugado la vida. ¡Bien valía la pena! Ese sitio se llama Kara-Kulé, el Castillo Negro!

—¿Dónde se encuentra?

—En este preciso lugar del mapa, en un repliegue desconocido del Istoandja, no lejos del Tachtépé... De ahí sale; ahí vuelve cuando ha realizado sus horrendos propósitos... ¡Ahí llevará el precioso botín de su última expedición: la hija del general Vilitchkov y todo lo que nos ha robado!... Allí está el amo, y no por la gracia de Dios, ya que no reconoce ninguno, ni el de los cristianos, del cual ha renegado, ni el de los musulmanes, que ha aceptado públicamente... ¡Es el amo! Y nadie puede nada contra él... Ningún emperador domina más su imperio; ningún señor feudal ha sido más poderoso ni más temido en su castillo... Pero mientras el buitro no haya vuelto a su nido ¡no se habrá perdido todo para nosotros! Todavía podemos esperar atraparlo... Acabo de hacerle el relato fiel de la desgraciada expedición de esta mañana. De ella hemos podido al menos sacar la conclusión de

que el miserable no está lejos, de que aún está en Bulgaria... ¡Que no salga!... Haga vigilar todos los caminos, haga infranqueable la frontera y ¡todavía podemos salvarnos!

El general, dirigiéndose al repórter, dijo:

—¿Qué opina de todo esto, señor Rouletabille?

—¡Oh! Yo—declaró tranquilamente el joven—, luego de la expedición nuestra de esta mañana, pienso precisamente todo lo contrario que el señor Khetew...

—¿Qué haría usted, pues?—preguntó intrigado el general.

—Daría orden al jefe de policía de que no vigilara los caminos y dejara en paz a los viajeros sospechosos para hacer la frontera cuanto más franqueable mejor.

Atanasio Khetew oía a Rouletabille como quien oye hablar a un aparecido. Pero el general, luego de haber demostrado al principio cierto asombro ante un programa que parecía un disparate, pareció comprender a Rouletabille. Le dió una palmadita amistosa en el hombro y dijo al oficial:

—¡Aquí tiene, Khetew, a uno que no hubiera empleado diez años en descubrir a Gaulow!

—Permítame, mi general, que le confiese—replicó Khetew, muy colorado y lanzando a Rouletabille una mirada incendiaria—que no acabo de comprender lo que ha querido decir este caballero...

—¿Cómo? ¿No comprende usted que Rouletabille (el periodista se puso también muy colorado al oírse tratar con esa familiaridad) desea que se permita a Gaulow volver cuanto antes a su castillo, porque cuanto más pronto sepamos dónde está más pronto podremos recobrar los planos?...

—Por lo visto ha hablado de los planos a Atanasio—

se dijo el repórter—. Pero ¡a mí los planos me importan un bledo!...

E inclinándose, dijo en voz alta:

—¡Y podremos recobrar a la señorita Vilitchkovi!...

—¡Ya pienso en Ivana, ya!—dijo el general—. Ahora la considero como mi hija adoptiva...

—¡Mi general!—declaró Rouletabille—. El hecho de comprenderme usted en seguida demuestra que mi plan es excelente. En todo caso, creo que es el mejor. Gaulow es fuerte. Lo ha previsto todo. ¡El hecho de cambiar un *auto* por una carreta campesina cuando está uno perseguido a setenta u ochenta por hora, es una ocurrencia digna de consideración! Y no hay que atribuirlo a casualidad. ¡La carreta o, mejor dicho, las carretas estaban encargadas de antemano. Tengo la seguridad de que unos individuos que en el momento más crítico, cuando casi les íbamos a los alcances, nos han hecho esa jugareta, aún nos reservan tretas por el estilo. ¡Hay que dejarlos hacer! Y hasta conviene que usted les ayude a llegar a su castillo, ya que no podemos impedirselo... Cuando estén allí, ¡será la nuestra!...

—¡Caballero!—interrumpió Atanasio—. Hace un momento tuve el honor de decir al general que Gaulow es invulnerable en su castillo.

—Será invulnerable para quien vaya a atacarle, pero no para mí, que me presentaré como amigo, o al menos como «transeunte». Ni tan siquiera ocultaré la verdad. Diré quién soy o, mejor dicho, quiénes somos, porque me llevaré a mis dos reporters y a nuestros criados. ¿Tiene algo de particular que unos corresponsales de guerra se extravíen en la montaña y pidan refugio en el primer castillo que encuentren? Como procederemos de Bulgaria, quizá nuestro huésped nos pregunte curiosa-

mente noticias de Sofía. Al fin y al cabo, no tendrá ninguna razón para no recibirnos ni para desconfiar de nosotros. A mí no me conoce. Y quizá tenga interés en trabar amistad conmigo. Cuando, finalmente, estemos instalados, yo les juro que conseguiremos llegar hasta la señorita Vilitchkov o, cuando menos, sabremos dónde está. ¡Y que el diablo nos lleve si no echamos mano al cofrecillo que contiene los dichosos documentos!

—Si ha venido aquí para robar documentos de guerra, y si lo ha conseguido, hay probabilidades para suponer que no los haya guardado en su poder—dijo desdeñosamente Atanasio, que no se rendía—. Como usted comprenderá, habrá querido, sin pérdida de tiempo, llevarlos para su venta al Estado Mayor otomano.

—Eso es precisamente lo que nos falta saber... El general y yo pensamos que muy bien puede ocurrir que Gaulow ignore la presencia de esos documentos entre los objetos que se ha llevado...

—Se trata de una hipótesis—puntualizó el general—. ¡La verdad es que yo no sé nada!...

—Bueno... ¡Pero hay que saberlo!... Si Gaulow se ha enterado de que tiene esos papeles, no cabe hacer otra cosa que avisar al general que sus planos son conocidos. Pero mientras el general no se dé cuenta de ello, no habrá motivo para desesperarse...

Stanislawof oprimió un timbre.

Presentóse un suboficial.

—Que pase el jefe de policía.

Este se presentó casi a continuación. Y se asombró mucho de ver a Rouletabille en el despacho del general.

—Puede hablar delante de estos caballeros, Excelencia—advirtió el general—. ¿Hay alguna novedad?

—¡Ninguna, mi general!... No hemos recibido noticia

alguna que pueda ponernos en una buena pista... Pero no hay que desesperar; he mandado telegrafiar a todas partes... Y ahora todos los *autos*, absolutamente todos, que llegan a la ciudad o atraviesan los pueblos por todos los caminos han sido, o están siendo, detenidos, registrados. Se interroga a sus ocupantes...

—¡Bueno, bueno!—interrumpió el general con marcada impaciencia—. Los bandidos esos no van en *auto*. Puede usted hacer parar todos los *autos* que guste. ¡A ellos les da lo mismo!

—¿No van en *auto*?

—¡No, señor!... Al parecer viajan en carreta...

—¡Pues haré que sean detenidas todas las carretas!...

—¡Mucho me parece!... Además, quizá fuera inútil, porque es posible que cuando detengan todas las carretas, vayan ellos en *auto*... Pero dejemos eso... ¿Ha habido tortura?...

—Sí—contestó el jefe de policía, que parecía confuso—. ¡Ha habido tortura, mi general! El cuerpo del general acaba de ser examinado muy atentamente por los médicos forenses que le han hecho la autopsia. Y no caben dudas. ¡Ha habido tortura!

—¡Cristo!—gruñó Stanislawof—. ¡Han querido hacerle hablar! ¡Necesitaban que les dijera algo! Eso indica que sabían lo que iban a buscar! Se han llevado el cofrecillo con pleno conocimiento de causa...

—¡Nada menos cierto que eso, mi general!—exclamó Rouletabille—. En primer término, Gaulow es muy capaz de torturar al general Vilitchkov por el mero placer de hacerlo... Además, ¡no creo que el general hubiera hablado ni aun con la peor tortura!...

—¡Eso tampoco lo creo yo!... Pero, sin darse cuenta, puede haberse traicionado... Recuerde de qué manera

abrazaba el taburete sobre el que se hallaba el cofrecillo... La rabia con que defendería el mismo cofrecillo quizá enseñara demasiado a Gaulow... Pero ¡no podemos permanecer más tiempo en esta incertidumbre!... Nos vemos en la necesidad de obrar como si estuviera enterado... ¡Hay que ganar tiempo!... ¡Hay que empezar de nuevo!... ¡Telegrafie noticias optimistas, caballero!—terminó diciendo el general a Rouletabille—. ¡Muchas gracias, señores!...

Aquello era una despedida. Y Rouletabille, viéndose vencido, quiso protestar.

—¡Le ruego, mi general, que piense en mi proposición!...

—Su proposición tiene algo de *Las mil y una noches*... Al principio seduce, pero luego hace sonreír...

Y dirigiéndose al jefe de policía, ordenó:

—¡Excelencia, redoble la vigilancia, ponga en pie toda la policía del reino, haga todo lo posible para que no se nos escape Gaulow!...

—¡Se le escapará, y no sabremos dónde está!—replicó con obstinación el repórter—. Si le acosan, permanecerá oculto unas semanas, acechando un momento más propicio para atravesar la frontera. ¡Déjele que vuelva a la *Karakulé*, mi general!

Pero el general movió negativamente la cabeza.

Y dijo al jefe de policía:

—Le transmito la orden de Su Majestad, según la cual, hay que detener a Gaulow dentro de veinticuatro horas.

Todavía añadió, refiriéndose a Atanasio:

—Este caballero se irá ahora con usted para darle cuenta detallada de la expedición de esta mañana.

El jefe de policía saludó y se retiró pensando: «¡Vaya una lata!»

Pero Rouletabille, como Khetew no se movía, no salió. El general, al ver que se quedaba, quiso burlarse un poco de su terquedad. Y llevándolo suavemente hacia la puerta, le dijo:

—Su proyecto, querido amigo, está basado en una buena voluntad y en una confianza en sí mismo que, por lo que veo, raramente debe faltarle. Lo que no tiene fundamento es lo que piensa usted acerca de la vuelta de Gaulow a la *Karakulé*, precisamente en estos momentos...

Rouletabille, que ya había sido llevado casi hasta la puerta, penetró bruscamente hacia el centro de la sala, diciendo:

—¡Estoy seguro de eso, mi general! ¡Gaulow tiene que estar en el Castillo Negro el 12 de octubre!...

—¿Está citado con usted?

—No; pero lo está con un individuo procedente del Mar Negro y que ha de desembarcar en Vasiliko... Es un tal Kasbeck...

Atanasio dió un salto de sorpresa.

—¿Kasbeck el Circasiano? ¿El eunuco de Ab-ul-Hamid?... Si es así, todo se explica, mi general... Precisamente siguiendo a ese eunuco llegué a descubrir a Gaulow... Y ese eunuco es el que compró a Gaulow la pequeña Ivana para el harén del ex sultán... ¡Mi general!... ¡Gaulow ha venido a raptar a Ivana para venderla a Kasbeck!... Pero ¿cómo se ha enterado usted de eso?—exclamó Atanasio dirigiéndose a Rouletabille.

—¡Bah!—contestó Rouletabille—. Sé todo eso porque es mi oficio saberlo.

—Pero ¿no puede decirme cómo se ha enterado?

—¡Es un secreto, caballero!

—¿A mí—preguntó Stanislawof—tampoco me lo confiará?

—A usted, mi general, sí que lo diré—contestó Rouletabille.

Y adelantándose hasta el gran mapa colgado de la pared, puso el dedo en el lugar que poco antes había señalado Atanasio.

—He aquí Tachtepé, donde se eleva la *Karakulé* de Gaulow... Ahí estará Gaulow el próximo día 12... ¡Y yo también!... Estamos a 5. Por lo tanto, nos quedan siete días para reunirnos. Cuatro días después de haber entrado en el castillo (me concedo ese plazo), o sea el 16 de octubre, sabré exactamente todo lo que necesitamos saber. ¡Sabré si los planos continúan en el cofrecillo y si se sospecha su presencia!

—Caso de que los encuentre allí—dijo el general—, ¡destrúyalos! Será más prudente que intentar traérmelos... ¡Lo que importa es que nuestras intenciones hayan permanecido ignoradas del enemigo!...

—Respecto a eso, mi general, sabré el 16, a más tardar, lo que haya. El 17, uno de nosotros, quizá yo mismo...

—O yo—dijo Atanasio.

—Eso es, porque veo con gusto que a este caballero le agradaría formar parte de la expedición... Uno de nosotros, pues, atravesará la frontera. Y le enterará de lo que ocurra. Así es que el 18, si no antes, ya sabrá usted a qué atenerse...

—¿Y si el 18 no he tenido noticias de ustedes?

—Las tendrá, mi general...

—Bueno... Atanasio Khetew, ¿marcha con usted?...

—¡Claro!—dijo Khetew—. Sin mí, le sería muy difícil llegar a la *Karakulé*...

Rouletabille se encogió de hombros y no le contestó. Mirando el mapa, dijo al general:

—El día 17 que nos esperen sus correos en el Estrandja-Dagh, a la parte de acá de la frontera, en Kaïkhar y en Odjakini. Ya nos verán llegar. Uno de nosotros preguntará en cualquiera de esos dos pueblos por el correo del general Stanislawof...

—¿Por qué precisamente en esos dos pueblos?—interrogó el general mirando fijamente a Rouletabille.

—De sobra lo sabe usted... Porque según mi plan, que por casualidad ha coincidido exactamente con el de usted, esos dos pueblos dominan los desfiladeros por los que el ala izquierda de su tercer cuerpo de ejército (al que se cree sobre el Maritza, acabando su movilización, pero que realmente permanece agrupado en el extremo Este, no lejos del terreno de las últimas maniobras de septiembre) desembocará sobre la vertiente Sur del Estrandja, precisamente encima de Kirk-Kilissé.

—¡Eres el diablo!—masculló Stanislawof—. Pero si triunfas, puedes venir en seguida a pedirme lo que quieras, ¿sabes?, ¡lo que quieras!...

¡Le tuteaba el general! Rouletabille decidió aprovechar un momento tan propicio. Y, con cierta turbación, dijo:

—Precisamente tengo que pedirle algo...

—¿De veras?... ¡Yo creía que toda tu actividad era por afición al reportaje!... Habla, habla...

—¡Mi general!... Este caballero me dispensará, pero no puedo hablar más que con usted solo.

Y diciendo esto, había señalado a Khetew.

El oficial saludó y pidió permiso para retirarse.

Atanasio, antes de llegar a la puerta, saludó también a Rouletabille. Pero éste le volvió la espalda. El general se dió cuenta del movimiento.

—¿Qué es eso?—preguntó—. Sólo se conocen desde

esta mañana ¿y ya son enemigos?... Tengan presente que necesito a los dos... ¡A darse las manos!...

Pero Rouletabille dijo:

—Necesito que este caballero se excuse conmigo.

Atanasio palideció, pero haciendo un esfuerzo, declaró:

—Cuenta con ello.

Y se estrecharon la mano bajo la mirada de Stanislawof, que les ordenaba que olvidaran una enemistad cuya causa, al fin y al cabo, ignoraba.

Después Rouletabille indicó a Atanasio que hiciera los preparativos de marcha, y le citó en su casa, para las ocho. Le anunció también que tomarían juntos un tren especial nocturno, del cual bajaría la expedición con gran misterio varios kilómetros antes de llegar a la frontera.

Cuando quedaron solos el general y Rouletabille, aquél dijo a éste, en un tono, por cierto, muy amable:

—Diga, joven... Le escucho...

—Si triunfo, mi general, he aquí lo que le pediré...

Hace un momento, hablando usted de la joven raptada por Gaulow y todos cuyos parientes han muerto, ¿no decía que se considera respecto a ella como su padre adoptivo?... Pues bien: si consigo arrancarla de manos de Gaulow al mismo tiempo que los documentos, ¡le pediré la mano de Ivana Vilitchkov!...

Stanislawof, con gran sorpresa del periodista, carraspeó extrañamente luego de oír la ferviente confidencia...

—¿Tiene usted mucho interés en ello?—preguntó.

—¿Si tengo?—murmuró Rouletabille, que palidecía a ojos vistas.

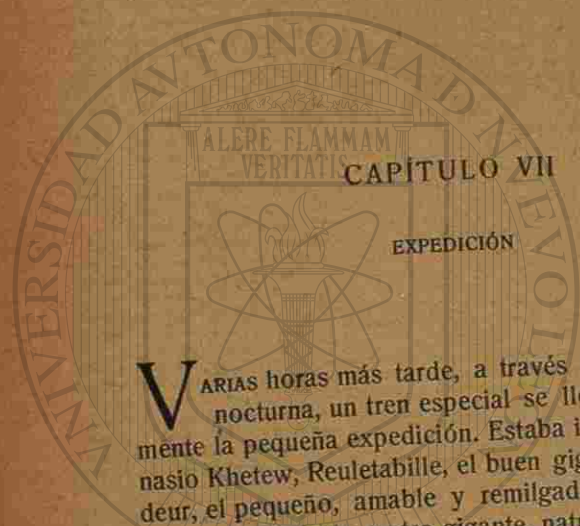
—¡Es que le voy a decir, amigo mío, que lo que usted me pide es completamente imposible!... ¡Ya he prometido la mano de Ivana a Atanasio Khetew!...

Rouletabille le preguntó, entre dos sueños, si había servido en algún restaurante de la Costa de Marfil, donde se adquiere la enfermedad del sueño. A lo cual contestó Modesto que no era preciso ir a la Costa de Marfil para contraer esa enfermedad y que había notado los primeros síntomas de ella la primera semana que estuvo en una cervecería de Montmartre, donde servía a clientes muy despiertos hasta las tres de la madrugada.

—Es una enfermedad muy extendida entre los camareros de cafés—explicó—. Solamente en París somos varios millares los que llegamos al trabajo a las nueve de la mañana para sacar brillo a los dorados y asear la terraza, y no podemos irnos a la cama hasta el día siguiente, entre tres y cuatro de la madrugada... Y cuatro horas de sueño no bastan... sobre todo cuando uno no tiene derecho a sentarse en el resto del día. Si llega usted a un café o cervecería a hora en que no hay prensa, encontrará a todos los camareros en pie, apoyados con una pierna en una mesa o con el pie en el travesaño de una silla, con los brazos cruzados en actitud de profunda meditación. ¿Meditan? No; duermen. Duermen un minuto, dos, tres. Se resarcan como pueden. En cuanto a mí, he hecho mi cuenta: tengo veintitrés mil trescientas setenta y cinco horas de sueño atrasado...

—¡Carambat!—exclamó Rouletabille.

—Fijese, fijese... Tengo cuarenta años y soy camarero desde los quince. Por lo tanto, hace veinticinco años que trabajo en ello y, por una especie de fatalidad, siempre en establecimientos que tenían «el permiso de las tres horas». Un hombre honrado debe dormir cuando menos siete horas. ¡Y yo dormía cuatro! Trescientos sesenta y cinco días multiplicados por las tres horas que me faltan diariamente, hacen mil noventa y cinco, que tengo que



VARIAS horas más tarde, a través de la obscuridad nocturna, un tren especial se llevaba misteriosamente la pequeña expedición. Estaba integrada por Atanasio Khetew, Reuletabille, el buen gigante de La Candeur, el pequeño, amable y remilgado Vladimir, el camarero Modesto y otro gigante, natural de Transilvania y llamado Tondor, ayuda de cámara de Vladimir Petrovitch, ¡porque el tal Vladimir, que generalmente ignoraba si podría comer, tenía un ayuda de cámara! Y qué ayuda de cámara! Tenía manía de grandezas como su amo, el cual le había prometido que ambos «arrastrarían carroza» algún día; claro está que no dándole a la frase un sentido literal...

Los expedicionarios, como es natural, llevaban caballos y mulas para transportar las tiendas. Modesto, poco amigo de garambainas, había decidido montar una mula, porque, según él, le sería más fácil dormir sobre ella. Era un criado muy fiel que siempre dormitaba, a no ser que durmiera profundamente; pero en aquellos tiempos revueltos, había que tomar lo primero que se encontraba

multiplicar por veinticinco, lo cual da, en efecto, doscientas tres mil trescientas setenta y cinco horas de sueño perdido.

—Todo eso, estimable camarero, me lo hubiera podido decir usted cuando le tomé a mi servicio —comentó Rouletabille, melancólico.

—¡Ah!... Es que yo quizá sirva al señor durmiendo, pero serviré...

Al día siguiente por la mañana bajaba la pequeña expedición al pie del Estrandja-Dagh. Vladimir y La Candeur sabían vagamente que iban a estudiar los futuros campos de batalla. A partir de allí, entrarían en país enemigo. ¡Y había que ver la cara que ponía el buenazo de La Candeur al considerar que Rouletabille se dedicaba a un reportaje tan peligroso como complicado! Sin embargo, en los días siguientes acabó por desenojarse al comprobar que aquel viaje por un país de apariencia tan hostil transcurría sin ninguna aventura desagradable, a pesar de los malos agüeros de Vladimir, que, en cada suelta entrevista algo indecisamente, creía reconocer a Marko el Valaco. ¡Era su pesadilla!

Por la noche, en la tienda, cuando Rouletabille creía que Vladimir y La Candeur dormían, los dos reporteros, quizá para olvidar a Marko y las horribles asechanzas que les preparaba en la sombra, jugaban a las cartas con gran constancia y entusiasmo. Rouletabille acabó por sorprenderles y quitarles las cartas a pesar de sus lamentaciones. Y no hubo otro incidente!

¿Cómo atravesó aquel grupo la frontera sin ser molestado por los turcos? ¿Cómo atravesó aquellas montañas abruptas y salvajes, habitadas por poblaciones sospecho-

sas, sin ser molestado?... Eso no dejó de asombrar a Rouletabille; pero si era preciso explicar tan feliz éxito, podría explicarse por el perfecto conocimiento que Atanasio Khetew tenía del país.

Una tranquilidad tan completa comenzaba a intrigar seriamente al repórter, cuando una buena mañana, luego de varias vueltas, llegaron a la tierra de Gaulow. Una vez allí, Atanasio se disfrazó de pobre conductor de mulos y hasta se colocó bajo las órdenes de un *katerd-jibaschi* (jefe de muleros), a quien había encontrado en la montaña y que le alistó en seguida porque le conocía de tiempo atrás.

Al principio tuvo que bajar a un valle defendido por tremendos picachos. Por mucho que alcanzase la mirada, el paraje no ofrecía ningún aspecto que engendrara alegría. Encontraron ruinas todavía humeantes. Pero lo más asombroso fué un pueblo en cuyas ventanas y balcones los campesinos habían colocado banderas.

—Supongo —gruñó La Candeur— que no engalanarán las casas por nosotros.

—No —replicó Vladimir, que acababa de interrogar a una niña harapienta—. Es por el casamiento de Kara Selim, el señor del Castillo Negro.

—¿Con quién se casa?

—¡Oh, no me han dicho exactamente con quién! Pero el hecho no se consumará más allá de mañana. Y será con una joven cristiana, a la que ha conocido hace poco.

Atanasio, al oír aquellas palabras, había hundido las espuelas en los flancos del animal. Rouletabille gritó con voz ronca:

—¡En marchal

Y le pasó delante.

—¿Adónde vamos?... ¿Adónde vamos?... ¿Qué hemos

venido a hacer aquí?...—gemía La Candeur—. Además, ¿qué nos va ni qué nos viene si ese Kara Selim se casa o se queda soltero?

Aun pasaron varias horas marchando silenciosamente por la pendiente. Al anochecer, el tiempo, que había sido bueno, cambió de pronto, como sucede en la montaña. Y estando en un áspero desfiladero, sobrevino la tormenta... ¡La tormenta en el fondo de un abismo!...

Tuvieron que detenerse algunos instantes y refugiarse tras una roca que interrumpía a medias el camino y que parecía caída allí para decir: «No vayáis, oh humanos, más lejos!»

Armonizaba tan bien aquella tormenta con la sima cerrada en todos sus lados por escarpados prodigiosos, cuyas cumbres iban a perderse en colosales nubes negras atravesadas por la quebrada lanza del rayo, que diríase que la Naturaleza nunca se apaciguaría en aquel lugar y que los enfurecidos elementos habían sido confinados allí para rebullir, combatirse y rugir eternamente.

En el aire flotaban jirones de niebla, como pájaros monstruosos. El viento omnipotente ladraba con sus mil voces de perro.

—¡En marcha!—aulló Rouletabille restallando su látigo sobre la cabeza de los muleros.

—En marcha!—repitió Atanasio.

Y los audaces no tardaron en sentir sobre la nuca los puñetazos del huracán que se sumía en la nieve, la trastornaba y la dispersaba. Los caballos bajaban la cabeza y relinchaban con espanto. Inmensos remolinos envolvían a la caravana. La Candeur se lamentó lúgubrementemente y Vladimir prorrumpió en una carcajada insensata e insultante para Dios o para el Diablo, para quien hubiese dispuesto aquella tormenta. El tiempo y el espacio pare-

cían haber dejado de existir. ¿Avanzaban nuestros viajeros? ¿Estaban en el mismo sitio? ¿Era de noche? ¿Era de día?... Y aquella sombra formidable aparecida de pronto allá lejos con sus almenas, con sus merlones, con sus barbacanas, con sus atalayas, con su torreón, con sus torrecillas... aquella sombra terrible, ¿corría hacia ellos?... ¿O se deslizaban ellos hacia ellas?...

¡No, no!... No era un sueño, ni una pesadilla, ni una alucinación... El Castillo Negro existía... Estaba bien asentado sobre la roca infernal y suspendido como una amenaza sobre el abismo... El Castillo Negro existía... Tenía un lugar en la tierra y en el mapa... ¡Y sin embargo, era su vista más terrible que la de todos los horrosos castillos dibujados por la locura o por el genio del hombre o por la imaginación extravagante y enfermiza de los poetas!

¡Qué arquitecto de Occidente, venido antaño con los Cruzados, se habría detenido allí para levantar en el fondo del pasmado Oriente aquella edificación de forma asquerosa, enhiesta, temerosa como un gigantesco animal en acecho, como una bestia del Apocalipsis que acechara la tierra desde lo alto de su morada celeste, como un bloque siempre dispuesto para la batalla, como una fortaleza de presa ennegrecida por los siglos, pero a la que los siglos no han podido lastimar!

—¡Adelante! ¡Adelante!... ¡El Castillo Negro! ¡Es el Castillo Negro!...

Y Rouletabille corrió hasta el fondo de aquella sombra como un Don Quijote moderno que, más afortunado que el antiguo, tuviese una verdadera dama a quien salvar...

El valor de los expedicionarios había podido más que el huracán. Pero no habían acabado de luchar. La tor-

menta se transformó. Cierto es que calló el viento. Pero una lluvia atroz, fría y negruzca comenzó a derramar sus inagotables torrentes; la tierra, al recibirla, exhalaba vapores pestilentes; y el choque del granizo y de la escarcha, junto con el estrépito de las aguas que guardaban el pie de aquellos muros monstruosos, ponía notas tétricas en la noche.

—¿Llegamos ya?—preguntó el aniquilado La Candeur al propio tiempo que Vladimir se declaraba encantado de la ducha.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—gritó Rouletabille—. Cuando estés dentro, siempre preguntarás cuándo salimos...

Probablemente les habían visto desde el castillo, porque no necesitaron llamar. Al acercarse bajó un enorme puente levadizo, sobre el cual transpusieron el abismo. Luego se levantó tirado por sus cadenas, y pegóse con un ruido sordo a la puerta del Castillo Negro, que había engullido a los viajeros...

CAPITULO VIII

EL CASTILLO NEGRO

QUIEREN cambiarse de ropa los señores?... ¡La verdad es que han tenido mal tiempo!...

Con esas hospitalarias palabras, pronunciadas por un mayordomo obsequioso, fueron acogidos Rouletabille y sus acompañantes.

—No reciben mejor a uno en las pensiones suizas—observó en voz alta el repórter.

—¡Con tal de que no encontremos a Marko el Valacol!—exclamó Vladimir, que durante todo el viaje no había cesado de pensar en aquel temible rival en malas noticias—. Si no nos ha seguido, es que nos ha ganado la mano. ¡Quizá esté mejor enterado que nosotros acerca de lo que venimos a hacer aquí!...

Aquello era una alusión directa a la discreción de Rouletabille, que aun no había informado de una manera bien precisa a sus acompañantes acerca de la empresa y de los peligros que les haría correr.

—El señor nos injuria comparando el *Castillo Negro* con una pensión de familia—continuó diciendo el mayordomo—. Aquí no recibimos más que a viajeros distin-

menta se transformó. Cierto es que calló el viento. Pero una lluvia atroz, fría y negruzca comenzó a derramar sus inagotables torrentes; la tierra, al recibirla, exhalaba vapores pestilentes; y el choque del granizo y de la escarcha, junto con el estrépito de las aguas que guardaban el pie de aquellos muros monstruosos, ponía notas tétricas en la noche.

—¿Llegamos ya?—preguntó el aniquilado La Candeur al propio tiempo que Vladimir se declaraba encantado de la ducha.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—gritó Rouletabille—. Cuando estés dentro, siempre preguntarás cuándo salimos...

Probablemente les habían visto desde el castillo, porque no necesitaron llamar. Al acercarse bajó un enorme puente levadizo, sobre el cual transpusieron el abismo. Luego se levantó tirado por sus cadenas, y pegóse con un ruido sordo a la puerta del Castillo Negro, que había engullido a los viajeros...

CAPITULO VIII

EL CASTILLO NEGRO

QUIEREN cambiarse de ropa los señores?... ¡La verdad es que han tenido mal tiempo!...

Con esas hospitalarias palabras, pronunciadas por un mayordomo obsequioso, fueron acogidos Rouletabille y sus acompañantes.

—No reciben mejor a uno en las pensiones suizas—observó en voz alta el repórter.

—¡Con tal de que no encontremos a Marko el Valacol!—exclamó Vladimir, que durante todo el viaje no había cesado de pensar en aquel temible rival en malas noticias—. Si no nos ha seguido, es que nos ha ganado la mano. ¡Quizá esté mejor enterado que nosotros acerca de lo que venimos a hacer aquí!...

Aquello era una alusión directa a la discreción de Rouletabille, que aun no había informado de una manera bien precisa a sus acompañantes acerca de la empresa y de los peligros que les haría correr.

—El señor nos injuria comparando el *Castillo Negro* con una pensión de familia—continuó diciendo el mayordomo—. Aquí no recibimos más que a viajeros distin-

guidos; no hay que tomar nuestra casa por un figón... La hospitalidad de Kara baja es célebre en muchas leguas a la redonda. Y tengo el encargo de advertir a los señores que mi ilustre amo tiene un verdadero placer en recibirlos.

—¿Nos esperaba?

—Según parece, los señores han sido anunciados por nuestro intendente, que les ha visto desde lejos...

—¿Dónde ha servido usted?...

—En el café Húngaro de Budapest.

—¿En el café Húngaro? ¡Yo también!—exclamó Modesto—. Es un café que cierra a las tres de la madrugada.

—Y ¿cómo fué el venir aquí?—preguntó Rouletabille.

—Kara Selim vino una noche al café, y me oyó hablar varias lenguas. El digno señor necesitaba un intérprete. Y me propuso tales condiciones que acepté seguirle como *drogman*... El empleo no es malo... no me quejo... Además de las propinas, tengo una participación en los beneficios... Si los señores quieren seguirme...

Los viajeros miraban un poco extrañados a aquel camarero vestido con larga librea llena de galones dorados, como las que llevan los servidores de los palacios, y que tranquilamente se daba un bombo ante media docena de individuos con facha bastante desagradable que estaban sentados en los bancos de piedra de aquel singular vestíbulo, cuyo techo en forma de bóveda unía las dos torres de entrada entre las cuales se encontraba la poterna. Aquellos aventureros, algo desarrapados, pero, eso sí, armados hasta los dientes, bebían *vaki* al mismo tiempo que jugaban a los dados. Y Vladimir atendía a las jugadas.

—¿Hace usted buenas migas con esta gente?—preguntó Rouletabille al mayordomo.

—¡Pse! No son malos, y además tienen lo que necesitan. Puede el señor hablar en voz todo lo alta que quiera porque no comprenden el francés. Yo soy de origen polaco, y me llamo Priski, para servir al señor. Nuestro intendente me ha dicho que me ponga a su entera disposición. No tienen los señores nada que temer. Su excelencia Kara Selim vive unos días felices. Está enamorado y se casa. ¡Habrá fiestas aquí! Para ellas ha invitado a todos los hidalgos de la comarca. Y unos forasteros como los señores no dejarán de ser bien recibidos en semejantes circunstancias.

—¿Siempre son bienvenidos los viajeros?—preguntó La Candeur haciendo a Rouletabille un guiño, con el cual quería dar a entender muchas cosas.

—Siempre, señor—respondió el otro con una sonrisita—. Pero les ruego que me sigan. He de enseñarles sus habitaciones.

—¿Están lejos?

—No, señor. En el hotel de los Extranjeros.

—¿En el hotel de los Extranjeros?

—Así llamamos al torreón. Les advierto a los señores que estarán como en su casa. ¡Vengan, vengan!

E hizo una señal a toda la caravana para que le siguiera.

Atravesaron, siempre bajo la lluvia, un inmenso deslunado, ocupado por soldados de Gaulow, es decir, por bribones muy alegres, la mayoría de los cuales tenía el tipo *pomak*. Reían, bebían y jugaban en tiendas que habían levantado en aquel patio, como si estuvieran en pleno *bled*. Otros se habían refugiado bajo los techados y barracones que se levantaban al pie de los muros que unían las torres. Acá y acullá, habían encendido hogueras en torno de las cuales gesticulaban siluetas demo-

níacas. En un rincón había una disputa de cuchillo en mano. Toda aquella parte del castillo estaba reservada a las más baja soldadesca, si puede darse tal nombre a semejante gentuza.

—¿Quiere guarecerse en mi paraguas?

El mayordomo llevaba, en efecto, un paraguas rojo, tan enorme como los que tienen los porteros de hotel, para cuando hace mal tiempo, ir a buscar a los viajeros al bajar del coche. Rouletabille, aunque luego de haber atravesado las «puertas de hierro» del Oriente, estaba acostumbrado a una de las mezclas más extrañas de barbarie y de civilización, no pudo reprimir una sonrisa al ver el paraguas rojo empuñado tan correctamente por aquel lacayo de librea, que servía a bandidos auténticos, para que llegase, sin mojarse mucho, al hotel de los Extranjeros, o sea al torreón...

Por cierto que al hotel de los Extranjeros era llevada toda la caravana: animales y personas...

—Ya verá el señor—decía Priski—cómo está igual que en su casa... Si necesita algo, no tiene más que pedirme-lo... Además, casi puede decirse que estarán solos... Sólo tenemos, por ahora, a una honorable familia de Hamburgo, compuesta de padre, madre, dos hijas y un chiquillo de once años... Todavía permanecerán aquí ocho días, pero no se meten con nadie—añadió Priski, deteniéndose ante una poterna y sacando de su enorme bolsillo un llavero también enorme.

—¡Ja, ja!—exclamó Rouletabille como si bromeara—. ¡Parece que hayamos llegado a una prisión!

La Candeur se sobresaltó. No era muy aficionado a tales bromas.

—¿Qué es eso de prisión? No hay nada de eso. Pueden entrar y salir del torreón cuando quieran. Además,

tienen derecho o pasear por todos los patios del castillo y por el mismo castillo, excepto, como es natural, por el *selamlik* de Kara-Selim y por el harén.

—¿Y por fuera del castillo?—preguntó La Candeur.

—¡Para fuera del castillo—replicó Priski riendo—se necesita permiso!

—¡Comprendido!—dijo Rouletabille—. Ya estamos instalados en el mismo domicilio que la familia alemana.

—¿Quiere el señor que le dé un buen consejo?—le murmuró Priski—. No haga como la familia alemana, porque eso le traerá desgracia. Lo mejor es hacerse el ánimo, aceptar la suerte, ser razonable cuando a uno le presenten la cuenta y no rechazar como gente mal educada las invitaciones que no dejará de mandar Kara-Selim para su boda. Los alemanes se han enfadado... ¡Y al *bajá negro* no le gusta eso!... Hagan el favor de entrar, caballeros; no tengan miedo. Aquí tienen la llave: es de los señores... Cada viajero tiene su llave... Lo que les recomiendo es que no se olviden de cerrar la puerta, porque entre nosotros no sobra la seguridad. Entre los individuos con quienes nos hemos cruzado, los hay que han recibido mala educación y que no siempre tienen una delicadeza exagerada; por eso hemos recibido orden de cerrarlo todo con llave... Es lo más prudente... Así se evitan tentaciones, ¿verdad?

—¡Me parece usted, Priski, un hombre listo'... ¿Has oído, La Candeur? ¿Te tranquilizas ya?

—¿Qué, no estaba tranquilo el señor?—dijo Priski jocosamente.

—Es que—dijo Rouletabille—le habían contado historias de bandidos.

—Nunca faltan malas lenguas—terminó diciendo Priski en el mismo tono.

La Candeur estaba anonadado. No le cabía ninguna duda de que sus compañeros y él habían caído en mano de unos bandoleros. Y se puso a temblar, sin fuerzas para articular una palabra. Generalmente, no daba muestras de una excepcional valentía. Y tan sólo su amistad con Rouletabille substituía su valor. Muy fuerte hubo de ser ésta para que aceptara formar parte de una expedición semejante, que comenzaba de modo tan desventurado.

En cuanto a Rouletabille, parecía encantado. En el fondo, las cosas no se presentaban muy mal para él. Y además, para no juzgar que su aventura no era muy excepcional, le bastaba con recordar los casos similares ocurridos recientemente a viajeros del Epiro, así como la captura de algunos amigos a quienes había visto en Tánger y que se habían dejado sorprender por un bajá de los alrededores. Por otra parte, la montaña musulmana en que se encontraba tenía aún marcado carácter feudal, y en ella, cuando se topa con un bandido, se encuentra en él a un maravilloso señor, feroz cuando lo juzga necesario, pero muy amable si no le contrarian.

Nuestros viajeros se encontraban bajo una nueva bóveda practicada en el muro de ronda que separaba el torreón del resto del castillo. Aquel muro, llamado en términos de arquitectura medieval «camisa del torreón», cerraba una parte de patio circular, en cuyo centro se erguía el propio torreón. En el segundo piso de la enorme torre brillaba luz a través de una ventana.

—Es la familia alemana—dijo Priski señalando con el dedo el iluminado cristal—. Estarán a punto de comer. Se han negado a comer con Kara-Selim. Han hecho mal. Esta noche hay fiesta. Supongo que los señores no harán como los alemanes. ¡Los señores quedan invitados!...

—¡Aceptamos!—dijo Rouletabille.

—En tal caso aconsejo a los señores que no pierdan ni un minuto. ¡Tienen el tiempo justo para vestirse!

Y atravesó apresuradamente el patio, protegiendo a Rouletabille con el paraguas rojo.

Los muros del torreón se sumían en un foso. Y sobre ese foso se tendía un puente que Rouletabille, La Candeur y Vladimir atravesaron, mientras que Atanasio quedaba, con los demás criados, cuidando de los animales en el patizuelo, donde encontró un sitio para dejar la impedimenta, en un pórtico adosado a la «camisa».

El mayordomo ya había cerrado el paraguas. Al llegar a la sala de los guardias rascó un fósforo, con el cual encendió tres bujías, tomadas, según él, del «despacho del hotel».

Aquella sala de guardia, con sus gruesos pilares, sus bóvedas góticas, su atrio prodigioso, no hubiera dejado de excitar el entusiasmo de un amigo de los monumentos históricos si su aspecto no hubiese sido algo desvirtuado por la presencia de una tabla adosada al muro y en la cual habían pintado unos números, debajo de los cuales colgaban llaves. Cerca, sobre una mesita, habían alineado candelabros de cobre, que brillaban con incomparable resplandor.

—Parece que aquí reina la limpieza—hizo notar Vladimir, quien estaba muy contento desde que se enteró de que era prisionero de «unos bandidos».

—Yo mismo, caballero—replicó el mayordomo—, he frotado esos candelabros con «brillante brega».

Pero ya Priski se había sumido en el misterio de una escalera de caracol que subía al piso superior.

Los jóvenes expedicionarios le siguieron.

En el primer piso les enseñó Priski tres cuartos que se comunicaban entre sí.

—Esto—dijo—es lo mejor que de momento podemos ofrecerles.

—¡Admirable!—declaró Rouletabille examinando con no disimulada satisfacción el limpio mobiliario, comprado seguramente en algún bazar moderno; las camitas de campaña, las blanquísimas sábanas, las bonitas esterillas y los pequeños tocadores de aquellos tres formidables cuartos, cuyos muros tenían cinco metros de espesor y cuyas ventanas parecían troneras dispuestas a recibir cañones, o, cuando menos, falconetes.

—Procuramos, caballero, que los viajeros salgan de aquí contentos y que no tengan que hacernos reproches. Claro está que los señores no encontrarán en el hotel de los Extranjeros el lujo del Carlton de Londres o de París; pero hemos hecho lo posible para que no les falte lo que en Turquía se llama el *hirchnut*, es decir, el *confort*.

—¡Priski!... ¿Sería usted tan amable que le dijese a mi ayuda de cámara que suba mi cantina? ¡Voy a vestirme!

Pero ya Vladimir se había adelantado. Y los expedicionarios procedieron con cuidado a su aseo. Rouletabille se ponía el *smoking*. Mientras tanto, Priski encendía fuego en las chimeneas. Y ¡qué chimeneas! En ellas se hubiera podido quemar árboles.

—Lo único que temo—dijo Priski dejando de soplar las brasas—es que de día encuentren sus habitaciones algo sombrías. Pero tengan los señores un poquitin de paciencia. Esos alemanes, dentro de ocho días, como ya les he dicho, dejarán el sitio que ocupan. Y el segundo piso es más alegre, más claro, más ventilado. ¡Lamento que hayan llegado tan tarde!

—Sin embargo—insinuó Rouletabille—si los alemanes no han llegado a un arreglo en lo que usted decía hace poco...

—¡Ah! *Si no quieren pagar la cuenta...* ¡se irán de todas maneras!

—¿Sin pagar?—atrevióse a preguntar el tímido La Candeur con una sonrisa ligera, pero nerviosa.

—¡Sí, señor; sin pagar!... Compréndalo usted... ¡Aquí no se fuerza a nadie! Paga el que quiere.

—Entonces, ¿qué pasa?—se aventuró a preguntar aún.

—Que *el señor Djellah* viene a buscarles.

—Y ¿quién es *el señor Djellah*? ¿El cónsul de su país?

—No es su cónsul. ¡Es «el señor Verdugo»!

—¡Oh!—suspiró La Candeur aterrado.

—Por eso—continuó diciendo el admirable Priski—lo mejor, en el fondo, es llegar a un arreglo.

—¿Y si no se tiene dinero, señor mayordomo?—acabó por decir La Candeur, que ya encontraba a Priski menos chusco de lo que se hubiera podido creer al principio.

—¿Si no se tiene dinero?—replicó Priski sonriendo y moviendo la cabeza con evidente escepticismo—. Al principio se dice eso; pero luego, a pesar de todo, se encuentra dinero.

—¡Tiene gracia! Pero no me negará que el poder pagar depende de lo que se pida—repuso La Candeur lúgubremente—. ¿Cobran caro ustedes?

—Siempre pedimos una cantidad que esté bien.

—¡Qué esté bien! ¡Que esté bien!... ¡Lo que hace falta saber es qué se entiende por estar bien! ¿Cuánto piden por persona?

Pero Vladimir le hizo seña de que callara y tomó la palabra a su vez con aire inocente.

—No se trata de saber lo que nos cobrarán por persona. Los montañeses acostumbran a tratar en bloque; los ricos pagan por los pobres... Supongo que con diez mil francos... ¿eh?

Priski se echó a reír.

—¿Veinte mil?—continuó diciendo Vladimir.

Priski se encogió de hombros.

—¿Treinta mil?

Priski se sonó en un inmenso pañuelo, produciendo un estridente son de trompeta.

Entonces La Candeur se levantó con gran agitación y palidez, preguntando:

—¿No quedarían satisfechos incluyéndonos a todos por cuarenta mil francos?

—¿Se están burlando de mí los señores?—preguntó Priski sonriendo—. ¡No admitimos limosna! Nuestra norma es no conceder beligerancia a la gente por menos de cien mil francos... ¡No hay que olvidar que tenemos gastos!...

Priski habiendo dicho esto, saludó a los jóvenes, incitándoles a que terminaran pronto su arreglo. Cuando se marchó, Rouletabille dijo a La Candeur:

—¡Eres fantástico! ¿Qué te importa que no quieran dejarnos ir por cuarenta mil francos? Al fin y al cabo, no tengo más que algunos billetes.

—¡Yo preguntaba por saber!—contestó el otro evasivamente—. ¡Me parece que tengo derecho a preguntar!...

¡En buen lío nos hemos metido! ¡Vaya! ¡Si que es una locura tuya el habernos traído aquí!

—¡Me descorazona! ¡Nunca han sido tus quejas más molestas!—dijo Rouletabille—. ¡Procura vestirtte pronto!

Voy a dar una vueltecita.

—¿Adónde vas?

—Si te lo preguntan...

Pero salió sin acabar la frase. Cinco minutos después volvió con el rostro radiante.

—All right! ¡Esto marcha!...

—¿Sí?—replicó La Candeur.

—¿Vas a preguntarme algo más?

—Si pudiera saberse por qué hemos venido aquí...—gruñó con obstinación.

—La verdad es—declaró Vladimir—que quizá ya sea hora de decírmelo.

—No veo ningún inconveniente—contestó Rouletabille.

Y, luego de encender su pipa, les confirmó que les había arrojado a aquella aventura con el propósito muy natural de hacerles realizar un reportaje único en el mundo y que, seguramente, haría morir de envidia y desesperación hasta a Marko el Valaco.

Al oír aquellas palabras, Vladimir no sintió ninguna satisfacción. Por su parte, La Candeur, más malhumorado que nunca, esperó que Rouletabille acabara de explicarse.

Y Rouletabille se colocó entre ellos para decirles en voz baja:

—¡Atención! Kara-Selim, el señor de este castillo, ha robado al general Vilitchkof los planos de la movilización búlgara, y yo he prometido al general Stanislawof que se los llevaría. ¿Qué me dicen de eso?

Vladimir declaró sencillamente, frotándose las manos de gusto:

—Para un ladrón, ladrón y medio. ¡Se procurará estar a su altura!

Rouletabille sonrió y se volvió hacia La Candeur, diciéndole:

—Y ¿qué opinas tú?

—Que no me importan ni tanto así los planos de la movilización búlgara, y que no estoy dispuesto a que por eso me corten el cuello... Para mí, los búlgaros y los

turcos vienen a ser lo mismo. ¡Ay, cuánto echo de menos mi manilla del café de Montmartre!

—¡Tampoco a mí me importan ni tanto así los planos de la movilización búlgara!—masculló Rouletabille mirando irónicamente a La Candeur—. Pero hay algo que ya me importa más que tanto así, dicho sea en tu lenguaje vulgarote.

—¿Más vale ser vulgarote que ser búlgaro!

—Pero ¿quieres oírme?... Lo que Kara-Selim ha robado al general Vilitchkof no son sólo documentos. ¡Le ha robado también la sobrina!

—¿La bella Ivana?—exclamó Vladimir.

—¡Ahora lo comprendo todo!—murmuró La Candeur con una sonrisa que partía los corazones—. ¡Por eso hemos salido tan pronto de Sofía! ¿La quieres todavía?

—¡Sí! ¡Y se casa mañana!

—¡Ah! ¡Qué suerte tienes!—suspiró La Candeur.

—¿Qué?

—Sí; tienes mucha suerte. ¡Cuando pienso que has estado en peligro de casarte con una búlgara!...

Rouletabille se puso muy colorado. Como adoraba a Ivana, se esforzó por hacer comprender al cabezón de La Candeur que hay búlgaros de muchas clases, y que tanto Ivana como el general Stanislawof eran sinceros amigos de Francia. Pero, por mucho que dijo, La Candeur continuó midiendo a los búlgaros y a los *pomaks* con el mismo rasero y maldiciendo en conjunto de todos aquellos países en que había que pagar para que los ladrones vigilaran a uno y para que a uno no le cortara la cabeza el señor Verdugo.

En aquel momento abrióse la puerta y reapareció el amable mayordomo.

—No le cortará la cabeza—anunció el excelente Priski.

—¿Cree usted?—preguntó La Candeur cesando de pronto en su desesperación—. ¿Cree usted que no me cortará la cabeza?

—¡No!—contestó Priski—. ¡Usa el procedimiento de empalar!

La Candeur empezó a gemir mientras Priski se entregaba a la risa.

—La cosa no tiene mucha gracia, ¿eh?—dijo Rouletabille, que también comenzaba a encontrar a Priski menos agradable.

—Lo tomo a risa, caballero, porque bien veo con quién trato—replicó Priski—. No se viaja como viajan los señores sin haber dejado en alguna parte algunos pequeños recursos... Los señores tienen parientes...

—Yo soy huérfano—dijo La Candeur.

—Amigos...

—¡Oh! ¡Si se fía uno de los amigos!...

—¡Señor mayordomo!—interrumpió Rouletabille—. Si alguien le ha encargado que nos interroge para saber «si hay negocio», responda de nuestra parte a quienquiera que sea que somos unos pobres periodistas; pero que pertenecemos a un periódico tan próspero, que no retrocederá ante un razonable sacrificio, con tal de satisfacer al amo de usted.

—Eso ya me place. No es necesario más, por ahora.

—¿Cómo por ahora?

—La costumbre... Hoy nos enteramos de que el señor (señalaba a Rouletabille) es un pobre periodista. Mañana, el señor (señalaba a La Candeur) tendrá la bondad de confesarnos que es un caballero muy complaciente como ya se ve por las trazas.

—¿Yo?—exclamó La Candeur, furioso.

—Le advierto que no he dicho eso como un insulto.

Pero ahora, si los señores están a punto, voy a tener el honor de preceder a los señores.

Los tres jóvenes siguieron de nuevo a Priski, que les entretuvo un minuto en la escalera, para subir al piso de arriba.

No habían vuelto a ver a Atanasio Khetew; pero Rouletabille, fiel a su costumbre, dejaba que el búlgaro hiciese lo que quisiera, sin ocuparse de él. Por su parte, Atanasio no tenía ninguna simpatía hacia el repórter, que más de una vez había cometido delante de él la equivocación de no ocultar bastante el interés personal que tenía por Ivana.

—Voy a ver—había dicho Priski—cómo se halla mi familia alemana.

Estuvo fuera un minuto y volvió a bajar.

—¡Nada, nada!... ¡Están rabiosos!—murmuró—. He llamado, pero ni tan siquiera me han abierto. ¡Y a todas mis preguntas han respondido entonando el *Deutschland über alles!*

En aquel momento, y cuando los jóvenes desembocaban de nuevo en el patizuelo, se oyó una campanada.

—¿Es la campana del comedor?—preguntó Rouletabille.

—No, señor, la del puente levadizo. Es que vuelve nuestra gente...

Rouletabille y sus compañeros, efectivamente, presenciaron, casi en seguida, la invasión del patizuelo por un tropel fantástico de fangosos y chorreantes bandidos, que se echaban de sus animales profiriendo en tremendos juramentos, que ponían cual digan dueñas a Alah y a los demás dioses de la creación.

El amable Priski, que nunca dejaba decaer la conversación, dijo:

—¡Ea, caballeros! Si no hubieran sido sorprendidos por la tempestad, o si hubieran podido escapar al huracán, ¿creen que se hubiesen librado de esta gente?

—¿Qué gente es ésa?

—Son nuestros *zaptiès* (gendarmes). Tienen a su cargo la seguridad de nuestros caminos...

—Decididamente—declaró el repórter—estaba escrito que nos habíamos de conocer esta noche.

—Eso, caballero. *Kismet!* (1)...

Y les hizo pasar delante.

Pero un tremendo albanés, apoyado en su fusil, les cerró el paso y les dirigió unas palabras imperativas, en jerga que nadie, excepto Priski, podía comprender.

—Me había olvidado, caballeros—dijo Priski—, de presentarles a esta bellísima persona, que es el portero del torreón. Duerme en esta garita con el único fin de que si los señores necesitan algo por la noche, puedan echar mano de alguien. Por de pronto, pide a los señores que le enseñen el fondo de los bolsillos y que dejen en la garita las armas, si acaso llevan. El reglamento manda que nadie pasee armado por el castillo.

Rouletabille, al enterarse de aquel precepto reglamentario, no pudo contener una sonrisa, viendo las armas puestas al cinto de todos cuantos paseaban por el temible patizuelo; sin embargo, no opuso ninguna dificultad a entregar su revólver, una browning muy bonita, a la que tenía en mucha estima. Los otros dos hicieron lo mismo.

—No crean que han de despedirse de las armas, ¿eh?—puntualizó Priski—. Les serán devueltas cuando se vayan. Mañana por la mañana les visitará el *ktaiuh*, nuestro intendente, para hacer el inventario de sus equipajes, y

(1) «¡Estaba escrito!»

para desembarazarles de todo ese modesto material de guerra que los viajeros acostumbran a llevar por este país. Todo eso no se hace hoy porque el *kiaiah* está muy ocupado. De todas maneras, aconsejo a los señores que no conserven encima ningún arma. ¡Hay pena de la vida! ¡No tenga cuidado, no!—exclamó La Candeur—. Pero ¿ni tan siquiera podré conservar esto?

Y sacó una especie de cortaplumas provisto, aunque era pequeño, de todo lo necesario para mondarse los dientes, pulirse las uñas y descorchar botellas.

El enorme albanés examinó curiosamente el artefacto, sacó todas sus hojas y, finalmente, se lo guardó.

—¡Pero si es un cortaplumas de bolsillo!—exclamó el pobre La Candeur.

—Sin duda por eso—explicó Priski—se lo ha metido el albanés en el suyo...

El géometra más hábil hubiera experimentado bastante dificultad para establecer la planta de aquel amontonamiento de construcciones llamado la *Karakulé*. Como la parte alta de la roca tenía marcada inclinación de Sur a Norte, las construcciones trepaban unas sobre otras de manera que lo que por una parte era, por ejemplo, primer piso, estaba por detrás a ras del suelo.

Así es que todas las partes del recinto atravesadas por los jóvenes comunicaban entre sí por escaleras y bóvedas interminables. Pero también estaban separadas por muros almenados que hacían de cada una de aquellas construcciones un reducto o fortaleza que, llegado el caso, se tendría que tomar con independencia de los demás.

—¡Caballeros!—dijo Priski—. ¡Les dejo en manos de nuestro *kaimakan*! (1)

(1) Especie de «segundo del pachá».

CAPÍTULO IX

KARA-SELIM

DESDE que Priski les paseaba por aquellos muros inverosímiles, pensaba Rouletabille: «¿Dónde está Ivana?» Pero no se atrevía a preguntar a Priski el emplazamiento del harén. Al atravesar el patio del torreón no vió a Atanasio, que estaría ya husmeando por todas partes. Realmente, no tenían tiempo que perder. Era preciso que Ivana fuera salvada aquella misma noche, porque no había duda de que las bodas que iban a celebrarse eran las de Ivana.

Eso estaba pensando Rouletabille cuando Priski, el curioso mayordomo del bajá negro, le anunció el *kaimakan*.

Levantó la vista y hubo de retroceder.

En el personaje que les esperaba en el umbral de una galería iluminada por lámparas, acababa de reconocer a Stefo el Dálmata.

Si: era su corpachón destartalado; su rostro flaco con su larga nariz, sus penetrantes ojos grises y una barba que parecía copiada de la *Comunión de San Jerónimo*, si no fuera porque la de Stefo era de un negro de jade...

para desembarazarles de todo ese modesto material de guerra que los viajeros acostumbran a llevar por este país. Todo eso no se hace hoy porque el *kiaiah* está muy ocupado. De todas maneras, aconsejo a los señores que no conserven encima ningún arma. ¡Hay pena de la vida!

—No tenga cuidado, no!—exclamó La Candeur—. Pero ¿ni tan siquiera podré conservar esto?

Y sacó una especie de cortaplumas provisto, aunque era pequeño, de todo lo necesario para mondarse los dientes, pulirse las uñas y descorchar botellas.

El enorme albanés examinó curiosamente el artefacto, sacó todas sus hojas y, finalmente, se lo guardó.

—¡Pero si es un cortaplumas de bolsillo!—exclamó el pobre La Candeur.

—Sin duda por eso—explicó Priski—se lo ha metido el albanés en el suyo...

El géometra más hábil hubiera experimentado bastante dificultad para establecer la planta de aquel amontonamiento de construcciones llamado la *Karakulé*. Como la parte alta de la roca tenía marcada inclinación de Sur a Norte, las construcciones trepaban unas sobre otras de manera que lo que por una parte era, por ejemplo, primer piso, estaba por detrás a ras del suelo.

Así es que todas las partes del recinto atravesadas por los jóvenes comunicaban entre sí por escaleras y bóvedas interminables. Pero también estaban separadas por muros almenados que hacían de cada una de aquellas construcciones un reducto o fortaleza que, llegado el caso, se tendría que tomar con independencia de los demás.

—¡Caballeros!—dijo Priski—. ¡Les dejo en manos de nuestro *kaimakan*! (1)

(1) Especie de «segundo del pachá».

CAPÍTULO IX

KARA-SELIM

DESDE que Priski les paseaba por aquellos muros inverosímiles, pensaba Rouletabille: «¿Dónde está Ivana?» Pero no se atrevía a preguntar a Priski el emplazamiento del harén. Al atravesar el patio del torreón no vió a Atanasio, que estaría ya husmeando por todas partes. Realmente, no tenían tiempo que perder. Era preciso que Ivana fuera salvada aquella misma noche, porque no había duda de que las bodas que iban a celebrarse eran las de Ivana.

Eso estaba pensando Rouletabille cuando Priski, el curioso mayordomo del bajá negro, le anunció el *kaimakan*.

Levantó la vista y hubo de retroceder.

En el personaje que les esperaba en el umbral de una galería iluminada por lámparas, acababa de reconocer a Stefo el Dálmata.

Si: era su corpachón destartalado; su rostro flaco con su larga nariz, sus penetrantes ojos grises y una barba que parecía copiada de la *Comunión de San Jerónimo*, si no fuera porque la de Stefo era de un negro de jade...

Rouletabille se representó en seguida al miserable en las escenas nocturnas de casa de Vilitchkov, con el gran sable ensangrentado en la mano, persiguiendo a Ivana con gritos de muerte!

Y como quiera que el repórter permaneciese un poco sorprendido, sin obedecer inmediatamente al gesto que le mandaba avanzar, Stefo el Dálmata tuvo un relampagueo en sus ojos grises y un temblor de cólera en su orgulloso corpachón.

Peró no tardó en reprimirse, para decir intentando una sonrisa:

—*Buyurunus!* (1).

—Nos ruega que le sigamos—dijo Vladimir empujando a Rouletabille y arrastrando a La Candeur.

Rouletabille se fijaba en todos los puntos salientes del nocturno itinerario por el formidable palacio e incrustaba en su cabeza el recuerdo geométrico de pasos y patios.

Ahora iban por una especie de claustro, bajo cuyas arquerías extendíase una soldadesca algo más presentable que la que habían visto.

Por lo visto, en la *Karakulé* había una fuerte guarnición de gente armada hasta los dientes.

La mayoría eran kurdos reclutados en Anatolia, sólo Alah sabía a costa de cuánto abuso. Los otros representaban cuando menos cinco o seis razas diferentes. Había lazos rechonchos, vestidos de buriel blanco; cherkeros con gorro de piel, y desde negros árabes hasta turcos de la llanura, con largas vestimentas.

Producían una impresión menos desagradable que los pomaks del deslunado. Y dormían, fumaban sus pipas o estaban sentados en torno a marmitas de arroz.

(1) Se lo ruego.

La Candeur no quitaba ojo a su gran «caimán» que les precedía, jugando, por cierto, con el mango del puñal. Aunque el mayordomo no había contado cosas extraordinariamente alegres, La Candeur prefería a Priski, ya que, al menos, carecía de puñal.

Así llegaron al selamlík, es decir, al departamento en que Kara Selim recibía a los hombres. En Oriente el selamlík es lo opuesto al harén, ya que éste se reserva únicamente a las mujeres, a los eunucos y al amo de la casa.

Luego de atravesar un rico vestibulo cuyas paredes estaban decoradas con cerámica, que brillaba como un espejo al resplandor de las antorchas sostenidas por esclavos negros que, dada su inmovilidad, parecían estatuas, penetraron en un vasto salón, donde había ya bastante gente. Aquella gente, formada por los principales oficiales y funcionarios del palacio y sus alrededores, estaba sentada en cuclillas en el fondo de un inmenso diván que daba la vuelta a la estancia, cuyas paredes ostentaban los más ricos tapices. En el centro ardían dos braseros repartiendo suave calor. Y en los pebeteros se consumían los perfumes.

En el fondo, sobre cojines que formaban una especie de trono, y bajo un dosel del que caían telas suntuosas, había un hombre completamente vestido de negro. Era Gaulow.

Rouletabille no lo reconoció a primera vista. Su cara fosca no presentaba nada de aquella funesta ferocidad que había espantado al repórter en casa de Vilitchkov.

El aspecto terrible de aquella cabeza de animal borracho de sangre, había desaparecido. Y las facciones, aunque indudablemente continuaban severas, eran tan inteligentes, tan apacibles, tan bellas!... Gaulow, sí, era bello.

Tenía una talla mediana y proporcionada; su torso encerrado en una especie de jubón de seda, no era el de un atleta, pero enseñaba líneas sólidas y armoniosas; su cuello se destacaba con blanca desnudez de toda la negrura para sostener con orgullo la cabeza de correcto perfil, de mandíbula algo pronunciada, pero con la línea superciliar idealmente horizontal bajo la frente ancha, aunque pareciera estrecha a causa de los cabellos que, cortados y llevados hacia delante, formaban una diadema negra y libre. No se tocaba con nada más. Ni llevaba fez ni turbante. Sus vestidos no eran los de un oriental, excepto una levita de largos pliegues, sobre la cual estaba sentado, y que era negra como lo demás. Sus piernas admirables estaban enfundadas en calzones de seda negra. Del negro cinturón colgaban armas de una riqueza deslumbradora. Aquel monstruo, en fin, tenía una belleza noble e inteligente. Sus movimientos dejaban entrever un vigor nervioso y ágil, como el de las panteras domesticadas que la mitología helénica daba por cabalgaduras a los compañeros de Baco.

Con cierta negligencia, fumando su *chibuk*, cuya magnífica boquilla de ámbar le llenaba la boca, vió acercarse a los jóvenes.

Rouletabille, que quería atraerse las simpatías del dueño, recordó los usos de la corte del sultán de Marruecos, con quien tuvo una *interview* cuando estuvo en Fez. Y como si hubiera estado frente a *Sidua*, detúvose tres veces e inició tres veces una reverencia.

Kara-Selim, mientras miraba al repórter, sonreía y hablaba con sus adláteres. Uno de ellos era el *kiaiah* (el intendente). Y Rouletabille supuso que estaría discutiendo con él acerca de la cantidad que iba a exigirles por el rescate. El otro parecía una especie de eclesiástico; lle-

vaba el hábito de los *mellahs* y debía ejercer para con el pachá negro las dobles funciones de capellán y de consejero; su aire era de muy inteligente y fino; representaría en la *Karakulé* las ciencias y las artes. Como hablaba francés, preguntó a los jóvenes si venían de Sofía.

Rouletabille contestó que forzosamente habían pasado por Sofía, pero que no se habían detenido allí. Kara-Selim les preguntó si era verdad que estaba a punto de estallar la guerra, según los turcos decían, y cuál era su opinión del asunto. Finalmente les hizo preguntas que demostraban o querían demostrar una completa ignorancia de la situación diplomática. Pero Rouletabille no se dejó coger en el cepo. ¿Ya desconfiaba el pachá negro? ¿Había descubierto los documentos de la arqueta bizantina? ¿Sospechaba que aquellos jóvenes andaban tras la pista de dichos documentos y, por tanto, de Ivana?

¡Ivana!... ¿Dónde estaba? ¿En dónde la habían encerrado? ¿En qué lejana habitación de aquel prodigioso castillo gemía esperando el suplicio de la ceremonia del siguiente día?

Todavía pensaba en ella, cuando se oyeron voces femeninas, risas de cristal, una charlatanería que apenas se procuraba ahogar.

Aquellos agradables rumores procedían de amplias galerías practicadas en la parte más elevada de los muros de aquel salón: galerías adornadas con almocárabes y celosías de hierro dorado, tras las cuales podían las mujeres de Kara-Selim andar libremente con el rostro descubierto, porque no temían la mirada de los hombres. Y desde allí asistían a las fiestas del *selamlík*.

En todo el mundo musulmán no hay *selamlík* que no posea estas galerías. Rouletabille, que en Tánger había sido recibido por el *manebbi* y que con este noble señor

había comido los dulces de rosa, estaba ya al corriente de esta particularidad y sabía que no había que mirar a las galerías ni prestar ninguna atención a la presencia de mujeres tras las doradas verjas.

Así es que no se volvió, a pesar de que se preguntaba con angustia si Ivana estaría entre aquellas mujeres a las que oía, y a pesar de que tenía un gran interés en que le viera. Vladimir, muy enterado también, permaneció impasible. Pero La Candeur, como era natural, se volvió y miró muy ostensiblemente hacia arriba, hacia los palcos.

Al momento cesaron todas las conversaciones del salón y acalláronse las risas tras las misteriosas celosías. Pesado silencio se desplomó sobre todos. El único que no comprendió nada fué La Candeur. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que, sin saberlo, había metido la pata de una manera lamentable, porque el pachá negro le lanzó una mirada fulminante y mandó secamente a Stefo el Dálmata que llevara a los jóvenes junto a la pared, en un rincón del diván, sobre el que La Candeur se dejó caer más muerto que vivo.

Volvieron a sonar risas en las galerías.

—No vuelvas a mirar—le gritó Rouletabille.

El desventurado, comprendiendo de qué delito se había hecho reo, volvió enérgicamente la cabeza hacia la parte opuesta a aquella de que procedían las risas femeninas. Para quien entra por primera vez en un serrallo verdaderamente digno de este nombre, es decir, en uno de esos magníficos palacios de los príncipes osmanlies, no hay nada más incitante y enojoso que ese murmullo que procede de un lugar ignorado y que parece burlarse de uno.

Mientras tanto, sirvieron la comida. El salón fué invadido por multitud de servidores. Y Rouletabille se alegró

al ver de nuevo a Priski, que daba órdenes para que acercasen argentinos platos a los jóvenes.

—Kara-Selim está furioso—le dijo Rouletabille—. Mi amigo ha mirado hacia las galerías.

—¡Bah! Le perdonará, si paga bien—contestó Priski.

—¡Ah! Pues que no padezca por eso. ¡Es sobrino de Rothschild!

—¿De veras?

Priski no dejó de aprovechar la ocasión, relacionándola con el hecho de haber sabido adivinar que «el señor La Candeur» era muy complaciente...

—¡Comprenda, *effendi!*—dijo con la sonrisa de quien está al cabo de la calle—. ¡A mí no se me da con queso!... ¡Esto y demasiado tiempo en el oficio!... Y al primer vistazo, veo con quién trato... En el señor he conocido inmediatamente que era «un cliente serio»... Claro está que quienes lo son no lo confiesan, porque quisieran pasar desapercibidos. Pero vamos de pilló a pilló... Y lo que ocurre es que pierden el tiempo.

En el mismo tono hubiera continuado Priski largo rato, si Rouletabille no le hubiera interrumpido para hacerle, como al *desgaire*, esta pregunta:

—Oiga..., ¿de dónde procede esa nueva esposa de que tanto se habla?

—Únicamente Kara-Selim puede contestar a eso. Corre el rumor de que la trajo en el último viaje a Bulgaria. ¡Está loco por ella!...

—¿Y se sabe si ella acepta su suerte con la misma alegría?

—Eso dicen. Esta misma mañana me ha asegurado el primer eunuco que formarán una pareja encantadora.

—¿Hace mucho tiempo que han llegado los novios a la *Karakulé?*

—Llegaron anteayer... Por cierto que antes de ahora apenas hemos visto a nuestro querido señor. Estaba continuamente con Ivana Hanoum, cortejándola, como es de suponer...

El repórter, al oír el nombre de Ivana, palideció.

—Yo creía—replicó—que un musulmán no podía hablar con su esposa ni verla antes de la noche de bodas.

—Eso es exacto, si se trata de una musulmana; pero el señor ignora que en el presente caso la futura esposa es cristiana. Los preliminares se hacen a la manera cristiana, lo cual no impedirá que el matrimonio se celebre al modo musulmán. Así es que tanto el señor como los nobles invitados de mi amo, podrán, sin que por ello arriesguen la cabeza, contemplar dentro de poco a Ivana Hanoum, ya que esta noche sólo se celebrarán los esponsales.

—¡Es verdad!... ¡Va a venir ella aquí!...—exclamó Rouletabille con voz sorda, procurando dominar el tumulto de sentimientos contradictorios que se disputaban su pobre alma inquieta...

—Ella presidirá la pequeña fiesta que seguirá a la comida. Después se marchará. Y, aparte de su amo y de los eunucos, ningún hombre la verá jamás... Pero, ¡por Dios!, ¿cómo se ha puesto el señor tan pálido?

Sólo Vladimir devoraba los manjares, que, por cierto, eran suculentos. Varios *kachefs* (oficiales subalternos) vigilaban para que todos fueran servidos abundantemente. Además de los asados había aves casi grasientas, cosa rara en Turquía; entremeses, frutas en conserva, dulces y pasteles servidos en maravillosas cristalerías y toda clase de cremas... La Candeur, que apenas tocaba nada, daba lástima. Parecía tender el oído atento a un viejo músico, también poeta y hechicero de su tribu, que ento-

naba canciones en las tres lenguas de los abdurrahmauli: el kurdo, el turco y el persa. Era ciego, como Homero, y llevaba en la mano un instrumento compuesto de tres cuerdas de metal tensas sobre una placa. La lira de aquellos ministriles ambulantes que fueron padres de la poesía, no debió ser más complicada ni más armoniosa.

Pero bien pronto calló el cantor, porque se llevaban todos los platos argénteos, y una levantada cortina dejaba pasar a los flautistas, los cuales hicieron resonar en el aire los primeros compases del canto del *Dolor de Feridun*, extrañamente suave y melancólico. Tras los flautistas entraron el *binbaschi* o comandante de la fortaleza, con un destacamento de caballeros blancos, con negra faja, que llevaban delante sus lanzas con flecos y borlas. Seguía una muchedumbre de servidores y de esclavos, cafeteros, encargados de las pipas, botilleros o *scher betisz*, pasteleros, bañeros, sastres, barberos, ujieres, *ioglans* o pajes del bajá. Esos individuos eran nombrados por Priski a medida que desfilaban e iban a formar en el fondo de la estancia. Además había dos bufones que se entregaban a grotescas pantomimas, dos portadores de linternas mágicas y un imán.

Siguieron, tras otro destacamento de caballeros con faja negra, dos enormes y flácidas matronas con el rostro cubierto que llevaban de la mano a una joven de cuerpo esbelto vestido de muselina, y cuya cabeza era imposible ver, porque estaba envuelta en los repliegues de un inmenso velo blanco.

Detrás de aquellas mujeres aparecieron otras que no iban veladas. Eran las esclavas y las danzarinas dispuestas para la fiesta.

En la mano llevaban instrumentos de cuerda, como el salterio de cuerdas metálicas, el *daire* (pandero adorna-

nado con hojas de latón), el *sinckman* o viola de amor, originaria de Italia. Un eunuco entró un arpa.

La joven de la cabeza velada, al llegar frente a Kara-Selim, se inclinó profundamente; pero su amo se levantó y, tomándola de manos de las matronas, la sentó a su lado.

¿Qué decir de los sentimientos de Rouletabille cuando vió pasar a corta distancia a aquella mujer que sabía que era Ivana? Se había colocado delante del diván para que ella le viese más fácilmente, para que supiera que no la había abandonado. ¡Qué imprudencial! No en balde, Rouletabille, nuevo en lides de amor, ignoraba cómo se domina la agitación del alma. Si Kara-Selim hubiera sorprendido en aquel momento el esplendor de su mirada, la fiebre que en ella ardía, hubiérase enterado de las causas que, en víspera de sus bodas, habían hecho llegar al joven viajero.

Pero Kara-Selim atendía a la ceremonia.

Al son de los flautistas había sucedido una canción lenta, extrañamente modulada: la melodía, casi aguda en las primeras sílabas de los versos, descendía mediante transmisiones insensibles y terminaba en un largo punto de órgano, como antaño la música de *Orfeo* y de *Safó*.

La letra pertenecía a una antigua canción popular de Anatolia, a una vieja lamentación turca que Priski traducía a media voz:

«Viene la primavera; se va la muchacha al campo; en su pecho canta un pájaro prisionero. ¿Dónde estás, amado mío? ¿En Egipto o en Bagdad? He cogido una azalea cuando salía el sol...»

La voz, poco a poco, se debilitaba. Y de pronto se apagó.

Mientras la voz moría así, las dos matronas, detrás de

su ama, le quitaban sus largos velos. De pronto, Kara-Selim se levantó y le quitó el último, el que le ocultaba el rostro. Entonces todo el mundo pudo contemplar a Ivana, mientras el bajá negro proclamaba que aquella hija de *gioaur* era su presa y su bien, y que de ella haría al día siguiente su *kadina* favorita.

Pronto sonó un gran rumor de música y de panderos y las danzas comenzaron. Ello favoreció en gran manera a los tres reporters, cuyas sordas exclamaciones se perdieron en medio de la baraúnda. Hubo danzas de almeas y asombrosas danzas del vientre en que se distinguieron varias esclavas animadas por los aplausos y los gritos de los espectadores.

Pero quien obtuvo el éxito mayor fué una esclava rusa.

Se puso en medio del salón con los brazos coquetamente apoyados en las caderas y danzó «la cosaca», acompañándose ella misma con extrañas canciones llenas de un impetu infantil y salvaje. Tan pronto estaba casi sentada en tierra y despedía los pies al igual que una cosa molesta, como saltaba y giraba sobre ella misma en el aire. Por fin se detuvo con los brazos cruzados sobre el pecho y movió lentamente la cabeza. Luego se la cogió con las manos como si fuera a arrancársela y gritó como grita el águila cuando se dirige hacia el sol...

Pero Rouletabille, como puede suponerse, no tenía un gran interés por la fiesta. Sólo tenía ojos para Ivana Viltchikov, la cautiva de aquel grandísimo bandido que con tanto cinismo e insolencia pregonaba su rara felicidad.

¡Vaya una pareja bella y armoniosa la que harían los dos!... Ella, completamente blanca; él, completamente negro...

Por cierto que Ivana estaba serena, con ojos apacibles en el rostro muy pálido.

Rouletabille no podía leer en aquella fisonomía inmóvil ninguna huella de combate.

Por lo visto había aceptado en seguida ser su mujer de la misma manera que se había sometido a sus raptos y les había seguido: sin gritos, sin desesperación, sin llamadas de auxilio, casi de su grado, como el propio Rouletabille había dicho a Atanasio...

El periodista, luego de las últimas confidencias de Ivana, conocía demasiado a ésta para no haber descubierto, a las primeras de cambio, la razón de una conducta tan inesperada.

No eran Gaulow y sus compañeros los seguidos buenamente por Ivana... ¡Eran los documentos!

Ella no viviría más que para recobrarlos o destruirlos. Y para ella no existía nada fuera de eso, por lo cual estaba dispuesta a sacrificar su propia existencia.

¡Oh! ¡Con qué grito de dolor y de rabia había anunciado a Rouletabille el formidable robot! ¡Con qué sobrehumana autoridad le había despedido para que corriese a enterar a Stanislawof de que los planos de movilización habían sido robados!

Además—pensaba y había pensado siempre Rouletabille—, ¡con qué satisfacción habría visto volver a los bandidos que se la llevaban con ella y con los documentos robados!... ¿Para qué iba a forcejear? ¿Para qué iba a gritar?... Los documentos no estaban en el auto que se la llevaba; pero ¿acaso no la conducían al misterioso refugio donde indudablemente estaría más cerca de ellos?... Seguramente toda su conducta había sido dictada por esta idea fija: ¡acercarse al cofrecillo bizantino! ¡verlo, tocarlo! ¡recobrar los documentos!

Y si esta noche estaba sentada con tanta tranquilidad junto a Kara-Selim, ¡era porque así lo determinaba el cofrecillo bizantino!

A Rouletabille no le cabía la menor duda.

No necesitaba hablar con ella ni tan siquiera que ella volviese los ojos hacia él para leer en sus ojos que solamente estaba preocupada por aquella idea.

Y si mañana aceptaba ser Ivana Hanoum, princesa kádina de Kara Selim, sería por la misma exigencia... En el altar de la patria lo sacrificaba todo: ¡su religión, su honor y hasta su amor, quizá!...

Rouletabille se exaltaba pensando acerca de una tan elevada idea; sentíase fuerte, muy fuerte, tanto en lo moral como en lo físico, fuerte a causa del horror que significaba aproximarse a semejante destino... ¡Y se notaba con capacidad para vencer en una noche!...

Porque, en efecto, sólo le quedaba una noche, ¡una sola noche!... Al día siguiente ¡sería tarde!... Al día siguiente ¡habría triunfado Gaulow!...

Miró su reloj. ¡Las diez! Hizo una señal a Priski.

Luego le dijo que tanto sus compañeros como él estaban extenuados y deseaban ir a descansar. Priski les dijo que nada se oponía a que se retirasen. Y les hizo salir a la inglesa. Rouletabille se volvió en el umbral del inmenso salón lleno de la humareda de perfumes y *chibuks* y del estrépito cada vez más frenético de la fiesta. ¡Oh, aquel segundo en que sus dos miradas se cruzaron! Sí: se encontraron, a pesar de la distancia, del humo, del ruido, de todo... El quedó galvanizado por aquel choque eléctrico... Y ella se habría llenado de una gran esperanza... ¡Se habían comprendido!... Sabían que podía contar el uno con el otro y que, si no triunfaban, no moriría uno solo...

El mayordomo condujo a los jóvenes al torreón por el mismo camino recorrido para venir. En los patios y en el deslunado había la gran juerga. También los soldados, a ejemplo de los oficiales, celebraban la fiesta. Y en torno de las hogueras bailaban bohemios con harapos rojos...

Cuando llegaron al patio circular del torreón, Priski les dió las buenas noches, luego de preguntarles a qué hora querían ser despertados y qué deseaban tomar para desayuno.

Ya iba a retirarse Priski, luego de cerrada por Rouletabille la puerta que comunicaba el patizuelo con el deslunado. Pero el repórter, abriéndola de nuevo, indicó al mayordomo que tenía algo por decirle.

CAPITULO X

EL TORREÓN

SEÑOR mayordomo! —exclamó Rouletabille—. Antes nos ha dicho que en el castillo éramos libres, ¿verdad?

—Sí, señor. Absolutamente libres para ir y venir...

—De manera—siguió Rouletabille—que si de pronto se nos antoja salir del torreón, ese gigante albanés que hay al otro lado de la puerta no tendrá por qué meterse con nosotros, ¿eh?

—¡Perdone el señor, perdone!... ¡Precisamente está ahí para impedir que salgan!... Compréndame... Los señores tienen libertad para ir y venir por el castillo de día; pero de noche, luego del toque de queda, manda la consigna general que cada uno permanezca en el lugar que se le haya señalado. Los señores no tienen ningún motivo poderoso para salir del torreón de noche...

—¡El caso es que esa consigna restringe en gran manera nuestra libertad!... Y ¿qué pasaría si, de todos modos, quisiéramos salir?... ¿Puede decirnoslo?

—¡Claro!... El albanés les pasaría por las armas, luego de haber llamado en su auxilio a la guardia... Pero se

trata de una hipótesis, en la que ni tan siquiera hay que pensar.

Apenas había pronunciado Priski aquellas palabras, cuando sintióse brutalmente derribado por Rouletabille, el cual le había cogido traídoramente por detrás.

A continuación, el repórter, ayudado por Vladimir, amordazó con un pañuelo al mayordomo, quien, por lo demás, no intentaba gritar ni oponer ninguna resistencia a la inesperada agresión.

—¡Llévatelo!—ordenó Rouletabille a La Candeur, que había presenciado la escena sin mezclarse a ella y sin comprenderla.

Sin embargo, La Candeur hizo lo que le mandaba su jefe. Se inclinó y se llevó en brazos, como una pluma, al pobre de Priski.

—¿Dónde hay que dejarlo?

—En tu cuarto... Y no me vengas con cuentos. Te he traído para que sirvieras de algo...

Penetraron en la cámara de los guardias. Rouletabille encendió una bujía y se metieron por la escalerilla. La Candeur continuaba llevando al mayordomo. Cuando llegaron al cuarto de La Candeur, Rouletabille hizo tender a Priski sobre la cama y dijo a los otros dos reporters:

—Os confío su custodia. Me respondéis de él con vuestras cabezas. ¡Hasta luego!—Y les dejó.

Bajó al patio del torreón, le dió la vuelta y se encontró frente al techado donde habían sido acomodados los animales por Modesto y Tondor, que dormían profundamente sobre un montón de paja. Atanasio velaba. Al acercarse Rouletabille, se levantó y dijo:

—Le esperaba. Hay novedades. He visto el cuarto de Ivana.

—Y yo—dijo Rouletabille—he visto a Ivana. ¡Venga! Al mismo tiempo dió en los hombros a los muleros y les ordenó que se levantaran. A Modesto tuvo que sacudirle con fuerza para que no volviera a dormirse. Y ordenó a los criados que envolvieran con trapos los cascos de las caballerías. El mismo les ayudó.

—¡Metedles el hocico en sacos de avena! Así no relincharán.

Como lo mandó se hizo. Finalmente, hizo cargar sobre los animales todo el equipaje.

—¿Dónde está el cajón de las conservas M. H.?—preguntó—. ¿Y el de los «desayunos del ciclista»?

—Los han llevado al cuarto de ustedes—explicó Modesto...

—Bueno. ¡En marcha! Nada de ruido, ¿eh? ¡A callar!

—¿Cree usted que llegaremos muy lejos así?—preguntó Atanasio.

—Mire... ¡Déjeme hacer!... Yo respondo de todo... O triunfamos, o no escapa ni uno de nosotros...

—¡Así lo creo!—replicó el feroz Atanasio.

Hicieron dar a los caballos y a las mulas la vuelta al torreón. La camisa que rodeaba casi por completo a la torre era un muro que tenía lo menos ocho metros de altura. A pesar de la luna, que iluminaba en parte el camino de ronda, no se podía ver a los expedicionarios desde ninguna parte del castillo, ni aun desde las torres más cercanas.

Así llegaron al pequeño puente levadizo que daba acceso a la sala de los guardias.

Aquel puentecillo ya hacía tiempo que no era levantado por cadenas, sino que estaba permanente.

Rouletabille repitió:

—Sobre todo, ¡nada de ruidos!

Cogió de las bridas a su jumento y lo atrajo hacia el puente. Los animales pusieron algunas dificultades para pasar el foso, por lo cual Rouletabille se felicitó de haber amortiguado, mediante los trapos, el ruido de los cascós sobre la madera del puente.

Cuando toda la caravana hubo entrado en la sala de los guardias, Rouletabille rogó a Atanasio que fuera al segundo piso para oír lo que hacían los alemanes mientras él registraba el equipaje.

Atanasio, cuando bajó, dijo:

—¡Roncan!

Rouletabille había abierto una pesada caja de hierro, en la que se encontraban las municiones. De allí sacó un objeto oblongo, redondo, rodeado de una mecha, y se lo metió en un bolsillo. De un saco extrajo dos largas cuerdas, terminadas en un gancho. Dió una a Atanasio, rogándole que se la atara alrededor de la cintura, como él mismo hacía, de manera que pudiesen conservar la libertad de sus brazos.

Una vez hecho eso, se fué al puentecillo del torreón, llegó al extremo, por la parte del patizuelo circular, se inclinó y metió entre una piedra y la parte inferior del puente aquel objeto de que iba provisto. Al volver desarrolló, siempre bajo el puente, la mecha, cuya extremidad fijó cerca de la poterna. La luna le iluminaba.

—¿Dinamita?—preguntó Atanasio.

—Sí, dinamita.

—Oiga—dijo Atanasio—. Quisiera enterarme bien.

—En seguida.

—Yo también quisiera enterarme—se aventuró a decir Modesto, que por casualidad no dormía—. Y mi amigo Toudor también quisiera enterarse...

—¿De qué?

—De cuándo podremos salir de aquí.

—¡Ay, amigo mío! No sé qué decir... Lo que les advierto es que en este momento procuro arreglármelas para quedarme el mayor tiempo posible. Sin duda habrán comprendido que hemos caído en manos de una banda que no abriga respecto a nosotros excelentes intenciones. Por eso procuraremos resistir algunos días, esperando auxilio.

—¡Eso es una locura!—declaró brutalmente Atanasio.

—Eso no es posible—exclamó Modesto—. Es que... ¿vamos a batirnos?

—Así parece.

—Cuando se lucha—dijo Modesto—, se hace ruido.

—¡Ya! Y el hacer ruido es muy desagradable para los que tienen sueño. ¿Verdad, Modesto?

Cuando Rouletabille se levantó e hizo ademán de correr los grandes cerrojos que cerraban interiormente la porterna de la sala de los guardias, Atanasio le detuvo.

—Hace mal, caballero—dijo al periodista—, cerrando tan herméticamente esta puerta, porque le anuncio que no tengo el menor propósito de encerrarme aquí con usted.

—Bueno—contestó el repórter—, entonces ¡váyase!

—¿Por dónde?—preguntó Atanasio.

—¡Por aquí!

E hizo una señal a Atanasio para que le siguiera.

Rouletabille, seguido del búlgaro y dejando allí a Toudor y a Modesto con la consigna de que no se moviera bajo ningún pretexto, subió muy prestamente la estrecha escalera de caracol, sin detenerse en el primer piso, donde, al pasar, oyeron las voces de La Condair y Vladimir, que disputaban; tampoco en el segundo piso prestaron una gran atención a los sonoros ronquidos de la familia hamburguesa.

No pararon hasta llegar a la plataforma.

Una vez allí, Rouletabille se volvió y musitó a Atanasio:

—¡De rodillas!

En efecto; si en aquella altura, bajo la luz de la luna, hubieran estado de pie, hubiesen podido ser vistos por algún centinela del castillo. Andando a gatas dieron la vuelta a la torre, y finalmente se ocultaron entre dos almenas, a la parte del campo.

—¿Ve?—dijo Rouletabille—. La parte trasera del torreón, por donde se une a la «camisa», va directamente al campo.

Atanasio se inclinó y se levantó en seguida:

—¿Al campo? ¡A un precipicio!

Realmente, tenía razón. La torre parecía prolongación de la roca, tallada en la roca misma. Pero ningún rumor de agua, ningún fragor de torrente subía del lejano fondo, que se perdía en la sombra.

La corriente de agua rugidora que los jóvenes habían oído al llegar a la *Karakulé*, fluía a la parte Oeste del castillo; al Este, la *Karakulé* no estaba protegida más que por el espacio, su elevación y el vértigo.

—¡Por ahí se ha de marchar!—murmuró Rouletabille a Atanasio.

—¡Está muy alto!—contestó fríamente Atanasio.

—¿Le parece muy alto?—preguntó el repórter.

—¡Nunca hay nada muy alto para mí!—replicó el irascible búlgaro—. Pero eso resulta muy alto incluso para nuestras dos cuerdas juntas.

—Pues las prolongaremos con tiras de tela trenzadas. Vamos a hacer trabajar a Modesto y a Toudor. Pero ¿qué es eso?—dijo de pronto el repórter mirando un punto de la plataforma que hasta entonces había es-

tado en la sombra y que la luna acababa de iluminar.

Era un confuso bulto acurrucado, con una especie de brazos amenazadores tendidos hacia los dos compañeros. Rouletabille se llegó hasta aquella cosa, la examinó, la palpó, la hizo chirriar ligeramente. Luego volvió junto a Atanasio.

—¡Qué suerte tiene usted!—le dijo—. Es una cabria que antes serviría para subir directamente provisiones del campo al torreón. Sólo le falta una jarcia y una barquilla. Se las pondremos. Entonces bastará con que usted se ate. Y podrá bajar muy fácilmente sin que nadie se dé cuenta y antes de que se dé ninguna alarma en el castillo y sus alrededores.

—¿Cuándo prevé que podremos salir de aquí?—preguntó Atanasio.

—¿Cómo podremos?... Yo me quedo, querido amigo.

—Le repito que eso es una locura. Además, si usted se queda, ¿por qué quiere que me vaya? ¡Ya sabe que no me iré más que con Ivana y, si Dios quiere, con los documentos!

Rouletabille se irguió cuanto era posible entre las dos almenas, y, señalando a su interlocutor las hogueras que acá y acullá se habían encendido en la cumbre de los montes y en el valle, le dijo:

—¡Atanasio, no sea terco! Haga, para bien de todos, lo que voy a decirle. ¿Ve esas hogueras? Son otros tantos ojos abiertos en la noche para vigilar el dominio del bajá negro.

—Ya sabe usted que todos los caminos de esta parte del Estrandje Daggh le pertenecen, y usted mismo me ha dicho que están tan bien guardados, que ningún extranjero perdido o caído en la gran tela de araña, cuyo centro es el Castillo Negro, podría escapar al monstruo que

lo habita. Para salir de los dominios de Gaulow, para escapar con Ivana de sus redes, se necesitan, cuando menos, dos días; pero antes de dos horas serían cogidos Ivana y usted. En cuanto a partir todos juntos, no podemos, dado lo que nos queda por hacer y que todo salga bien, esperar un intento de huida antes del amanecer. Pronto nos darían alcance. Y seríamos incapaces de defendernos.

—¡Únicamente usted, yendo solo, puede pasar! ¡Y pasará! Puede darse como un hecho. A usted no le conocen. Es usted un mulillero *pomak* cualquiera que no despertará desconfianza alguna. Basta con que haga lo que hasta ahora. Pero es preciso que vaya solo, ¿eh?... Si le hablo tanto en este momento en que los minutos nos son tan preciosos...

—¡La fiesta—interrumpió Atanasio—no terminará antes de media noche! Y no podremos hacer nada antes de que devuelvan a Ivana a su aposento.

—Ya lo sé, Khetew; pero no por eso valen menos los minutos. Así es que oiga lo que voy a decirle: no triunfaremos si al irnos de esta terraza no nos estrechamos la mano. Continúo. Es imposible que Ivana le siga, y, por otra parte, es necesario que sea salvada dentro de pocas horas. Por lo tanto, la traeremos aquí; y aquí, en este torreón, la defenderemos, esperando el socorro que usted vaya a buscar.

—¿Qué socorro? ¡Llegaré demasiado tarde!

—Quizá no... ¿Por qué? De todas maneras, no podemos hacer otra cosa. Resistiremos, sí, resistiremos por que esa gentuza no posee ni un cañón; estos muros son formidables y tenemos buenas provisiones de guerra y boca. ¡Resistiremos hasta que usted venga, y, si no viene, sucumbiremos!

—Prefiero quedarme aquí, compartiendo la suerte de Ivana. Están ustedes perdidos de antemano... ¿Con qué socorro pueden contar verdaderamente?

La fina silueta de Routetabille volvió a erguirse entre las antiguas almenas que dominaban el país de llanuras y de montañas. Apoyó sus manos en los hombros de Atanasio, y mostrándole la lejana muralla, que iluminada por los reflejos de la luna cerraba el horizonte, le dijo:

—¡Atanasio Khetew! Detrás de ese obstáculo natural, tan impenetrable que ninguno de los enemigos de ustedes ha podido suponer que un general tendría la audacia o la locura de hacer que sus ejércitos lo pasaran; detrás de esas montañas, repito, espera todo un pueblo vencido en el misterio increíble de una segunda movilización... Y ¿qué espera? Le espera a usted, Atanasio Khetew. Espere a que usted vaya a decir: «¡No saben nada, no recelan nada!... ¡Venid!...» Cuando usted vaya a decirles eso, le seguirán los ejércitos, se pondrán en marcha detrás de usted. ¿Ve esos desfiladeros, esas gargantas oscuras, esos sombríos valles de rocas, ese terrible imperio de Gaulow?... Todo eso se estremecerá, retumbará, se iluminará con millares de bayonetas... Y ¿no habrá algunas para salvar a Ivana?

Atanasio, al oír aquellas palabras de fuego que le quemaban tanto más cuanto el tono con que eran dichas resultaba más contenido, más apagado, más sordo, y el calor que las animaba más concentrado, se acercó a Routetabille y... sucedió lo que el repórter había previsto. Le cogió la mano y le dijo:

—¿Cuándo podré marcharme? ¿Cuándo podré tener la seguridad de eso? ¿Cuándo sabremos a qué atenernos respecto a la suerte de los documentos?... Quiero saber

si he de irme con ellos a vencer o si he de quedarme para morir.

—Eso lo sabremos esta misma noche, o, a más tardar, mañana—contestó Rouletabille.

Y estrechándole la mano con premeditada energía, preguntóle:

—¿Estamos de acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Entonces llevamos mucho adelantado para salvarnos—dijo el repórter—. Cuando vaya con las tropas hacia Kirk-Kilissé y pase por aquí, no se olvide de nosotros.

El búlgaro le miró un momento de manera muy extraña, y luego dijo espaciadamente y con voz sorda:

—Habré cumplido ya mi deber para con mi patria. Por tanto, ya lo sabe usted, no tendré que pensar más que en Ivana.

Rouletabille levantó la cabeza como para recoger el desafío, pero pensó inmediatamente que aún no había llegado el momento de una explicación definitiva entre ellos respecto a Ivana. Lo mismo pensaría Atanasio, ya que no insistió. Se encontraban ambos exactamente en la misma situación de los países balcánicos: aliados para libertar una tierna cautiva ardientemente deseada por todos y que en secreto se prometían disputar con encarnizamiento después de la común victoria.

—¡Bajemos!—dijo Rouletabille—. ¡Ha llegado la hora de obrar!

CAPÍTULO XI

LAS MAZMORRAS DEL CASTILLO NEGRO

CUANDO Rouletabille y Atanasio entraron en la cámara donde el bueno de Priski estaba todavía tendido, atado y amordazado sobre la cama de La Candeur, éste y Vladimir parecían muy ocupados: el primero mirando su reloj (porque, según decía, se le hacía el tiempo largo) y el segundo descifrando un mapa del vilayeto de Andrinópolis, sobre la cual, según afirmaba, estudiaba el plan de las futuras operaciones. Rouletabille miró a ambos con severidad, porque recelaba que mentaban. Pero aquella noche tenía algún quehacer aparte de escrutar el misterio de aquellos embustes. Y se fué directamente a Priski, a quien quitó ataduras y mordaza.

Atanasio, ignorante de que el mayordomo era prisionero de ellos, se alegró mucho del acontecimiento y dignóse felicitar a Rouletabille por haberse apoderado de un sujeto que no dejaría de serles útil.

A continuación Priski agitó la cabeza y tomó la palabra para decir:

—Celebro mucho, caballeros, que me hayan desembarazado de esa mordaza, no porque me ahogaba, sino

si he de irme con ellos a vencer o si he de quedarme para morir.

—Eso lo sabremos esta misma noche, o, a más tardar, mañana—contestó Rouletabille.

Y estrechándole la mano con premeditada energía, preguntóle:

—¿Estamos de acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Entonces llevamos mucho adelantado para salvarnos—dijo el repórter—. Cuando vaya con las tropas hacia Kirk-Kilissé y pase por aquí, no se olvide de nosotros.

El búlgaro le miró un momento de manera muy extraña, y luego dijo espaciadamente y con voz sorda:

—Habré cumplido ya mi deber para con mi patria. Por tanto, ya lo sabe usted, no tendré que pensar más que en Ivana.

Rouletabille levantó la cabeza como para recoger el desafío, pero pensó inmediatamente que aún no había llegado el momento de una explicación definitiva entre ellos respecto a Ivana. Lo mismo pensaría Atanasio, ya que no insistió. Se encontraban ambos exactamente en la misma situación de los países balcánicos: aliados para libertar una tierna cautiva ardientemente deseada por todos y que en secreto se prometían disputar con encarnizamiento después de la común victoria.

—¡Bajemos!—dijo Rouletabille—. ¡Ha llegado la hora de obrar!

CAPÍTULO XI

LAS MAZMORRAS DEL CASTILLO NEGRO

CUANDO Rouletabille y Atanasio entraron en la cámara donde el bueno de Priski estaba todavía tendido, atado y amordazado sobre la cama de La Candeur, éste y Vladimir parecían muy ocupados: el primero mirando su reloj (porque, según decía, se le hacía el tiempo largo) y el segundo descifrando un mapa del vilayeto de Andrinópolis, sobre la cual, según afirmaba, estudiaba el plan de las futuras operaciones. Rouletabille miró a ambos con severidad, porque recelaba que mentaban. Pero aquella noche tenía algún quehacer aparte de escrutar el misterio de aquellos embustes. Y se fué directamente a Priski, a quien quitó ataduras y mordaza.

Atanasio, ignorante de que el mayordomo era prisionero de ellos, se alegró mucho del acontecimiento y dignóse felicitar a Rouletabille por haberse apoderado de un sujeto que no dejaría de serles útil.

A continuación Priski agitó la cabeza y tomó la palabra para decir:

—Celebro mucho, caballeros, que me hayan desembarazado de esa mordaza, no porque me ahogaba, sino

porque ello me permitirá hacer comprender a los señores el alcance de ese atentado contra mi persona. Ya han visto los señores que ni he resistido ni he intentado pedir auxilio; ya han visto, en suma, que he evitado causarles la menor contrariedad. De haber llamado yo, hubieran acudido y los señores tendrían que arrepentirse de este equívoco. Pero yo no soy una mala persona... Odio el delito y compadezco al delincuente... Además, estoy acostumbrado. ¿Acaso creían los señores que era la primera vez que mi cuerpo soportaba semejante entretimiento?... Pero nunca han sacado nada en limpio. Eso es lo que deseaba decirles. Así es que lo mejor que podrían hacer es dejar que fuera tranquilamente a acostarme...

—¿Acaso vendrán a buscarle si se dan cuenta de su ausencia?— preguntó Rouletabille, asombrado de la sangre fría del mayordomo.

—¡No lo creo, no lo creo!... Soy aquí muy poquita cosa... Además, ha habido esta noche en el castillo demasiado regocijo para que alguien se acuerde de Priski... ¡No, no! El mismo portero de los señores, ese gigante albanés a quien he presentado, se preocupa poco de saber si estoy aún en el torreón, o si me encuentro en mi cama... ¡Pueden estar tranquilos, que no vendrán a buscarme! Ordinariamente no suelen ocurrir las cosas así...

—¿Pues cómo ocurren, querido Priski?

—¡Oh!... Siempre intentan complicarme en una tentativa de evasión que fatalmente fracasa... y acaban por dejar que siga tranquilamente hacia mi cuarto... A veces, sin embargo, se quiere llegar hasta el fin, porque en todas partes hay cabezotas. ¡Y el caso es que a los cabezotas siempre les va mal!... Créanme los señores: la voz del sentido común sale de mi boca... ¡No intenten esca-

par!... ¡Ay, escapar! No puede negarse que es un hermoso sueño...

—¡Querido Priski!—interrumpió Rouletabille—. No se trata de escapar...

—Eso es harina de otro costal... ¿De qué se trata?... Si puedo ser útil a los señores...

—Mire... A la altura en que nos encontramos, haríamos mal en ocultarle nada... ¡Hemos formado el propósito de raptar a Ivana Hanoumi!...

Priski se puso en pie como por resorte.

Y con cara trastornada por el espanto, dijo:

—¿Para qué?... ¡Si no pueden y, además, dicen que no quieren escapar!...

—¡Para traerla aquí, señor mayordomo!...

—¿Traerla aquí?... ¡Eso es una locura!... ¿Para qué?...

—¡Ay, querido Priski!... ¡No podemos prescindir de la compañía de las damas!...

—Los señores están locos. Y, como es natural, renuncio a continuar una conversación inútil.

Luego de aquellas palabras, Priski se tendió de nuevo en la cama de La Candeur volviendo el rostro hacia la pared.

—Levántese, Priski... ¡Levántese, o le mato!...

El mayordomo miró a Rouletabille, vió un revólver en la mano del joven, contempló su trágica actitud y se puso en pie.

—¿En serio?

—En serio, querido Priski. Si dentro de una hora no nos ha llevado usted, sin peligro para nosotros, a la habitación de Ivana Hanoumi, o al menos lo más cerca posible, ¡dejará usted de vivir!...

—¿Pero saben ustedes lo que están diciendo?—exclamó Priski retorciéndose las manos—. ¿Cómo quieren que

les lleve a una habitación que no conozco?... Esa habitación debe estar en el harén... ¡Y al harén no se puede acercar nadie!...

Atanasio, entonces, tomó la palabra.

—Esa habitación—dijo—no está en el harén. Ivana Hanoum no entrará en el harén hasta mañana. Ahora le están preparando los aposentos de la kadina favorita que ha dejado de serlo...

Priski miró con pasmo a aquel sórdido mulillero al que hasta entonces no había prestado ninguna atención, a quien había tomado por un bajo servidor pomak y que, sin embargo, hablaba francés con una corrección por lo menos igual a la suya. La cara de Priski parecía decir: «¿De dónde sale éste?»

Y dijo:

—Parece usted muy enterado, amiguito.

—Sí—replicó Atanasio sin asombrarse del asombro ajeno—. Mientras ustedes estaban en el saloncito me he mezclado con los soldados y me he enterado de lo que nos convenía saber. Ivana Hanoum, al llegar aquí, fué directamente llevada a la habitación superior de la tercera torre del Oeste. Los soldados, que sólo hablaban del acontecimiento del día siguiente, es decir, del nuevo casamiento de su jefe, señalaban en aquella tejana torre cierta ventana en que brillaba una luz, muy alta, encima de los lienzos de muralla del camino de ronda.

—¡Pues ya sabe usted más que yo!—afirmó Priski—. ¿Qué voy a decirles de nuevo?...

—Vamos a suplicarle en seguida—continuó Rouletabille con voz glacial—lo que deseamos que nos diga... Sabemos dónde se encuentra esa habitación, pero ignoramos cómo se llega a ella. ¡Hay que guiarnos! Nada más.

—¿Nada más?... ¡Esa sí que es buena!.. Hay lo menos dos fosos, tres caminos de ronda, cuatro patios, cuatro muros y otras tantas puertas antes de llegar al pie de esa torre que se encuentra en el espacio reservado para las construcciones que habita Kara bajá... ¡Y eso guardado por gente armada hasta los dientes!...

—¡Precisamente por ello, querido señor Priski, nos dirigimos a usted, que conoce todos los arcanos de este castillo del diablo!

Priski pareció reflexionar profundamente, miró a sus prisioneros (de los cuales era a su vez prisionero), diríase que se preguntó nuevamente con qué clase de locos estaba tratando y por qué peligrosa empresa habían ido a dejarse prender a la tierra de Gaulow, y finalmente sentóse de pronto, rogó a Rouletabille que se metiera el revólver en su bolsillo y declaró que estaba a disposición de aquellos señores.

El ya les había recomendado suficientemente que no se agitaran; por tanto, no habían de achacar a nadie las catástrofes que no dejarían de sobrevenir.

—Interróguenme los señores. ¡Haré lo que quieran!

—Vamos a ver, Priski... ¿Cuántos caminos hay para ir del torreón a la tercera torre del Oeste?—preguntó Rouletabille.

—Tres—contestó el mayordomo cruzando las piernas y echándose hacia atrás con cierta insolencia—. Tres. Ni uno más, ni uno menos. Está el camino general, que era el que yo indicaba hace un momento, y que ustedes no pueden seguir, ya que desde el primer deslunado tropezarían con buena parte de la guarnición...

—¿Qué otro?

—El de las cortinas... Ya sabrán lo que son las cortinas, ¿no? Pequeños caminos aéreos sobre las murallas,

que reúnen entre sí diversas fortificaciones. Por esas cortinas se puede ir a todas las partes de la fortaleza apoyándose en las goteras. Es, pues, «el camino de los techos». De noche sería bastante practicable cuando no hubiese luna llena, a no ser por la necesidad de pasar ante un vigilante que, desde una terraza, está encargado precisamente de vigilar ese camino. De todas maneras, únicamente podrían los señores ir por ese camino a la vuelta. Sí: por él se puede volver al torreón, pero no salir.

—¿Por qué?

—Porque para aislar por completo el torreón han hecho cortes entre esas cortinas y la camisa del torreón. Las dos cortinas que dan a esa cortina por el Este y por el Oeste, están, pues, separadas por algunos metros de vacío, sobre el que, sin embargo, pueden echarse «puentes levadizos». Y esos puentes levadizos existen... Están sostenidos por cadenas, pero atados a la cortina y no a la camisa del torreón, de manera que desde lo alto de la camisa no pueden ser manejadas, mientras que ese manejo es posible a quien esté en la cortina, es decir, en el castillo, fuera del torreón. Esa disposición, que por cierto es reciente, fué discurrida para el caso en que personas tan distinguidas como los señores tuviesen el capricho de ir a pasear de noche sobre los techos.

—Y ¿cuál es el tercer camino?

—El tercer camino es el de las bodegas o subterráneos, que conozco perfectamente por haberlo frecuentado, al principio, por curiosidad. Puedo hablarles de él con perfecto conocimiento de causa. Por eso he de disuadir a los señores de que lo usen. Sin embargo, tengo que decirles que es el único que les queda.

—¿Tan terrible es ese camino?—preguntó Rouletabille.

—¡Terrible es poco, caballero!...

—¿Qué le ha sucedido en él?...

—Me ha sucedido desmayarme de espanto. Preferiría ser muerto por los señores que volver a empezar semejante viaje. Sin embargo, si tienen mucho interés en ello, les acompañaré hasta una encrucijada muy cercana del lugar en que me desmayé. Pero no pasaré adelante...

—Y ¿dónde está ese lugar en que usted se desmayó?

—Es un extenso pasillo en rampa que hay que atravesar y remontar para volver a la luz del día. Si se consigue eso, se encuentra uno entonces en el barrio de los esclavos... desde donde es relativamente fácil, colgándose de los modillones de la tercera torre del Oeste, llegar a la garita del ángulo. Y, una vez allí, se encuentra uno exactamente encima de la habitación que el señor señalaba antes como de Ivana Hanoum.

—¡Ese es el camino que nos conviene!—exclamó Rouletabille.

—El señor dice eso porque seguramente no sabe de qué se trata... Pero estoy convencido de que hará como el señor Marinetti, un cliente a quien no se le arrugaba el ombligo... Cuando llegó a ese punto, dió media vuelta en redondo sobre sus pasos y, sin falsa vergüenza, vino a buscarme en este cuarto donde me había encerrado de antemano, atándome con un embuchado y amenazándome de muerte si no le procuraba el medio de escapar... Me desató, me rogó que no dijera a nadie nada de su intento, me encargó que le confeccionara un plato de excelentes raviolis a la napolitana y tuvo mucha calma hasta el día en que, gracias a la generosidad de una anciana tía, pudo «pagar su cuenta» y marcharse.

—¡Rouletabille!—se atrevió a decir La Candeur—, ¡Rouletabille! Piensa en lo que dice este caballero... No

tiene ningún interés en engañarte... Y lo que nos cuenta es muy impresionante...

—Ese señor Marinetti puede ser un mequetrefe—replicó el repórter.

—Le advierto—indicó Priski balanceándose sobre su asiento de manera cada vez más molesta—que he guardado lo mejor para el final... ¿No han oído hablar los señores de lord Radlan?...

—¿Quién no ha oído hablar de lord Radlan? ¿No es aquel rico inglés, veinte veces millonario, que desapareció hace dos años, durante un viaje por el Mar Negro? Dicen que se ahogó una noche, en Odessa, al entrar en el barco. Pero como no se ha encontrado su cadáver, las compañías de seguros sobre la vida no han querido pagar nada a los herederos, con lo cual se produjeron resonantes pleitos, que aún duran...

—¡Perfectamente! Veo que están al corriente... Pero yo voy a deciros una cosa por si puede ser útil a los señores... Lord Radlan no ha muerto en Odessa. Ha muerto aquí, víctima de una imprudencia. Y yo lo he lamentado mucho... Era un hombre encantador, con una hermosa barba rubia que le llegaba hasta el centro del pecho y que se peinaba todo el día... También a él tuve que indicarle el camino. ¡Y todo lo que le dije no sirvió de nada! Era tan obstinado como el señor (Priski señaló a Rouletabille). También él tenía un revólver; también él amenazaba al pobre Priski... ¿Qué más? Se fué por ese pasillo. ¡Y no volvió!

—¡Quizá fuera porque conseguiría salir!—dijo Rouletabille.

—¡No, señor, no!... ¡No salió!... Se tiene la absoluta seguridad de ello. El *kachaf* de los esclavos me ha dicho repetidamente que se le oyó durante más de ocho días

en el fondo del hoyo del pasillo. Primero gritaba, luego gemía, después agonizaba, finalmente no hizo nada... ¡Esa es la historia de lord Radlan!

—¡Qué terrible!—musitó La Candeur entrecortado—. ¿Y por qué se dejó perecer a un hombre que hubiera podido pagar un rescate digno de un Rothschild? (La Candeur tomaba precauciones.)

—¡Ah!... Ya he advertido a los señores que aquí no se fuerza jamás a la gente... ¡Cada cual tiene libertad para querer su desgracia! Lord Radlan había dicho: «¡Antes morir que daros un penique!» Y murió.

—¿No se podría saber—preguntó Atanasio—cuál es ese sitio peligroso y qué forma tiene?

—Ese sitio—contestó Priski cesando en su insoportable balanceo y dando gran solemnidad a su voz—tiene en lengua pomak un nombre muy estrambótico, algo así como si dijéramos en francés: «no devuelvo nada y me quedo con todo».

—¡Llévenos a ese lugar maldito, Priski!—mandó Rouletabille.

—En seguida, apreciable joven—contestó el mayordomo—. Pero si acaso ama a alguna mujer, déjeme una carta para ella...

—¡Basta de bromas, Priski! ¡Están dando las doce! ¡Ha llegado la hora!

—¡Sí, sí!... Media noche... La hora de los crímenes... ¡Qué prisa! Siganme, pues...

La Candeur sintió ansias de echarse a los brazos de Rouletabille, pero éste le rechazó con mucha brutalidad. El bueno de La Candeur lagrimeaba con egoísmo:

—¿Quieres mi muerte, Rouletabille? ¡Ya sabes que no te dejaré ir solo a semejante subterráneo!... Tendría demasiado miedo si me quedara aquí solo... Pero ¿vas?...

¡No tienes compasión de mí... ¡Vamos, pues, Vladimir!...
¡Está empeñado!... ¡Ay, qué oficio, Dios mío!...

Bajaron todos a la sala de los guardias, adonde les condujo Priski. Allí les enseñó una losa circular con un anillo de hierro.

—¡Ay, Dios mío!—repitió La Candeur—. ¡He ahí la puerta de la tumba!...

Priski pidió a Tondor una barra de hierro, que pasó por el anillo; pero la piedra era muy pesada y no cedía a los esfuerzos.

—¡Ayúdale!—dijo Rouletabille a La Candeur.

Este, con lágrimas en los ojos, se inclinó y levantó la losa con tal facilidad que le valió los elogios del mayor-domo.

—¡Caramba!—exclamó—. ¡Buenos biceps debe tener usted!...

Rouletabille acercaba ya una lamparilla a la negra abertura. Los rayos de luz daban en una escalerilla de hierro que se perdía en la obscuridad.

—Ese es—explicó Priski—el subterráneo que pasa bajo el camino de ronda del torreón y que, luego de atravesar el deslunado y de pasar bajo la pequeña mezcquita, se dirige hacia el *selamlik*. Antaño, permitiría a los defensores del torreón salir del castillo por la parte Oeste de la montaña; pero hoy no existe ninguna salida; solamente se cruza con un pasillo que lleva a ese lugar maldito que, a su vez, termina en el barrio de los esclavos.

—¡No devuelvo nada y me quedo con todo!—pronunció La Candeur como un eco fúnebre.

Priski dijo a Rouletabille:

—Déjeme la lámpara y yo les precederé hasta ese pasillo. No puedo hacer más por ustedes,

—Enciéndele una lámpara—ordenó Rouletabille a La Candeur.

Tanto temblaba el gigante, que necesitó la ayuda de Tondor para conseguir lo propuesto. Y cuando hubo encendido la lámpara, declaró que era para él. No se quedaría en la sala de guardia. ¡Tenía mucho miedo!

—¡Pues te necesito aquí!—replicó Rouletabille.

—¿Para qué?

—Para vigilar, para guardarnos las espaldas. Si acaso entra alguien en el camino de ronda, cosa que puedes ver entreabriendo ese ventano, no tienes más que inclinarte cautelosamente y pegar fuego a ese cabo de mecha... ¡Saltará el puente voladizo!... Como seguramente oiremos la detonación, vendremos en seguida... ¿Ves? La cosa es muy sencilla.

—¡Tengo miedo! ¡Prefiero ir contigo! Que se quede Vladimir para entendérselas con la mecha; yo temblaría demasiado; no conseguiría encenderla...

—¡Te ordeno que permanezcas aquí!

Pero cambió de opinión. Al fin y al cabo, era la primera vez que La Candeur se negaba a obedecerle. Así es que, abrazándole, le dijo:

—¡Ven! ¡Eres un valiente!...

—¿Valiente yo?...

Se convino que Vladimir se quedaría en la sala de guardia con Tondor, que continuaba sin comprender nada, y con Modesto, que dormía entre los mulos. En cuanto hubiera el menor motivo de alarma, Vladimir cedería la palabra a la dinamita.

Priski bajó delante. A continuación fué Rouletabille; después La Candeur, que con tal motivo disputó con Atanasio, y finalmente el joven búlgaro.

Dos minutos después, Vladimir, que se había puesto

en acecho junto al agujero, no oía nada ni percibía ningún resplandor. Así es que se fué al ventano de la poterna para observar el exterior. Todo el castillo, tan alborozado y numeroso poco antes, parecía sumido en el más profundo sueño.

Mientras tanto, los otros continuaban su camino subterráneo.

Unos cincuenta peldaños les habían permitido llegar a una galería de dos metros de altura y de metro y medio, poco más o menos, de ancha. El suelo era húmedo y viscoso. De la bóveda caían gotas de agua.

—Son—explicó Priski—de los albañales del deslunado. Hay grietas, pero, como los señores comprenderán, no las arreglan.

Luego de andar cosa de cinco minutos, bajaron otros treinta escalones. Entonces vieron a la izquierda dos sólidas puertas con gruesos clavos, barras de hierro y enormes cerrojos.

—¿Qué es eso?—preguntó Rouletabille.

—Antiguos calabozos para los condenados políticos.

—¿Cómo?... ¿Para los condenados políticos?

—Sí. El anterior dueño del castillo, el anterior bajá, el que fué derribado por Kara-Selim, parece ser que estuvo encerrado ahí durante once años. Aún puede verse su esqueleto sujeto de la pierna por una enorme cadena. Si quiere verlo, no tiene más que empujar la puerta.

—¡Dejémoslo para otra ocasión!—contestó Rouletabille—. Ahora, ¡avancemos!... Pero, ¡qué ahogot!... El aire se está haciendo irrespirable... ¿Cómo puede ser que a ese desgraciado le costara once años morirse?...

—Eso se preguntaba a menudo Kara-Selim. ¡Y es que hay gente que tiene mucha resistencia!...

Aparte de que el aire era cada vez menos respirable,

el conducto subterráneo se hacía más estrecho. Al cabo de algunos minutos, La Candeur se vió obligado a doblarse para poder andar.

Y llegaron súbitamente a una encrucijada, a una especie de plaza, a la que daban tres pasillos.

—Ya ven ustedes que soy buena persona—dijo Priski—. Les he guiado hasta aquí para que no se perdieran y para que no perdieran el tiempo. Este pasillo lleva hacia la torre del vigilante; este otro, hacia la barbacana; pero ambos están interceptados a sesenta metros de aquí. En cambio, este tercero es el verdadero camino. No tienen más que seguirlo en línea recta. Yo me quedo aquí.

—¡Ca, Priski! Es preciso que venga con nosotros—anunció Rouletabille.

—Pero ¡si yo no puedo serle útil en nada!—dijo Priski echándose a temblar.

—¡Quién sabe!—replicó el periodista—. Además, ¿quién nos garantiza que esos dos pasillos están realmente interceptados y que usted no puede escapar por uno de ellos y dar la alarma en el castillo? ¡Animo, amigo mío!... Un poquitín de valor...

Priski se pegó al muro y juró que no seguiría adelante.

—¡Cárgatelo a la espalda!—mandó Rouletabille a La Candeur.

Y así lo hizo La Candeur, aunque temblaba tanto como Priski.

Priski intentó resistir, pero Atanasio, que cerraba la marcha, atajó aquel capricho aplicando a la frente del mayordomo el frío cañón de un revólver.

—Y ahora a la... ¿cómo se llama eso?...

—A la «no devuelvo nada y me quedo con todo»... ¡Lleva cuidado, Rouletabille!

—No te preocupes... Ya llevo cuidado.

—Es que ese lugar tiene un nombre que no promete nada bueno.

—Debe ser alguna mazmorra... Tiene nombre de mazmorra, ¿verdad?

—Precisamente. Procura, pues, no caer dentro.

—¡Ya sabemos lo que son mazmorras!—continuó diciendo Rouletabille, mientras tanteaba con muchas precauciones el terreno—. ¿Has visitado algún castillo en que el portero no te haya mostrado las mazmorras? ¡Total, un agujero y un pozo!... ¿Y por eso tanta historia?... ¡Eh, Priski! ¿No dice usted nada?...

—¡Ande, ande!... ¡Ya hablaremos dentro de poco!...

—¿Nos acercamos ya?

—Espere un poquitín... Casi ya hemos llegado...

Y los dientes de Priski emperazon a castañetear espantosamente.

—¡Cáspita!—exclamó La Candeur, que sudaba la gota gorda—. ¡No es nada tranquilizador el inquilino de arriba!...

—¡Cuidado, caballero, cuidado!—masculló Priski—. ¡Ya hemos llegado!...

—¡Alto!—aulló Rouletabille.

Acababa de resbalar en el viscoso suelo, y uno de sus pies había dado en el vacío. La Candeur lo agarró con poderosa mano.

Hacia algún trecho que el subterráneo se había ensanchado. Y Rouletabille acababa de llegar al borde de un agujero, pequeño abismo circular con tres metros de diámetro.

Parecía un profundo pozo, evidentemente más ancho que los enseñados por los guías cuando visitamos los castillos medievales, cuyos restos nos conserva la piedad

de los arqueólogos; pero, al fin y al cabo, no más tétrico ni más temible. Claro está que no había que dejarse caer allí, pero ésa no era la intención de Rouletabille. Arrodióse para ver mejor.

—¡Cuidado! ¡Dios mío! ¡Procura fijarte en lo que haces!—suplicaba La Candeur, que, habiendo entregado a Atanasio la lámpara, sujetaba con una mano a Atanasio sobre la espalda, y con la otra a Rouletabille, a quien no hubiera dejado ni por un imperio.

—¡Vaya un boquetel!—exclamó Rouletabille—. Priski nos había preparado una coartada. ¿Verdad, Priski?

—¡No contesta ni se mueve!—repuso La Candeur—. ¡Quizá esté muerto!

Rouletabille, junto a la mazmorra y con la lámpara en la mano, se inclinó tanto como pudo.

—¡No se ve el fondo!—participó—. Y hace mucho fresco ahí dentro... Quizá haya una corriente subterránea que comunique con el torrente... Pero hay más. ¡Veo por dónde se baja, pero no por dónde se sube!...

Entonces levantó la cabeza y miró hacia arriba.

Inmediatamente soltó la lámpara, que cayó con estrépito en la mazmorra, haciendo resonar lúgubrementemente las paredes a causa del ruido metálico y vítreo. Al mismo tiempo se echó hacia atrás, dando un agudo grito. La Candeur y Atanasio, que se le acercaban, retrocedieron.

Priski se había deslizado a lo largo de la muralla y miraba a Rouletabille sin decir palabra, fijando en él sus ojos sin vida. Rouletabille, apoyado en la pared del subterráneo, respiraba fragorosamente como si le faltara el aire. Sus pupilas parecían extraviarse en las órbitas.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?—preguntaban La Candeur y Atanasio.

La figura de Rouletabille estaba tan descompuesta,

aparecía tan lamentable al resplandor de la lámpara de Atanasio, que La Candeur estaba a punto de sollozar.

—¿Qué te ocurre?

—¡Nadal—contestó el repórter—. ¡Nadal... ¡Ya ha pasado!...

—Pero ¿qué has tenido?

—¡Oh! He tenido miedo...

Y dirigiéndose a Priski, añadió:

—Tiene usted razón, Priski... ¡Es terrible!

Atanasio, sin poderse aguantar, se puso al borde de la mazmorra... También él levantó la lámpara... También él retrocedió y gritó extrañamente... También él volvió hacia los demás con cara de cadáver.

—¡Oh!—dijo—. ¡Oh!

—¡Mira, La Candeur, miral! Es preciso que volvamos a ver eso... Es preciso que nos acostumbremos a ello. ¡Hemos de pasar por ahí!... Además, ya estás avisado; ya sabes que es horrible... ¡Vel!

Pero La Candeur denegaba con la cabeza. No quería ir.

—¡Pues hay que pasar por ahí!

—Pasaremos. ¡Pero yo cerraré los ojos!

—Hay que hacerse el ánimo—recomendó Rouletabille—. Al fin y al cabo, *se trata de muertos*.

—¿Ha visto usted muchas veces muertos como ése—preguntó Atanasio con voz apagada.

—No—contestó Rouletabille—. ¡Jamás!

—Si se trata de muertos—afirmó La Candeur—no me da miedo. ¡Sólo temo a los vivos! Denme la lámpara. Las historias de aparecidos nunca me han dado frío ni calor. No tengo ningún inconveniente en pasar de noche por el cementerio.

La Candeur, echándose las de valiente, cosa en él no

común, se fué, lámpara en mano, hacia la mazmorra, y una vez allí miró arriba.

—¡No sueltes esa lámpara!—le gritó, afortunadamente, Rouletabille.

Por eso no la soltó; pero volvió titubeando y tan pálido como los demás.

—¡Oh!—dijo moviendo la cabeza—. Es la cosa más horrible que he visto en mi vida. Pero no todo son muertos... He oído a uno que respiraba.

—Sí; los hay que pueden respirar días y días—explicó Priski, que recobraba el aliento—. Es más: a veces los hay que os hablan como desde el fondo del otro mundo; y, como es natural, al no ser esperado eso, viene a ser como un latigazo en la nuca, sobre todo cuando uno está a solas. Y ahora que ya hemos visto de qué se trata, vámonos... ¡vámonos!... ¡vámonos!!

—¡En marcha!—ordenó Rouletabille.

—¿Nos volvemos?—imploró La Candeur.

—Tú te volverás con el señor (señalaba a Priski) y continuarás vigilándolo.

—No quiero dejarte, Rouletabille. ¿Qué sería de mí sin ti en este abominable subterráneo?

—No podrán pasar más que los que lleven cuerdas.

—Me prestará la suya el señor Khfew.

Rouletabille, luego de reflexionar, dijo:

—En el fondo, aún puedes sernos útil. ¡Ven, pues!

—¿Y yo?—suspiró Priski—. ¡Déjeme volver al torreón!

—Ya le he demostrado que eso es imposible, querido señor Priski.

—¿Qué va a hacer de mí?

—Tendrá usted que agarrarse al cuello de mi amigo...

¿Verdad, La Candeur?

—No lo rechazo. Caso de que yo cayese, no me vendría mal.

Rouletabille se decidió a volver hacia aquello tan horrible, y se obligó a mirar largo tiempo aquello tan espantoso suspendido sobre su cabeza.

¡Qué visión más infernal!

Como ángeles malos que se precipitaran, parecían caer del cielo cuerpos horribles, con las manos y la cabeza abajo, en esa posición especial que a veces da el arte al nadador que se zambulle. ¡Nadadores del negro abismo! ¡Buzos de la muerte, cuyas manos, eternamente alargadas, no encontraban más que el vacío! Algunos de aquellos cuerpos no eran más que esqueletos todavía vestidos de harapos sangrientos. Pero la mayoría habían conservado en sus rostros, devastados por el terror, los estigmas supremos de su atroz agonía. Otros parecían tener todavía ojos vivientes: eran unos grandes ojos abiertos como para medir mejor el abismo de la noche interminable; y su boca también estaba muy abierta, como si aún dejara pasar el aullido que había acompañado las primeras horas del fantástico suplicio. Los miembros hallábanse tintos en sangre. La onda de las cabelleras se retorció, a manera de gruesa serpiente, a lo largo de las lívidas sienes. Y el rojo resplandor procedente de la lámpara vacilante, que sostenía un hombre audaz, iluminaba irrealmente aquellas sombras quiméricas, aquellas garfias dispuestas para mudos aullidos, aquellos flancos horrorosamente destrozados. Todos aquellos cuerpos, unos próximos, otros lejanos, tenían el mismo talante de diablos precipitados por la diestra del Dios Padre y que corriesen al averno... ¡Y los sacrilegos exploradores de aquellas catacumbas malditas, al ver por primera vez aquel misterio apocalíptico, tuvieron que huir para evitar

que el formidable racimo de condenados les cayese sobre la cabeza!... Luego volvieron... Y ahora, tanto Rouletabille como Atanasio, procuraban comprender por qué milagro se había detenido la caída, por qué prodigio permanecía suspendida en el vacío aquella gesticulación de ultratumba.

Rouletabille se volvió hacia Priski, enjugando el sudor de su frente.

—Cuando estábamos en el torreón nos dijiste que se podía pasar por ahí... ¿Cómo?

—Sólo hay un medio—dijo Priski tiritando—. Sólo hay un medio. ¡Utilizando la ayuda de los muertos! ¿No ve cómo le tienden la mano?

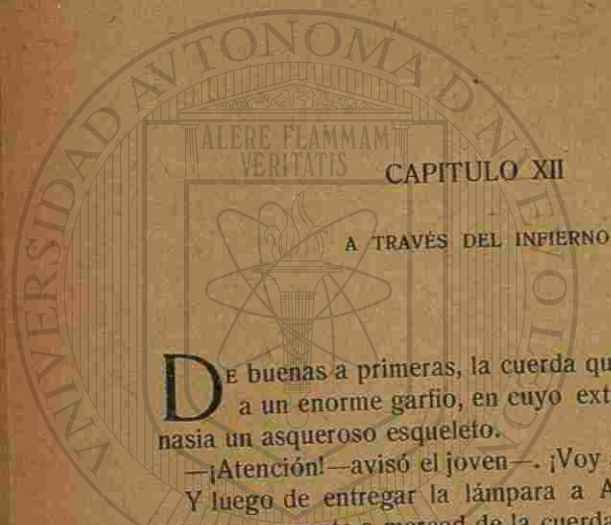
—¡Oh! ¡Qué cosas dice!—musitó La Candeur atribulado.

—Son idioteces—replicó Rouletabille—. Serenémonos un poco; procuremos recobrar nuestra sangre fría. Esos muertos, como sucede frecuentemente, han sido detenidos en su caída hacia el fondo de las mazmorras por garfios de hierro. Con el gancho de nuestras cuerdas podemos llegar hasta esos garfios y elevarnos así hasta el orificio de la mazmorra, si los garfios continúan aplicados a las paredes hasta ese orificio.

—No—interrumpió Priski—, no hay garfios hasta arriba; pero, a partir del lugar en que cesan los garfios, hay una estrecha escalera circular que sube hasta la losa. Una vez allí, se puede levantar la losa, que es como la del torreón. Eso no es difícil. ¡Lo difícil es atravesar los muertos!

—De todos modos, vamos a intentarlo—dijo Rouletabille.

Y lanzó por encima de su cabeza el gancho de hierro en que terminaba la cuerda.



DE buenas a primeras, la cuerda quedó enganchada a un enorme garfio, en cuyo extremo había gimnasia un asqueroso esqueleto.

—¡Atención!—avisó el joven—. ¡Voy a lanzarme!

Y luego de entregar la lámpara a Atanasio, se dejó caer nuevamente a merced de la cuerda, que le hizo chocar contra la pared de la mazmorra.

Entonces, rápidamente, arañando con los pies la piedra, se elevó hasta el gancho, en el cual sentóse, compartiéndolo con el esqueleto. Pero, sin duda por creer que tenía poco sitio, dió con el pie al esqueleto, que perdió el equilibrio y continuó su camino, interrumpido quizá durante varios siglos.

Aquel resto de humanidad pasó ante las narices de La Candeur, para ir a perderse en el fondo del prodigioso agujero, en el momento en que el hercúleo repórter menos lo esperaba. Así es que lo saludó con un grito descomunal. ¡Como que La Candeur pensaba que el caído era Rouletabille!

Afortunadamente, la voz severa de su amigo, que le

colmaba de injurias, le tranquilizó al momento. En caso contrario hubiera sido capaz de seguir a Rouletabille hasta el fondo del pozo, luego de arrojar a él a Atanasio y a Priski, con el único fin de no quedar solo, lo que su pusilanimidad temía sobre todas las cosas. Atanasio se había elevado a su vez hasta el garfio de Rouletabille, mientras el repórter se instalaba más arriba, en compañía de un esclavo negro, muy amojamado y crespo, que estaba muy fuertemente sostenido por el hierro entre los huesos del bajo vientre.

—¡La obra es fuerte! ¡No temas!—gritó Rouletabille a La Candeur—. Los antiguos tenían un mortero verdaderamente asombroso. Se diría que esto fué construido ayer, a no ser por estos muertos tan antiguos...

—¡Rouletabille! No bromees, que no es la ocasión más oportuna—interrumpió La Candeur—. Esas bromas fuera de lugar pueden traernos desgracia.

Atanasio estuvo empleando mientras tanto la cuerda de Rouletabille. Después llegó el turno a La Candeur, que, como era de esperar, protestó entre dientes, alegando que todo aquello no era reportaje; pero, luego de atarse al cuello al bueno de Priski, acabó por colgarse de la cuerda de Atanasio.

La ascensión, pues, se verificaba con regularidad que, al parecer, no había de ser turbada.

Comoquiera que los muertos, vistos de cerca, denotaban mucha antigüedad, los compañeros comenzaban a avezarse al horrible ambiente. Y dióse el caso de que el menos alterado de todos fué el excelente Priski, quien con dicho motivo demostró con cuánta facilidad puede adaptarse la naturaleza humana a todas las circunstancias, hasta a las más excepcionales de nuestra azarosa existencia.

Ahora ya se atrevía a mirar cara a cara las cosas y a las personas. Tanto era así, que en un momento en que el mayor silencio reinaba en la mazmorra y en que cada cual procuraba descansar de los esfuerzos realizados, se le oyó exclamar:

—¡Oh!... ¡Miren a ese muerto de enfrente!... ¡Es él!... ¡Lo conozco! ¡Es el pobre lord Kadlan!... ¡Qué cambiado está, Dios mío!... ¡Se habrá hecho desgarrar por tres garfios!... ¿Y su barba? ¡Aún ha crecido!...

En efecto: el cadáver aludido tenía una barba de longitud extraordinaria y que salía de él (que estaba cabeza abajo) como una lluvia de oro...

—¡Qué hombre más valiente!... ¡Y qué gran gozador de la vidal!... Por cierto que no le dolían las propinas. Pero era un poco terco... ¡Oh! ¿No me equivoco? Miren aquel turco que hay encima, el *kachel* de la ropa al revés... ¡Es Kibrigli, el encargado de los refrescos! ¡Palabral! ¡Era muy divertido!... Se ignoraba qué se había hecho de él. Un buen día desapareció. Decían que se había marchado con una odalisca traída de Smirna... ¡Pobre Kibrigli! ¡Ya ha terminado de divertirse!

—¡Chiss! ¡Oigan... oigan!—dijo súbitamente Rouletabille.

No tardó en oírse en aquel pozo más que el rumor de varias respiraciones fatigosas.

—Me parece haber oído quejas...

A la sazón, Rouletabille estaba a horcajadas sobre un garfio que sostenía también el cuerpo desgarrado de uno de esos caballeros blancos tan admirados por él cuando vió un animado grupo de ellos al llegar a la tierra de Gaulow.

—¡Oh, todavía se mueve!—musitó el repórter—. ¡Vive! ¡Y qué garfio tiene en el pecho! ¡Oh!... ¡Se estremecel!... ¡Atiendan. ¿No oyen? Se queja...

—¡Cuando yo decía que había oído lamentos!...—exclamó La Candeur.

—Levante la lámpara, Atanasio. Usted está más bajo que yo... Ilumínele el rostro... ¡Oh, casi es un niño!... Sus labios se mueven... Quizá todavía sufre...

—¿No se le podría librar del garfio?—insinuó La Candeur.

—Si. Es espantoso... ¡Abre los ojos!... ¡Oh!... Voy a intentar...

Rouletabille, en efecto, procuró empujarle con una mano. Y la víctima de aquel atroz martirio dió un suspiro que puso a La Candeur los pelos de punta. El gigantesco periodista suplicó entonces que dejaran tranquilo a aquel pobre caballero. Pero Rouletabille continuaba cada vez más enardecido en su horrible y piadosa tarea. De pronto, el cuerpo, empujado sobre el abismo, se inclinó y cayó. Pero detúvose en seco en otro garfio que lo ensartó... Sonó un grito atroz... Y nada más. Aquella vez el caballero blanco debió quedar bien muerto... Pero quedó al nivel de Priski. Y como el resplandor de la lámpara de Atanasio llegaba hasta allí, el mayordomo no pudo contener una nueva exclamación:

—¡Oh! ¡También conozco a éste! Es Rifaat... No hará mucho tiempo que está aquí... Recuerdo que precisamente anteayer me dictaba una carta para su anciana madre. Seguramente se trata de una venganza de Stefo el Dálmata, que le tenía inquina... Si Kara bajá supiese que se ha atentado contra uno de sus caballeros blancos, se pondría furioso. Pero no lo sabrá. ¿Quién va a decírselo?... ¡Stefo el Dálmata todavía es más temido que Kara bajá!...

La voz de Rouletabille anunció desde lo alto que había llegado a la escalera.

—Pero es muy peligrosa esta escalera... ¡Prefiero los garfios, aunque estén habitados!...

Rouletabille, efectivamente, se encontraba ante escalones que no tenían más de cincuenta centímetros de ancho, practicados en el espesor de la mampostería, y que giraban en la mazmorra hasta el orificio, que se encontraba como unos diez metros más arriba y que estaba herméticamente cerrado por una placa de hierro.

Pero aquella minúscula escalera no tenía pasamano ni exteriormente ni a la parte de la pared... Así es que uno no podía agarrarse a nada...

¡Ay del que diera un paso en falso o sintiera el vértigo!... Caería inmediatamente en el vacío y compartiría la horrible muerte de aquel desgraciado cuyo martirio había querido abreviar Rouletabille. Por cierto que éste se maravilló mucho de que se pudiera llegar fácilmente a la escalera apoyándose en el último garfio de hierro.

—¡Caramba! Con un poco de suerte, se podía salir de esta mazmorra...

—Sí—explicó Priski—. Es una particularidad conocida de todos los del castillo... Cuando arrojan a uno ha de tener la suerte de ser ensartado por un garfio para tener la suerte de desengancharse y volver a la superficie. Esa suerte sólo la ha tenido una bella esclava de Circasia que sin querer vertió café caliente sobre los pies de la kadina. Luego de echarla, ya no se preocuparon de ella. Ocho días más tarde fué encontrada por los eunucos en el barrio de los esclavos, arrastrándose sobre las losas, con el rostro ensangrentado y los pechos cortados a cercén. *¡Había podido subir!...*

—¿Ve usted cómo la tal mazmorra sí que devuelve a veces lo que le dan?—replicó Rouletabille.

—Únicamente en esa ocasión. Y la interesada no ade-

lantó mucho con ello. ¡La kadina mandó que la volvieran a echar! Entonces, ya no salió.

—¡Atención!—mandó Rouletabille—. ¡Oigo un ruido! Andan por arriba... Apague la luz, Khetew.

Y la luz fué apagada. Profunda obscuridad reinó en la mazmorra.

Oyeron perfectamente un ruido de pasos sobre la placa de hierro. En cambio, debajo de aquella placa se hizo el más absoluto silencio. Priski había cesado de contar historias. De pronto se produjo arriba una especie de alboroto, como de muebles que cambian de sitio. Luego, voces. A continuación, silencio. Finalmente, el ruido de la placa al ser levantada.

—¡Maldición!—musitó Rouletabille—. ¡Nos han descubierto! Pero ¿no será una ejecución?...

Sí: ¡era una ejecución!

La placa fué levantada y puesta fuera del círculo de la mazmorra. Luego, tras algunas breves órdenes en turco, cayó un cuerpo...

—*Ojo con la mercancía!*—bisbiseó Rouletabille.

Todos notaron el aire removido al caer aquel cuerpo, al mismo tiempo que un terrible grito llenaba el prodigioso cilindro.

Y arriba la placa volvía a caer sonoramente en su ranura de mármol. Los pasos se alejaron...

Pero abajo, entre las tinieblas, ocurría un drama espantoso a más no poder. Al principio no lo comprendieron... Oían una especie de ronquido, una voz sorda, un estertor de moribundo que pedía auxilio.

De pronto sonó un grito de La Candeur:

—¿Dónde está Priski?

—¡Encienda la lámpara!—ordenó Rouletabille a Atanasio.

—No tengo cerillas...

—¡Cristo! Yo tengo, pero no puedo moverme. ¿Cómo subir? ¿Cómo bajar? ¡Qué horror! Pero ¿qué ocurre ahí abajo? ¿Qué pasa?...

—¿Quieres soltarme? ¿Quieres soltarme?—aullaba La Candeur—. ¡Priski va a hacer que yo caiga! ¿Ganas algo con eso? ¡Pues déjame en paz!...

Al mismo tiempo se oía el extraordinario estertor de Priski y un horrible gemido: *Duchtum! Duchtum!*

—Está cayendo—interpretó Atanasio—. ¡Y dice que cae!

—Es Priski... Ha resbalado. ¡Y el animal por un poco me hace caer con él! No sé lo que le ocurre ahora... ¡Si al menos nos viésemos! O si comprendiéramos lo que dice... ¿Qué quieres?

Por fin cesó el raro estertor de Priski. Los demás notaron que intentaba pronunciar palabras. Pero no llegaba a pronunciarlas a causa del terror.

Sin embargo, pudo decir:

—Denme... un cuchillo... ¡un cuchillo!

Y repitió furiosamente aquellas palabras, mientras que la otra voz terrorífica gruñía trágicamente: *Duchtum! Duchtum!...* (¡Caigo! ¡Caigo!)

—Dale el cuchillo a Priski—masculló Rouletabille—. ¡Y que acabe ya de unal!...

—¿Cómo? Te advertí que el dichoso Priski ha estado en un tris que no me derribara... Ahora está en un garfio. No sé qué le ocurre... ¡Toma mi cuchillo! ¿Dónde está tu mano, Priski? ¿Dónde está tu mano?... ¿Contestas o no? ¡Ah! No me inclino más...

—¡Un cuchillo! ¡Un cuchillo!

—*Duchtum! Duchtum!*

—Toma el cuchillo... ¿Ya lo tienes? ¿Estás agarrado a

alguna parte? ¿Acabamos o no? Si no hubiera sido por la cuerda de Atanasio, también yo estaría ahí—continuaba monologando La Candeur.

—¡Aaaaah! ¡Aaaaah!...

—¿Qué significa ese grito tan descompasado?

La mazmorra, en efecto, parecía henchida por aquel grito.

—Pero ¿qué haces, Priski? ¿Dirás, por los clavos de Cristo, lo que haces?

Y al acallarse un instante el clamor atroz, oyóse la voz sibilante de Priski que decía:

—Es el hombre que cae... No quiere soltarme. Se ha desplomado sobre mí. Casi me ha aplastado entre el garfio y el muro...

—¡Aaaaah!...

—¡Oh!... Pero ¿a qué vienen esos gritos bestiales?

—¿Quién grita es él?...

—¡Ya, ya! ¿Qué le pasa?

—No quiere soltar mi mano... Está colgando de ella... ¡Y voy a cortarle la suya!

—¡Aaaaah! ¡Aaaaah!...

La ascensión continuó cuando el condenado dejó de gritar, lo cual requirió algún tiempo, pues no abandonó la mano del mayordomo hasta que éste hubo trabajado bastante con el cuchillo de La Candeur.

Afortunadamente, todo termina, incluso la desesperada resistencia de quien no quiere morir en el fondo de una mazmorra.

Priski recobró su equilibrio en el garfio de hierro. La Candeur volvió a la posesión de su cuchillo, lo enjugó cuidadosamente y entregó su caja de cerillas a Atanasio, que nunca tenía lo que necesitaba.

Atanasio, por su parte, encendió la lámpara e iluminó a Rouletabille, que comenzaba a subir la escalera.

Los demás le miraban con creciente ansiedad. Pero él no miraba a nadie.

Llevaba mucho cuidado en apartar los ojos del vacío, para lo cual se fijaba en las piedras. Pero el vacío se hacía imprescindible, le tiraba de los pantalones, le agarraba el cuello de sus vestidos, quería hacerle perder la serenidad, le oprimía hasta ahogarlo, le decía al oído:

—¡Ventel... ¡Vente conmigo!... No puedes pasar sin mí, no puedes *dejar de pensar en mí*... Estoy cerca, ¡tan cerca!...

Rouletabille aceleró su marcha, con riesgo de tropezar. Notaba que su enemigo era cada vez más fuerte, más tenaz, ¡más irresistible! ¿Le arrojaría también sobre los garfios de hierro? ¿Le haría formar parte del racimo infernal? Con la sangre acumulada en las sienas y las arterias trepidantes, alargó rápidamente las manos a una escalera tallada en la piedra, a continuación de la que subía y casi junto a la placa del orificio.

¡Ya era hora!

Lanzó un profundo suspiro, al que respondió abajo otro suspiro, el de La Candeur, que con los ojos fijos en su compañero había olvidado el propio equilibrio, y que, aguantándose con una pierna en su garfio de hierro, seguía todos los movimientos de Rouletabille, con los brazos extendidos para recibirle si ocurría alguna desgracia.

No quiero que paséis por donde acabo de pasar... ¡Subiréis por la cuerda!

Así fué. Ató la cuerda al peldaño y la echó.

Luego, agarrándose con una mano al mismo peldaño, intentó levantar la placa que cerraba la mazmorra...

Pero era muy pesada, y Rouletabille estaba verdaderamente agotado.

Entonces, La Candeur, prescindiendo de Priski, que se puso a gemir, y sin guardar miramientos a Atanasio, trepó como un orangután por la cuerda que acababa de echar su camarada, puso un pie en un peldaño detrás del de Rouletabille, y levantando un puño formidable elevó la placa como si fuera de hojaldré:

—¡Asómate!—dijo—. ¡No tengas miedo! ¡Eso de temblar queda para mí!... Pero escucha antes por si oyes algo...

El repórter era bastante prudente para no hacer caso de los consejos de La Candeur. Así es que no dejó su lugar de observación hasta convencerse de que no se exponía a ninguna sorpresa.

La Candeur le decía:

—¡No tengas prisa! No me canso...

Por fin Rouletabille, por debajo de la placa, salió de la mazmorra. Algunos minutos después, decía en voz baja a los restantes:

—¡Salid!

Y salieron todos, sanos y salvos, de aquel horrible conducto mortal, donde acababan de pasar unos minutos que no olvidarían en seguida.

CAPITULO XIII

POR LOS TEJADOS

LA Candeur respiraba ruidosamente, por lo cual Rouletabille le rogó que dominara los movimientos de su tórax; Atanasio arrollaba las cuerdas en silencio, pensando, al parecer, en que no estaban más que al principio de la tarea, y Priski, mirando a los tres con admiración, confesó:

—No sé lo que saldrá de todo esto, pero me están pareciendo ustedes verdaderos mirlos blancos. Nada les detiene; todo les sale bien, tienen ojos rojos para ver en la obscuridad... En el fondo, ¿qué es la vida?... ¡Sufriamiento, duda, angustia, desesperación! ¿Quién sabe de dónde viene o adónde va?...

—¡Calla, Priski de mi corazón! ¡Calla!—ordenó Rouletabille.

—No sé adónde vamos, ni cómo volveremos, pero ¡deseo que no sea por ese camino!—dijo La Candeur cerrando herméticamente el orificio de la mazmorra.

—¡De rodillas! ¡De rodillas!... Veo un centinela allá en la plataforma...

—Es la plataforma de vigilancia—explicó Priski—. Los

otros puestos de guardia de abajo no nos molestan, pero si queremos volver al torreón por las cortinas y los tejados, no tenemos más remedio que pasar por delante de este centinela, cosa bien molesta porque no dejará de dar alarma.

—Creo—afirmó Rouletabille luego de haber examinado desde el lugar elevado en que se encontraba la distribución general del castillo—, creo que nos veremos obligados a deshacernos de él.

—Tendremos que mover ruido—insinuó Priski.

—No.

Rouletabille había dado vuelta a la plataforma en que se encontraba, plataforma que comunicaba con el barrio de los esclavos por tres corredores oscuros cerrados con rejas.

Priski, en voz baja, daba las explicaciones que le pedían: por aquí, las mujeres; por aquí, los hombres... El tercer pasillo correspondía por el fondo a los que en francés se llaman *conscripts*, o sea aquellos de quienes se quiere hacer soldados. Eran adolescentes famélicos, arrebatados en las llanuras de Armenia, y a quienes, antes de entrar en filas, se sometía a una dura educación.

—Bueno. ¿Corremos riesgo de ser sorprendidos aquí?

—Por la mazmorra no vienen más que de tarde en tarde... Y como acaba de funcionar, pueden estar ustedes tranquilos.

Aquella plataforma, que dominaba el barrio de los esclavos, tocaba por el Suroeste con la tercera torre del Oeste, que era muy gruesa, tenía cuatro piezas y terminaba en una garita. En lo alto de la garita había una enorme veleta que chirriaba a impulso del viento, el cual acababa de levantarse, empujando de nuevo nubarrones negros bajo la luna, lo cual no era para disgustar a nadie.

Rouletabille, que había terminado de arrollar las cuerdas formando un círculo perfecto, como hacen sobre el puente de los navíos, miraba ahora aquella torre y no distinguía la ventana del cuarto de Ivana. Priski le dijo que se encontraba al otro lado, al Nordeste, frente al deslunado. El muro, por la parte que lindaba por la plataforma, estaba liso, no tenía ninguna abertura.

Desde la plataforma hasta los modillones que sostenían la cornisa de la torre, no había cuatro metros.

Rouletabille indicó con un gesto a La Candeur que se acercara. Le adosó al muro, trepó sobre su espalda y sobre sus hombros, se agarró a los modillones y a la cornisa, hizo una enérgica gimnasia de muñeca y se encontró en la base de la garita. Atanasio se disponía a seguir el mismo camino.

—¿Y yo? ¿Qué haré yo?—preguntó La Candeur.

—No tienes más remedio que permanecer ahí—le susurró Rouletabille—. ¡Supongo que no tendrás la pretensión de subirme a los hombros de Priski! En ese caso, ¿quién vigilará a Priski? Además, hemos de volver a pasar por ahí. Así es que... ¡paciencia!

Atanasio, luego de recoger las cuerdas, se unió a Rouletabille. En aquel momento, Priski solicitó que le atendieran un momento.

—Les advierto—dijo—que están a punto de correr nuevos peligros no menores que los que acaban de arrosstrar, porque están a dos pasos del harén que ningún mortal a quien le preocupe el pellejo...

—¡Oh! ¡Basta!...—dijo Rouletabille.

—Si viene alguien—preguntó La Candeur—¿qué debo hacer?

—Mata primero a Priski para que no hable, y luego hazte matar sin decir que estamos por aquí.

—De acuerdo—contestó La Candeur.

—Voy a rezar para que no venga nadie—añadió Priski. Rouletabille y Atanasio, andando a gatas por la cornisa, desaparecieron a los ojos de La Candeur.

Aquella cornisa era de fecha reciente; pero las almenas, muy viejas, no habían sido reemplazadas. De manera que la situación de ambos era bastante crítica, ya que si resbalaban no tenían ningún sitio donde cogerse. Su situación les resultó todavía más ardua cuando tuvieron que usar las cuerdas que llevaban para descender hasta la ventana de las habitaciones superiores.

—¡Vamos a ver!—propuso Rouletabille—. ¿Cuál de nosotros dos bajará a lo largo de la cuerda hasta esa ventana?

—No cabe ninguna duda—contestó Atanasio—de que ese honor me corresponde a mí.

—¡Caballero! Me gustaría saber el motivo...

—¡Caballero! Porque se trata de penetrar en el cuarto de una joven con la cual estoy prometido.

—De todos modos, no es costumbre que el prometido entre en el cuarto de una joven antes de que sea su esposa—arguyó Rouletabille.

—¡Pues uno de nosotros ha de quedar aquí!

—Sí; eso es absolutamente preciso. Quien quede aquí ha de ayudar al otro y a la señorita Vilitchkov a salir del cuarto. Y de quien quede aquí, de su valor, de su fuerza, de su sangre fría, dependerá el éxito de la empresa. Por lo tanto, y para que acabe una discusión que ya ha durado mucho, dejaré que usted baje, mientras yo permanezco aquí.

—Muchas gracias. Pero ¿dónde ataremos la cuerda?—preguntó Atanasio.

—No podemos atarla a la cornisa, porque no soporta-

ría el peso de dos cuerpos suspendidos en el vacío. Únicamente la punta de la garita puede ofrecernos alguna seguridad. Si la cuerda está atada a esa punta, no temeré que me escape de las manos cuando yo guíe la bajada de usted—explicó Rouletabille con bastante desenvoltura.

Atanasio calló mientras miraba a Rouletabille, pensando que, al fin y al cabo, su vida iba a depender por completo del repórter. Rouletabille podía desatar la cuerda, o cortarla, o cometer cualquier torpeza voluntaria... ¡y adiós Atanasio! Este no ignoraba la importancia que la desaparición de su persona podía tener para Rouletabille. Y como resultado de sus reflexiones le dijo:

—En fin de cuentas, es preferible que yo esté aquí mientras usted baja al cuarto por la cuerda.

—¿Ha cambiado usted de opinión?—interrogó Rouletabille sonriendo ligeramente, porque comprendía a la perfección lo que pasaba en la mente de Atanasio.

—Mi única opinión, caballero, es que hay que salvar a Ivana Vilitchkov. No tengo otra idea. Y a esa idea sacrifico la alegría y el orgullo que hubiera tenido arrancándola yo mismo a su prisión. Pero yo soy mucho más fuerte que usted, y aquí lo que se necesita es fuerza.

Rouletabille hizo como que encontraba excelentes todas aquellas razones. Así es que las aceptó, aprovechándose de la desconfianza del rival.

Sin embargo, no dejó de hacerse las mismas reflexiones que poco antes se hacía el búlgaro. Su vida iba a depender por completo de Atanasio, que conocía su amor a Ivana.

Ahora bien: Rouletabille, aunque era valiente, no era imprudente ni temerario. Conocía muy poco o demasiado a Atanasio para entregarse completamente a él. Y el

amor hace a veces miserables los corazones más íntegros. ¿Podía contar con Atanasio? ¡Era ésa la cuestión!

—Sus razones son convincentes—le dijo—. Yo bajaré. Voy a atar mi cuerda en la veleta de la garita.

—Lleve mucho cuidado—dijo Atanasio—, porque el tejado tiene gran inclinación. Me parece que usted tiene propensión al vértigo; yo no lo temo. Si me lo permite yo mismo iré a atar su cuerda.

—¡No se moleste! ¡Se lo ruego!...

Rouletabille trepaba ya. Le había hecho muy poca gracia la última cortesía de Atanasio, la oficiosidad del búlgaro por sujetar él mismo la cuerda.

El repórter, agarrándose a los planos y a las pizarras, pronto alcanzó la cúspide de la garita. Pero debió hacer un movimiento en falso, porque, a causa de su propio peso, resbaló a lo largo de la peligrosa pendiente con una espantosa rapidez.

Nada podía detenerle. Nada le separaba del abismo. ¿Nada? Un obstáculo, uno solo, podía interponerse entre el vacío y él. Era Atanasio, que había visto el drama y podía acudir en socorro del joven, aunque corriendo también el riesgo de ser precipitado con él.

La vida de Rouletabille había de resolverse en un instante.

Y Atanasio no vaciló. Se puso delante de su rival, que corría hacia la muerte. Y ya se disponía a recibir el choque, cuando vió, con indecible estupefacción, que el repórter se detenía súbitamente antes de tocarlo, se erguía a medias y le decía:

—¡Gracias, señor Khetew! ¡Es usted noble!...

Rouletabille en seguida, sin esperar a que Atanasio volviera de su asombro, transpuso la cornisa y se dejó resbalar a lo largo de la cuerda... cuyo gancho había te-

nido tiempo de aplicar a la veleta y la cual cuerda sujetaba con su enguantada mano para simular un resbalón destinado a informarle sobre el estado de ánimo de Atanasio Khetew.

Este, al comprender la jugada del periodista, se mordió los labios: admiraba aquella serenidad y aquella imaginación siempre activas, y envidiaba a Rouletabille que ya estuviera al extremo de la cuerda.

Todo esto ocurría hacia la parte interior del castillo, mientras en la fachada exterior, o sea al Oeste, se oía gruñir las aguas del torrente.

Como hemos dicho, se había levantado viento y la noche se había puesto negra; así es que el cielo favorecía la atrevida empresa de Rouletabille.

La ventana en cuestión estaba a unos tres metros debajo de los modillones. El joven comprobó con satisfacción que estaba desprovista de barrotes. Sin duda alguna, la altura del cuarto y su situación en el interior del castillo, habrían hecho creer completamente inútil semejante precaución.

Para acercarse a la ventana, ya que la cuerda, a causa de la cornisa, distaba del muro unos ochenta centímetros, tuvo que dar Rouletabille, apoyando el pie en el muro, un movimiento de vaivén a la cuerda de que estaba suspendido. Y luego, midiendo bien el impulso, consiguió colocarse en la ventana.

Como el alféizar no era ancho, se tenía a duras penas. Con la frente daba en la vidriera, sostenida por armazón de plomo. Detrás de la vidriera había una gruesa cortina que por completo impedía ver el interior.

¿Llamaría? ¡Era una imprudencia!... A lo mejor Ivana no estaba sola, sino que hasta de noche la guardaba una de sus mujeres de servicio.

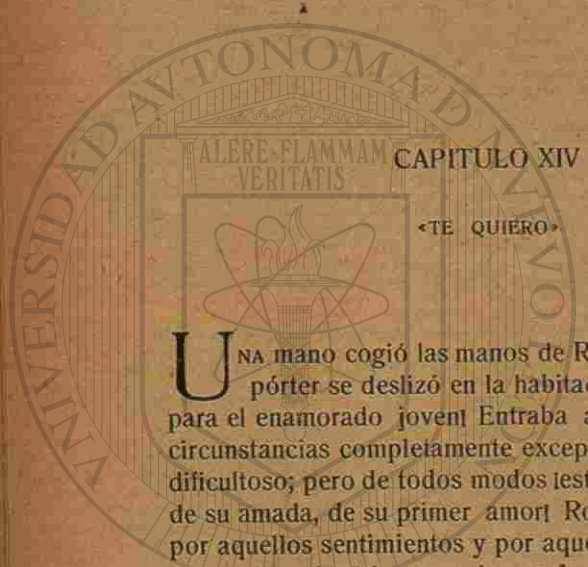
No, no llamaría.

Sacó, pues, del bolsillo un aparatito de vidriero que llevaba, porque al salir de Sofía se había provisto de todo lo necesario para robar. Y con la punta de diamante comenzó a rayar un vidrio cercano al cierre. Su trabajo era delatado por un chirrido tan ligero, que pensó que no le oírían. Pero de pronto vió, en la semiobscuridad interior del cuarto, que se agitaba la sombra de la cortina y que una figura se acercaba misteriosamente a la ventana.

¡Dulce y vagarosa aparición!...

Era el cuerpo pálido de Ivana, más presentido que entrevisto.

El repórter detuvo su labor. Y la ventana fué lentamente abierta.



CAPITULO XIV

«TE QUIERO»

UNA mano cogió las manos de Rouletabille. Y el repórter se deslizó en la habitación. ¡Qué emoción para el enamorado joven! Entraba allí, ciertamente, en circunstancias completamente excepcionales y con un fin dificultoso; pero de todos modos estaba en la habitación de su amada, de su primer amor! Rouletabille, aturdido por aquellos sentimientos y por aquella atmósfera de joven mujer oriental, en que los perfumes están combinados siempre con una sabiduría secular, oprimió cariñosamente la breve mano que le guiaba.

Pero la mano breve le soltó en seguida.

—¡vana!

Ella no le contestó. Había ido a encender una lamparilla, apagada de antemano para levantar la cortina de la ventana.

Rouletabille la encontró muy serena, muy triste y nada asombrada por la singular visita. Tendió sus brazos hacia ella.

—¡vana!

Pero ella puso un dedo sobre sus descoloridos labios.

—¡Silencio!...

No obstante, se acercó a él.

—Le esperaba—dijo—. No sabía por dónde vendría; ignoraba qué camino escogería, ¡pero le esperaba!... ¡Chiss!... Las mujeres de mi servicio duermen en la habitación de al lado... Creen que yo también duermo... He tenido que acostarme y hacer como que dormía... Luego me he levantado porque estaba segura de que le vería esta noche... ¡Ay, amigo mío! ¡Aunque no hubiera visto sus miradas en el salón de fiestas, me hubiese figurado que había venido solamente por mí y que iba a intentar-lo todo para acercármeme! Pero de haber comprendido usted mi mirada, no hubiera venido.

—¿Por qué no?... ¡vana!... ¡vana!... ¡He venido a buscarla!... ¡No podemos perder ni un minuto!... ¡Sigame y está salvada!...

—Si comete la menor imprudencia, amigo Rouletabille, ¡todo se ha perdido!... ¡Bien sabe usted que no puedo seguirle!... ¡Bien sabe usted por qué estoy aquí!... Los documentos... Los planos del Estado Mayor... ¡Mañana los tendré!... ¡Y a qué precio!... Creó que podemos esperar... ¿Ignora usted que su atrevimiento es terrible?... ¡Está en la habitación de quien ha consentido en ser la primera kadina del Kara bajá!...

Le decía estas cosas tan extraordinarias con la mayor sencillez y como si anunciara cosas naturalísimas sobre las cuales no cupiese discusión. ¿Acaso creería que Rouletabille iba a consentir que fuera la mujer de Gaulow, y que había venido de tan lejos, atravesando tantos peligros, para asistir a semejantes nupcias?

El repórter miró la fina sombra de ella, que parecía temer acercársele.

Llevaba la joven un inconcreto vestido obscuro que se

confundía con las tinieblas. Y el enamorado no percibía del rostro de ella más que algunas líneas fantasmales en que brillaba la llama tranquila de sus hermosos ojos negros.

Rouletabille continuaba tendiéndole los brazos. Pero Ivana no acudía. El, impaciente ya, le dijo:

—Ivana! ¡La quiero sobre todas las cosas!...

Pero ella movió negativamente la cabeza porque él había dicho «sobre todas las cosas», y ella no le amaba así ni podía amar a nadie de esa manera. Rouletabille lo notó. Notó que la joven estaba separada de él por un espacio inmenso: ¡Bulgaria!...

En aquel momento en que él había soñado tenerla en brazos y devolverle con ternura el beso trágico que Ivana le había dado ante la muerte, ¡en aquel momento ella no pensaba en él!...

La hermosa y adorada boca murmuró:

—¡Oh, amigo mío, hermano mío!... ¡Cuánto le estimol!...

Pero aquello no era un transporte amoroso, sino más bien lo que se dice de alguien muerto, acabado, desaparecido para siempre. ¿Acaso estaría decidida realmente, verdaderamente, a ser la mujer de aquel monstruo?... ¡Cál! Todo era posible... ¡menos eso!...

Y como Ivana no se le acercaba, sino que le rehuía, aproximóse taimadamente hasta ella y agarró de pronto aquella sombra entre sus brazos.

La joven echó la cabeza hacia atrás, estremecida. Y Rouletabille, viendo que se fundía en sus manos un alma tan fuerte, esperó... Pero Ivana se repuso y dijo:

—¡Es preciso que se vayal!...

—¡Jamás!... ¡He venido para buscarla, para llevármela!... Luego, en seguida, encontraremos la manera de salvar esos documentos... ¿Dónde están?...

—Me parece que están todavía en el cofrecillo robado por Gaulow... Y Gaulow, amigo Rouletabille, tiene la generosidad de devolverme ese cofrecillo lleno de alhajas la noche de mi boda. ¿Comprende? ¿Comprende? ¿Comprende por qué soy la mujer de Gaulow?... Mañana por la noche, cuando me traiga el cofrecillo a la alcoba nupcial, ¡sabré la verdad!... Y se la comunicaré a usted al día siguiente por la mañana. Con ella volverá a Sofia.

—¿Y usted?—imploró Rouletabille, que encontraba insensato y monstruoso aquel plan—. ¿Y usted?—repitió abrazando fuertemente aquel cuerpo joven, cuyo peso le era tan querido—. ¿Y usted?

—¡Oh! ¿Yo? ¡No se ocupe de mí! ¡Me consideraré feliz si consigo prestar un servicio a mis hermanos!... Usted me quiere, ¿verdad?—le dijo cogiendo la cabeza de él entre las manos febriles—. ¡Yo también le quiero!... Pero hay que obedecer... Necesito de usted... Necesito, sobre todo, que no cometa ninguna imprudencia... Al día siguiente de sus bodas, la kadina saldrá del castillo con el bajá negro. Pedirá que le lleven a ver la tierra de Gaulow. ¡Esté al paso del cortejo!... Si llevo un pañuelo rojo en la mano, márchese sin perder un segundo. Ya que ha encontrado el modo de venir hasta aquí, seguramente encontrará el modo de salir. ¡Es preciso su triunfo, amigo Rouletabille! Haga que el espantoso sacrificio a que estoy resuelta, no sea inútil a mi país. Realice milagros... Suprima obstáculos... Pase la frontera dentro de veinticuatro horas... Corra a ver al general Stanislawof y dígame... dígame que no han visto nada, que no han descubierto nada.

—¿Y si no lleva el pañuelo rojo?—preguntó Rouletabille con voz sombría y dejando caer los brazos con desesperación, porque comprendía que el corazón de aque-

lla mujer estaba en aquel momento lejos del suyo y que su amor importaba, ¡ay!, muy poco en una tragedia de aquella altura.

—Si no llevo el pañuelo rojo, ¡márchese también!... ¡Corra, reviente los caballos, sea más veloz aún, si cabe en lo posible!... Y diga al general que la traición ha triunfado, y que discurra otro plan antes de declarar la guerra.

—¿Y luego?

—¿Luego?—repitió ella como en sueños.

—Sí, luego—reiteró él con voz cada vez más hostil y apartándose de ella súbitamente, porque la odió de repente, como le sucedía con frecuencia—. ¿Y luego? ¿Qué habré de hacer luego de obedecer la orden que me dé usted al día siguiente de su boda?

—¡Oh, amigo mío! Luego no habrá de pensar en mí más que con un sentimiento de intenso orgullo. Eso sí me quiere de verdad. No hay que llorarme, no, querido Rouletabille. Se lo prohíbo.

—¿Cómo? Yo me figuraba que siempre había que compadecer a las mujeres de Gaulow...

—No, querido amigo, no. Yo habría tenido una gran felicidad antes de morir...

—¿Acaso su propósito es morir?

—Sí, Rouletabille. ¡Mi propósito es morir luego de matarle! ¿Ve cómo es muy sencillo?

—¿Qué importa?—exclamó el repórter mesándose los cabellos—. ¿Qué importa que le mate? ¿Borrará por ello el haber sido su mujer?

Y sollozó como un niño, dejándose caer en un diván enano que Ivana había corrido cerca de la ventana.

Ella sentóse junto a él, lo estrechó sobre su corazón y ahogó sus lloros con sus prudentes manos, porque temía

que la pena de aquel hombre llegara a oídos de las mujeres que estaban encargadas de vigilarla.

Le dijo palabras amables: que comprendía sus sufrimientos, que sentía compasión hacia él... Eso aún hacía sufrir más a Rouletabille. Pero las grandes heroínas tienen pecho de mármol, que, difícilmente se caldea al vulgar contacto con el dolor humano. ¡Oh, qué desgraciado era Rouletabille! ¡Con lo sencillo que era marcharse juntos!

El repórter le comunicó que había pensado transformar el torreón en una fortaleza, en la cual hubieran esperado a que los soldados de Stanislawof fuesen a libertarlos.

—Eso no hubiera estado mal del todo, querido Rouletabille; pero a condición de echarle la mano al cofrecillo bizantino antes de mi noche de bodas. Ahora no tengo más esperanza que la de esa noche.

—¡Qué terrible!—gruñía Rouletabille—. ¡Me dan ganas de matarnos los dos en este mismo diván para no oír hablar más de esa noche de bodas!

—¿Y los documentos, amigo mío?... ¿No piensa en ellos?

—¡Ah! ¡Ya piensa usted por mí en esos malditos documentos!... ¿Dónde están? ¿Dónde están? ¿Dónde están?... ¡Hable, póngame sobre la pista! ¡Déme detalles sobre ese cofrecillo, puesto que es lo único que le preocupa! Todavía nos quedan algunas horas de la noche. Procure que pueda aprovecharlas... Porque supongo que si le presento el cofrecillo y los documentos, no se negará a seguirme, ¿eh?... ¿Verdad, Ivana? ¡No me niegue eso!

—¡Oh, amigo Rouletabille! En ese caso, le seguiré hasta el fin del mundo.

—Bueno. ¡Hable, dígame algo! ¿Cree usted que Gaulow buscaba esos documentos?

—¡Estoy segura!

—¡Ay, me lo temía!—exclamó Rouletabille—. Sí, sí, los buscaba... ¿Y dónde los buscaba, Ivana? ¡Detrás de los cuadros de la cámara de las reliquias! ¡Por eso los ha hecho trocitos! Su tío, el general, diría por precaución a alguien del Estado Mayor, quizá a una sola persona de su completa confianza, dónde escondía los planos secretos de la movilización. Y esa confianza, *hecha en francés* por precaución, fué seguramente sorprendida por un agente de Gaulow, porque Gaulow trastornó todo lo de la cámara de las reliquias y se llevó todo lo que no rompió.

—Pero ¿por qué—preguntó Ivana oprimiéndole las manos en su fiebre de comprender—rompió los retratos y las imágenes? ¿Por qué buscaba los documentos, sobre todo detrás de los iconos?

—¡Ivanal Su padre, antes de morir, pronunció cierta frase. Es una frase que he encontrado en una libreta que cayó del bolsillo de Gaulow.

—¿Qué frase?

—*¡Sofía de la catarata!*

—*¡Sofía de la catarata!*—repitió anhelante Ivana, que oprimió todavía más las manos de Rouletabille entre las suyas, que ardían.

—¿Comprende? En mi opinión, buscaba los planos detrás de una imagen de Santa Sofía. Quizá haya en la iconografía bizantina una *Sofía de la catarata*, como hay en la iconografía romana una *Virgen de la silla*... Pero ¿qué le pasa, Ivana mía? ¡Antes ardía; ahora está helada!

—¡Ay, Rouletabille! Si usted ha leído esa frase en la libreta de Gaulow, y si Gaulow fué a la cámara de las reliquias a causa de esa frase, estamos perdidos, ¡completamente perdidos!

—¿Por qué? ¡Seréense, Ivana! Se lo ruego... ¡Necesito de todas sus fuerzas, de toda su inteligencia!

—[Todo se ha perdido!—repetía ella con voz desfallecida—. Hay, en efecto, una *Sofía de la catarata*, que es precisamente la custodia de nuestros documentos... Esa Sofía se encuentra sobre el cofrecillo.

—¡Oh! ¿Y cree usted que Gaulow la habrá visto?... Yo no me había fijado...

—Porque no la buscaba. Pero es bien visible: ¡tan grande como el cofrecillo!

—Pues razón de más para que yo la hubiera notado. ¿Dónde está?

—Pintada debajo del cofrecillo; y, como usted comprenderá, desde que está viajando y dando tumbos como una maleta, ¡la habrán visto! Y si es así, ¡cómo se reirá Gaulow del regalo que va a hacerme! Si ha sacado los documentos del cajón secreto, ¡con qué alegría maquiavélica va a darme ese cofrecillo vacío, ese cofrecillo por el cual voy a entregarme!

Se dejó caer cuan larga era sobre el diván, como si se hubieran acabado sus fuerzas y su esperanza suprema. Parecía muerta. Asustaba por su inmovilidad. Tenía la cabeza entre ambas manos, la mirada extinguida... Y Rouletabille no se atrevía a decir nada ante un dolor semejante, que, sin embargo, le devolvía cierta esperanza, pues si ella juzgaba inútil el abominable sacrificio, no tenía más que huir... Pero tuvo una nueva ocasión para convencerse de que no la conocía, pues la joven fué la primera en hablar para decir con voz muy firme:

—¿Qué importa? ¡Hay que enterarse!

Se ratificaba la condena de Rouletabille. Pero éste, observador de otras condenas, sabía que entre la condena y la ejecución había todo el margen que podía poner

una voluntad decidida servida por un espíritu sutil. ¿No le habían condenado en cierta ocasión a ser ahorcado? ¿No le echaron la cuerda al cuello? Sin embargo, estaba vivo, a la vera de aquella Ivana, que a la sazón no parecía existir para él y que dijérase que ignoraba todos los recursos de su audaz imaginación.

En medio de aquella ola enorme que se los llevaba y los envolvía en su remolino dramático, el ojo fino y astuto del repórter no cesaba de contemplar aquella pobre tabla de salvación que era la *Sofía de la catarata*, sobre la cual había intentado un segundo apoyar sus esfuerzos desfallecientes, y que había cedido inmediatamente bajo la presión de su mano. Intentaba, en su desesperación, volver a cogérsele de aquel frágil despojo. Y volvía hacia él, arrastrando a su Ivana, feroz y desengañada.

—¡Ivana! ¿No le ha hablado él de esa imagen?

—Ni una palabra. ¡Quizá hubiera dado ya con el secreto!

—¿Conoce usted el secreto ese?

—¿Yo?—exclamó ella presentando una cara de asombro—. ¿Yo? ¡Si no sé nada! ¡Si ignoro ese secreto! Sólo a última hora, por boca de mi tío moribundo, me enteré de que el cofrecillo tenía un cajón secreto. Pero desconozco cómo se abre. Es más: mi tío no me dijo nada de la imagen santa. Seguramente se acordaría ya en su último instante, cuando sólo usted estaba junto a él. Por eso balbucearía unas cuantas palabras, interrumpidas por la muerte, y que no nos informan de cómo se abre el cajón...

—Pero ¿conoce usted ya esa imagen? ¿Le ha llamado la atención?

—Mi madre se complacía en enseñármela con frecuencia diciéndome que si era buena, Santa *Sofía de la ca-*

tarata me daría sorpresas. Ello era, no cabe duda, una alusión al cajón secreto en el cual seguramente guardaba los objetos de valor que destinaba para mí. Estimaba enormemente ese cofrecillo, que le había regalado mi padre el día en que los casaron. Siempre lo tenía en su cuarto. Y jugaba con él como una niña... A mi hermanita Irene y a mí nos enseñó, para gozar de nuestro pasmo, el tesoro que allí guardaba. ¡Pero jamás hizo funcionar delante de nosotras el cajón secreto!

El repórter preguntó de manera urgente:

—Y esa *Sofía*, ¿era llamada «de la catarata» a causa de alguna cascada, de algún paisaje del fondo?...

—¡No! A causa de una nube en un ojo...

—Entonces, la cosa es sencilla—replicó Rouletabille—. Para que funcione el cajón secreto, no hay más que apretar ese ojo...

—Mi hermanita Irene y yo hemos tocado muchas veces el ojo enfermo de la *Sofía de la catarata* y nunca hemos visto aparecer el cajón secreto.

Las palabras chocantes y pueriles de cajón secreto, catarata y *Sofía* acudían con extraña obstinación a los labios vibrantes de ambos. Y se las cruzaban con cólera, como si quisieran luchar a muerte por unas sílabas tan ridículas en un momento en que se jugaba su destino.

—¡Ay, si yo tuviera en mis manos ese maldito cofrecillo!—repetía Rouletabille—. ¡Le juro que podría abrirlo!

—Mañana por la noche—dijo Ivana con su voz seca— lo tendré yo. Y como romperé la *Sofía de la catarata*, no podrá escondernos nada... ¡Entonces sabremos si ha sido fiel custodia de los papeles de mi tío o si nos ha traicionado!

—¡Mañana por la noche! ¡Mañana por la noche! ¡Otra

vez mañana por la noche! ¡Mañana por la noche será usted Ivana Hanoum!...

Ivana se volvió hacia él mostrándole sus dientes de joven loba, para mascullar:

—¿Qué voy a hacer? Antes de llegar a eso, he hecho todo lo posible por acercarme al cofrecillo... He empleado la astucia... He simulado caprichitos de niña... He fingido amor... Sí: ¡he llegado a fingir amor hacia ese asesino de los míos! Eso es lo único que ha valido... ¡Encuentra natural esa monstruosidad! Y como cuando me acerco a él mis miembros tiemblan, cree que es de amor... Si el fuego de mi sangre me consume el rostro, cree que se trata de un júbilo abominable, pero irresistible...

—¡Y lo mejor es que dejo que lo creal

»Le he prometido en el curso de ese viaje, que más bien parecía un viaje de boda que un rapto, que no consentiría en ser su mujer, su kadina favorita, si no permitía que yo fuera reina de mi voluntad y de la suya, así como de todos mis antojos, uno de los cuales era el de que me devolviera en seguida las alhajas de mi madre, que yo apreciaba sobre todas las cosas, y el cofrecillo bizantino, que encerraba recuerdos muy queridos... Todo me lo concedió, todo me lo prometió, ¡todo!... Pero para después... Antes no me quiere dar nada. ¿Comprende, Rouletabille? ¿Quién de los dos se la pega a quién? Una noche, a bordo de un barco suyo que vino a buscarnos a orillas de ese Mar Negro, que parece suyo, embarcó el bajá negro el fruto de sus rapiñas... ¡Y vi pasar el cofrecillo bizantino! Hice al punto un movimiento para acercarme. Se dió cuenta...

—¡Ah! Es el cofrecillo—dijo con extraña sonrisa—. Lo ha reconocido. ¡Es para la noche de nuestra bodal

»No me atreví a insistir por no despertar sospechas. Y

quizá ya no hay nada dentro. Tal vez los planos están ya en Andrinópolis. Y mañana por la noche... mañana por la noche... ¡Cómo se reirá!...

Rouletabille la agarró los cabellos, echó hacia atrás aquella hermosa cabeza empalidecida por la desesperación, y, como un soldado vencedor que contempla su trofeo, acercó a su rostro joven y ardiente aquella cara sobre la cual ya parecían extenderse las sombras de la muerte.

—¡No!—dijo—. ¡No se reirá!

Luego, habiéndola besado en los labios, soltó aquella cabeza como si el verdugo de Kara bajá la hubiera cortado del amado cuerpo, y pronunció las siguientes palabras, dirigiéndose ya hacia su camino aéreo:

—¡Hasta la vista, Ivana Ivanovna!

—¿Qué vas a hacer?

Ahora era ella la que corría detrás de él, la que seguía sus pasos. Pero él no se volvía.

—¿Qué, no sabes que te quiero?

—¡Ay, Ivana! ¡No lo sé!

—¡Te quiero, te quiero! Antes de marcharte, ¡dime que me crees!...

—No lo diré, Ivana, porque... ¡no la creol... ¡De haberme querido, hubiera encontrado otro medio de saber lo que hay o lo que no hay en el cofrecillo bizantino!

—¡Qué cruel eres! Dime, al menos, lo que vas a hacer. ¿Puedo contar contigo?

Rouletabille la rechazó brutalmente. Y ella se puso a gemir mientras él le decía:

—¡Sí, sí, sí! ¡Puede contar conmigo!... Sabremos lo que hay en el cofrecillo bizantino. Y si no hay nada, ¡le prometo que no se reirá!...

Había pasado bajo la cortina y entreabierto la ventana; estaba a punto de lanzarse.

—Espera, al menos—le dijo ella—, a que ese nubarrón negro oculte la luna. ¿Están arriba tus compañeros?

—Sí—contestó—. Arriba hay un hombre que me espera. Lo conoce usted, Ivana. ¡Es Atanasio Khetew! Y agarró la cuerda.

Pero ella le retuvo con toda la fuerza de sus brazos temblorosos. Y tartamudeaba:

—¿Atanasio?... ¿Está aquí Atanasio?... ¿El?... ¿El?... ¿Arriba?...

—¿Le asombra eso? ¿Por qué? También él quiere salvarla. Está en su derecho: ¡dice que es su prometido!...

—¡Le juro por mi padre que no tiene derecho a decir eso!

—¿De veras, Ivana?—replicó Rouletabille volviéndose—. ¿De veras?

—¡Te lo juro, amor mío!

Rouletabille estaba ya en el alféizar de la ventana... Iba a lanzarse al vacío...

—¡Tengo miedo!—exclamó ella—. ¡Tengo miedo por ti, a causa de ese hombre que te espera arriba! ¿Sabe que me quieres?...

—¡Lo sabel!

—¡Pues ten cuidado!... ¡Es capaz de todo!...

—Hace poco he estado en trance de caer y ha intentado salvarme...

—Hace poco aún no habías pasado una hora conmigo, en mi alcoba... ¿Cómo es que te ha dejado venir?

—Porque desconfiaba de mí en el caso de que me quedase arriba.

—¿Y tú no has desconfiado de él? ¡No tienes miedo a nada! ¡Qué bueno eres!...

Y lo abrazó apasionadamente.

—Ahora, ¡vete, trepa, sorpréndelo! No hay otro camino... ¡Si tú mueres, moriré yo también!...

Rouletabille se lanzó hacia el cielo, lleno de amor el corazón. ¿Cortaría la cuerda desde arriba? ¡Bah! Si moriría en aquel momento, moriría feliz.

Pero acabó su ascensión sin molestias, y cuando hubo desaparecido en la sombra de la garita, Ivana cerró cuidadosamente la ventana y dejó caer la cortina de terciopelo.

Rouletabille traspuso la cornisa. Una vez allí, se encontró frente a La Candeur, que, de rodillas junto a la cuerda, parecía muy enojado con Atanasio, el cual, de rodillas también, no parecía de mejor humor respecto a La Candeur. Colocados como estaban, se asemejaban a dos gatos que anduviesen a la zarpa.

—¿Qué pasa?—preguntó Rouletabille.

—Pasa—contestó La Candeur—que este caballero, a pretexto de que hacía mucho tiempo que te habías marchado, quería cortar la cuerda.

—¡Caray! ¡Bien he hecho en traerte, La Candeur!

—¡Ya, yal... Pero no gastes más bromitas como la de la cuerda... ¡He pasado un rato!...

—¿Y el bueno de Priski? ¿Qué ha sido de él?

—Nos espera. ¡Hace lo que puede!...

Rouletabille recogía la cuerda. Atanasio se irguió.

—¿Dónde está Ivana?—preguntó.

—Supongo que se referirá a la señorita Vilitchkov, ¿no?—repuso Rouletabille, sin tomarse tan sólo la molestia de mirar a su rival, que, por cierto, no era en aquel momento nada grato a la vista.

Y disponiéndose a subir a la pendiente de la garita para desatar la cuerda de la veleta, pronunció estas palabras:

—Está bien. Gracias. Me ha encargado que le salude en su nombre...

Al bajar, tuvo buen cuidado de hacerlo por la parte del barrio de los esclavos, sin lo cual se hubiera expuesto a que le pidiese explicaciones Atanasio, que no disimulaba sus ganas de estrangularlo.

Rouletabille saltó el primero a la plataforma, donde encontró a Priski fuertemente atado. Aprovecharon el primer rayo de luna que se deslizó entre dos nubes, para cambiar un saludo muy amistoso.

—¡Caballeros!—les dijo el mayordomo cuando les vió a todos reunidos alrededor de él y sin Ivana—. ¡Caballeros! Me parece que su expedición ha durado bastante. Si no tienen gran interés en que acabe peor de lo que ha empezado, sigan mi consejo... y el camino de los tejados y cortinas, que les llevará al torreón. El único obstáculo que, como ya les he dicho, encontrarán, es el centinela que hay en la pequeña plataforma de la torre de vigilancia. No podrán pasar junto a él sin que les vea. Sin embargo, a juzgar por la habilidad que han demostrado, no creo que esa dificultad les estorbe mucho tiempo. Volvamos dentro, que la noche está ya muy avanzada... ¡Ya es hora de tumbarse en el casto lecho!...

—Tiene razón Priski—dijo Rouletabille—. Y va a guiarnos por el camino de las cortinas...

—No veo ningún inconveniente, siempre que «el sobrino de Rothschild» acceda a llevarme, porque quiero seguir atado, ya que sería hombre muerto si ustedes olvidaran un momento que soy su prisionero.

A una señal de Rouletabille, La Candeur se cargó al hombro a Priski.

—¡No! deje de trabajar esta noche!—suspiró el pobre muchacho.

—¡Y no ha terminado!—le replicó Rouletabille para consolarlo.

En el preciso momento en que todo el grupo iba a dejar la plataforma, Atanasio se plantó ante Rouletabille. El búlgaro temblaba de ira contenida.

—Desearía—masculló—saber lo que durante una hora ha podido decirle la señorita Vilitchkow...

—Pues bien: ¡durante una hora me ha estado diciendo que usted no era su prometido!

Atanasio, al oír aquellas palabras, saltó sobre Rouletabille y le agarró la muñeca tan fuertemente, que el repórter no pudo reprimir un grito, no muy fuerte, de dolor. Estaba, por lo demás, furioso. E intentaba, aunque en vano, desasirse de la opresión del búlgaro. Pero éste le apretaba como con tornillos.

—¡Suélteme—acabó por decir Rouletabille—, o llamo a La Candeur para que le eche al torrentel!

¿Asustó al búlgaro semejante perspectiva? El caso es que soltó a Rouletabille y no dijo una palabra. El repórter corrió tras La Candeur y Priski. Ahora, los jóvenes tenían prisa de volver al torreón. El pintoresco camino fué recorrido sin incidentes hasta el momento previsto por el mayordomo.

Al llegar a la maldita plataforma de vigilancia, tuvieron que detenerse. Tenían que pasar por encima de ella, sobre las almenas medio derruidas de un viejo muro que había pertenecido al recinto primitivo.

Abajo, en la terraza, el centinela iba y venía con movimiento incesante, cambiándose de vez en cuando el fusil de un hombro a otro.

El centinela tenía un tipo de turco muy desagradable y rudo, muy visible bajo la luna, que, sin duda, queriendo aprovechar los pocos momentos que le quedaban

hasta la aurora, se había puesto a brillar con su más vivo fulgor.

El grupo de los jóvenes, pues, se había detenido y miraba con impaciencia a aquel molesto guardián. No había que pensar en matarle de un tiro. El disparo hubiera dado la alarma inmediatamente al puesto, que se encontraba unos diez metros más abajo, guardando una potencia del *selamlick*.

Por igual motivo era también imposible pensar en agredirle para hacerle prisionero. Por rápida que fuese la operación, tendría tiempo el centinela para dar un grito.

Una cuchillada era de efecto muy problemático.

Y todos estaban detrás de las ruinas de almena. Rouletabille y La Candeur parecían bastante preocupados.

La Candeur había dejado a Priski entre Rouletabille y él. Cada vez que el malhadado centinela volvía hacia el lado de La Candeur, éste temblaba como una hoja al viento.

¿Por qué? Porque aquel mala sombra de turco llegaba con la cabeza casi a la altura de las almenas, es decir, a la altura de La Candeur.

Y de haberse puesto de puntillas, no hubiera dejado de ver al gigantesco francés.

—¡Tengo miedo!—dijo La Candeur.

—¡Mejor!—contestó Rouletabille al oído de su compañero—. ¡Mejor!... Así le darás tu puñetazo del miedo. ¿Te acuerdas?... ¡Aquel con que mataste al sargento de policía!...

—¡Ah, sí!—afirmó seguidamente La Candeur—. ¡No pensaba en eso! ¡Es una idea!...

—¿Verdad que sí?... Cuando vuelva y tengas su cabeza

a tu alcance, te será fácil... Primero le quitaremos el gorro. El se volverá... Tú procurarás tener mucho miedo... Y ¡zas!...

—¡Comprendido! ¡Comprendido!

—Ya supondrás que si yerras no quedan de nosotros ni los rabos, ¿eh?

—¡Hombre! ¡No digas esas cosas! Me das miedo...

—¡Me alegro! ¡Me alegro!...

—Creo que no se me escapará...

—¡Eso hace falta! Lo creerán muerto de un acceso de sangre. Conviene que no sospechen...

—¡Pobre diablo! A lo mejor tiene hijos...

—Ya me enteraré... Pero ahora...

—¡Callen!—aconsejó el atado Priski—. Ya vuelve.

El centinela, en efecto, volvía. Y Priski, que no había percibido ni una palabra de la conversación de sus huéspedes y que continuaba preguntándose cómo saldrían de aquel mal paso, asistió, primero con cierto espanto y luego con entusiasmo, al espectáculo siguiente:

Priski era partidario de «la obra bien hecha». Fué complacido.

Vió al «sobrino de Rotschild», que al principio hinchaba la espalda como un animal en acecho y luego levantaba la maza de su puño vibrante y formidable sobre el turco, que avanzaba con lentitud majestuosa. Después oyó un chasquido. ¡Y dejó de ver al centinela!

—¡Me parece que ha muerto!—dijo La Candeur volviéndose hacia Priski y volviéndoselo a cargar.

—Yo también creo—aseguró Rouletabille— que no volverá a levantarse. ¡Has estado mejor que con el sargento!

—¡Qué miedo he pasado!—explicó La Candeur.

—Reciba mi enhorabuena—dijo a su vez Priski desde

la espalda de La Candeur—. ¡Vaya un puño que tiene el señor! Hará gimnasia, ¿eh?

Diez minutos más tarde estaban al fin de la cortina, ante el camino del torreón.

—Ya pueden desatarme— advirtió el mayordomo—. No hay que temer ya encuentros desagradables. Y como además, conozco la maniobra del pequeño puente voladizo, podré ayudarles.

Una vez bajado el puente voladizo entre la cortina y la cornisa, el grupo bajó fácilmente al camino de ronda del torreón. Volvía sin Ivana. Pero faltaba alguien más. ¿Quién? ¡Atanasio Khetew! No sabían qué le había ocurrido.

—Dejemos bajado el puente voladizo—dijo Rouletabille al darse cuenta de que faltaba el búlgaro—. No hay que cortarle la retirada.

¡Precaución inútil!... Atanasio Khetew no entró.

CAPITULO XV

VARIOS ACONTECIMIENTOS EN EL TORREÓN

ROULETABILLE durmió como un lirón hasta las ocho de la mañana. A esa hora se despertó sobresaltado al oír sonido de trompetas.

—¿Qué pasa?—preguntó frotándose los ojos y esforzándose por ponerse cuanto antes y moralmente «en situación». Esta no era muy brillante, a decir verdad. Pero la expedición de la noche anterior había tenido la virtud de hacerla todo lo clara y sencilla posible.

En un momento dado de aquella jornada nupcial, se reunirían en una misma habitación del castillo *Gaulow, Ivana y el cofrecillo bizantino!*

El propósito de Rouletabille era esperar aquel momento para hacerse con todo: con el novio, que le serviría de precioso rehén; con la novia, que se reservaba personalmente para unas bodas menos paganas, y con el cofrecillo bizantino, que regalaría al general Stanislavof.

El aspecto de la empresa, que tal como se presentaba permitía triunfar completamente o dar al traste con todo, había consolado a Rouletabille, ya por la noche, del

la espalda de La Candeur—. ¡Vaya un puño que tiene el señor! Hará gimnasia, ¿eh?

Diez minutos más tarde estaban al fin de la cortina, ante el camino del torreón.

—Ya pueden desatarme— advirtió el mayordomo—. No hay que temer ya encuentros desagradables. Y como además, conozco la maniobra del pequeño puente voladizo, podré ayudarles.

Una vez bajado el puente voladizo entre la cortina y la cornisa, el grupo bajó fácilmente al camino de ronda del torreón. Volvía sin Ivana. Pero faltaba alguien más. ¿Quién? ¡Atanasio Khetew! No sabían qué le había ocurrido.

—Dejemos bajado el puente voladizo—dijo Rouletabille al darse cuenta de que faltaba el búlgaro—. No hay que cortarle la retirada.

¡Precaución inútil!... Atanasio Khetew no entró.

CAPITULO XV

VARIOS ACONTECIMIENTOS EN EL TORREÓN

ROULETABILLE durmió como un lirón hasta las ocho de la mañana. A esa hora se despertó sobresaltado al oír sonido de trompetas.

—¿Qué pasa?—preguntó frotándose los ojos y esforzándose por ponerse cuanto antes y moralmente «en situación». Esta no era muy brillante, a decir verdad. Pero la expedición de la noche anterior había tenido la virtud de hacerla todo lo clara y sencilla posible.

En un momento dado de aquella jornada nupcial, se reunirían en una misma habitación del castillo *Gaulow, Ivana y el cofrecillo bizantino!*

El propósito de Rouletabille era esperar aquel momento para hacerse con todo: con el novio, que le serviría de precioso rehenes; con la novia, que se reservaba personalmente para unas bodas menos paganas, y con el cofrecillo bizantino, que regalaría al general Stanislavof.

El aspecto de la empresa, que tal como se presentaba permitía triunfar completamente o dar al traste con todo, había consolado a Rouletabille, ya por la noche, del

casi fracaso de la expedición. Al llegar al torreón se tumbó en la cama, como si tuviera prisa de tomar el reposo necesario antes del combate esperado para el siguiente día.

Y se durmió luego de jurarse que aquella vez o triunfaba o dejaba el pellejo.

Despertóse contentísimo. Un alegre rayo de sol penetraba en el formidable cuarto. El sonido claro y jubiloso de la trompeta le cantaba en el oído. Su primera mirada fué para el rostro un poco terroso y de fisonomía generalmente simpática, aunque ahora no muy católica, del excelente Priski, a quien Rouletabille había encerrado con él para tener la seguridad de que lo vería al despertarse. ¡Le profesaba tanto cariño!...

—¿A qué tocan esas trompetas, Priski? ¿No me contesta?

—Es que desearía saber si, por fin, se decide a devolverme mi libertad...

—¿Para qué, estimado señor Priski?

—No es que me encuentre mal con usted, no... Pero es que empiezo a encontrar ridícula mi detención, que no sirve para nada y que acabaría por causarle el más grave perjuicio...

—¿No me dijo que usted era un personaje tan insignificante, que su presencia pasaría desapercibida, sobre todo en estos días de fiesta? Por lo tanto, y como lo necesito, me quedo con usted.

—¿Necesitará de mí por mucho tiempo?

—¡Veinticuatro horas cuando más!... ¿Qué le parece?...

—A mí, bien... Pero ya verá cómo alguien acabará extrañándose al no verme...

—Le crearán ocupado con los huéspedes del torreón... Y no andarán descaminados...

—Además—replicó Priski—se preguntarán qué es de ustedes.

—Pero ¡si no hay ninguna razón para que dejen de vernos!... ¿No tenemos permiso para pasear libremente por el castillo?... ¡Pues usaremos de él, querido Priski, usaremos de él!... Yo nunca he asistido a una boda musulmana... Y ya que estamos invitados, quiero aprovechar la ocasión... No pase pena por nosotros.

En aquel momento se oyó un gran estruendo en el piso de arriba.

—¿Qué ocurre?—preguntó Rouletabille.

—¡Que los alemanes se impacientan! Seguramente opinan que tarda mucho en llegarles el desayuno.

—¿Qué toman?

—Café, confituras y bizcochos.

—¡Perfectamente! Les podemos ofrecer eso.

Rouletabille llamó a Modesto y le ordenó que sirviera a los ocupantes del segundo piso el almuerzo indicado por Priski.

Cuando Modesto, siempre somnoliento, hubo recibido las órdenes, Rouletabille, por la puerta entreabierta, pudo oír la conversación mantenida entonces entre La Candeur y Vladimir. La Candeur contaba en términos homéricos la expedición nocturna.

Se ufanaba de haber puesto en fuga a un ejército de muertos y de vivos. Y agitaba los brazos; daba patadas; parecía luchar con el cielo y la tierra; afirmaba que había matado a diez hombres...

Rouletabille, interrumpiendo aquel discurso, tosió.

La Candeur, sobresaltado, se volvió, vió a Rouletabille, se puso colorado y bajó la cabeza.

—¡Cuando se es tan cobarde como tú, querido amigo—gritó Rouletabille—, no se deben contar semejantes

patrañas! No le crea, Vladimir... Es tan valiente como el bueno de Priski, que, con sus terroríficas historias, quería privarnos de un paseito higiénico que, por cierto, ha transcurrido de la manera más ideal.

—¿De la manera más ideal?... ¿De la manera más ideal?... ¡Pues yo—exclamó La Candeur—he muerto a un centinela!

—¿Dices que has muerto a un centinela?... Eso es una creencia tuya. Y permite que te diga, en bien tuyo, que es una creencia muy peligrosa...

—¡Pues yo me figuraba haberlo muerto!... Y no comprendo...

—¡Ah! ¿No comprendes?... ¡El que no comprende no debe tener creencias!... Acuérdate nada más de lo que te costó en París aquel débil puñetazo que por descuido diste al sargento de Policía... Y piensa, desgraciado, en lo que podría acarrearle en Turquía el asesinato de un centinela!...

—¡Oh, el asesinato!... ¡Yo no he hablado de asesinatos!... ¡Eso es horrible!...

—Sí: asesinato de un pobre centinela, que no hacía daño a nadie...

—A nadie, es verdad... ¡No hacía daño a nadie!

—¿Te recriminas a ti mismo?

—No... ¡Al fin y al cabo, Rouletabille, nos estorbaba en nuestro camino!

—¿Acaso es eso una razón para asesinar?

—¡Dios mío! ¡Yo no lo he asesinado! Y...

—¡Ah! Ya ves claro... Mejor para ti... Porque en el caso de que hubieras muerto a ese centinela, te ahorcarían antes de que acabara el día!...

—¿Antes de que acabara el día?... ¿Crees tú?... ¡Ay, Rouletabille, tienes razón!... No he muerto a ese hombre...

—No, La Candeur, no... ¡No lo has muerto!...

—Se trata de una simple coincidencia.

—Sí: ¡de una fatal coincidencia!

—Acuérdate, Rouletabille... Ese desgraciado ha muerto, seguramente, de un acceso de sangre, precisamente en el momento en que pasábamos.

—Eso es lo que yo pensaba ya por mi cuenta... Ha muerto de un acceso de sangre precisamente en el momento en que pasábamos y tú le dabas un puñetazo en la cabeza.

—¿Crees que le he dado un puñetazo en la cabeza?

—¡Ah! ¡Yo no sé nada de eso!... ¡Tú estabas más cerca de él que yo!...

—Bueno, Rouletabille. Si nos vienen con molestias a causa de ese turco, diremos: «El pobre ha tenido un acceso de sangre y ha caído sobre mi puño».

—¿Y por qué ha caído sobre tu puño?—continuó Rouletabille con la mar de seriedad—. Precisamente porque avanzabas hacia él para impedir que cayera...

—¡Eso, eso!—concluyó La Candeur casi tranquilizado y lleno de reconocimiento hacia su amigo Rouletabille, que pensaba en todo (afortunadamente para los que no pensaban nunca en nada).

Y volviéndose hacia Vladimir, le dijo:

—¿Has oído, Vladimir? Ya sabes ahora, con toda clase de detalles, lo que le ha ocurrido a ese pobre centinela turco.

—Sí, sí—contestó Vladimir, que tenía que aguantar la risa a causa de la seriedad imperturbable de Rouletabille—. Puede estar tranquilo; no lo contaré a nadie.

—¿Y qué ha hecho usted durante nuestra ausencia, Vladimir?—preguntó Rouletabille procediendo rápidamente a su aseo.

—He puesto el torreón en estado de sitio. He transportado nuestras carabinas y los fusiles de los domésticos, y todas nuestras armas y municiones, a todas las aberturas y a todas las troneras que, de lo alto a bajo del torreón (excepto en el segundo piso, ocupado por los alemanes), dan a la poterna del muro de ronda. Si los oyentes de Kara Selim se hubieran presentado frente a la poterna, hubiesen recibido de firme. ¡Créalo!...

—Muy bien, Vladimir. Pero supongo que esta mañana habrás hecho desaparecer todo ese arsenal...

—No.

—¡Imprudente!... ¿Es que no me has visto esta noche disponer la dinamita?... Corre, Vladimir, corre... Baja todas las armas y todas nuestras municiones al subterráneo de la sala de los guardias... Que no supongan en nosotros la menor intención, ni siquiera posibilidad, de resistencia.

—Me parece—observó Priski—que hoy no pensarán meterse con ustedes... ¡Las tropas están pesadas por la fiesta de ayer, y no se despertarán más que para emborracharse en la fiesta de hoy!

—Yo creía que los musulmanes no podían beber más que agua...

—Si anoche hubiéramos permanecido más tiempo en la recepción de Kara Selim, hubiese podido ver usted que con Alah se llega a ciertas transacciones...

En aquel momento, la trompeta que había despertado a Rouletabille, resonó de nuevo. Y el repórter preguntó de nuevo qué significaba aquello.

—Significa que el viajero, visto por primera vez por el vigia, ha tomado el camino de la *Karakulé*, y que estará aquí antes de diez minutos.

—¿Serán nuevos clientes?—preguntó Rouletabille.

—¡O la policía!—insinuó La Candeur...

—Oigan esos nuevos trompetazos, caballeros... ¡Seguramente llega un gran personaje!.. En este momento tocan para que se reúnan los *misvuks*, que son «lanceros» mandados por el *Delhy-Bachi*, es decir, el «jefe de los locos». ¡Me parece que quien llega es el señor Kasbeck en persona!

—¿El señor Kasbeck?—exclamó Rouleta bille.

—¡No, no!... Pero he oído hablar de un tal Kasbeck que había sido jefe de los eunucos del ex sultán... No será el mismo, ¿verdad, Priski?

—¡El mismísimo!... ¡Oh, es todo un hombre!.. Un hombre extraordinario, amable, bien educado, *hasta con las mujeres*, de una sabiduría sin igual. ¡Lo sabe todo!... ¡Lo ha visto todo!... ¡Habla cuatro lenguas!... Si llega a conocerle, le será muy simpático, ¡mucho!... ¿Quiere que se lo presente?...

—Ya lo veremos.

—Habla el francés como usted y como yo... Tengo la seguridad de que se verá encantado de conocer a usted...

—¿Qué viene a hacer aquí?

—Sin duda, asistir al casamiento de nuestro Kara bajá. Son dos antiguos amigos... A veces han tenido ásperas rencillas por cuestión de negocio, pero siempre han acabado arreglándose... ¡Cualquiera resiste al señor Kasbeck!... Es rico... ¡y generoso!... Cuando abre la mano, siempre tiene oro dentro... Déjenme que salga a esperar al señor Kasbeck. Si no voy a recibirle, no dejará de mandar que me busquen aquí.

—¡Pillín!—exclamó Rouletabille—. Me sabe muy mal eso...

—Lo comprendo, caballero, pero volveré en cuanto pueda.

—¡Perdón, Priski, perdón!... Me sabe muy mal eso... pero es por usted...

—¿Por qué?

—Porque luego de la confianza que le hemos demostrado (ya que no le hemos ocultado nada de lo que hemos hecho ni de lo que hemos venido a hacer), nos es imposible dejar que usted se acerque a una persona cualquiera del exterior... ¿Qué vamos a hacer de usted, querido señor Priski?

—¡Podemos bajarlo al subterráneo!—expuso La Candeur, que por una casualidad tenía una idea...

—¡Bravo, La Candeur! ¡Tú llegarás, amigo mío!... ¡Andal! ¡Baja a Priski al subterráneo!

—¡Supongo que no harán eso!—protestó Priski fuera de sí.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿No ha dicho usted mismo que el señor Kasbeck mandaría que le buscaran aquí? ¡Bájale, La Candeur! ¡Bájale sin perder un minuto!... Y átale bien, porque al bueno de Priski le encanta verse atado... ¡Ah! Y si no se porta bien, ¡lo echas a la mazmorra!

—Muchas gracias—dijo Priski.

Y como Rouletabille se alejara y se dispusiera a bajar, añadió:

—¡Supongo que no me dejará así! ¿Adónde va?

—A ofrecer mis respetos a su amigo Kasbeck, querido señor Priski.

Rouletabille, en efecto, bajó rápidamente, luego de recomendar a La Candeur una pronta ejecución de sus órdenes. En la sala de guardias encontró a Vladimir, que acababa de bajar todas las armas al subterráneo. Le rogó que dejara el subterráneo entreabierto, que ayudara a La Candeur a bajar a Priski y que, finalmente, fuera con su

compañero a reunirse con él, con Routetabille, al deslunado.

Antes de salir aun pidió noticias de Atanasio Khetew; pero el otro le contestó que no había sido vuelto a ver el búlgaro, lo cual contrarió mucho al repórter.

—¿Qué sucederá? ¿Le habrá ocurrido algún accidente? ¿Tramará algo?

Eso se preguntaba Rouletabille. Y lo que más temía era que el búlgaro hubiera tomado una iniciativa que contrariase la suya.

Corrió el cerrojo de la poterna y penetró en el deslunado, donde reinaba una extraordinaria animación. En medio de una soldadesca vestida con los uniformes más abigarrados, vió llegar, entre otros cortejos, la banda militar de música de Kara baja. Conjeturó que aquellos individuos, vestidos como monos de feria y blandiendo estrambóticos instrumentos de cobre y tambores de formas novísimas, armarían una prodigiosa algarabía. Hacía varios minutos que presenciaba aquel espectáculo, cuando se le unieron Vladimir y La Candeur, que ponían una cara de pocos amigos. La Candeur, además, oprimía tristemente la nariz con un pañuelo.

—¿Qué hay?—les preguntó Rouletabille al momento; pero los otros dos le miraban atribuladamente, sin comunicarle la mala noticia de que, seguramente, eran portadores.

—Hay—comenzó diciendo Vladimir—que nos ha ocurrido un caso lamentable con ese Priski.

—¿Qué?—exclamó Rouletabille poniéndose verde.— ¡Supongo que no se habrá escapado!

—Sí, señor.

—¡Ah, miserables!

Vladimir le detuvo, porque ya corría al torreón.

—¡Oiga, oiga! Se ha escapado, pero le hemos vuelto a coger...

—¡Animal! ¿Por qué no lo has dicho en seguida?

—Porque la cosa no es sencilla. Es preciso que nos oiga. La culpa es, en primer término, de La Candeur, que no ha atado a Priski en seguida, como yo le recomendaba.

—¿De veras, La Candeur?

—De veras—contestó el otro bajando la cara.

—¿Te urgía alguna cosa?

—Es que me había puesto a estudiar el terreno de operaciones en el mapa del vilayeto de Andrinópolis.

—Yo, yo—añadió Vladimir—estaba mirando la hora en mi reloj, cuando, de pronto, Priski...

—¡Pero hombre! ¡Siempre que falto yo estáis a punto de estudiar el mapa del vilayeto de Andrinópolis y de mirar la hora que es!... ¿Qué significa eso? ¡Os he sorprendido muchas veces en esa curiosa ocupación!... ¡Que no os vuelva a encontrar!

—¡Si uno no puede instruirse de otra manera!—gruñó La Candeur.

—¡Si uno no puede saber de otra manera qué hora es!—suspiró Vladimir.

—¡Bueno! Continúa... ¡Buenas piezas estáis hechos! ¡Pero no intentéis hacerme pasar gato por liebre! ¿Y luego? ¿Lo habéis vuelto a coger?

—¡Oh! Lo hemos cogido inmediatamente en la escalera, lo hemos llevado al cuarto y, ¡por fin!, La Candeur lo ha atado. Pero cuando no le mirábamos, se ha vuelto a desatar.

—Y ¿qué hacíais para no mirarlo?

—¡Oh! Creíamos poder estar tranquilos, y La Candeur estudiaba el terreno de las operaciones...

—¡Cristo! ¿Os estáis burlando de mí? ¿Por quién me habéis tomado? ¡Ya os enseñaré quién soy yo!... Ya está desatado. ¿Y qué?

—Se pone en salvo...

—Pero le habéis vuelto a coger, ¿no?

—No. Esta vez no lo hemos vuelto a coger.

—¿Qué?

—No se ponga enfermo... Sabemos dónde está.

—Ha ido al piso de arriba, al de los alemanes.

—Y ¿por qué no le habéis seguido?

—Volvemos de allí... Hemos llamado muchas veces, y nos han abierto; pero en cuanto nos han visto, nos han dado con la puerta en las narices.

—¡Querrás decir que me han dado con la puerta en las narices!—rectificó La Candeur, que, en efecto, las tenía muy hinchadas—. Se han encerrado con cerrojo. Y les hemos oído disputar con Priski. ¡Qué de cosas le han dicho! Pero el otro gritaba tan fuerte como ellos, hasta el extremo de que hemos temido que el ruido de la disputa llegara al camino de ronda, por lo cual hemos venido a avisarte.

—Y mientras tanto, idiotas, más que idiotas, quizá se haya marchado—profirió Rouletabille echando a correr hacia el camino de ronda.

Los otros le siguieron.

—¡Oye, Rouletabille! No te apures. Hemos dejado a Toudor y a Modesto a la puerta de los alemanes, con la consigna de que no dejaran salir a nadie.

—¡Bah!... ¡Está visto que no puedo ausentarme un segundo sin que hagáis tonterías!

Pronto llegaron al camino de ronda. La Candeur levantó la vista (y la nariz) hacia la aspillería del segundo piso, y exclamó:

—¡Ya no se les oye! Hace un momento, cuando nos hemos ido de aquí, berreaban.

Rouletabille, terriblemente preocupado por las consecuencias que pudiera tener la libertad de Priski y jurándose que de allí en adelante lo haría todo él, saltaba por la escalera del torreón y llegaba casi sin resuello ante la puerta de los alemanes, donde encontró a Modesto tendido en el umbral como un perro (y, desde luego, durmiendo) y a Toudor que se paseaba de arriba abajo.

—¿Nada de nuevo?—preguntó Rouletabille lanzando un suspiro de alivio.

—Sí, señor—contestó Modesto abriendo la boca, como era natural, y un ojo, lo que en él era mucho menos natural.

—¿Ha salido?

—Sí... Pero... ¡Toudor y yo nos hemos echado sobre él y lo hemos amordazado y atado!... ¿Eh, Toudor?... ¡No ha dicho ni pio!

—¡Bravo, Toudor!—exclamó Vladimir, que llegaba entonces.

—¿Y dónde lo habéis dejado?—preguntó Rouletabille.

—Lo hemos bajado al subterráneo, como nos había dicho el señor Vladimir.

—¡Vamos allá! Quiero verlo... ¿Por qué lo han dejado solo? Además, ¿qué hacían aquí?

—Impedir que salgan los otros! Como nos han dicho que no dejáramos salir a nadie...

—Pero ¿qué me importan a mí los otros? ¡Idiotas, más que idiotas!

Rouletabille no contaba más que consigo mismo. Bajaron todos: Rouletabille, La Candeur, Vladimir y los dos criados. Al llegar a la sala de guardias, los últimos levanta-

taron la losa. Y Modesto. Como no decía nada desde dentro del agujero, ¡sintió Rouletabille un miedo!...

—¿No está?—exclamó.

—Sí que está. ¡Ya lo creo! Ni se ha movido—contestó la voz de Modesto—. Voy a echar el cabo de la cuerda. Que fire Toudor de ella.

Un cabo de cuerda, en efecto, salió del subterráneo, y tiró de él Toudor, mocetón fornido que parecía estar en el apogeo de sus facultades.

—Nunca me hubiera figurado—dijo Rouletabille—que Priski pesara tanto.

Por fin el paquete humano llegó al nivel de la sala de los guardias, y la cabeza salió del agujero. Triple exclamación escapó a los jóvenes. ¡No era Priski! ¡No era Priski! Era una cara enorme, roja y terriblemente barbuda. No podía decir ni jota, porque le ahogaba una mordaza. Pero los ojos, que se le salían de las órbitas, y sus descompuestas facciones, expresaban, mejor que con frases, el furor de que estaba animado.

Y como la sorpresa recibida por los jóvenes era tan grande, a pesar de la gravedad de la situación se echaron a reír.

Los ojos del alemán se pusieron más furibundos.

—¡A ver si estalla!—dijo La Candeur retrocediendo con su habitual prudencia.

Pero Rouletabille ya había dejado de reír, y cuando el alemán rodó por las losas como un colosal salchichón, el repórter preguntó a Modesto qué significaba aquello.

—¿No nos han dicho que no dejáramos salir a nadie?—explotó Modesto, que no comprendía en manera alguna el asombro de sus amos, ya que esperaba felicitaciones—. La primera persona que ha salido es este caballero. Nos hemos apoderado de él...

—Perdone, caballero, perdone. Se trata de un error—dijo Rouletabille inclinándose hacia el alemán.

Pero éste, asaetando al repórter con sus ojos inflamados, sacudió la cabeza: no aceptaba excusas.

—Volvedlo a llevar arriba—ordenó Rouletabille—. Hay que ver qué se ha hecho Priski.

—Seguramente—dijo Modesto—continuará arriba, porque si no, le hubiéramos visto salir.

—Creo—aventuró Vladimir, siguiendo a Rouletabille, que subía rápidamente al segundo piso—que cuando ese alemán se ha arriesgado a salir para, sin duda, ir a amenazar a cualquier autoridad turca con las represalias de su país, es porque los restantes se han quedado a Priski como rehenes.

—Esa es mi única esperanza—ratificó Rouletabille—. Vamos a devolverles su alemán. Supongo que nos lo cambiarán por Priski.

—¡Esperémoslo! Ya está aquí el alemán.

Los criados, efectivamente, traían al alemán, todavía atado.

—Esa gente—dijo Vladimir—es testaruda como ella sola. ¿Cómo haremos para que nos abran la puerta?

—Quitadle la mordaza al alemán—ordenó Rouletabille.

Y la mordaza fué quitada.

Al momento resonó en el rellano un florilegio de injurias tudescas. Pero también en seguida, al oír aquella voz tan querida, la familia alemana abrió la puerta.

Aparecieron Mama, Gretchen y los dos *Tungenmänner* (jóvenes), que aullaron al ver la disposición en que era traído el cabeza de familia. Sin embargo, Vladimir consiguió darles a entender que si entregaban a Priski les sería devuelto su tan allegado pariente.

—*La! la! la!*—mandó el terrible vozarrón del no menos terrible alemán atado.

Entonces los *Tungenmänner* sacaron otro fardo, que era Priski, igualmente atado y amordazado. Rouletabille entregó el fardo alemán y entró en posesión del fardo constituido por Priski. La puerta se cerró con estrépito. En el interior fueron echados los cerrojos. Y una voz resonante declaró que no se abriría más que al cónsul alemán en persona.

—Ahora, ¡a bajar, querido Priski!—dijo Rouletabille.

El pobre mayordomo fué vuelto a bajar a la sala de los guardias y metido en el agujero del subterráneo. Modesto, en castigo de su estupidez, fué encargado de vigilarlo.

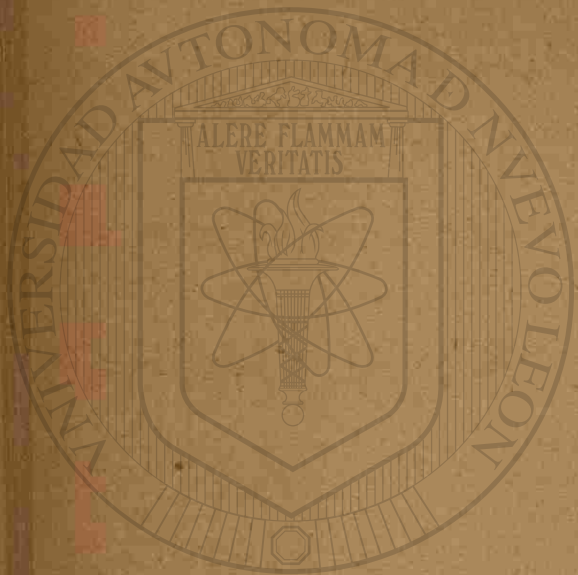
—Podéis quitarle la mordaza—dijo Rouletabille, luego de examinar de cerca la solidez de las ataduras.

La Candeur se inclinó y quitó la mordaza a Priski en el momento en que éste iba a desaparecer en el agujero, que era precisamente el momento en que, a pocos pasos de allí, en el deslunado, comenzaba la horrenda algarrabía de los músicos de Kara baja.

—¡Va a dar principio la fiesta!—pudo decir aún con gran melancolía el bueno de Priski antes de que cayera sobre su cabeza la losa que cerraba el agujero.

—¡Pobre Priski!—exclamó Rouletabille—. Se queda sin distracción. Pero ya que él no puede ir a la fiesta, ¡vamos nosotros! Ya le contaremos lo que pase.

—Y a Modesto le traeremos pasteles—añadió La Candeur, que gustaba de portarse bien con la servidumbre,



SEGUNDA PARTE

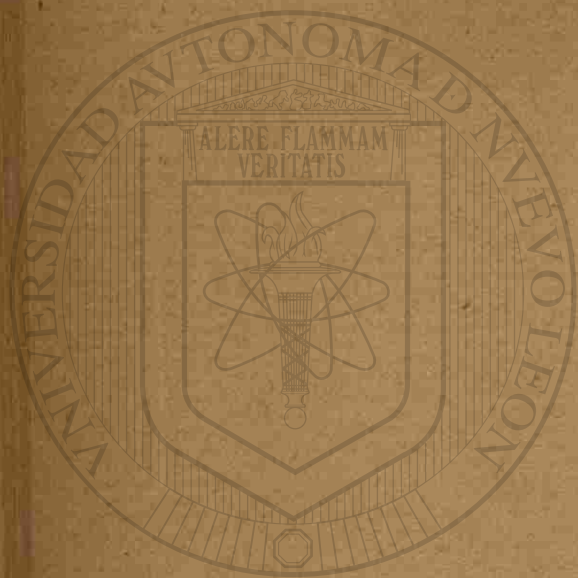
EL TERRIBLE GAULOW

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO PRIMERO

APARECE POR PRIMERA VEZ EL SEÑOR KASBECK

Oh! Aquel día sí que podían hacer cuanto se les antojaba los alojados en el hotel de los Extranjeros. ¡Cualquiera se ocupaba de ellos! Y pudieron darse cuenta del insignificante papel que representaban en la baraúnda de regocijos nupciales. Les empujaban y empujaban. Pero ni tan sólo mirábanlos... La gente de Karahajá pensaría que eran unos viajeros como tantos otros que habían pasado por el torreón y que un buen día desaparecerían...

Habían llegado de nuevo al deslunado en el momento en que la música oficial acababa sus endiabladas armonías y en que todos se precipitaban tras un grupo de jinetes que rodeaban al Kaimakan, a Stefo el Dálmata y a un nuevo personaje en quien Rouletabille pudo conocer fácilmente a Kasbeck, porque todos le llamaban por tal nombre.

Kasbeck era una cosa enorme cabalgando una mula de ardeos magníficos. Iba envuelto por completo en los más extraños velos blancos. Y aparecía verdaderamente como un gran señor musulmán en lo de radicar toda su

elegancia en la blancura y finura de los tejidos con que hermozeaba su monstruoso capuchón. Desgraciadamente para él, era eunuco, lo cual le quitaba gran parte de prestancia señorial, si bien aumentaba sus disposiciones para el comercio. Además, cuando un eunuco como Kasbeck podía ufanarse de haber sido el primer eunuco del último sultán, encuentra muchos consuelos a su fortuna incompleta.

Rouletabille no tuvo tiempo más que de percibir su masa de blancura insultante, su cabeza con turbante a la manera de los viejos turcos, su grueso perfil, su mentón pesado, su boca fina y sus ojos pequeños, pero muy espirituales.

Todo aquello saltaba al trote de la mula, espantada por la música. Y todo aquello desapareció con Stefo el Dálmata, los jinetes, los lanceros, el jefe de los búfonos y los albaneses, bajo la bóveda románica, sobre el sonoro pavimento que había delante del patio del *selamlík*...

Rouletabille pensaba: «Si verdaderamente ha venido a comprar a Ivana, ¿qué cara pondrá cuando se entere del casamiento?... Pero ¿hay que dar crédito a los cuentos de Atanasio? Convendría aclararlo... ¡Hombre! ¿Qué estará haciendo el búlgaro?»

El repórter casi suponía ya que realmente le había ocurrido una desgracia, que había sido víctima de un accidente, que había caído desde un tejado o una muralla...

Comoquiera que Vladimir seguía a la multitud hacia el *selamlík*, Rouletabille le detuvo:

—Por ahí, no—dijo el repórter—. Conocemos esos lugares, y los instantes son preciosos para nosotros.

Y lo llevó hacia otra bóveda, hacia una parte del cas-

tallo que aún desconocían y que estaba más cercana a los edificios del harén, los cuales eran dominados por la cuarta torre del Oeste, cuya atalaya servía a Rouletabille de punto de mira.

El gran patio en que desembocaron saliendo por el fondo del deslunado, les asombró por su aspecto: parecía una villa.

Decididamente, el Castillo Negro era un mundo que se bastaba a sí mismo y capaz de alimentar a un pueblo. El patio estaba completamente rodeado de casitas campesinas, cómodas, ricas y abrigadas. Los utensilios de cobre que tenían, brillaban de tan limpios. Inmensos establos servían al ganado como retiro de invierno; había bueyes, por cierto muy pequeños y flacos; magníficos corderos de ancha cola, cabras de tan largo pelo que llegaba a tierra.

Rouletabille descubrió, detrás de la pocilga, una escalera de gastadas piedras que subía por la roca, permitiendo llegar a una muralla de almenas. Hizo una señal a los demás jóvenes para que se detuvieran, y trepó lentamente por aquella muralla que cerraba aquella parte del Castillo Negro y desde la cual se podía ver lo que hubiese detrás...

—¡Oh!—exclamó Rouletabille al llegar a lo alto, desde donde descubrió un gran cuadrilátero desierto—. No estamos en el barrio de los esclavos.

Y se aplastó tras las almenas.

—Sin embargo—continuó—, ése es el mercado de esclavos, si no ando muy equivocado. Visto uno, vistos todos. Es imposible olvidar ese aspecto triste, inquietante, desnudo, arruinado, sórdido.

Ya había visto en Marruecos y el Asia Menor esas plazas especiales dedicadas a la venta de carne humana.

Y en la que tenía a la vista reconocía la disposición uniforme de esos raros y lúgubres parajes.

Semejante disposición consistía en una serie de pilares que generalmente sostienen la bóveda de una galería cuadrangular, a la sombra de la cual se acurruca y hormiguea la humana mercancía. Pero cuando no hay galería, también existen los pilares, cuadrados y rechonchos, contruidos de sólida mampostería. Y alrededor de ellos eran agrupados antaño los racimos de esclavos a fuerza de latigazos. Hoy, que la venta se hace con loable discreción y generalmente fuera del mercado, incluso en las partes más atrasadas del mundo musulmán, esos pilares no son, por lo común, considerados y visitados más que como objetos históricos.

Sin embargo, en la *Karakulé* subsistía aún el mercado de esclavos, ya que Rouletabille, desde su observatorio, no tardó en ver aparecer, por la derecha y por la izquierda, un doble rebaño humano que salía de los arcos románicos, oscuros y bajos, practicados en los muros, y cuyas rejas acababan de ser abiertas por criados.

Al mismo tiempo llegaban, con algunos oficiales, el señor Gaulow en persona y el eunuco Kasbeck. Gaulow iba todo de negro, como la víspera. A un lado, le colgaba un espadón, en cuyo pomo se apoyaba de vez en cuando como representan a los verdugos en las viejas estampas. Kasbeck iba completamente de blanco, como ya hemos visto. Sólo había tenido tiempo para bajar de la mula. Parecía muy irritado y como no queriendo hacer caso a nada de lo que le decía el dueño del Castillo Negro.

Para que discutiesen así en público, y para que un eunuco de la educación de Kasbeck transparentase tan ostensiblemente su mal humor, era preciso que la causa de su discusión fuera muy importante.

Rouletabille hubiera querido tener unos oídos especiales para oírles. Y su buena suerte le favoreció. Kasbeck y Gaulow, sin duda para que no se enterasen quienes les rodeaban, disputaban en francés. Y algunos fragmentos de su animada conversación llegaron hasta las almenas, tras las cuales se ocultaba el repórter. Por los gestos y por las palabras que pudo discernir cuando los dos interlocutores, en su febril ir y venir, pasaban al alcance de su oído, creyó comprender que el eunuco se negaba a entrar en pormenores de un negocio que no le convenía.

En vano quería Gaulow atraer la atención de Kasbeck hacia las galerías en que los servidores acababan de hacer alinear un lote de bellas esclavas que se presentaban con la cara descubierta, enseñando sus blanquísimos dientes al sonreír, y con la mirada brillante. Iban en su mayoría bien vestidas, con damascos y muselinas de Brusse dispuestos coquetamente.

Claro está que no todas servían para odaliscas, porque para ello son precisos muchos requisitos y cualidades que no se adquieren sin una gran voluntad y un prolongado trabajo. Pero la mayoría eran aptas para figurar como esclavas en casas importantes y llegar a ser *kjajakadinas* (primera dama de compañía) y hasta, las que sabían contar, *haznadarustas* (tesorera). Ese era su sueño, el que les habían hecho entrever a ellas y a sus padres antes de comprarlas en Circasia, en el Kurdistán o en las llanuras de Anatolia, porque las escasísimas robadas procedían casi todas de la Alta Armenia.

La voluntaria adaptación a la esclavitud y el porvenir prometido, ponía casi alegres todos aquellos rostros. Rouletabille, que había visto tristes hordas apiñadas en los mercados del Atlas, en Mauritania, no recibía aquí

la impresión de angustia, de rebeldía y de lástima que antaño recibiera ante el espectáculo de la subasta humana.

Mientras tanto, Kasbeck, cada vez más tozudo, continuaba no queriendo hacerse cargo de nada.

—¡Tengo todo lo que necesitáis!—decía Gaulow con una paciencia sorprendente e intentando reducir a su huésped por la suavidad—. Además, me he compuesto las cosas de manera que no haya ningún retraso en la entrega...

—Bueno, bueno. ¡Dejadme en paz!—gruñía Kasbeck enjugando su cara coloradota, que chorreaba sudor.

—Dos muchachas de Monkara...

—Ni de Monkara ni de ninguna parte.

—Aún no tienen nueve años, y ya danzan como almeas...

—¿Qué me importan las almeas?

—Tengo una muchacha de Samaria...

—¡No quiero! ¡Guardaos vuestra mercancía, Kara-Selim! Guardáosla toda...

—Hacéis mal... Pensaba concederos una gran rebaja...

—En cambio yo, por la que bien sabéis, os hubiera dado más de cinco mil libras turcas (más de cien mil francos), además del precio convenido.

Rouletabille no había necesitado oír esta última frase para comprender que toda la cólera del eunuco provenía de que Gaulow le negaba la única esclava que él quería por encima de todo. El dueño del Castillo Negro, seguramente había enterado a Kasbeck de que aquella a la cual venía a buscar para substituir a la joven Irene, echada en un saco de cuero al fondo del Bósforo, no estaba en venta; de que Ivana, con la cual el eunuco habría creído poder contar para el harén del ex sultán, iba a ser

la esposa de Gaulow, su primera *kadina* favorita, y de que tan inesperada boda se celebraría aquel mismo día. Por eso era tan extremado el furor del eunuco.

—¡No lo comprendo!—acabó por decir a Gaulow—. ¡No comprendo que se hagan semejantes tonterías por las mujeres!

Gaulow, sin poder disimular una sonrisa, repuso:

—Ya suponía yo, querido Kasbeck, que no os alegrarais y que, además, me diriais cosas desagradables... Pero, ¡qué diablo!, ya acabaréis por haceros cargo... Oid... Os he reservado dos que son un encanto...

Hablando así, hizo una señal para que se destacaran, poniéndose en primera fila, delante de un pilar, dos mujeres completamente envueltas en sus *feradje*, y cuyo rostro hacía invisible el *yasmak*.

—Son princesas... ¿Oís?... Verdaderas princesitas, hijas de un *agha* en desgracia, cuya caravana hemos sorprendido en los alrededores del Sur... ¿Qué os parecen?

Kara-Selim con un gesto hizo que oficiales y servidores se alejaran al fondo del patio. No quedó cerca de ellos más que uno de los eunucos de servicio, el cual levantó el *yasmak* de las princesitas. Rouletabille distinguió dos adorables rostros de tez pálida con grandes y tristes ojos negros. Y se dejaban mirar como cosas muertas, sin un movimiento de esquivéz o de indignación.

—¿Y los dientes?... ¿Queréis ver los dientes?

Gaulow les hizo abrir la boca.

—¡No tienen más de catorce años!

Pero Kasbeck se encogió de hombros y, para demostrar que estaba harto de aquella comedia, escupió al suelo.

Gaulow palideció.

La injuria era acerba. Otro que no fuera Kasbeck, la

hubiese pagado al momento. Pero Kara-Selim tenía, a no dudar, poderosas razones para contenerse, porque se volvió a otro lado como si nada hubiese visto.

—Entonces ¿no me compráis nada, Kasbeck?

No esperó la respuesta para ordenar la marcha de las esclavas, que, con docilidad, emprendieron el obscuro camino de las rejas.

Aún no habían mirado a los hombres que estaban apoltonados en el ángulo opuesto del patio, apenas visibles bajo la galería. No eran numerosos, pero los ejemplares que Rouletabille pudo distinguir eran soberbios: negros de Etiopía, algunos abisinios, bellos mulatos.

—Querido Kasbeck!—insinuó de nuevo Kara-Selim—. Tengo un eunuco nubio, asombroso, rarísimo, que vendría muy bien para la puerta de un harén de Galata. Es corpulento, tiene enormes bigotazos, haría honor a su amo con ropa escarlata y dorada y pistolas al cinto... ¡Palabra!

—¡Nada, nada!

Los esclavos desaparecieron en silencio, como habían desaparecido las esclavas. Los oficiales de Kara-Selim y los criados también abandonaron el patio. En el gran cuadrilátero siniestro no quedó más que Gaulow, al cual se le acababa la paciencia, como se veía por el fruncimiento del ceño y por el brillo cruel de su mirar cuando Kasbeck le volvía la espalda.

—¡No soy yo quien no se pone en razón!—dijo Kasbeck, agarrando a Gaulow del brazo y llevándose al fondo del patio—. Sois vos...

Y añadió:

—¿Podemos hablar tranquilamente aquí?

—Sí—contestó Kara-Selim—; más tranquilos que en mi *selamlik*, donde siempre hay, tras las puertas, oídos

en acecho. Pero hablad pronto, pues, como os he dicho, voy a casarme y sólo se me espera a mí para que comience la fiesta.

—¿Te casas con Ivana, Kara-Selim?... ¡Haces mal! El está loco por Ivana... Siempre anda con la fotografía de ella que me mandaste, la que robaste hace cinco años... ¡Es portentoso el parecido que ese retrato de Ivana tiene con Irenel! Parecen hermanas mellizas. ¡Ya sabes cuánto quería a Irenel!

—¿Por qué la ha muerto?

—Le engañaba con Mahmed bey... ¡Doble crimen, por ser adulterio y por cometerse con un joven turco que conspiraba contra Abdul Hamid! El saco de cuero estaba indicadísimo... Pero ¡cuánto lo ha sentido después! ¡Cuánto ha llorado a su Irenel! Ninguna otra ha conseguido hacérsela olvidar... ¡Claro! La cogieron para él siendo pequeña; la educaron para él... De esto se ocupó cuidadosamente la sultana Valideh, que por cierto hizo una obra maestra...

—Pues te puedes consolar, Kasbeck. Abdul Hamid no hubiera encontrado en Ivana nada de Irene. Ivana es una parisiense! Y las parisienses le hacen poca gracia.

—¡Pero es hermana de Irene!... ¡Y se le parece físicamente! Eso le hace pasar por encima de todo... ¡La espera!...

—Pues dile que el golpe ha fracasado.

—No querrá ni verme... Si he conservado influencia sobre él, ha sido únicamente asegurándole que algún día podría presentarle otra Irene.

—Habláis como un niño, estimado Kasbeck—replicó el otro, volviendo al tono ceremonioso—. No sois vos quien necesita de Abdul Hamid. Es Abdul Hamid, que tan triste situación atraviesa, quien necesita de vos, de mí,

de todos cuantos no han perdido la esperanza de volverle a colocar en el trono.

—A propósito de eso—dijo Kasbeck—, he visto a Tysal y Sabah bajá, a Djavid y Kiassim...

—¿Y qué? ¿Y qué?—interrogó Gaulow con gran precipitación, que podía explicarse tanto por el interés que tenía en la entrevista de Kasbeck con aquellos individuos, como por el deseo de mudar la conversación.

—La cosa marcha excelentemente, ¡vive Alah! La conspiración aumenta. Todos, cansados ya del Comité Unión y Progreso, se declaran dispuestos a trabajar para ellos, es decir, para Abdul Hamid, si éste se presta un poco...

—Hace un año que me decís lo mismo, Kasbeck.

—No esperan más que una ocasión y lo que vos sabéis perfectamente: dinero, mucho dinero... ¡No tienen!... Han gastado ya su fortuna por la causa... Y para tener la seguridad del triunfo se necesitan millones, porque no se trata únicamente de asesinar al Gobierno, cosa que sería muy sencilla, sino de que «el suceso» coincida con un levantamiento de toda el Asia Menor. Semejante levantamiento, apreciado Kara Selim, no puede producirse más que con la complicidad de las autoridades... Y las autoridades son caras.

Kasbeck se interrumpió para mirar disimuladamente a Kara Selim y lanzar un suspiro. Luego dijo:

—¡Ay, si tuviésemos los millones de la *cámara del tesoro!*

—¡Hablemos, si os place, de la *cámara del tesoro!*—respondió Kara Selim apoyándose negligentemente en el pomo de su mandoble—. ¡No ha existido nunca!...

—¿Hace mucho tiempo, Kara Selim, que estáis convencido de ello?—preguntó Kasbeck mirando fijamente a Gaulow, que ni tan sólo pestañeó.

—Desde mi último viaje a Constantinopla. Las indicaciones que me disteis no significaban nada, absolutamente nada. Vi a Cancudé Hamun, la cual ni tan siquiera sabía lo que yo quería decir al citar el pasillo de Durdané, pues nunca oyó hablar de tal pasillo mientras estuvo en el harén. Nadie pronunció ese nombre ante ella. Es más, no comprende que ese pasillo pudiera llevar a una escalera que bajase a la cámara del tesoro.

—Cancudé Hamun es prudente—observó Kasbeck—. Siempre ha pasado por tener grandes dotes de diplomacia. Supongamos, pues, que no quiso comprometerse.

—¡Me juró que hablaba sinceramente! ¿Y sabéis lo que añadió?... Que de haber existido semejante pasillo, el gran eunuco estaría enterado de algo.

—El amo siempre tiene algún secreto hasta para el gran eunuco—repuso moviendo negativamente la cabeza—. Pero si Cancudé Hamun ignora lo referente al pasillo, al menos habrá oído hablar de la cámara del tesoro, ¿no?

—¡Naturalmente! Como todos los del harén...—concedió Gaulow—; pero se inclina a creer que es una leyenda.

—¿Habláis en serio?

—Muy en serio. No se ha recatado para decirme que no creía en una fábula inventada en las fastidiosas horas del harén. Todas las cabecitas de aquellas mujeres daban vueltas y más vueltas al tema del cuarto misterioso en que Abdul-Hamid encerraba, amontonaba desde años antes sumas incalculables en alhajas de todo género... ¡Un cuento de *Las mil y una noches*, estimado Kasbeck!

—¡No hay que olvidar, apreciado Kara Selim, que estamos precisamente en el país de esos cuentos! Y Abdul-Hamid habrá sido el último sultán que los habrá hecho

posibles, o al menos habrá realizado algunos... Esa cámara del tesoro decía muy bien con su carácter... ¿Por qué no había de tener una cámara para ocultar su tesoro cuando poseía tantas para esconder su persona? Recordad la estupefacción de los advenedizos al descubrir, en los primeros días de la revolución triunfante, esa complicación arquitectónica que hacía de Yildiz-Kiosk una verdadera caja de sorpresas, con las habitaciones de que se podía salir sin ser visto de ningún criado, y en las que se podía entrar cuando creían a uno en otra parte... Recordad los extraordinarios maniqués encontrados en una bodega del Djihan-Numa-Kiosk, en el fondo del jardín interior, que se parecían muchísimo a Abdul-Hamid, y que Abdul-Hamid dejaba por la noche tras la ventana de tal o cual habitación, donde creían que trabajaba, cuando en realidad estaba descansando en otra parte... ¿Y luego de eso os parece una puerilidad la existencia de la cámara del tesoro? ¡Ya sabéis cuán avaro era Abdul-Hamid! Lo extraordinario en él sería no poseer una cámara de esa naturaleza. Fijaos...

—¡Si la han buscado por todas partes!—replicó el otro—. Los hombres del nuevo régimen y los dos Gobiernos sucesivos han revuelto todo Yildiz-Kiosk para echar mano a los tesoros de Abdul-Hamid, y no han encontrado nada! Abdul-Hamid no estaba tonto. Y como además conocía el valor del dinero, por ser avaro, no hubiera dejado dormir su capital en el fondo de un subterráneo. Lo prueba el hecho de que tuviera cuentas corrientes y depósitos en todas partes: en las bancas de París, de Berlín, de Londres... Finalmente, si existiera esa cámara con tan fabulosa riqueza, Abdul-Hamid, cuya sola esperanza de subir al trono radica en esas riquezas, ya os hubiera dado el medio seguro de encontrarlas.

—¡Ya sabéis que no tiene confianza en nadie! Teme que le roben. ¡Y es natural!... Por otra parte, a veces se le ve dispuesto a obrar. Pero tan pronto parece dispuesto a hacer declaraciones, como a morderse la lengua. La última vez se le escapó hablar del pasillo de Durdané y asegurarme formalmente que la cámara del tesoro se encuentra debajo de él.

—Bien. Pero el pasillo no existe ni ha existido nunca.

—¿Qué sabéis vos?

—¿Y vos? ¿Os ha dicho que Cancudé Hamun lo conocía? ¡Pues os ha engañado, os ha tomado el pelo!... Durante toda su vida no ha hecho más que mentir.

—A pesar de ello, Kara Selim, siempre habéis sido partidario suyo.

—¡Sí, siempre!... El ha sido quien ha creado mi fortuna, quien me ha hecho bajá, quien me ha hecho valí, quien me ha hecho dueño del Estrandja-Dagh... En cambio, con el nuevo Gobierno no puedo hacerme ilusiones. El Comité Unión y Progreso, y por otra parte la gente de Mahomed Chevkat bajá, me dejan tranquilo porque bastante tienen que hacer con pelearse entre ellos; pero nunca podré entenderme con los Jóvenes Turcos ni con el partido militar. ¡Podéis tener la seguridad de que estoy con vosotros, Kasbeck! Y llegará día en que Abdul-Hamid, con ayuda o sin ayuda de las riquezas de su cámara del tesoro, volverá a su trono... Aun lucirán espléndidas jornadas para Mazemin-Kiosk, el Adjem-Kiosk y el museo de los animales. ¡Alah es grandel

—Si la guerra estalla y los turcos, como es de suponer, son vencidos—dijo gravemente Kasbeck—, no se hará esperar nada la victoria de Abdul-Hamid.

—¡Ay, amigo mío!—exclamó Gaulow levantándose del banco de piedra en que estaba sentado—. ¡Soy más pa-

triola que vos! La victoria de Abdul-Hamid a tal precio no me seduce... ¡No, no!... Odio mucho a ese pueblo...

Y Gantlow señalaba con el dedo la cumbre de los montes que le separaban de Bulgaria. Y su rostro, tan bello cuando estaba en calma o animado por sentimientos de amor, se puso instantáneamente repugnante a fuerza de ser feroz. Miraba hacia el Norte con terrible rencor, frunciendo el ceño, sacando los labios, desencajando la mandíbula.

—¡Que vengan, que vengan mis hermanos los búlgaros!—murmuró con un rictus siniestro.

—¿Creéis que van a venir? ¿Creéis que están preparados?—preguntó Kasbeck.

—Van a venir. Pero no están preparados...—contestó con sarcasmo.

Y añadió, mirando de extraña manera al eunuco:

—Podéis creerme, Kasbeck... *Vengo de allá... Estoy muy enterado...* Pero oigo ya el jubiloso canto de las trompetas... Comienza el banquete... Y hoy me debo a los amigos, entre los cuales, Kasbeck, os cuento... ¡Sí, sí! Creo que sois mi mejor amigo... ¿Vamos al *selamlık*? Nos esperan...

—Permitidme unas palabras, Kara Selim—dijo el eunuco—. Quisiera que me contestarais con franqueza respecto a una cosa que me preocupa... ¿Es de veras, completamente de veras, que no creéis en la *cámara del tesoro*?

—¡No creo, no!

—¿No creéis que rebuscando entre el *haremlık*, la biblioteca y el Bósforo...?

—¿Hasta el Bósforo? Es mucho decir eso...

—Ya sabéis que se supone que la *cámara del tesoro* comunica con el Bósforo, por lo cual le era fácil a Abdul-

Hamid sumergir sus riquezas en un momento dado. ¡Eso lo contaban en mis tiempos de Yildiz-Kiosk!... Y estoy convencido de que si se investigara por las ruinas de Cheragán...

—¡Qué locura, Kasbeck! ¿Sabéis lo que decís?

—¡Oídme, Kara Selim!—dijo Kasbeck poniéndole una mano en el hombro—. Sé que alguna vez habéis rebuscado por las ruinas de Cheragán...

—¿Yo?

—Vos.

—¿Cuándo?

—La última vez que fuisteis a Constantinopla.

—Fuí a las Escalas, querido Kasbeck, para tomar mi *caik*, que me esperaba con objeto de llevarme a las Aguas Dulces de Asia... ¡Nada más!... Vamos al *selamlık*... ¡Vamos!...

Y consiguió llevárselo, aunque el obstinado eunuco se esforzaba en querer sacarle otros detalles acerca del último viaje a Constantinopla.

Cuando se marcharon, Rouletabile, que estaba más de veinte minutos sin moverse, comenzó por desentumarse las piernas, y luego suspiró. ¡Se le habían dormido los pies y tenía llamas en el cerebro!... Pero no lamentaba su anquilosamiento, no... Lo que había oído tras la almeha bien valía aquella molestia... ¿Abdul-Hamid enamorado de Ivana?... ¿La conspiración?... ¿El asesinato del gobierno?... ¿La cámara del tesoro?... ¿Yildiz-Kiosk?... ¡Oh!... ¡En la libreta había ahora más páginas comprendidas por él!...

El gran número de notas misteriosas, que no podían ser más que memorialines para quien las hubiese trazado y letra muerta para cualquier indiscreto que husmease aquellas valiosísimas páginas, adquirirían ahora un senti-

do determinado gracias a la conversación de los dos compinches.

Aquellos nombres propios... aquellas direcciones... aquellas iniciales... eran la lista de conspiradores)... Y aquellas cifras... aquellos planos... aquellos cuadrados, rimbos y paralelepipedos, que se sucedían en las diversas páginas con una interrogación o con una admiración... ¿se referían a las investigaciones de Gaulow en torno de la *cámara del tesoro*... ¿Y aseguraba que no creía en ella? ¡Vaya desfachatez!...

La libreta, pues, era inapreciable.

Y Rouletabille se congratulaba de haber guardado el secreto de su hallazgo en el parque del general Vilichkov... Varias veces había estado a punto de comunicarlo al general Stanislawof y hasta a Atanasio, de entregarlo a ellos, figurándose que descubrirían al punto cosas que su ignorancia de Oriente y de las lenguas orientales no le permitía comprender inmediatamente...

Pero siempre se había aguardado a última hora. Tenía el presentimiento de que aquella libreta, caída de semejante bolsillo (el de Gaulow), podría ser algún día muy útil a quien la descifrase. Y para él sería, principalmente, un arma, si todo el mundo continuaba ignorando que la poseía...

Ya podía considerarse recompensado, porque no era posible que los secretos de la libreta no le ayudasen en la formidable aventura emprendida con Ivana, con aquella mujer que se disputaban Abdul-Hamid, que esperaba ser su amo; Gaulow, que se consideraba ya su esposo; Atanasio, que pretendía ser su prometido, y él, Rouletabille, que tenía la seguridad de ser el único amado, y que, por lo tanto, no estaba lejos, sobre todo desde cinco minutos antes, de creerse el más fuerte.

Luego de un postrer vistazo a aquella parte del Castillo Negro y a las murallas de la parte del *haremlik*, se decidió por fin a bajar a la corraliza, donde había dejado a La Candeur y Vladimir. Y no encontró a los reporters en aquel patio. Sin embargo, no se entretuvo buscándolos.

Tomó a toda prisa el camino del torreón, pasando entre la multitud de guardias que alborotaban en el deslunado. Pero comprobó que en el hotel de los Extranjeros reinaba una gran calma, y nadie pensaba turbar la paz de los viajeros.

En la sala de guardia, Modesto roncaba y Tondor cosía galones plateados a su traje, como los había visto en el del mayordomo de la *Karakulé*. Llegado Rouletabille a las habitaciones del primer piso, cayó sobre Vladimir y La Candeur, que, al verle, se pusieron una vez más a estudiar el teatro de las operaciones y a mirar la hora que marcaba el reloj.

Muchas cosas solicitaban la actividad del repórter para que se dignase asombrar otra vez de una actitud que ya le había intrigado. Y dió orden a los dos jóvenes para que fuesen a buscar en seguida a Priski. Al mismo tiempo ordenó a Modesto—a quien había despertado al paso de un fuerte puntapié en la parte más carnosa de su persona, pues Modesto dormía de bruce—que preparase un excelente almuerzo para el mayordomo del bajá negro.

Priski fué subido, desatado, reanimado con friegas, calentado, agasajado y hasta mimado. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué otra cosa tiene que preguntarme?—dijo con cierta desconfianza porque la práctica le había escarmentado.

Rouletabille, luego de hacerle sentar a la mesa, que Modesto había provisto con las conservas más apetitosas, le dijo:

—Le suplico, Priski, que me conceda el honor de aceptar esta comida. Y mientras se alimenta, como quiera que el tiempo es oro, tendrá la bondad de fijarse en los rayas que con este carbón voy a trazar sobre esta blanca pared.

Y Rouletabille dibujó en el muro el plano de la *Karakulé*, con sus patios, edificios, murallas y diversos recintos.

—Es eso, poco más o menos, ¿verdad?—preguntó a Priski cuando acabó el trazado.

—Es eso exactamente—masculló Priski con la boca llena.

—¿No distingue ningún pequeño error?

—¡No, no!

—El *haremlik* y el *selamlík* ¿están bien colocados uno respecto al otro?

—¡Ya lo creol

—Bueno. Pues ahora, Priski, me señalará con el carbón el lugar exacto que ocupaba en el harén el aposento de la ex primera kadina, arreglado estos días completamente para que pueda ser estrenado esta noche por Ivana Hanum.

Priski se levantó, cogió el carbón de mano de Rouletabille e hizo una cruz en un punto extremo del plano. Luego volvió a sentarse, no sin haber devuelto al repórter su «lápiz».

—¡Gracias!—dijo Rouletabille—. Le creo con bastante inteligencia, Priski, para que yo haya de poner en duda ni un momento su buena fe.

Priski levantó los ojos al cielo para ponerle por testi-

go de sus excelentes intenciones para un extranjero que le proporcionaba tan sabroso almuerzo en circunstancias tan desagradables.

Cinco minutos más tarde Priski era devuelto al fondo de su agujero, y Modesto nuevamente encargado de su custodia.

rosa y de jazmín, corrían a cargo de otras que trabajaban de rodillas. Finalmente, trajeron el rojo y el talco, para dar a la piel apariencia de bruñido marfil.

Una vez acabada la fina tarea, rodearon de anillos los tobillos, las piernas y los brazos de la bella prometida. Le ciñeron al cuello un collar de cuatro sartas de perlas y suspendieron de sus orejas arracadas del más puro oriente. Los dedos de los pies y de las manos desaparecieron bajo las sortijas adornadas con diamantes, rubíes, esmeraldas y turquesas.

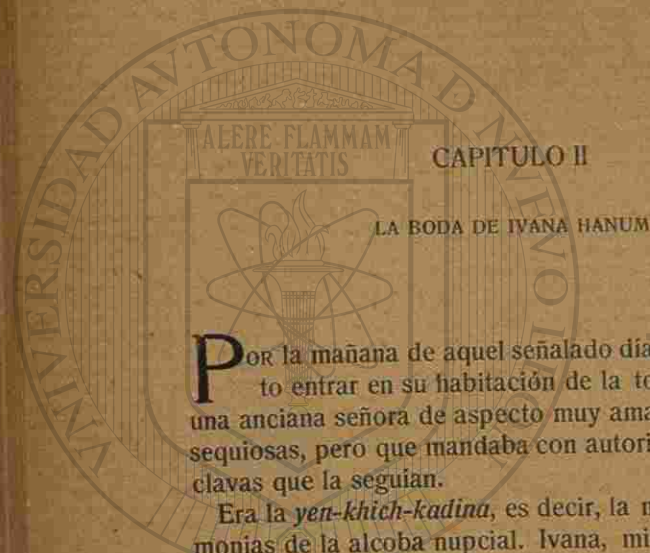
Le trenzaron su larga y exuberante cabellera, que cubrieron de unguento.

Le hicieron vestir unos calzones de satén rosado, de anchos pliegues y que sólo llegaban hasta la rodilla. Le hicieron poner una túnica azul, igualmente de satén, ajustada al talle, muy descotada, con aplicaciones de plata y perlas. Finísimo chal de Cachemira le ciñó los costados. Las mangas de la túnica estaban cortadas, de manera que dejaban ver la blancura de los brazos, aprisionados en las ajorcas.

Una vez arreglada así, Ivana tuvo que dejarse conducir por la maestra de ceremonias hasta el harén, que comunicaba con la torre del Oeste por una baja puerta.

Un grupo de esclavas que la esperaba en el umbral, se hincó de rodillas para saludarla. Y a continuación, Ivana fué introducida en una gran estancia llamada *el diván*, provista de un mueble circular conocido con el mismo nombre, el cual, asimismo, se aplica a todas las reuniones que allí se celebran.

Al ver a la hermosa joven, unas veinte mujeres negligentemente puestas en cuclillas, bien sobre el diván, bien sobre esterillas de junco, bien sobre magníficos tapices de Persia, se levantaron precipitadamente abando-



CAPITULO II

LA BODA DE IVANA HANUM

Por la mañana de aquel señalado día Ivana había visto entrar en su habitación de la torre del Oeste a una anciana señora de aspecto muy amable y trazas obsequiosas, pero que mandaba con autoridad a varias esclavas que la seguían.

Era la *yen-khich-kadina*, es decir, la maestra de ceremonias de la alcoba nupcial. Ivana, mientras no perteneciese al esposo, pertenecería a aquella mujer.

Comprendiendo aquello al momento, dejó hacer. La embadurnaron de cosméticos y la cubrieron de esencias. Le tiñeron de alheña las uñas y las plantas de los pies.

Las fámulas encargadas del arreglo correteaban en torno de Ivana y de la kadina, que daba órdenes. Una aportaba la riba, preparado a base de antimonio, por medio del cual se da a las cejas y a las pestañas ese matiz de un tinte negro azulado que empieza a ser apreciado hasta en Occidente, y que hace los ojos tan expresivos y tan lánguidos. Otra iba cargada con el sari, pomada compuesta de lilhargo y de rejalgar, destinada a suprimir el más ligero vello. Las cremas de sándalo, de

nando sus narghiles con larga boquilla de ámbar, y se dirigieron con ardiente curiosidad y exclamaciones de alegría a la recién llegada.

—¡Una *françonni!*—exclamaron.

Para aquellas mujeres, toda mujer no musulmana es francesa... Al menos así acostumbran a llamarla, aunque la mayoría de ellas han recibido una instrucción y una educación que no les permite ignorar la geografía.

—¡*Machalla!* ¡Qué encantadora!—reconocieron todas

Sin embargo, sabían que era una rival o una nueva ama, ante cuya voluntad todo el mundo, desde entonces, cedería en el harén. Pero se guardaban muy mucho de mostrarse despechadas. Además, le estaban reconocidas por haberlas librado de la primera *kadina*, a la que detestaban.

Le cogían las manos, la besaban, admiraban sus ojos, acariciaban su sedosa cabellera.

Entre aquellas mujeres las había espléndidamente vestidas. La seda, los bordados en oro, la fina muselina de ananas, las perlas finas, los diamantes, incrustados en abundancia, veíanse profusamente en su indumento, aunque no siempre con el mejor gusto. La verdad es que las *kadinas* del *Istrandja-Daglı* no podían rivalizar con las del Bósforo, que saben vestirse con tanto arte como delicadeza, bien a la manera antigua, bien a la moda parisense.

Aquello podía considerarse como el Oriente más lejano, el de los viejos tiempos. Desde el delicioso *tarbouche*, especie de gorro griego puesto coquetamente sobre trenzas de cabello mezcladas con piecicillas de oro, que dejaban oír, al menor movimiento de la cabeza, un ruidillo metálico, hasta las caprichosas babuchas, pasando por los collares de coral que se entrelazaban sobre el busto, todo era castizamente turco.

Las que iban más brillantemente adornadas eran las *cettis*, las cuales tenían jerarquía de damas. Las otras eran odaliscas encargadas de funciones más o menos subalternas.

Había, como entre los hombres de la casa militar de un bey, la *cetti portachibuck*, la *cetti portacafé* y, en categoría más elevada, la *effendicetti*, o sea la sabia, la que se ocupa de las escrituras. Cada una de esas funciones llevaba consigo honores, consideraciones y cierta autoridad.

Todas aquellas mujeres rodeaban, pues, a Ivana, examinando sus ropas y sus alhajas, prodigándole cumplimientos y acribillándola a preguntas.

Ivana sonreía vagamente y no contestaba; pero ellas parecían no darse cuenta.

Por fin, la *yen-khich-kadina* se levantó y llevó a Ivana y a sus esclavas a un tocador donde estaban preparadas la ropa y las alhajas de la novia.

Ivana no demostró ningún asombro ni enojo alguno al verse de nuevo en manos de las mujeres. Por si acaso hubiese creído que habían terminado las molestias del arreglo, la maestra de ceremonias le dió a entender que el vestido puesto para entrar en el harén no podía aprovechar para el acto solemne. La muchacha, a pesar de que con tanto movimiento a su alrededor había para indignarse, no protestó; sin duda estaba decidida a dejar, con calma y cierto fatalismo, que transcurrieran los acontecimientos de aquel día.

La desnudaron, por consiguiente, y le pusieron un largo vestido bordado en oro y adornado de una gran cenefa alrededor de la falda. La maestra de ceremonias aseguró que aquel vestido, delicada atención de *Karasielim*, había salido de una de las mejores casas parisien-

ses de Constantinopla. Tenía dos largas colas, que fueron llevadas por dos esclavas circasianas de notabilísimas gracia y belleza.

El gorro de zequíes fué substituído por una pesada diadema de diamantes. Y a las joyas ostentadas ya por Ivana fueron añadidas las que habían sido cuidadosamente encerradas en el cuarto del ajuar.

Así dispuesta Ivana, cuyo rostro había sido envuelto, no por el *yasmak* ordinario, sino por un velo rosado que ocultaba completamente sus rasgos, fué conducida nuevamente a la sala del diván, donde ahora la esperaba Kara-Selim.

Este llevaba el traje negro que ya hemos descrito y que le daba una prestancia de caballero medieval, muy elegante, pero fúnebre.

Lo único excepcional que se había puesto en tan señalado día era un collar de gran valor que colgaba sobre su pecho. Dejó que se le acercara Ivana y sonreíale amablemente con su bella boca, siempre, y a pesar de todo, algo feroz.

Su mirada ante aquel cuerpo tan bonito y tan suntuosamente vestido, que pronto le pertenecería, era la de un hombre prendado. No había ninguna duda, a juzgar por la manera de dar admirativamente la vuelta a Ivana.

La *yen-khich-kadina* hizo que la joven se arrodillara delante de Kara-Selim, cosa que, según la costumbre, tenía que hacer la novia ante su padre; pero como el padre de Ivana había sido asesinado por Kara-Selim, era éste el encargado de substituirle. Con ello, el acto adquiría la significación de que Kara-Selim no recibía su nueva esposa de nadie y solamente la debía a sí mismo.

El bajá negro, con maneras impregnadas de una grandiente y audaz, la levantó, osó darle su bendición

al modo otomano y se puso en torno al talle un cinturón de diamante, símbolo de la dignidad de mujer casada a la cual iba a ser ascendida.

Es costumbre turca que la mujer no lleve ese cinturón antes del día de su matrimonio. Y el acto de abrocharlo es una especie de investidura que se confiere a la muchacha que pasa a ser mujer. La costumbre en cuestión perdura aún en ciertas partes del Imperio para los jóvenes que parten a la guerra, pues en preféritos tiempos hacíase la investidura del sable con un gasto en nada inferior a la celebración del matrimonio.

Al mismo tiempo cayó una lluvia de monedas de oro y de plata sobre las cabezas de las espectadoras, que se atropellaron mutuamente por coger algunas. Aquella precipitación no obedecía a la codicia, sino al fetichismo. Ese dinero goza de gran consideración entre las personas supersticiosas de Turquía, donde todas lo son más o menos. Se cree que esas monedas atraen la felicidad. Y se les guardan todo el tiempo que pueden para que no escape la buena suerte.

Una vez terminada la ceremonia de la lluvia de oro, Kara-Selim dió el brazo a Ivana, que, temblando ligeramente, apoyó en él la punta de los dedos. Y Kara-Selim ordenó a la *yen-khich-kadina* para que les precediera hacia la alcoba nupcial.

Ivana, al comprender adónde la conducía ya Gaulow, sintióse tan débil que tuvo que apoyarse más en el brazo que la dirigía. El esposo, creyendo en una tierna presión de la que iba a ser su mujer, se la devolvió con cariño. Ivana no podía más.

A no ser por el velo rosado que le ocultaba el rostro, Kara-Selim y los concurrentes se habrían pasmado de su palidez.

¿Tendría fuerzas para seguir hasta el fin el terrible y heroico programa que se había trazado? Al principio había aceptado el sacrificio con ese especial, divino contento que debieron conocer los mártires; ni un momento pensó en la posibilidad de vacilar entre su honor, su vida, su amor y la salvación de la patria. Ya que no podía conocer el secreto del cofrecillo bizantino más que entregándose a aquel hombre, verdugo de su familia, le había dicho:

—¡Seré tuya!...

Pero he aquí que al llegar la hora de entregarse le parecía que no iba a tener fuerzas más que para morir...

Desde las primeras horas del día no había sido más que una muñeca en manos de las mujeres. Le daban vueltas y más vueltas, la admiraban... Pero ¡estaba tan lejos de ellas!... Su pensamiento se perdía en un vago sueño que ella no sabía precisar, pero en el cual, sin embargo, esquivaba con obstinación la imagen precisa de un Gaulow que la tomaba en brazos... Y ahora notaba que, según transcurrían los minutos, el frío valor de que había hecho gala hasta aquella mañana, la decidida energía que le había sostenido en el más ardiente peligro, se fundían, dejándola desarmada...

Primero esperó tontamente—¡cuán débil estaba y cuán pueril se había vuelto!—que aquellas horas de arreglo, cambios de ropa y saludos más o menos mecánicos, se prolongarían indefinidamente y que la noche, la terrible noche, tardaría más en venir que las otras noches... ¡Pero he aquí que, de pronto, el entusiasmado Kara-Selim se la llevaba a la alcoba sin esperar la hora nupcial!...

¡Oh! Para Ivana no admitía dudas la significación del apasionado y precipitado gesto de aquel bárbaro sanguinario, que se consideraría muy magnánimo por

haber esperado tanto. ¡La conducía a la alcoba fatal! —¡Rouletabille!— musitó.

Si: en aquel minuto desesperado expiró bajo el rosado velo esa palabra dicha con especial familiaridad... En el espíritu desequilibrado por la acumulación de los acontecimientos, surgió la imagen del joven repórter que acudiera hasta ella a través de todos los peligros. Y quizá entonces lamentó no haberle seguido cuando la visitó bajando del alero como una golondrina.

—¡Rouletabille!...

¿No aparecería para arrancarla a aquel hombre que le sonreía de tan infame manera?

La joven dirigió a su alrededor una mirada de ansiedad; pero a través de las finas mallas de su velo no distinguió más que las caras despreocupadas o alegres de las compañeras que la habían seguido.

¿Sería que no iba a quedarse sola con aquel hombre?

La habitación en que acababa de entrar se llenaba, en efecto, con la algarabía de las invitadas, que no cesaban de aumentar el grupo de las mujeres del *haremlik* de Kara-Selim y con las risas de las muchachuelas llevadas por obesas matronas.

Y el ver tanta gente a su alrededor calmó su insopor- table angustia.

Además, no parecía que fuesen a dejarles solos pronto, porque algunas se tendían sobre las alfombras. Entonces examinó aquella habitación, que era, al mismo tiempo, la alcoba de sus nupcias. Había sido decorada de una manera digna de la hija de un gran visir. El diván era de rico terciopelo rojo bordado de oro; sobre él había cojines que a cada parte tenían colgantes de perlas. Las ventanas y las puertas tenían soberbias cortinas de seda, cuya cenefa también era de oro.

En una de las paredes se abría un gran balcón que exteriormente se hallaba provisto de barrotes y por dentro de celosía en madera.

El conjunto, llamado *djumba*, estaba dorado.

El tapiz era uno de esos magníficos y muelles gobelinos cuyos dibujos y colores sobrepasan a todo cuanto en dicho género haya podido hacer el Oriente.

Y, finalmente, en el fondo, estaba el *aski*.

¿Qué es el *aski*? Algo muy curioso, un mueble que pertenece a la novia y que solamente permanece allí durante la ceremonia del casamiento. No se trata ni más ni menos que del trono de la desposada, en el cual se coloca para recibir los homenajes de la multitud. Se da el nombre de *aski* no solamente al asiento mismo, sino, en particular, a una especie de tienda o dosel de tul rosa que se cuelga del techo y baja graciosamente hasta el suelo. El dosel estaba esmaltado con estrellas de oro y rematado por una guirnalda de flores que llegaba hasta abajo en forma de festón. Y en aquel apartado fantástico siéntase la novia para recibir los homenajes y felicitaciones de las damas.

Kara-Selim condujo personalmente a Ivana hasta bajo del dosel y la hizo sentar. No le quitó el velo, pero al cogerle una mano se asombró de encontrarla helada. Preguntóle si le tenía miedo. Ivana, por toda contestación, denegó con la cabeza.

—No olvide, Ivana —añadió Kara-Selim con cierto tono en que ella entrevió amenazas y, lo que le pareció más grave, escarnio—, no olvide que me ha prometido quererme...

—Y ¿usted no me ha prometido nada? —murmuró la joven.

Gaulow, con su peculiar sonrisa, dijo:

—¿Todavía piensa en el cofrecillo bizantino?

—Ya le he dicho, Kara-Selim, cuánto aprecio ese cofrecillo, lleno para mí de los más preciosos recuerdos, medallas y joyas que considero como amuletos, y que me han hecho considerar como tales desde mi más tierna infancia. ¿Cómo puede asombrarle que estime eso y que quiera tenerlo en mis manos un día como hoy?...

—Ya los tendrá, ya los tendrá, Ivana— prometió Kara-Selim con la voz más afable—. Pero comprenda que no voy a hacer que traigan aquí un mueble que en estos momentos estaría fuera de lugar. Fijese en la habitación. Notará qué, de acuerdo con las costumbres, no se ve ni silla, ni sofá, ni arca de ninguna clase, a excepción del *aski*. Así lo quiere la tradición (1). Pero esta noche podrá encontrar todo el mobiliario que necesite y el cofrecillo bizantino que tanto anhela.

Ivana le dió las gracias. Y Kara-Selim se alejó, porque se le acercaba un eunuco haciéndole señas de que había de comunicarle una noticia urgente. Lo que anunció fué la llegada de Kasbeck. Y en seguida dejó a su joven esposa, la cual, al ver que se alejaba, lanzó un profundo suspiro de alivio.

Mientras tanto, la curiosa muchedumbre de mujeres fué rodeándola, por lo cual tuvo que estar expuesta más de dos horas a sus miradas, a sus observaciones y hasta a sus pullas. Se ahogaba. Hubiera querido levantarse y respirar otro aire distinto de aquél, cargado de perfumes. Pero la terrible *kadina* estaba allí para que no hiciese ningún movimiento no permitido por el ceremonial.

Finalmente abrió la puerta del cuarto del ajuar. Y to-

(1) *Treinta años en los harenes de Oriente.*

das las *kadinas*, así como las invitadas de fuera, se lanzaron hacia allí.

Ya puede suponerse que sonaron abundantes gritos de admiración en aquel cuarto. Por lo visto el señor Kara-Selim se había portado bien. Sin embargo, muchas de aquellas damas salieron del *djeiss-odassi* prorrumpiendo en carcajadas y frases descorteses que pronunciaban en voz bastante alta para que las oyese la novia, que continuaba sentada, como un ídolo, bajo el dosel.

Reconocían que en aquel cuarto había grandes riquezas. Pero no les eran desconocidas. Todos aquellos suntuosos objetos habían servido ya para la última *kadina* favorita a la cual substituía Ivana.

Y a propósito de esta *kadina* se contaban al oído, pero en voz bastante alta para que las oyese la novia, que no la volverían a ver, porque se había puesto tan insostenible a consecuencia de su desgracia, que Kara-Selim, para librarse de ella, no había vacilado la noche anterior en mandar que la arrojaran a la terrible mazmorra del patio de los esclavos, al *almiss guidich*, que significa, de una manera literal, «el ir solamente», y que era lo llamado por Priski el «todo lo tomo y no devuelvo nada».

Aquella noticia, sacada a colación seguramente con el propósito de hacer reflexionar a la desposada en la fragilidad de las cosas humanas, no llegó, sin embargo, a hacer reflexionar a Ivana, que en aquel momento no temía la muerte, sino el amor.

Por fin la maestra de ceremonias dió la señal para ir al refectorio. Ivana pudo abandonar el *aski* y mezclarse a las demás, que no cesaron de aturdirle con sus cumplimientos y chismorrerías, al mismo tiempo que se alborraban de salsas y golosinas.

Con ello se había vaciado la alcoba nupcial. Pero al

punto fué invadida por las esclavas cargadas de muebles y dirigidas por la maestra de ceremonias, que hacía substituir el *aski* por un gran lecho de marquetería, disponía con regularidad las butacas y los sofás, así como el tocador y todo lo que podía dar algo de moderna comodidad a aquella habitación tan desnuda poco antes. La *yen-khich-kadina*, luego de echar un vistazo a aquel conjunto de gran riqueza, aunque de muy mal gusto, pero que le satisfizo plenamente, se fué cerrando las puertas. Si, por ventura, hubiese vuelto una hora más tarde, sus oídos seguramente hubiéranse sorprendido por un ruido particular que procedía del fondo, de aquel balcón provisto de reja y celosía doradas, llamadas *djambas*, sobre la cual había corrido una gran cortina de tapicería. Pero no volvió. Y aquel ruido, muy parecido al que produciría una lima mordiendo el hierro, duró casi hasta el momento en que nos encontramos a Rouletabille acudiendo al *selamlík*, pues Kara-Selim, con amable hospitalidad, había mandado que lo buscaran. Y acudía a aquella invitación a toda prisa, acompañado de La Candeur, que, por cierto, parecía desalentado como él.

—Sobre todo, ¡que no recelen nada!—murmuró el repórter gigantesco, que no había perdido la costumbre de temblar a propósito de todo.

—Vladimir ha venido a buscarme muy aprisa—replicó Rouletabille—. Y ya comprenderán que al menos necesitamos tiempo para vestirnos...

—De todas maneras, ¡es una ganga, esa fiestecita!... Si toda esa gente no pasara el tiempo bebiendo, comiendo y bailando, hace rató que nos la hubiéramos cargado por nuestra manía de andar por los tejados.

—¡Lagarto! ¡Lagarto!—dijo Rouletabille, supersticioso—. ¡No conviene nunca *évo*car la catástrofe!

—¡Cáspita!— exclamó La Candeur, deteniendo de pronto a Rouletabille y poniéndose muy pálido.

—¿Qué ocurre?... ¿Qué pasa?... ¡Habla!...

—Como nos hemos venido con tanta precipitación, me he olvidado de retirar la cuerda... Continuará atada a la chimenea y balanceándose en el aire.

—¡Pero hombre!... ¡Siempre has de meter la pata!...— gruñó Rouletabille.

—¡Voy corriendo a decirle a Vladimir que por el camino de las murallas vaya a quitar la cuerda?

—¡Ve!

—¡Voy!...

Y el bueno de La Candeur se disponía a reparar su descuido, cuando cierta mano se puso algo duramente sobre su hombro.

Se volvió.

Era Stefo el Dálmata, acompañado de una especie de capellán que hablaba muy bien el francés.

—¿Qué hacen los señores?— preguntó con sonrisa beatífica—. Sólo faltan ellos en el *selamlík*. Nuestro señor Kara-Selim les ha reclamado ya dos veces...

—Es que— dijo Rouletabille— estábamos muy fatigados de nuestra jornada de ayer, y queríamos descansar un poco, cuando han venido a invitarnos de parte de Kara-Selim.

—Sí, estábamos dormidos aún— añadió La Candeur—. Tanto es así, que me he olvidado del pañuelo de bolsillo y voy a volver a buscarlo, si a usted no le parece mal.

—Déjese estar de pañuelos!... Ya se sonará con la servilleta— replicó aquel hombre desfachatado y tiránico, que, ayudado de Stefo el Dálmata, grande y brutal, empujó a ambos jóvenes hacia el salón del banquete.

En cuanto a Kasbeck, que había distinguido dos trajes

Europeos y que inmediatamente se había hecho informar acerca de los viajeros, quiso que los periodistas le fueran presentados en seguida.

Rouletabille se consideró muy dichoso al conocer a tan majestuoso y apuesto eunuco, a quien tendría ocasión de preguntar interesantísimos detalles acerca de la marcha de la ceremonia.

Sí; Rouletabille necesitaba saber ce por ce cómo se casan en Turquía. Y Kasbeck, ciertamente, no escatimó su conversación, que le proporcionaba motivo para lucir orgullosamente sus conocimientos de lengua francesa, y para alabar las costumbres turcas, que para él eran condición precisa de la felicidad humana.

Al mismo tiempo paladeaba refinadamente un vasito de alcohol, el cual no está en absoluto prohibido por el Profeta, quien sólo pensó en el zumo de la vid.

—Lo más admirable del Oriente— dijo Rouletabille— es la filosofía.

—¡Oh, sí!... También ello es un requisito de felicidad. Precisamente por ello no creo que Kara-Selim sea feliz nunca... Continúa siendo un hombre de Occidente que no sabe más que correr aventuras... Se mueve mucho... ¡No está bastante grueso!... Fijese en la facha que tiene. ¡Horrible! ¡Horrible!

—¿Acaso no estaremos estorbando los invitados?— preguntó el repórter—. Querrá, sin duda, reunirse con su esposa...

—¡Oh! No ha de ser antes de las sombras nocturnas...

—¿No?

—¡No, no! Hasta entonces no tiene derecho a poner los pies en la cámara nupcial. ¡Ahora nos pertenece!

Sin duda Rouletabille no necesitaba saber más, porque hizo una señal a La Candeur y se marcharon con una ra-

pidez que Kasbeck no encontró nada oportuna. Al volver la cabeza, ya no estaba el joven.

Rouletabille y La Candeur salieron del *selamlík* sin grandes dificultades, moviéndose hábilmente entre los grupos tendidos por el suelo y abriéndose camino entre los comediantes y bailarines.

—¡Aprisa, aprisa!—decía Rouletabille—. Así conseguiremos acabar nuestra tarea antes de «las sombras nocturnas». ¡Ese eunuco de Kasbeck es todo un hombre! Me ha tranquilizado un poco, porque aún nos queda tiempo.

—¿Has notado—preguntó La Candeur—qué voz tan extraña tiene ese Kasbeck?

Y haciendo un chiste malo, sólo comprensible en francés, añadió:

—Parece que la tenga quebrada. Quizá por ello le llamen Kasbeck.

Pero pronto tuvieron que cesar en sus risas.

Al salir del claustro que precedía al *selamlík* para entrar en el deslunado, vieron frente a ellos a Stefo el Dálmata y al hombre que hablaba tan bien en francés.

Al mismo tiempo les rodearon unos veinte soldados. Así es que no pudieron avanzar ni retroceder.

—¿Qué significa esto?—preguntó Rouletabille atrozmente livido, porque comprendía que le harían prisionero precisamente en aquellos momentos en que la salvación de Ivana sólo dependía de la libertad de él.

Intentó valerse de la audacia.

Pero cierta voz le hizo volverse, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Aquella voz era la de Priski, la del querido Priski en persona, que le decía:

—Esto significa, señor Rouletabille, que tenía yo razón al asegurarle que andaba equivocado en sus maquinaciones, porque, al fin y al cabo, todo terminaría peor

para usted que para mí. Ahora creo que únicamente el señor sobrino de Rothschild podrá salir en bien... ¡Y ello a condición de que su tío le quiera mucho!

Ni Rouletabille ni La Candeur pudieron contestar, porque los soldados se los llevaron bastante brutalmente.

Apenas acabaron de ser pronunciadas las últimas palabras, estalló en el castillo una fuerte descarga de fusilería.

Kara-Selim, que hasta entonces había estado con los brazos cruzados y la frente cada vez más sombría, levantó la cabeza, y al ver la gran inquietud que todos mostraban por los disparos acabados de oír, colmó la emoción general con una frase pronunciada siniestramente.

—*¡Comienza la fiesta de la noche!*—dijo.

Al mismo tiempo llegó un oficial, que se le acercó.

—¿Qué hay?—preguntó Kara-Selim.

—*Ya está, señor!*—contestó el oficial, desapareciendo en seguida.

Kara-Selim pareció haber recobrado de pronto su buen humor; y reía, enseñando sus dientes feroces, mientras decía a sus invitados:

—Ya podéis ir a los jardines para ver los fuegos artificiales.

—Pero ¿qué ha sido esa descarga?—le preguntó Kasbeck.

—¡Oh, nada, absolutamente nada!... ¿Recordáis a ese joven con el que tanto habéis hablado esta tarde?

—¡Ah, sí! El periodista francés, ¿no?

—Sí. Un tal Roule... Roule...

—Rouletabille.

—¡Eso es!... Rouletabille...

—¿Qué?

—¡Ha muerto!

—Es una lástima—repuso Kasbeck a manera de oración fúnebre—, porque parecía muy simpático y deseoso de instruirse.

Kara-Selim ya estaba lejos; intentaba llegar furtiva-

CAPITULO III

¡OH, NOCHE DE AMOR, BELLA NOCHE DE AMOR!

EN el harén y en el *selamlík*, en el departamento de las mujeres y en el de los hombres, se pasó el resto del día saboreando las delicias de la mesa y los encantos de la música. La hora de la plegaria vespertina y la voz del imán pusieron repentino fin a las orgías e interrumpieron los cantos. Cada uno de los hombres se apresuró a tomar sitio jerárquicamente en las filas de los fieles que iban a invocar la bendición del cielo sobre los que aquel día serían unidos por el sagrado lazo del casamiento.

En primera fila hubiera debido figurar el padre de la novia; pero ya hemos dicho la razón, nada buena para él, de que faltase, y hasta de que Kara-Selim creyese oportuno ocupar su lugar, preferente al de todos sus oficiales, íntimos y servidores.

Cuando terminaron las oraciones, se levantaron todos y formaron un círculo en torno al imán, quien, volviéndose hacia el novio, recitó una especie de jaculatoria para invocar a Alah y rogarle que derramara sus beneficios sobre los nuevos esposos.

mente a la puerta del harén; pero, con arreglo a la costumbre, sus amigos, tan ágiles como él, le agarraron, y, quitándole las sandalias, consiguieron darle con ellas en la espalda. Esos golpes son el último adiós de los invitados al hombre que se casa, y constituyen una antiquísima tradición turca.

En la puerta del harén fué recibido Kara-Selim por un esclavo con una antorcha en la mano, que le condujo a la habitación nupcial.

Una vez allí, el novio aún no estaba libre de las ceremonias y formalidades impuestas por el uso. Vió a la novia, que, cubierta con el velo rosado, le esperaba al extremo del diván. Kara-Selim la miró, como si verdaderamente no la conociera y tuviese prisa de descubrirle el rostro.

Preguntó, como está ordenado, si podía acercarse a ella; pero he aquí que, para aumentar el suplicio de Tántalo, apareció la *yen-khich-kadina* y desplegó ante el novio una alcatifa bordada en oro y destinada a la oración.

El novio, obedeciendo a aquella invitación, recitó una plegaria, muy corta por cierto. Entonces la maestra de ceremonias se marchó, dejando solos a los nuevos esposos.

Kara-Selim, una vez cerrada la puerta, se acercó a Ivana.

No es costumbre que el novio quite el velo de la desposada sin mediar muchas ceremonias de cortesía; es el momento indicado para demostrar buena educación. Los usos orientales no consienten que un marido se haga culpable de grosería. Además, generalmente, han de hacerse muchos ruegos y súplicas para que el novio consiga vencer la modestia de la novia y conseguir por primera vez la contemplación de sus facciones.

El esposo, luego de repetir tres veces seguidas su demanda, levanta el velo de la esposa y se apresura a testimoniarle su reconocimiento por el favor recibido, colocándole en los cabellos un alfiler de diamantes. La tradición hace obligatorio ese obsequio, porque el marido debe pagar la dicha de ver la cara de su esposa. Y llaman los turcos *yuz-guzmuluk* al regalo que una joven exige para enseñar su rostro.

Kara-Selim, que ya conocía el rostro de Ivana, no estremó tanto la nota. Se acercó a ella, como ya hemos dicho, con bastante galantería; sentóse a su vera y le rogó que se quitara el velo, presentándole a continuación su *yuz-guzmuluk*, que consistía en dos grandes solitarios.

Ivana, con gesto decidido, se quitó el velo, descubriendo un rostro como la cera.

Al ver el obsequio, no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Por qué—preguntó la joven con voz ahogada—no me da el alfiler de costumbre?

—Porque un alfiler pincha—respondió Kara-Selim con aquella horrible sonrisa que casi nunca abandonaba.

Si Ivana, que estaba completamente desarmada, hubiera contado con el alfiler para defenderse, tendría motivo de lamentación. ¡Ahora sí que estaba a merced de Gaulow! Al fin y al cabo, ¿no lo había querido ella?

¿Y el cofrecillo? No estaba allí...

¡No lo veía, no!... Sus ojos, escrutando toda la estancia, no descubrían la causa de tan gran sacrificio. El mueble fatal, por cuya posesión había accedido a ser esclava de aquel hombre, ¡no estaba en la habitación!

En cuanto a Kara-Selim, parecía haber olvidado por completo su promesa.

Contemplaba con tan ardiente mirada a la joven, que

ésta, asustada, retrocedió y retiró sus manos, que él quería conservar prisioneras.

—¿Qué es eso, Ivana? ¿No es mi mujer?—dijo él frunciendo el ceño—. ¿No ha accedido a hacer mi felicidad? ¿Por qué, pues, se ateja de mí?... ¿Le doy miedo?... Ojo, ¿eh?—añadió, volviendo a sonreír a su feroz manera—. ¡Podría suponer que no me quiere!... Y nunca me consolaría de eso—agregó con sorna—. ¡Vamos, Ivana, mi querida esposa, sea buena, déme esas manos tan lindas!... ¿No?... ¿Me las niega?... ¿Me obligará a que las coja por fuerza?... ¿De dónde ha salido esta fierecilla?... ¿Qué importa!... El caso es que Kara-Selim la ha concedido a Kara-Selim... ¡Qué bien se cuida ese señor!... Porque Ivana es blanca, ¡muy blanca!... Generalmenté, las mujeres, en la noche de bodas, están de color de rosa; pero Ivana es blanca como el mármol de las mezquitas... ¡Dichoso Kara-Selim, que tiene la dicha de poseer una rara y excepcional esposa blanca, tan blanca que no se nota la sangre de sus labios!... Pero el dichoso Kara-Selim gustaría de saber lo que su pálida esposa busca por todas partes, menos por donde él se encuentra... ¿Por qué mueve la cabeza?... ¿Por qué aparta la mirada de sus negros ojos, que son los más bellos de las muchachas del Balkán?...

Y, súbitamente, aquella voz sibilante se hizo ruda y brutal para decir:

—¡Bueno, querida! ¡Basta ya de mojigangas!

Y como quiera que Ivana se levantó para huir, él le echó los poderosos brazos, con los cuales la aprisionó hasta casi ahogarla.

—¿Me detestas? ¡Pues dílo, dílo, dílo!... Si tantas razones tienes para odiarme, eso te servirá como desahogo... Y te advierto que no me molestará en lo más mínimo...

Ivana forcejeaba, pero él la retenía con rabia y mala intención.

No dijo más. Echaba espumarajos. El furor le hacía gruñir como una bestia. Quería acercar sus labios a la hermosa cabeza que se le apartaba con horror... Y en aquella lucha encarnizada, hubo un momento en que los dos se cegaron. Gaulow agarró con sus dos manos la cabellera de Ivana como quien coge una presa. Y ella, que había encontrado en la lucha todas sus fuerzas, todo su impetu rebelde, todo su rencor y que, además, se daba cuenta de que era inútil proseguir por la astucia un heroico pero imposible proyecto, le hundió en el cuello sus dientes de lobezna. ¡Qué mordisco! Gaulow gritó y la soltó.

—Ha apartado de mí todas las armas—dijo—. ¡Pero me ha dejado mis dientes!...

Kara-Selim, enjugando la sangre de su herida, gruñó:

—¡Prefiero que seas así! ¡Me gustan las fieras! ¡Nos desgarraremos!... Pero ya verás cómo nos queremos...

Ella no le escuchaba. Instintivamente, había retrocedido hasta el balcón. ¡Únicamente por allí podía venirle socorro! Porque ahora esperaba, deseaba el socorro con todas sus fuerzas, con toda su alma!... Gaulow la había mentido... Gaulow no le daba el deseado cofrecillo... (Y si no se lo daba—pensaba Ivana—era porque no quería que se enterase de que había descubierto el secreto y de que conocía los planos de movilización.) Sí: ya que no podía hacer nada por su patria ni matar al hombre aborrecido, ¡consentía en dejarse salvar!... Y esperaba que viniese él, a quien no había querido seguir el día anterior y quien le había prometido volver a pesar de todo y contra todos...

—¿Dónde estás, Rouletabille?—clamaba toda su

alma—. ¿Qué haces mientras Kara-Selim se dispone a saltar de nuevo sobre su presa, a la que acabará por derribar si no acudes?

¡Era capaz de tantas cosas su pequeño Rouletabille!... ¡Había hecho prodigios! ¡Había salvado a todo el mundo! ¿Y no iba a salvarla a ella? ¿Por qué no venía, ya que la amaba y se sabía amado? ¿Es que realmente dejaría que la mancillara aquel bandido? ¡Antes la muertel! Mas no tenía ningún arma para matarse... ¡Oh, Dios del cielo! Pero ¿es que iba verdaderamente a ser la mujer de Gaulow sin haber salvado a su patria?

Detrás de la cortina no había nada...

Palpó la cortina. ¡Esperaba tanto de ella!

Él no podía venir más que por allí... Sabía Ivana que tras la cortina se abría un balcón que daba a un precipicio donde rugían las aguas horribles de un torrente. Pero ¿qué significaba eso para Rouletabille, que no conocía obstáculos, que tenía la inteligencia adivinadora de una divinidad y las alas de una golondrina, que la noche anterior fué a buscarla andando por los tejados? Sin embargo, ¿dónde está ahora que ella lucha contra Kara-Selim? ¿Qué hace? ¿No debería estar allí?

Pero detrás de la cortina no se encontraba nadie y el balcón estaba cerrado por la reja de hierro y por la celosía de madera... ¡Ayl Bien encerrada estaba en la jaula, a solas con Gaulow, cuyo cuello sangraba y que tan pronto bromeaba secándose la sangre, como rugía.

Hubiera podido llamar a los criados... Hubiera podido arrojarla, mediante sus esclavos, a una mazmorra... Pero prefería, bromeando y rugiendo, curarse él mismo el cuello que sangraba, envolviéndolo con unas puntillas arrancadas a la ropa de novia, y prometerse, con júbilo ardiente y feroz, reconquistar a la terrible lobezna que

se defendía y que mordía tan bien y que, precisamente por eso, era un manjar digno de él...

¡Prepara tus dientes, lobezna, que el león afila sus garras!... El bajá negro te mira en el fondo del Castillo Negro. ¡Y Rouletabille no llega!

Kara-Selim ve que el asunto ha entrado por un camino que le gusta. Como siempre le han resistido tan poco, le sorprende agradablemente la resistencia, porque es valiente y no teme ni los golpes, ni los mordiscos, ni el dolor... En la caza, es el más arrojado. Cien veces ha estado a punto de ser despanzurrado por los viejos jabalíes solitarios, cuyas fauces buscaba cuchillo en mano. Y mató personalmente a un servidor excesivamente celoso que, temiendo por la vida de su amo, tuvo la desventurada ocurrencia de mandar una bala a la cabeza de uno de aquellos jabalíes con el que iba a combatir cuerpo a cuerpo mezclando la sangre de los dos, como ocurre en las luchas de dos animales bravos.

Y ¡he aquí un incidente de amor que se parecía a una de sus cazas!

Gaulow, como una fiera, con movimientos felinos, se va acercando a ella...

Entre ambos hay muebles, con los que tropiezan.

¡Qué impulsos y qué retrocesos tan admirables!

De pronto, Kara-Selim la agarra por la falda y hace que se tambalee. Ya están juntos, mezclando sus alientos hostiles y sus estertores de esfuerzo. ¡Ya luchan!

Ruedan, forcejean... Y también esta vez la lobezna del Balkán se sobrepone gracias a sus dientes, que muerden el pulgar derecho del respetado señor.

El respetado señor no ha tenido tiempo más que para saltar hacia atrás sosteniendo su pulgar de la mano derecha.

¡Pero lo tiene completamente cortado!

Ya no ruge, sino que, sentado al extremo del diván, resopla. ¡Necesita descansar un poco y lamerse el dedo! Si: lo lame como un can reñidor que lame la herida que acaban de producirle.

La batalla resulta interesante. Al menos, él lo dice:

—¡Bien te defiendes, Ivana! Eres una buena hija del Balkán! ¡Qué manera de morder! Pero ¿qué es eso? ¿Lloras? ¿Vas a tener un ataque de nervios?...

Ivana, en efecto, llora con sollozos nerviosos porque Rouletabille no llega y porque el espantoso sacrificio de ella no sirve para nada.

Gaulow continúa:

—¡Serénate un poco, Ivana! Te doy cinco minutos de descanso. También yo necesito respirar... ¡Qué lucha! ¿Eh? ¡Eso es mejor para quererse! ¡Cómo me odias! ¡Ah! No has olvidado que maté a tu padre y a tu madre... ¡Hola! ¿Ya no lloras? ¡Lo celebro! Temía verte a la altura de una pobre mujer... Maté, sí, a tu madre... ¡Qué sablazo le di! ¡Ja, ja! Veo que eso te devuelve el aplomo...

Ivana hace un movimiento para abalanzarse sobre Kara-Selim.

—¡Quieta, fierecilla! ¿Quieres empezar tú? Espera, espera un poco... Cuando haya que empezar de nuevo ya diré yo «*timel*», como en los *matches* de boxeo que hacen en Stambul... Por cierto que tu madre era muy guapa, Ivana. ¡Y qué grito dió cuando le atravesé con mi sable su hermoso cuerpo! ¿Qué te ocurre? ¿Vas a indisponerte otra vez? Ya verás cómo todo esto termina en besos más pronto de lo que tú crees... Pertenece a una raza en que si tuviéramos que continuar detestándonos de generación en generación, nos hubiéramos muerto todos hace mucho tiempo. Tanta matanza mutua han

hecho nuestros padres, que los hijos no encontrarían mujeres con quienes casarse si tuvieran que buscarlas en las familias amigas... ¿Familias amigas? Si las hay, es porque se han perdonado. Yo también, a pesar de todo, estoy dispuesto a perdonar.

—¡Créelo, Ivana! ¡Perdoné a tu padre que matara a mi padre! Y tú también puedes perdonarme que matara a tu padre y, de propina, a tu madre. De tu tío no hablo, porque no tiene importancia... Claro que no es menester que me perdone en seguida, pero bien puedes hacerlo dentro de dos o tres horas...

—Yo fui allí por lo que fui... y si te he de ser sincero, también un poco por ti... Pero tu tío, de haberte querido, se hubiera podido ahorrar la vida... Yo sabía que los planos de la movilización búlgara estaban en su casa... Ahora bien: como sabes muy bien, ¡detesto a Bulgaria!... Nos ha hecho mucho daño a mi padre y a mí, para no detestarla. ¡Quisiera verla aniquilada y pisoteada por todas las naciones! Y no me he despedido de acercarme yo mismo la antorcha encendida al palacio del zar... ¡Si Sofía arderá. Y yo botaré el fuego. ¡No quedará nada de ella, aparte de las ruinas! Y en sus calles crecerá la hierba que haré comer a mi caballo... ¡Alah es grande! Y me he hecho musulmán con la esperanza de que venga ese día...

—¿Verdad, Ivana, que te extrañarías de que yo estuviese enterado del paradero de los planos de la movilización búlgara?... Es que allá tengo policía... Y te advierto que tiene buena organización. Claro está que si te cuento estas cosas, es porque estamos casados... Pues si: tengo policía hasta en el palacio del zar, hasta en el Gobierno, hasta en las oficinas del Estado Mayor... Precisamente, mi policía de las oficinas del Estado Mayor me enteró de que, todas las noches, el general Vilitchov, tu tío, se

llevaba a su casa, a su domicilio particular, los planos secretos de movilización y el plano secreto de campaña... ¡Eran planos que nadie debía conocer, según parecían... ¡Calcula, pues, si yo tendría interés en tenerlos!... Pero ¿en qué lugar de su casa los guardaría?... Eso faltaba saber... Se le espío... Pero no se pudo conseguir que entrara ningún espía en su casa... Velio era un valiente que no se hubiera vendido ni por millones... Lo maté, pero lo aprecio... Por otra parte, era completamente imposible robar los planos en pleno día al Estado Mayor. No te quejarás, ¿eh?, de las cosas que te cuento... Pero un buen día, cierto espía del Estado Mayor oyó, escondido tras una puerta, un trozo de conversación entre el general Vilitchkov y el otro general en jefe, Radchich. El primero decía al segundo:

—Por si me ocurriera algo de noche, conviene que sepa usted dónde están los planos. Voy a decirle dónde los guardo. Será usted el único que lo sepa.

—¡Ya puedes suponer, Ivana, cómo aguzaría los oídos mi espía! Pero sólo entendió bien una cosa: que se trataba de una pintura que representaba una Sofía de la catarata. Y si yo acudí tan rápidamente a Sofía, a pesar de los peligros de semejante expedición, fué para encontrar los planos detrás de esa pintura.

—¿La vida del general Vilitchkov?... Me importaba un bledo. Y te repito que, de haber querido él, aún la conservaría. Pero no decía nada a pesar de que le acribillaron a cuchilladas. ¡Es un héroe! Y, desde luego, tiene la culpa de lo que le pasó... ¡Caramba! Me vuelve a salir sangre del cuello. ¡Qué bien me has mordido, fiercecilla de mi corazón! No creas, no, que he olvidado la acción de tus dientecillos en mi dedo... Pero ¡ya verás cómo cabamos por entendernos!

Kara Selim, puesto frente a un espejo, se quitaba el vendaje para examinar aquella molesta herida, que no quería dejar de sangrar...

Mientras tanto, Ivana sentía renacer una prodigiosa esperanza. Había escuchado la charla cínica de su horrendo, terrible y bellissimo esposo, con una angustia que aumentaba al par de la esperanza. Gaulow, que creía los planos detrás de una pintura, seguramente no los habría buseado en el cofrecillo. Y a no ser que, por casualidad, hubiera visto la santa Sofía de la base del cofrecillo, los documentos aún estarían en su sitio. Pero entonces, ¿por qué no le había dado la prometida arqueta? ¿Por qué?... No se atrevía a preguntárselo.

Acababa de hablar Gaulow de que había buscado los planos. Y si no los había encontrado aún, la pregunta hubiese engendrado sospechas en él. Ivana, pues, tenía que andar con pies de plomo. ¿Qué hacer? Ya volvía a interesarle únicamente el cofrecillo. Ni pensaba en la triste suerte de ella, ni en Rouletabille. ¡El cofrecillo! ¡El cofrecillo!

Gaulow se volvió.

—Me parece que está más tranquilita, ¿eh?... ¡Qué batalla!... Supongo que tendremos materia para reinos mucho tiempo... Oiga... ¿No había oído hablar de esos planos en casa del general?...

—¡Jamás!—respondió.

—¡Ja, ja!... Hay que amansarse, jovencita... ¿Jamás? Lo creo. El general no era hombre que confiara secretos a una muchacha... Pero usted sí que conocería los cuadros del palacio de Vilitchkov y las pinturas de las paredes, ¿eh?... ¿No ha visto una Sofía de la catarata? ¿Qué era esa Sofía?

—No la he visto nunca. Además, no sé lo que pueda

querer decir «una Sofía de la catarata» —contestó Ivana, cuya voz temblaba de alegría, porque cuando le hacía semejante pregunta era que no sabía nada, ¡nada!

—Me place, querida Ivana, oírle hablar en ese tono, que es el correspondiente a una mujer bien educada. ¡Qué voz más dulce tiene, a pesar de los mordiscos! Basta ya de riña por ahora, ¿eh? —le dijo con zalamería acercándose a ella.

Ivana le dejó llegar; y él no pudo contener la risa, al verla ahora tan tranquila.

—Ya verá usted cómo acabamos siendo la mar de amigos... ¡Ande, contésteme! Usted, seguramente, me engaña, claro está que por patriotismo; porque usted, Ivana, es muy patriota... ¡Ya lo sé, ya!... Es capaz de todo por su patria. (Ivana se asombró nuevamente, pensando: «¡Lo sabe todo! ¡Se burla de mí!») Pero ahora ya puede hablar... ¡Como usted comprenderá, los planos no están ya detrás de ese cuadro! El general Radchich, que no se encontraba en Sofía el día de nuestra expedición, volvió seguramente a buscarlos al enterarse de la muerte de su compañero. (Ivana respiró de nuevo, pensando que el otro no sabía nada.) Diga, Ivana, diga... ¿Qué es eso de «la Sofía de la catarata»?

Se acercó más a ella y consiguió cogerle una mano, que ella le abandonó. Ivana se decidió de repente: no podía soportar más aquellas atroces alternativas de esperanza y desesperación. Era preciso enterarse, aun exponiéndose a que sospechara... Lo principal era saber... Lo peor era permanecer en la incertidumbre, la incertidumbre que paralizaba a los compatriotas más allá de los Balkanes y del Istrandja-Dagh.

—Se lo diré —repuso ella— si me da lo que me ha prometido.

Gaulow no disimuló que había comprendido en seguida.

—El cofrecillo, ¿eh? —dijo sonriendo casi con alegría.

—Sí, el cofrecillo —repitió ella con voz algo temblorosa—. ¿No me dijo que estaría aquí esta noche?... ¿Por qué no está?... ¡No tiene usted palabra, Kara Selim!

—¿Pero es que no va a pensar más que en ese cofrecillo?... Diríase que ha consentido en casarse únicamente por entrar en posesión del cofrecillo... Eso es muy raro, Ivana —concluyó con sorna Gaulow.

—¿Raro? ¿Por qué? —replicó la joven con voz que, según notaba ella misma, era cada vez menos segura—. Ya le he explicado que contiene joyas y recuerdos de familia que aprecio sobre todas las cosas.

—¡Ah!... ¿Y para hacerse con esos recuerdos ha representado la comedia, accediendo a ser mi mujer, la mujer de Kara Selim, la mujer de Gaulow, asesino de los padres de usted?... Ciertamente es que el Oriente ha visto muchos dramas que, empezados con sangre, han terminado con amor... Pero ¡no hay que tomar a Kara Selim por un imbécil, Ivana Ivanovna! Ya que aprecia tanto ese cofrecillo, le participo que es suyo y que voy a mandar que se lo traigan en seguida... Pero oiga, querida esposa... ¡El cofrecillo no tiene ya lo que le habían puesto dentro!... ¡Ja, ja! ¡Pone unos ojos como si fuera a expirar!... ¿Verdad que he acertado?... ¿Verdad que Kara Selim no es tan tonto como cierta bella lobezna del Balkán?... ¡Vamos! Seréense... Al fin y al cabo el cofrecillo es muy bonito y constituye por sí solo un agradable recuerdo... Voy a dar orden para que le traigan el cofrecillo vacío... ¿Lo quiere?

Miró fijamente con sus ojazos, que parecían de agonizante, a aquel hombre, cuyas palabras le iban desgarran-

do el alma lamentable. Y Gaulow comprendió perfectamente que intentaba leer en él si había acertado completamente. No pudo contener una salida extravagante:

—Vacio, sí... Créame, Ivana Ivanovna. *¡En ese cofrecillo no hay absolutamente nada que pueda interesarle!... Ya he tenido buen cuidado en ello!... ¡Las cosas que la han inducido a casarse conmigo ya no están allí!...* De todos modos, el cofrecillo es suyo. ¿Lo quiere?

Ivana movió la cabeza. Y como quiera que cediese a un desmayo, Gaulow la recibió en sus brazos.

IV

CÓMO MURIÓ ROULETABILLE

ROULETABILLE y La Candeur, a quienes dejamos habiéndoselas con los soldados al mando de Gaulow, fueron primeramente conducidos a una especie de cuerpo de guardia, bajo la mirada burlona de Priski.

Este no escatimaba nada para molestarles con sus impertinencias. No es que fuese malo; era que se trataba de un espíritu mezquino que no sabía triunfar con modestia ni olvidar las injurias recibidas.

¿No se habían burlado mucho de él? Pues ahora le llegaba su vez.

Por lo demás, Rouletabille ni tan siquiera le escuchaba. Desplomado en un banco de piedra, al lado de La Candeur, no pensaba más que en Ivana, que no podía esperar ningún auxilio, que estaba completamente perdida.

Ya que los proyectos de Rouletabille eran conocidos, no había ni que pensar en realizarlos. Además, ¿cómo escapar a la vigilancia de aquellos veinte guardias terribles que no le dejaban?

¡Todo había terminado!

do el alma lamentable. Y Gaulow comprendió perfectamente que intentaba leer en él si había acertado completamente. No pudo contener una salida extravagante:

—Vacio, sí... Créame, Ivana Ivanovna. *¡En ese cofrecillo no hay absolutamente nada que pueda interesarle!... Ya he tenido buen cuidado en ello!... ¡Las cosas que la han inducido a casarse conmigo ya no están allí!...* De todos modos, el cofrecillo es suyo. ¿Lo quiere?

Ivana movió la cabeza. Y como quiera que cediese a un desmayo, Gaulow la recibió en sus brazos.

IV

CÓMO MURIÓ ROULETABILLE

ROULETABILLE y La Candeur, a quienes dejamos habiéndoselas con los soldados al mando de Gaulow, fueron primeramente conducidos a una especie de cuerpo de guardia, bajo la mirada burlona de Priski.

Este no escatimaba nada para molestarles con sus impertinencias. No es que fuese malo; era que se trataba de un espíritu mezquino que no sabía triunfar con modestia ni olvidar las injurias recibidas.

¿No se habían burlado mucho de él? Pues ahora le llegaba su vez.

Por lo demás, Rouletabille ni tan siquiera le escuchaba. Desplomado en un banco de piedra, al lado de La Candeur, no pensaba más que en Ivana, que no podía esperar ningún auxilio, que estaba completamente perdida.

Ya que los proyectos de Rouletabille eran conocidos, no había ni que pensar en realizarlos. Además, ¿cómo escapar a la vigilancia de aquellos veinte guardias terribles que no le dejaban?

¡Todo había terminado!

Mientras tanto, Priski contaba a quien quería oírle cómo había escapado de los subterráneos del torreón, donde los señores habían querido tenerle prisionero.

Pero a los señores se les ocurrió en mal hora, dicho sea en honor de sus sentimientos humanitarios, darle almuerzo. Y él aprovechó la circunstancia de que durante el almuerzo estuvieran los señores muy ocupados en examinar un plano de la *Karakulé* que habían trazado en la pared, para substraer de la mesa un cuchillo, que se escondió en la manga, y del que, en cuanto bajó al subterráneo, se sirvió para cortar las ataduras con que previsora mente le habían convertido en un salchichón. Y eso lo hizo a pesar de la vigilancia de Modesto, que, una vez más, se durmió.

Priski necesitó mucha paciencia y varias horas de difícil trabajo; pero con voluntad y un poco de buen humor (cosas que no le faltaban) se logra todo.

Una vez libertado y luego de levantar con esfuerzo sobrehumano la placa de bronce del cuerpo de guardia, en el preciso momento en que Modesto roncaba con una sonoridad alentadora, no encontró a nadie que le detuviera en su corio camino. Pronto se encontró fuera del torreón, y corrió a contárselo todo a Kara-Selim, quien, por cierto, le prometió recompensarle con regalos.

Priski tenía, pues, razones para estar satisfecho de sí mismo; y manifestaba su satisfacción compadeciendo con amargura a aquellos señores por la tozudería que habían demostrado al no seguir sus consejos.

Creyéndose más fuertes que la *Karakulé*, se habían figurado poder jugar con ella; pero la *Karakulé* es más fuerte que todos y no deja partir a sus huéspedes mientras no le da la gana. ¡Señor, Señor! ¡Tantas veces que él lo había repetido!

Cuando Priski agotó las palabras, el aliento y la saliva, La Candeur, que le había escuchado del principio al fin con la boca abierta y haciendo manifiestas señales de aprobación, dejó escapar un suspiro y dijo con voz doliente:

—¡Ay, Priski! Si solamente me hubiera hecho caso a mí, no hubiera pasado nada de esto. Pero ¿qué van a hacer de nosotros?

—Elo depende de las órdenes que nuestro amo haya dado al señor Stefo.

—Temo—insinuó La Candeur—que durante mucho tiempo no podremos dar un paso sin ir acompañados.

—Hay motivos para que les vigilen—contestó evasivamente Priski.

—¿Y nos volverán a llevar al torreón?

—No lo creo. El torreón es un hotel libre, como ya he tenido el gusto de decirles. Y dada la conducta observada por ustedes desde que llegaron aquí, han perdido el derecho de permanecer durante su cautividad en un hotel libre—volvió a replicar Priski muy seriamente—. Sin embargo, puede que los vuelvan a llevar al torreón..., es decir, al camino de ronda del torreón..., en el caso de que hayan de ser ejecutados—concluyó Priski con visible esfuerzo.

—¿Qué?

—No les hablo así más que por humanidad y porque en la situación de ustedes hay que preverlo todo... Si; en ese camino de ronda suelen celebrarse ordinariamente las ejecuciones...

Rouletabille, que estaba sumido en un sueño algo comatoso, fué sacado de él por un enorme peso que cayó sobre su hombro. Era La Candeur, que no tenía fuerzas para sostenerse.

Y Rouletabille sacudió a su amigo, diciéndole:

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre, La Candeur?... ¡La Candeur!

Priski había ido a ver a Stefo el Dálmata, que mandaba ya a sus hombres, tendidos en el suelo, que se levantarán y le sigueran con los prisioneros.

Y Priski volvió en seguida.

—¡Ya está!—dijo.

—¿Qué está ya?—preguntó Rouletabille.

—Kara-Selim ha dado orden de que se les lleve al torreón.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó La Candeur sobresaltado.

—Sí... Kara-Selim ha dado orden de que sean fusilados todos los prisioneros.

La Candeur se desmayó, por lo cual no tuvo la satisfacción de oír el fin de la frase de Priski:

—¡A todos los prisioneros, excepto al sobrino de Rotchschild!

Pero Rouletabille, que lo había oído todo, gritaba a La Candeur:

—¡Excepto al sobrino de Rotchschild! ¡Excepto al sobrino de Rotchschild!

Tanto le gritó que el pobre de La Candeur acabó por oírle y abrió los ojos, sonriendo a la vida.

Luego, el hombre que hablaba tan bien en francés y que tenía aires de capellán, se acercó a los dos jóvenes.

—¡Vendrá a traerme los auxilios de la religión!—pensó Rouletabille—. Pero antes que ser auxiliado por este individuo, prefiero ir al infierno...

—¡Caballeros! Nuestro *kaimakan*—dijo el individuo en cuestión señalando a Stefo el Dálmata—se cansa ya y me encarga que les diga que si no quieren seguir a sus soldados a las buenas, hará que les sigan a la fuerza.

—¿Ves?—exclamó Rouletabille—. Parece que tengamos miedo a la muerte...

—Tienes razón—replicó La Candeur—. Recobremos la sangre fría.

Se apoyó sobre las rodillas y, finalmente, se puso en pie. Temblaba como una hoja a impulsos del viento.

—Dígale a ese «caimán»—dijo al que parecía eclesiástico—que estamos dispuestos a seguirle y que no tenemos miedo a la muerte.

Pero a continuación le agarró por la manga para decirle:—*Cuarenta mil francos para usted si nos ayuda a escapar!*

Sin embargo, el «capellán» se marchó, como si nada hubiera oído o comprendido.

—¿Qué le decías?—preguntó Rouletabille—. ¿Adónde irías a buscar los cuarenta mil francos?

Pero La Candeur no tuvo tiempo de contestar.

En aquel momento fueron empujados hacia fuera del cuerpo de guardia por los soldados de Stefo.

La Candeur palideció y le castañetearon los dientes; pero dominó bastante su emoción para poder llamar a Priski, que hablaba con Stefo el Dálmata a pocos pasos de allí.

—¡Priski! ¡Priski!

—¿Qué quiere el señor sobrino de Rotchschild?

—Deseo decir algo muy urgente a ese señor que estaba aquí hace poco y que tan bien habla el francés.

—Ahora mismo le verá. ¡Nos ha precedido al lugar de la ejecución!

La Candeur sintióse como cegado; pero al ver delante a su gran amigo, el pequeño Rouletabille, que le miraba tristemente, sí, pero con una serena y patética sonrisa, se avergonzó de su debilidad y de su cobardía.

—¡Señor Priskil Vaya a decirle a su amo que mi tío dará lo menos dos millones por el rescate de todos.

—¡Oye! Con el mismo esfuerzo prométele tres—le apuntó Rouletabille.

—¡Tres millones! ¡Cuatro millones!—sollozaba La Candeur.

Pero pronto se calló, porque le propinaban grandes culatazos en el costado. La consigna era que se evitase el escándalo para no atraer la atención de los invitados que habían ido a refocilarse a la *Karakulé* en día tan señalado.

Ya las primeras sombras de la noche envolvían el torreón, cuando el siniestro grupo, guiado por Stefo, penetró en el camino de ronda con sus prisioneros. Ante el puente levadizo y la puerta del torreón encontraron unos cincuenta soldados, que, por cierto, parecían muy preocupados. Les habían dado orden de entrar silenciosamente en el torreón y de ejecutar, con el menor ruido posible, a todos los prisioneros, a quienes se encontraban con ellos y a los que se habían quedado en el torreón.

El «capellán» de la *Karakulé*, el hombre que tan bien hablaba el francés, había entrado primeramente solo, y con gran habilidad, en el camino de ronda; había pasado el puente levadizo y estaba dispuesto a entrar en el cuerpo de guardia, cuando la pesada puerta, forrada de hierro, le fué cerrada en sus mismas narices.

Entonces llamó a sus hombres. Y luego de haber intentado inútilmente parlamentar a través de la puerta, hizo traer barras de hierro y picos, con los cuales se disponían a hundir la puerta.

Por una aspillera del segundo piso, la cabeza roja y resplandeciente del hamburgués asomaba, vomitando un torrente de injurias y amenazas que nadie comprendía.

excepto Priski, que acababa de llegar, y que acudía para darse cuenta de la situación.

—¡Bah!—dijo—. No podrán con esa puerta, a no ser con pólvora. ¡Hay que hacerla saltar con pólvora! Y no de cualquier manera, sino buena y bien dispuesta.

Replicóle el «capellán» que ya lo había pensado; pero que había renunciado a tal procedimiento a causa del ruido.

—Entonces—dijo Priski—lo mejor será esperar a mañana. Mañana ya se habrán ido de la *Karakulé* todos los invitados, con lo cual, en un santiamén, podremos adueñarnos del torreón y «ejecutar a toda esa gente» sin correr el peligro de turbar la fiesta, como no dejaría de suceder si hay empeño en obrar esta misma noche.

El capellán fué a consultar con Stefo el Dálmata.

Rouletabille, al verlos perplejos, se adelantó para decir:

—Hay un medio para hacer abrir la puerta del torreón. Sin embargo, tiene el inconveniente de ser peligroso.

—¿Cuál es?—preguntó el capellán.

—Consiste en despejar un poco las inmediaciones del puente levadizo—explicó Rouletabille—y dejar que avancemos mi amigo y yo. Sin duda ninguna, el otro amigo nuestro, que ha quedado con los criados en el torreón, entreabrirá la puerta para salvarnos. Entonces pueden acudir ustedes, precipitarse detrás de nosotros e impedir que la cierre.

—Perfectamente—repuso el capellán—. Pero puede ocurrir que no consigamos impedir que la cierren. Y si ustedes han conseguido entrar en el torreón, ¡se salvan de momento!

—Por eso precisamente les he dicho antes—replicó Rouletabille—que el procedimiento era peligroso. Pero

en el fondo, si se piensa bien, ¿para quién es más peligroso? Mucho más lo es para nosotros que para ustedes. Si entramos en el torreón, ¿qué pierden ustedes? Nada, porque mañana nos cogerán. En cambio, si no entramos, no solamente continuamos siendo prisioneros de ustedes esta noche, sino que hacemos correr el riesgo a nuestros amigos de tener que habérselas con ustedes... ¿Qué?...

El capellán se rascaba la punta de la nariz.

—No estaría mal—dijo.

—No, porque todos aventurarían lo suyo—añadió Priski.

Y lo explicaron a Stefo, quien se echó a reír, aceptando en seguida aquello, que le parecía un juego. Pero tenía la intención reservada de fusilar a los jóvenes en el puente levadizo, en cuanto la puerta se abriese. Así tenía la seguridad de no perder los prisioneros y la posibilidad de llegar a la puerta antes de que se cerrara, capturando así aquella misma noche al resto de los compañeros.

Era ya muy de noche para que Rouletabille y La Candeur pudieran distinguir, a través de los oscuros huecos de las aspilleras, nada de lo que pasaba en el torreón. Pero el joven redactor jefe pensaba que Vladimir se preguntaría la causa de tantas entrevistas, idas y venidas por el camino de ronda, y también cómo se las podría arreglar para auxiliar a los prisioneros sin entregar su último refugio.

Quando quedó convenido que los dos jóvenes periodistas avanzaran despacio hasta la mitad del puente, y que los soldados de Stefo permanecerían al borde del foso hasta ese momento, Rouletabille pidió permiso para, desde el puente levadizo y frente a la poterna, llamar a su compañero Vladimir para pedirle que abriera la puerta.

Accedió a ello Stefo el Dálmata, que tenía una buena carabina en la mano y la seguridad de no errar la puntería.

—¡Rouletabille!—musitó tiritando La Candeur—. Te advierto que en cuanto estemos en el puente nos fusilarán por detrás.

—Es el único recurso para que no nos fusilen por delante—contestó Rouletabille—. ¡Hablo por mil...

—¡Ay, yo me encuentro poco más o menos en el mismo caso!—gimió La Candeur—. Cuando vean que no soy sobrino de Rothschild, ¡ya me lo dirán de misas! Así es que me da igual acabar en seguida contigo.

Ahora Rouletabille, con sus ojuelos de agudo mirar, procuraba atravesar la obscuridad para saber si había sido colocada debajo de la puerta del torreón la mecha, aquella mecha que había de bajar por la parte inferior del puente levadizo hasta alcanzar el cartucho de dinamita, que se encontraba en el mismo lugar que Stefo con su carabina... Así dispuso la noche anterior el ingenio destructor, el cual fué retirado durante el día, pero había sido nuevamente colocado de la misma manera por Vladimir, si éste había seguido las indicaciones de Rouletabille.

Sin embargo, las tinieblas eran ya demasiado espesas para que se pudiese distinguir nada.

El propósito de Rouletabille era gritar a Vladimir que encendiera la mecha. Y entonces explicó en voz baja a La Candeur que en cuanto gritase ¡enciende!, los dos se habían de echar boca abajo para evitar la primera descarga y, luego, saltar de allí hasta la poterna. No le dijo nada más, porque el valiente La Candeur no hubiera dejado de hacerle notar que para evitar el fusilamiento iban a perecer por la dinamita.

¡Y era verdad! Pero, dada su situación, no podía encontrar Rouletabille otro procedimiento de salvación. Luego se vería lo que quedaba de unos y de otros.

Llamó, pues:

—¡Vladimir!

En el primer piso se dejó oír una voz:

—¡Rouletabille!...

—¿Eres tú, Vladimir?... Oye... Baja al cuerpo de guardia y abre la poterna.

—¡Bueno!...

—¡Oye!... Estos caballeros, que son muy amables, nos permitirán que avancemos solos hasta la mitad del puente... Cuando estemos allí, abre la poterna...

—¡Bueno!

—La abres de par en par, ¿sabes?

—¡Sí, señor!...

—Y al mismo tiempo, como está muy oscuro, ¡enciende!

—La verdad—dijo La Candeur—es que piensas en todo. ¡Está oscuro como boca de lobo!

Pero Rouletabille esperó en vano una respuesta a aquel ¡enciende! ¿Acaso Vladimir no le había comprendido? ¿Acaso, habiéndole comprendido, no obedeció por que *no tenía con qué encender?*... En todo caso, el repórter estaba dispuesto a acabar de una. Y, volviéndose hacia Stefo y el capellán, dijo:

—¿Están a punto, caballeros?

—A punto—hizo contestar Stefo sarcásticamente.

—¿Ha entendido el señor lo que he dicho a mi camarada?...

—Todo—contestó el capellán—. ¡Todo!

—No se podrá quejar. ¡He dicho que abran la puerta de par en par! Le doy facilidades, ¿eh?

—Cierto—respondió el capellán.

—Elo será una razón de más para que no emprendan nada contra nosotros hasta que lleguemos a la mitad del puente, ¿no?

—De acuerdo.

—¿Avanzamos?

—¡Avancen!

Stefo, en la obscuridad, apuntó la carabina.

—Sobre todo, no mate al sobrino de Rothschild—dijo junto a él Priski, siempre dispuesto a defender honradamente los intereses de su amo.

—No tengas cuidado—dijo Stefo—. Me limitaré a herirle en la pierna para que no se salve. En cuanto al otro, ¿lo dejas a mi disposición, Priski?

—¿A Rouletabille?—replicó Priski—. ¡Haga lo que quiera con él! No tiene un céntimo.

Rouletabille cogió a La Candeur de la mano. Dieron los primeros pasos por el puente.

—¡Atención!—dijo Rouletabille en voz baja—. Prepárate...

Dieron dos pasos más. Stefo esperó a que se abriese la poterna para apretar el gatillo de su carabina. Y de pronto se oyó un rugido de Rouletabille.

—¡Enciende!

Al momento salió de la poterna una flama que corrió bajo el puente mientras la poterna se abría. Y los dos jóvenes, luego de haberse tendido boca abajo, daban un salto prodigioso. Detrás de ellos se produjo la explosión, que hizo volar a Stefo el Dálmata y a tres o cuatro soldados, todos los cuales quedaron reducidos a papilla. El puente voló en parte, y se levantó por el lado de la poterna, protegiendo al mismo tiempo a quienes había disparado hacia el cuerpo de guardia y formando escu-

do contra los proyectiles de la explosión y contra las balas de los soldados, que, en aquel caos inesperado, no sabían más que disparar sus fusiles contra el torreón.

Nuestros amigos estaban milagrosamente sanos y salvos. Con la dinamita, lo mismo que con la pólvora, ocurre que hiere a unos y respeta a otros, sin que haya más explicación para tal incoherencia que la suerte de unos y la desgracia de otros.

Poco después, el capellán y Priski, también indemnes, hicieron cesar las represalias. Y como ante todo temían turbar la excepcional noche de su amo con el relato de tan nefasta aventura, resolvieron ocultársela hasta la mañana siguiente, y mandarle en seguida a un oficial para decirle que sus órdenes habían sido ejecutadas. Suponían que a la siguiente mañana ya habrían dado cuenta de aquellos endiablados huéspedes. De esa manera, pues, murió aquella noche Rouletabille... para Kara-Selim...

CAPITULO V

LA EVASIÓN DE UN ESQUELETO

ROULETABILLE y La Candeur habían rodado hasta el fondo del cuerpo de guardia.

Tras ellos, fué cuidadosamente cerrada la puerta por Vladimir. Y luego, cuando comprobaron que nadie estaba herido, se dieron calurosamente la enhorabuena por el suceso, que ponía a nuestros amigos fuera del alcance de Gaulow y de sus hombres, al menos hasta el día siguiente por la mañana.

Pronto pudieron convencerse de que, en efecto, les era concedida aquella tregua, a juzgar por las disposiciones que tomaban sus guardianes en el camino de ronda. Estos habían encendido hogueras, no solamente para buscar los heridos por la explosión, algunos de los cuales habían sido arrojados muy lejos, al patio circular o al fondo del foso, sino también para iluminar todo el frente del torreón, de manera que no cupiese esperar ninguna sorpresa por parte de los sitiados.

Gracias a ello pudo La Candeur ver transportar algunas víctimas, entre ellas Stefo el Dálmata, a quien ordinariamente llamaba el Caimán, y que había sido grave-

mente herido. Y no pudo evitar un escalofrío al ver los importantísimos resultados de su ingeniosa defensa.

¡Ay, cómo había volado el Caimán!

¡Nunca perdonaría el bajá negro a los huéspedes del torreón el estado en que habían puesto a su primer lugarteniente! Y de ese enojo no escaparía ni el sobrino de Rothschild.

Los soldados, furiosos por la explosión y también por haber visto que se les escapaban los dos prisioneros, no se recataban en levantar el puño hacia el torreón y en prometer a los que allí estaban encerrados un poco halagüeño porvenir. Menos mal que lo hacían en lengua incomprensible para La Candeur. Sin embargo, adivinaba poco más o menos el sentido.

Esas reflexiones estaba haciéndose La Candeur cuando notó una palmada en el hombro. Era Rouletabille, que reclamaba su atención:

—¡Sígueme!

—¿Adónde? Estamos cercados por todas partes...

—Tan bien cercados—aseguró Rouletabille—, que se han cuidado incluso de poner guardias al pie del torreón en la parte del campo y los precipicios. Vengo de allá. No se puede hacer nada.

—Entonces, déjame dormir, que me caigo de sueño.

—¡No! Sígueme.

—¿Adónde?

—¡Al subterráneo!

—¿Crees que vamos a poder huir por allí? ¡A fe que el condenado de Priski no habrá tomado sus precauciones!

—¡Métete eso en el bolsillo y sígueme!

Y Rouletabille entregaba a La Candeur una especie de bujía, pequeña, pero pesada.

—¿Qué es esto?

—Una cosa con la cual hay que llevar mucho cuidado para que no caiga: «un cartucho de dinamita».

—¿Más dinamita?

—¡Más! ¡Y suerte que tenemos! Pero puedes tranquilizarte, porque es el último... Además, nos va a ser tan útil como el primero...

—¿Qué vas a hacer con él?

—Lo mismo que con el otro: aislarnos.

—Ya comprendo, ya...

—Pues si comprendes, sígueme... ¡Es lo único que te pido!...

Un cuarto de hora hacía que Rouletabille se encontraba en el torreón. Y no había perdido el tiempo. Pasó revista a las disposiciones tomadas bajo la dirección de Vladimir por la pequeña guarnición. Todas las aspilleras que daban al camino de ronda estaban armadas y provistas de municiones. Los defensores, según las necesidades del momento, podrían trasladarse a todos los puntos necesarios y hacer llover sobre los atacantes, sin exponerse ellos, una granizada de proyectiles.

Y Rouletabille recobraba esperanzas sintiéndose de nuevo dueño del torreón, sobre todo con la voladura del puente.

¡No había perdido la partida!

Apenas había comenzado la noche. Y en la excursión que acababa de realizar a lo alto de la formidable torre, había visto a la muchedumbre de invitados aún en el primer patio del harén, mientras los hombres salían del *selamlík* para asistir a los fuegos artificiales, de los cuales la explosión del puente había sido la primera señal y cuyos primeros cohetes comenzaban a irradiar en el cielo. ¡No! Ivana aún no pertenecía a Kara-Selim. Quizá llegaría a tiempo para salvarla.

Y tenía una idea...

Ya sabemos que en los momentos más difíciles y en los casos más desesperados surgían en su cerebro aquella clase de ideas. Pero ante todo era preciso, como había explicado a La Candeur, precaverse contra una sorpresa por el subterráneo.

Tondor levantó una vez más la placa de hierro. Y los dos reporters bajaron de nuevo al abismo negro. Rouletabille iba delante, iluminando las tinieblas con una lamparilla.

Como la primera vez, se había atado con una cuerda, aunque aquella vez no pudiese esperar a pasar por la mazmorra, que debía estar vigilada. Al llegar al suelo del subterráneo, alumbró la bajada de La Candeur y ambos repitieron pronto el camino que habían hecho con Priski.

Pasaron sin detenerse ante las pesadas puertas de los calabozos y llegaron finalmente a la encrucijada que había determinado su primer etapa antes de llegar a la mazmorra.

—¡Chiss!—dijo Rouletabille—. ¡Detengámonos y escuchemos!

No percibieron ningún rumor.

—Me parece que por esta parte todo va bien—añadió.

Sacó del bolsillo de La Candeur el cartucho, que no llevaba él mismo porque sus bolsillos iban llenos de instrumentos propios para el robo, que pudieran ocasionar choques y roces peligrosos. Y deslizó el cartucho en una hendidura de la roca, a un metro del suelo. Le ató una mecha, que desarrolló mientras retrocedía llevándose a La Candeur.

Así llegaron cerca de las puertas de los calabozos. Entonces dijo Rouletabille a La Candeur:

—Quédate aquí y escucha. Al oír el menor rumor sospechoso por la parte de la encrucijada, ¡enciéndel! ¿Comprendido?

—¡Comprendido!

—Y, como es natural, echas a correr hasta el torreón...

—¿Y tú?

—¡No te preocupes! Yo voy a visitar a ese pobre bajá a quien Gaulow ha tratado tan cruelmente.

—¿Qué bajá?

—¡El esqueleto!

—¿El esqueleto del calabozo?—exclamó La Candeur asombrado—. ¿Qué quieres hacer con ese esqueleto?

—¡Nada! Pero en el calabozo del esqueleto hay una ventanita muy a propósito...

—No tan a propósito, porque tiene reja.

—¡Ya veremos!

Y Rouletabille se fué a descorrer los pesados cerrojos del calabozo en el cual habían visto, en un anterior paseo subterráneo, el famoso esqueleto del pobre bajá atado por la pierna.

—Los barrotes—decíase Rouletabille mientras abría la puerta—no me causan pavor. Si no hay tiempo para limarlos, los arrancaremos. No es la primera vez que encontramos barrotes en nuestro camino. Y nunca nos han detenido.

Por fin cedió la puerta a sus esfuerzos.

Y entró en el calabozo.

Seguidamente lanzó una exclamación que hizo acudir a La Candeur.

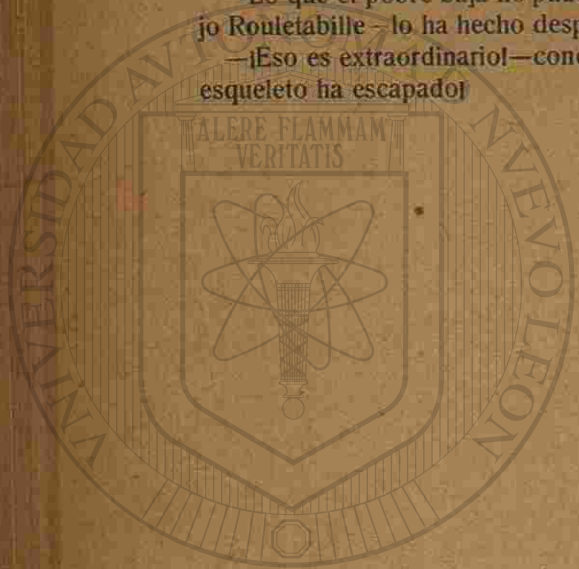
La cadena de hierro con el anillo estaban allí, pero el esqueleto había desaparecido!

Lo más chocante era que los barrotes de la ventana habían sido arrancados de sus quicios. Además, podían

verse en la vetusta muralla todos los indicios de una evasión.

—Lo que el pobre bajá no pudo hacer en vida—dedujo Rouletabille—lo ha hecho después de muerto.

—¡Eso es extraordinario!—concluyó La Candeur—. ¡El esqueleto ha escapado!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO VI

EL CAJÓN SECRETO

HEMOS dejado a Ivana Ivanovna en brazos de Gaulow en el momento en que se desmayó creyendo comprender que éste se había burlado de ella y había despojado el cofrecillo bizantino de su precioso contenido. ¡El golpe, en efecto, había sido fuerte!

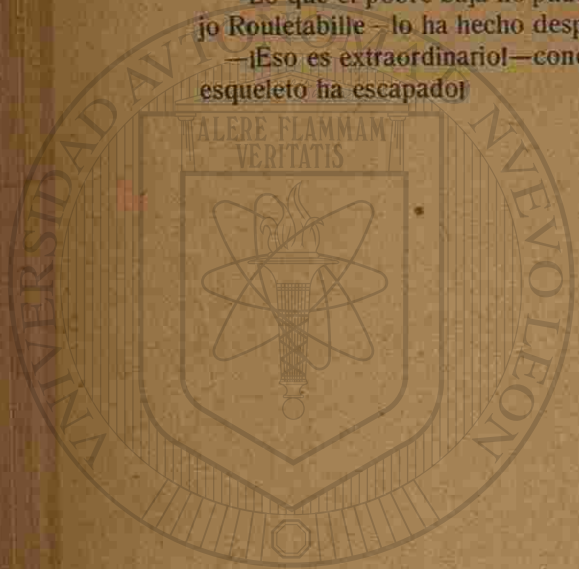
Sin embargo, a la orilla del abismo a que rodaba inconscientemente, fué despertada por el beso de Gaulow. Los labios del bandido produjeron en los suyos el efecto de una quemadura atroz. Volvió a abrir los ojos; se vió entre las osadas manos de un miserable que iba a abusar de la debilidad para afirmar derechos que la ceremonia del día le había dado; reconoció aquel rostro detestado, aquella cara criminal, aquellos ojos que se habían refocilado con la agonía de sus padres. Y el odio formidable que desde su infancia había dedicado a aquel Gaulow que la tenía en brazos, le devolvió súbitamente las fuerzas necesarias para zafarse.

Tan poco esperaba él la nueva rebeldía, tan sorprendido quedó por el brusco renacer de una presa que ya

verse en la vetusta muralla todos los indicios de una evasión.

—Lo que el pobre bajá no pudo hacer en vida—dedujo Rouletabille—lo ha hecho después de muerto.

—¡Eso es extraordinario!—concluyó La Candeur—. ¡El esqueleto ha escapado!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO VI

EL CAJÓN SECRETO

HEMOS dejado a Ivana Ivanovna en brazos de Gaulow en el momento en que se desmayó creyendo comprender que éste se había burlado de ella y había despojado el cofrecillo bizantino de su precioso contenido. ¡El golpe, en efecto, había sido fuerte!

Sin embargo, a la orilla del abismo a que rodaba inconscientemente, fué despertada por el beso de Gaulow. Los labios del bandido produjeron en los suyos el efecto de una quemadura atroz. Volvió a abrir los ojos; se vió entre las osadas manos de un miserable que iba a abusar de la debilidad para afirmar derechos que la ceremonia del día le había dado; reconoció aquel rostro detestado, aquella cara criminal, aquellos ojos que se habían refocilado con la agonía de sus padres. Y el odio formidable que desde su infancia había dedicado a aquel Gaulow que la tenía en brazos, le devolvió súbitamente las fuerzas necesarias para zafarse.

Tan poco esperaba él la nueva rebeldía, tan sorprendido quedó por el brusco renacer de una presa que ya

creía inerte e incapaz de resistirle, que sólo pudo dejarla resbalar, con estupor, de sus dedos.

Y ahora la miraba frente a él, en pie contra la pared, pálida como un cadáver, pero mostrando las uñas como una furia.

A cualquier otro le hubiera dado miedo, cualquier otro hubiera retrocedido. Pero Gaulow, cuando se repuso un poco de su asombro, se echó a reír y dijo:

—¡Cálmate, cálmate! Y piensa que me perteneces. No puedes escaparme, porque eres mi mujer. Yo seré tu marido. Por lo demás, te advierto que estás graciosa en tus actitudes. Tu dulzura intermitente no me engañaba: despertaba en mí la curiosidad de saber hasta dónde querías llegar. Querías ganar tiempo, ¿verdad? ¿Para qué? ¿Esperabas auxilios? ¡No lo niegues! ¡Lo sé! Mirabas disimuladamente a todas partes para saber de dónde vendría el socorro. Y al ver que no se presentaba, te extrañabas, te impacientabas. Has ido al balcón y has palpado, negligentemente, como quien no lo hace, la cortina. Mira, Ivana... ¡Detrás de esa cortina no hay nadie!

Y Gaulow, con gesto ampuloso, hizo correr la cortina en cuestión. Quedaron al descubierto la celosía y la reja de hierro.

—El socorro, de haber venido, hubiera venido por ese balcón— continuó diciendo—. Sólo puede venir por ahí y por el aire. ¿A quién esperabas? ¡Anda, Ivana, contéstame! ¿A quién esperabas?

—¡A nadie!—replicó ferozmente la furia, arrimada a la pared—. ¡No esperaba a nadie!

—¡Sí!—continuó el otro—. Esperabas a alguien. Quizá era un viajero, un hombre, un joven venido desde muy lejos detrás de ti con la esperanza de arrancarte a las

garras del terrible Gaulow. A lo mejor es un periodista— terminó diciendo con sorna.

Jugaba como un tigre con un ratón y se divertía formidablemente con el efecto producido por sus palabras.

Inútil era que la furia volviera la cara para que él no viese la nueva angustia que se apoderaba de ella al enterarse de que el enemigo estaba tan perfectamente enterado. Gaulow la notaba temblar a la menor de sus frases, que revelaban poco a poco la triste suerte de Rouletabille.

Y prosiguió:

—¡Un periodista! Por cierto de pequeña estatura... ¡Oh, Ivana Ivanovna! Los periodistas se creen con derecho a todo... Habría soñado con apoderarse de la mujer legítima de Kara-Selim, por lo cual no vacilaría en penetrar en el Castillo Negro del bajá negro. Qué valiente, ¿eh?... Lo malo, Ivana mía, lobezna querida, es que ha estado en un tris que no le saliera bien un plan tan bonito...

Tras aquellas palabras, entró en el vano del balcón y lo abrió, rogando a la joven que le siguiera.

—Venga, venga... Quiero enseñarle una cosa... Una cosa interesante, muy bien hecha...

Ivana no se movió, pero no fué dueña de dirigir su mirada. ¿Qué quería decir Gaulow? ¿Qué nueva infamia había preparado? Sería seguramente algún lazo tendido al pobre chico que se había consagrado a ella y que anhela salvarla, a pesar de ella misma...

Así es que miraba, miraba... El, cuando la vió tan atenta, le señaló un lugar determinado. Luego levantó ligeramente la celosía de madera, que cedió bajo su mano...

—¿Ve?—le dijo—. Esto ha sido aserrado. Sin embargo, se aguanta... No puede negarse que la operación ha sido bien hecha... Es una obra de artista, de verdadero

artista!... Realmente, los periodistas de hoy conviene que conozcan todos los oficios... que sirven para abrir puertas... o para derribarlas... Con muy poco esfuerzo, esta celosía cederá para dejar paso a un hombre.

»Pero ¿no es eso todo!... ¡Uno de los barrotes de detrás está casi completamente limado!... Pero de eso no podrá darse usted cuenta... Tendría que acercarse a mí... Ese barrote, nada más que con cinco minutos de trabajo, cedería también. Pero desde el interior de la habitación apenas puede uno darse cuenta... ¡Oh, bien preparada estaba la fuga, mocita!... Y si lo duda, mire la cuerda... Sí: una cuerda que baja hasta la roca y que está atada allá arriba, en la chimenea... ¡Qué sencillez!... Su Rouletabille (se llama así, ¿verdad?) ¡no tiene más que venir!... Se le espera... ¿No abriga usted curiosidad por ver la cuerda?... ¡Animo! Un poco de valor; un poco de buena voluntad...

»La cuerda está arrimada al muro y pasa por la derecha del balcón... ¿Le sorprende que se encuentre ahí esa cuerda tan peligrosa para nuestro amor y mi honor? ¿Le sorprende que se encuentre ahí, a pesar de conocer yo su existencia? Se lo explicaré... Querían quitarla; pero yo he dicho: «¡No, no! Dejadle seguir ese camino... Y cuando él esté arriba, cortadla...» ¿Verdad que será oportuno el corte?... ¡Pobre muchacho! ¡Pobre periodista!...

»Y quizá... ¡pobre enamorado!... Porque ¿quién me dice que no la ama?... Dada la situación de las cosas, bien puede usted confesarme eso... ¡Como usted comprenderá, el pobre no es de temer!... Va a dar un salto de cuarenta metros al torrente, o a aplastarse bonitamente en las rocas... Mire—continuó Gaulow, asomándose y mirando al aire—. ¡Desde aquí se le ve!... Ahora va a coger la cuerda...

Ivana, de un salto, se asomó al balcón y gritó en la noche oscura:

—¡No bajes, Rouletabille!... ¡No bajes!...

Pero Gaulow la empujó hacia la habitación entre grandes carcajadas. Luego cerró el balcón y dijo:

—¡Ay, Ivana!... ¡Cree usted todo lo que le dicen!... El pequeño Rouletabille no bajará por esta cuerda, ni por ninguna cuerda que lleve a un balcón donde le espere Ivana Ivanovna... ¡Ha muerto, señoral!...

Ivana soportó el golpe que, por lo demás, esperaba, porque en la cara de aquel hombre había demasiada alegría infernal para que no tuviera por darle semejante noticia. Y, sin embargo, gritó:

—¡No es verdad!

—¡Señoral!... Ha sido ejecutado, por mandato mío, a primera hora de la noche.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—¿Por qué me dice que no es verdad?... Tenía ya la prueba de lo que había venido a hacer aquí... ¡Y lo he hecho matar!... Ha muerto como un bravo.

Y creyó conveniente añadir:

—Ha muerto diciendo: «¡Pobre Ivana!»

A la joven le temblaban las piernas, y tuvo que sentarse en el diván.

—¡No, no! Si fuera verdad, me hubiese enterado... Lo hubiese presentado, porque lo quiero... ¡Lo quiero con todas mis fuerzas, Kara Selim!... ¡Lo quiero tanto como lo detesto a usted!...

Eso se le escapó a pesar de ella... Su dolor no le había permitido contener el grito de amor y de rabia... ¡Pobre Rouletabille! Ivana notaba ahora que su enemigo no la engañaba... ¡Con qué tranquilidad y satisfacción decía: «¡Ha muerto!»... ¡Muerto!... ¡Muerto por ella!

—¿Lo quería—gruñó el otro—y ha consentido en ser mi mujer?... ¡Veo que en el mundo, Ivana Ivanovna, hay algo más fuerte que el amor!

La cabeza de Ivana se pegaba a la pared. Ella hubiera querido morir también. Ya que no había conseguido nada de lo que intentaba; ya que Rouletabille había muerto, llamaba a la muerte con toda su alma... Vió que Gaulow se le aproximaba... Y le escupió a la cara las siguientes palabras:

—¡Sí! ¡Hay algo más fuerte que el amor!... ¡El odio!...

—Siempre lo he creído—dijo—. Precisamente por eso me he explicado sus sentimientos respecto a mí... Usted, Ivana Ivanovna, ¡no se ha casado conmigo más que por odio y por deseo de vengarse!... ¡Confíeselo!... ¡Ay! Si usted hubiese tenido un arma, ¿eh?... ¿Qué habría hecho de Gaulow?... ¡Pobre Gaulow!... Matarle, ¿no?... Para eso ha estado siempre dispuesta a dar la vida... ¡Tener la cabeza de Gaulow entre esas manos primorosas!... Para eso se casó, ¿verdad?... Pero yo desconfío de Judith y de los cofrecillos bizantinos...

Ivana levantó la cabeza... ¿Por qué le hablaba repentinamente del cofrecillo bizantino?... ¿Qué quería decir?... ¡No lo comprendí!

Gaulow continuó sarcásticamente:

—¡Oh, los cofrecillos bizantinos, que contienen tantos recuerdos de familia y tan buenas alhajas! ¡Alhajas que hieren! ¡Alhajas que matan! ¡Crucecitas de mi madre, agudas como puñales, para hundirlas hehiceramente en el corazón de Gaulow!... ¡Ay, Ivana Ivanovna! ¡Vaya una noche de bodas la que usted reservaba al señor de la *Karakulé*, con el cofrecillo bizantino!

Ivana abrió los ojos enorme, inmensamente. Una vez más renacía en ella la esperanza de que su próxima

muerte y la de Rouletabille no habían sido inútiles. Si era posible que Gaulow ignorase todavía el verdadero tesoro del cofrecillo bizantino. En ese caso, las palabras pronunciadas por él respecto a las razones que ella pudiera tener para apreciar tanto la arqueta, se referirían únicamente a las armas que hubiera podido encontrar allí dentro para libertarse o para vengarse. Y si las cosas eran así; si ella aún podía aproximarse al cofrecillo, cuyo verdadero valor no sospechaba Gaulow; si podía cerciorarse de la existencia de los documentos, podría hacer llegar la noticia al zar por medio de Atanasio, que seguramente estaría libre, y cuya llegada a la *Karakulé* ni tan sólo habría sospechado Gaulow, ya que no había pronunciado su nombre.

¡Ay! ¡Cuánto lamentaba ahora haberse desmayado en el momento en que Gaulow le proponía traerle el cofrecillo, desprovisto de lo que él creía ser lo más peligroso del contenido!...

Pero ¿qué dice ahora Gaulow?... ¿Qué hace?... Se levanta... Da órdenes... Todavía escarnece. Pero su escarnio resulta muy agradable para el esperanzado corazón de Ivana... Gaulow manda que traigan el cofrecillo... Asegura que no es una mala persona y que no puede privar más tiempo a su joven esposa de tan interesantes recuerdos familiares...

Volviéndose hacia ella, dijo:

—Recibirá ese cofrecillo, querida Ivana, tal y como fué traído de su casa, pero sin la cruz-puñal y los largos alfileres, con los cuales hubiera podido lastimarse... ¡Ahí tiene el dichoso cofrecillo!... ¿No le prometí que se lo devolvería la noche de mi boda?... ¡Pues ya he cumplido mi promesa!... Ahora toca a usted cumplir la suya... Y como ya he colmado sus deseos, le ruego que demuestre

ser la amable esposa de Kara Selim... ¡Ya hemos representado bastante la comedia del gato y el ratón—terminó diciendo en un tono terriblemente amenazador.

Ivana Ivanovna sólo tenía ojos para el cofrecillo, traído por dos esclavas, que lo dejaron no lejos del balcón... cuya cortina nuevamente había echado Gaulow...

Las esclavas, una vez depositado el objeto sobre la alfombra, se marcharon.

Y he aquí el cofrecillo entre Ivana y Kara Selim.

Ambos le miraban con sentimientos muy diferentes: Kara Selim estaba zumbón; a Ivana Ivanovna le latía tanto el corazón, que parecía próximo a estallar.

Era un cofrecillo de madera, del tamaño de una maleta pequeña, pintado con abigarrados colores, con dibujos a base de clavos dorados y cuero repujado.

Y aquel cofrecillo fué el último pensamiento del general Vilitchkov cuando cayó a los golpes de Gaulow, de Stefo el Dálmata y de sus soldados.

—¿Qué?—preguntó Gaulow—. Es de usted. ¿No está contenta?

—Sí—contestó Ivana con la cabeza.

Y se levantó... Quería darle la vuelta para ver si había sido roto por alguna parte.

Y se dispuso a representar otra farsa: la del niño mimado que olvida todos sus disgustos ante el juguete prometido... Tuvo fuerzas para musitar:

—¡Qué viejo es! ¡Cuánto tiempo hace que pertenece a la familia! Es un viejo amigo.

Parecía haberlo olvidado todo al ver el cofrecillo. Se aniñaba. ¿Acaso las niñas no tienen esos caprichos? Gaulow picaría.

Por fin, se decidió a abrir el cofrecillo. Ya alargaba la mano hacia la cerradura...

—¿Y la llave? ¿Quién tiene la llave?—preguntó el otro—. ¿Quién va a pedir graciosamente la llave al terrible Gaulow?

Al mismo tiempo enseñaba, colgada de la punta de un dedo, la llavecita del cofrecillo, que era también una obra maestra de orfebrería. Ivana la reconoció...

—Fué una suerte—explicó Kara Selim—que aquella noche olvidaran la llavecita en la cerradura... De no haber estado allí, quizá no se me hubiese ocurrido llevarme esta caja molesta... ¡Pero el cofrecillo estaba abierto y me ofrecía sus tesoros!... Los cogí para devolverlos... Ahora son de usted, Ivana. ¡Aquí está la llave!

La joven se dirigió hacia él y alargó la mano hacia la llave; pero él apartó los dedos... Le divertía mucho aquello de jugar con una joven a la que prometía una llave, la hacía avanzar y se la retiraba. Con ello consiguió que la joven volviera a sus brazos.

—¿Un beso? ¿Un beso a cambio de la llave? Pero ojo con morder, ¿eh?

Aquella vez soportó el beso sin desmayarse. No convenía quedarse sin fuerzas... Y las tuvo Ivana... Tantas tuvo que ni siquiera se rebeló. Y Kara-Selim pudo llegar a creer por un momento que aquel beso le daba gusto a ella, por cuanto no mostraba impaciencia.

—¡Las hijas del Balkán son extrañas, muy extrañas!... Algunas, tan ásperas como esta Ivana, fueron amansadas al primer beso del amo.

Pero en cuanto tuvo la llave se soltó cortésmente, sin brutalidad alguna, casi con coquetería; y como tenía las antes pálidas mejillas un poco rosadas, a causa del beso, Kara-Selim la encontró aún más bonita, y se lo dijo.

Ella, como tenía la llave, quería utilizarla, y el otro, riendo, la dejó hacer.

Deslizó la llave en la cerradura... Encontró alguna dificultad... Se arrodilló, pues, ante el cofrecillo... ¡Oh, si ella pudiese registrarlo por debajo! ¿Le habrá quitado la base?... Pero la arqueta estaba puesta sobre la alfombra, y era tan pesada, tan pesada, que ni siquiera podía moverla...

—¿Quiere que la ayude?—preguntó el otro.

—¡No, no, gracias! La abriré yo sola... Estoy acostumbrada...

¡Hola! Ya la llave giraba, giraba sin cesar. El cofrecillo, pues, estaría ya abierto. Ivana se puso en pie para levantar con ambas manos la tapa. Gaulow, frente a ella, la miraba, sonriendo como un esposo cortés que ha llevado un regalo a su mujercita y que se considera pagado gozando de su sorpresa.

Levantó, pues, la tapa; la levantó, y de pronto se tambaleó... La volvió a cerrar.

—¿Qué le ocurre?—preguntó el otro levantándose.

—¡Nada, nada!—balbuceó—. Un poco de debilidad... Pero ya ha pasado.

Y se pasó la mano por la frente para enjugar el sudor frío que la perlaba.

—¿Esa es toda la curiosidad que usted tenía?

—¡Va en seguida, en seguida! ¡Déjeme respirar!

Y se alejó del cofrecillo. El se le acercó; pero ella gimió, tendiéndole los brazos:

—¡Todo me da vueltas!

Gaulow acudió, contento, según le parecía, de que implorara su asistencia.

La sostuvo...

¡Qué complaciente está ahora Ivana! ¡Si no se la reconocel... Poco antes le alejaba; ahora parecía que le reclamase...

—¡Gracias, gracias!—dijo por fin Ivana—. ¡Ya ha pasado!

La llevó poco a poco al diván. Hizo que se sentara y sentóse cerca de ella. La trataba como un objeto frágil... Y ella dejaba hacer... Gaulow, por brutal que fuera, sintióse conquistado por aquella dulzura que no esperaba... Estaba emocionado.

Y le expresó su gratitud estrechándole las manos. Ella respondió a aquella presión: retuvo sus manos.

¡Oh, la desconcertante hija del Balkán!

Gaulow le dijo:

—Me complace verla más puesta en razón, Ivana. Su debilidad proviene del furor que la agitaba poco antes...

¡No conviene volver a empezar!

Le ofreció antiespasmódicos. Quiso hacerle beber el agua tonificante de cierta botellita... Pero ella le retenía. Y él sentíase nuevamente emocionado por aquella manifestación de amistad.

Sabroso es amar a las lobeznas que se defienden bien, aunque sólo sea por lo agradable que resulta derrotarlas.

Ivana, en efecto, parecía completamente vencida.

Y él le hablaba en voz muy baja, cerca de sus labios, como un verdadero y gentil enamorado que da buenos consejos.

—No hay que volver a ese furor que la atormenta y que la mataría. ¡Acepte, Ivana, la suerte que le ha cabido! ¡Le juro que nadie podrá tenerle lástima! Acéptela en seguida, porque, al fin y al cabo, no puede esperar nada de nadie. Yo la quiero... ¡Déjeme que la quiera!... Será feliz, será la dueña de la Karakulé.

Le prometió que no viviría más que para satisfacer sus menores deseos.

Todas las riquezas, toda la fortuna de la *Karakulé* y de su amo, todo era de ella. ¡La cubriría de joyas más bellas que las que hubiera podido tener *kadina* alguna!

Las nuevas joyas que había puesto en el cofrecillo no eran nada en comparación de lo que le reservaba...

—¿Ve—le preguntó— cómo no soy tan terrible? Si le he quitado algunas alhajas de familia, ha sido porque las juzgaba peligrosas; pero las he substituído por otras. ¿Las ha visto, *Ivana*?

—Sí, sí—contestó *Ivana* con la cabeza.

Las había visto...

Pero el otro protestó. ¡Si no había tenido tiempo de verlas!... Apenas abrió el cofrecillo. Además, lo volvió a cerrar en seguida... Para eso no valía la pena de pedir tanto el cofrecillo... Y *Gaulow* quiso levantarse nuevamente para enseñarle las alhajas de la noche de bodas, que, como sorpresa, colocó en el cofrecillo. Pero otra vez le retuvo *Ivana*.

—¡Quédese junto a mí!—se atrevió a decir, en voz tan baja que apenas podía oírsele.

Pero *Gaulow* entendió que ella sólo pedía ser cogida en sus brazos; que, cansada al fin de una lucha desigual e inútil, se le abandonaba... Porque él era bello y lo sabía. Había conocido ¡por *Alah*! bastantes victorias para no tener que asombrarse demasiado de aquella.

—¡*Ivana*!

—¡*Kara-Selim*!—suspiró la joven, desatando ligeramente el lazo que se estrechaba a su alrededor—. Soy su mujer, *Kara-Selim*, y le obedeceré; pero si verdaderamente me quiere, ¡téngame un poco de lástima!... Le juro que no le resistiré más; puede hacer conmigo, desde ahora, cuanto le venga en gana... Se me han acabado las fuerzas... Estoy cansada... Me entrego... Pero déjeme algunos

minutos. ¡Déjeme algunos minutos sola! Le pido una cosa que no tiene nada de particular.

—¿No será una añagaza?—replicó él, volviendo de pronto a su desconfianza.

—¡No! Le conviene... Cuando vuelva, dentro de unos minutos, se encontrará con una mujer dócil que le estará esperando.

Kara-Selim, luego de mirarla, se levantó lentamente.

—Le concedo varios minutos—dijo mordiendo los labios, porque preveía alguna nueva maquinación para escapar—; pero le advierto, *Ivana*, que serán los últimos, y que si me engaña se tendrá que arrepentir!

Abandonó la habitación sin tan siquiera volverse, convencido de que iba a tenderle un lazo, pero prometiéndose atisbar desde fuera lo que pasara una vez saliese él. Para ello era a propósito un rincón que había arreglado en tiempo de la ex princesa *kadina*, con objeto de escuchar lo que ella decía cuando él estaba ausente, y también, cuando estuvo celoso, para ver lo que ella hiciese. Desde aquel rincón, al cual podía llegarse por una pequeña terraza que daba al jardín, se oía y se veía muy bien.

Ivana llegó hasta la puerta, que *Gaulow* había cerrado tras él. Notó los pasos que se alejaban y las órdenes que daba a los eunucos de servicio. Inmediatamente corrió al cofrecillo, levantó la tapa... y salió de allí *Rouletabille*, revolver en mano.

Si era *Rouletabille*, disfrazado de hurí, agitando los velos blancos y el *yelmak* de una *kadina*, que había rogado *Alah* sabía dónde.

—¡Ufi—exclamó—. ¡Ya empezaba a anquilosarme en esta caja!

Ella, temblando de felicidad, le hacía señas de que ca-

llara. Estaba asustada de su astucia y de su audacia.

—¿Por qué lo has entretenido?—preguntó el repórter, que por primera vez tuteaba a Ivana, pero que no tenía tiempo para dedicarlo a fórmulas de cortesía—. En cuanto has sabido que yo estaba en la caja, has debido traerlo cerca de mí. Así le hubiera arreglado las cuentas... y nos hubiéramos librado de él!

Decía aquello quitándose metódicamente el disfraz, que le estorbaba. Ivana le miraba hacer abstraída, admirando su sangre fría, e incapaz de ayudarlo.

—¡No he querido, no!—repuso—. ¡No he querido acercártelo! Es más fuerte que tú y hubiera llamado a los esclavos. ¡Siempre lleva un silbato colgado de un collar! ¡Ay, Rouletabille! ¡Con vida!...

—Te había dicho que yo estaba muerto, ¿eh?... ¡Que animal! ¿Cree que a Rouletabille se le mata así como así?

Y diciendo aquello se asomó al balcón, sacó su lima y acabó su tarea con el barrote, que ya estaba muy adelantada.

—Si nos deja diez minutos, ¡estamos salvados!—dijo—. ¡Tira la cortina sobre mí! Si viene demasiado pronto, estaré escondido hasta que me parezca oportuno el momento para saltar sobre él.

Corrió Ivana la cortina. Y él continuó hablándole en voz baja desde detrás del cofrecillo. Ella no hacía más que escucharle, mirar el cofrecillo y pasarse las manos por la cara, con un gesto de loca. ¿Cómo no había gritado de alegría al abrir el cofrecillo ante Kara-Selim y ver a Rouletabille?

Pero él, trabajando detrás de la cortina, le decía:

—Anda, remueve cosas y cámbialas de sitio mientras yo acabo de limar este barrote... Procura que no se me oiga desde el vestíbulo... Te advierto que procuraré ser

breve... Acerca el cofrecillo... Así, de no tener tiempo para abrir el cajón secreto, nos lo llevaremos.

Aquellas palabras hicieron presente a Ivana la realidad de la situación.

Corrió al cofrecillo. Y, como ya estaba libre del peso de Rouletabille, pudo moverlo y arrastrarlo junto a la cortina.

—¡Sí! ¡Sí! Nos lo llevaremos—repetía.

¡Con qué apresuramiento lo vació de todo lo que contenía! Ahora estaba avergonzada de sí misma por el tiempo que había empleado en recobrarle. En cambio, el otro, el de detrás de la cortina, pensaba en todo... ¡Ay, Rouletabille!

Las manos de Ivana llegaron al fondo del cofrecillo. Estaba intacto. Lo levantó; consiguió, no sin esfuerzo, tenerlo sobre uno de los lados. Y apareció la base, ¡también intacta!

—¡Miral—susurró—. ¡Aquí está la *Sofía de la catarata*!

—Luego la miraré. Cada cosa a su tiempo. Oye... La puerta de tu habitación, ¿no se puede cerrar por dentro?

—No—respondió la joven—. ¡Ya lo he mirado, ya!... Pero he pensado en todo. ¡Date prisa! ¡El cofrecillo está intacto!...

—Sí; no han roto nada... ¡Buena señal!

—¡Oh, eso no prueba nada!—dijo ella, nuevamente febril—. ¡Han tenido tiempo de averiguar el secreto del cajón!

—¿Y tú? ¿Lo ignoras?

—Sí. Lo ignoro, ¡lo ignoro! ¡Qué rabial!

—Cálmate. Siendo nuestro el cofrecillo, nada debemos temer. (Suponían, como se ve, que nada debían temer.) Tendremos tiempo de llevarle hasta el torreón... ¡Anda! ¡Remueve cosas! Tose. Haz ruido... Es que voy

a quitar el barrote, ¿sabes?... Casi ya no se aguanta...

Lo que no se puede decir ni describir y, por tanto hay que imaginar, es el movimiento de esta escena, su rapidez, los gestos insólitos que se producen, la actitud acinerosa de Rouletabille detrás de la cortina, y las actitudes de la joven que en la habitación daba con ira vueltas y más vueltas a la caja fatal que aún no quería entregar su secreto.

Las manos de Ivana se deslizaban a lo largo de las paredes del cofrecillo; los dedos corrían por las junturas, buscando un punto de apoyo que cediese, un resorte oculto. Unas veces acariciaba la arqueta, otras la arañaba...

Finalmente la sacudió. Y entonces oyó en el interior del cajón secreto que cambiaban de sitio unas cosas. ¿Serían los documentos? ¿Quién podría decirlo antes de haberlos visto? ¿Acaso Gaulow, para burlarse completamente de ella, habría substituido los planos de movilización por unos papeles cualesquiera?

La caja es fuerte, como si fuera de hierro. ¡No podría Ivana romperla sin despertar a todo el harén!

Y he aquí que, levantando la cortina, apareció Rouletabille para decir, mirando la hora en el enorme reloj, que nunca abandonaba:

—¡Ya está! ¿No ha dicho el bueno de Kara-Selim que tienes diez minutos? Pues si no se precipita mucho, aún nos quedan cinco... Deja el cofrecillo. Tenemos tiempo de llevárnoslo. Lo bajaremos hasta la cornisa. Una vez lleguemos a las rocas nos dirigiremos al ángulo de la torre del Sudoeste, donde no podrán alcanzarnos, a no ser que hayan descubierto el camino por donde he venido. ¡Hombre! ¡Aquí está la famosa Sofía!...

Acababa de verla por primera vez. Se puso de rodillas

y la miró atentamente de muy cerca, como si fuera extremadamente miope.

—El dibujo y el color—dijo—son muy débiles. Apostaría cualquier cosa a que no se han dado cuenta de nada...

—¡Aprisa, por Dios!... Puede volver. ¡No tenemos que perder ni un minuto!

—Nos quedan cinco... ¡Oh, si yo pudiese encontrar el secreto del cajón! No tendríamos necesidad de llevarnos este cofrecillo que tanto nos estorbará.

Y se puso a tantear, a manipular, a registrar la arqueta maldita. Pero acabó por un gesto que le era habitual cuando no encontraba lo que buscaba: ¡mesarse los cabellos!

—Seguramente—dijo—esa mancha del ojo de Sofía no habrá sido puesto a humo de pajas.

Y apoyaba el pulgar en el estropeado ojo de Sofía, intentando mover la velada pupila. Pero, ¡ay!, nada cedía a su dedo...

Tras él, Ivana, descompuesta, gemía.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Parece que le oigo!

—¡Qué has de oír! Yo no oigo nada. Ten un poquito de paciencia. Espera... Me parece que veo algo más abajo de la mancha. Sí... ¿No lo ves? Se distingue el puntito dorado de la pupila... ¡Es chocante! Creo que en toda tu Sofía no hay más puntito dorado que ése.

Y oprimió especialmente aquel puntito dorado. Pero nada se movió.

Levantóse enjugándose la frente. No había encontrado nada, pero se esforzaba por ocultar su contrariedad.

—¡Dichoso cofrecillo!—exclamó, levantándolo por una de las anillas de cobre—. ¡Qué ratito he pasado aquí dentro! Por un momento creí que todo había terminado,

y que ese respetado señor había renunciado a llevarme a tu habitación. ¡Tendré motivos para acordarme siempre de mi noche bizantina!

El incorregible joven charlaba por los codos, mientras ella le ayudaba a llevar la caja, castañeteándole los dientes a causa del miedo de que, súbitamente, se abriera la puerta.

Por fin llegaron con la asendereada arqueta junto a los barrotes, que ya no podían impedirles el paso.

—Espera un poco a que coja la cuerda—dijo él.

Y se inclinó hacia afuera, consiguiendo bastante fácilmente hacerse con la cuerda, que continuaba atada a la chimenea, y que Kara-Selim había impedido que quitaran para tener el malvado placer de enseñar a Ivana el camino por donde hubiera podido escaparse, de no haber muerto Ivana.

La noche era muy oscura. Resoplaba el viento, moviendo la cuerda. Abajo, se oía el mugir del torrente.

Rouletabille atrajo a Ivana hacia sí.

—Primero, tú—dijo—. Te voy a atar. En cuanto notes las rocas bajo tus pies, desata la cuerda. En seguida, bajaré el cofrecillo. Luego, me descolgaré yo.

Ivana movió negativamente la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡Primero el cofrecillo! Y luego bajaremos los dos juntos. Así, juntos nos salvaremos o juntos moriremos.

—¿No tendrás miedo?

—No.

Sobraban, pues, las vacilaciones.

La conocía bien. ¡No abandonaría el cofrecillo!

En un santiamén ató Rouletabille la cuerda al cofrecillo y lo empujaron o, mejor dicho, intentaron empujarlo fuera del balcón.

—¡Qué fatalidad! ¡La arqueta no cabía por allí!

La separación entre los barrotes que continuaban intactos no era bastante ancha. Hubiera sido preciso serrar dos barrotes. ¡Y no quedaba tiempo!

Ivana dejó escapar un gemido de desesperación, y Rouletabille, que nunca soltaba tacos, blasfemó.

—¿Eso es lo que conseguimos luego de tantos, de tantísimos esfuerzos?

—No pasa—exclamó Rouletabille, muy pálido—. Hemos hecho, Ivana, todo lo posible para lograr esos documentos. Pero ahora hay que partir.

Quiso llevársela; pero ella se desasíó y le dijo con un ronco sollozo:

—¡Jamás! ¡Es preciso enterarse! ¡Es preciso!

—¡Qué locura!—replicó el periodista abalanzándose de nuevo sobre el cofrecillo y sacudiéndolo con mayor rabia que la demostrada antes por ella—. ¿No ves que no han descubierto el secreto? Además, esa pintura, debilitada tanto, se parece a una Sofía como a cualquier otra cosa... Puedes estar tranquila, completamente tranquila. Los documentos aún se hallan ahí... Y como nadie lo recela, se puede obrar como si estuvieran en nuestro poder, como si los hubiéramos visto.

—¡No conoces a ese monstruo! Es capaz de haber substituido los documentos por papeles insignificantes. ¡Hay que saber si se ha burlado de mí... ¡Hay que saberlo!

Y se retorció las manos.

—Por saberlo, Rouletabille, me he aventurado tanto; he estado a punto de perderte y quizás muramos. Por lo tanto, no debemos irnos sin saberlo... ¡Sería una cobardía!

—Pero ¿no ves que es un suicidio? ¡Va a llegar ése!

Ivana se fué junto a la puerta.

—Si entra, me arrojo sobre él y le matas! Pero busca, ¡busca! Siempre que te has propuesto encontrar algo, lo has encontrado.

Hablaba en tono de súplica.

—Nos va a costar caro—contestó él muy fríamente. Pero cedió. Y quedóse con los brazos cruzados ante el terrible cofrecillo, que le presentaba la curiosa e impasible imagen de la Sofía con la catarata. Luego, añadió: —Si oyes pasos, avisame para ponerme a tu lado. Pero, mientras, no digas ni una palabra.

Y se dedicó a pensar, a reflexionar profundamente acerca de la enigmática imagen. La interrogó con su agudo mirar por todas partes, aunque había un punto—el dorado en el centro del ojo—que atraía y retenía su atención.

De pronto, se irguió exclamando:

—¡Ahl Muy bien...

—¿Has encontrado algo?—preguntó su amada desde la puerta.

—¡Creo que sí...

—Y ¿qué buscas?...

—¡Un alfiler!

—¿Para qué?

—¡Para operarle la catarata a Sofía!

E Ivana lanzó una sorda exclamación porque no dudaba de que era aquello... También ella había visto el puntito en el centro del ojo, aunque, a decir verdad, no había deducido nada ni adivinado una cosa tan sencilla... ¿Sencilla? Siempre parece sencillo lo ya descubierto... Pero, de todas maneras, era sencilla la relación de ideas entre la catarata y la operación que la cura. Y para percibir una cosa así, no había nadie como Rouletabille.

¡Un alfiler! ¡Sólo hacía falta un alfiler, fuese como fuese! ¡Sólo hacía falta eso tan fácil de encontrar en una habitación de mujer!...

—¿Tienes ya el alfiler?—le preguntó él.

—¡No! No llevo. Y aquí no hay... Ese monstruo ha ordenado que quitasen de aquí y del cofrecillo todo lo que pinchase... ¿Comprendes? ¡Temía que yo me defendiese! Sí; mandó separar las joyas peligrosas...

—Pero ¿no llevas encima ni un pequeño alfiler?—preguntó febrilmente Rouletabille, mientras buscaba por los muebles.

Pero allí no había muebles más que para sentarse o para acostarse. ¡Ni estanterías, ni cómodas, ni armarios en los cuales se pudiese encontrar un alfiler!... ¡Nada, nada!...

Y pasaba el tiempo. Ivana dejó su puesto.

Buscaban ambos, pasaban las manos por los muebles, giraban como locos por la estancia. ¡Cuánto hubieran dado por un alfiler! Para ellos, en aquel momento, un alfiler era algo inestimable. ¡El desenlace de la futura guerra de los Balkanes dependía de un alfiler!...

No encontrándolo en los muebles, lo buscaron en ellos, en su ropa. Ya que no un alfiler, les hubiese bastado algo con que atravesar el ojo de la *Sofía de la catarata*. De pronto, Rouletabille sentóse en el suelo y se desgarró el zapato.

Luego arrancó el cordón.

Y armado con la punta de cobre que tenía el cordón, se precipitó hacia el cofrecillo.

¡Inundió la punta en el ojo de Sofía!

Al momento oyó un ligero crujido. Pero nada se manifestó exteriormente.

Ivana que había esperado con ansiedad el resultado

de la operación, se clavaba desesperadamente las uñas en las mejillas.

Rouletabille la obligó rudamente a que estuviera quieta.

—¡No hagas eso! La cosa marcha. ¿No ves cómo la mancha del ojo ha dado una vuelta sobre sí misma? Sí: la cosa marcha. Pero espera un poco. ¡Ayúdame!...

Tras aquellas indicaciones, Ivana le ayudó a levantar el cofrecillo y a colocarlo sobre dos sillas, de manera que quedó en el aire como estaba en la cámara de las reliquias, sobre los brazos del sillón a la Dagobert.

Entonces, Rouletabille se arrodilló, pasó su mano por debajo, tanteó con la punta del cordón hasta que encontró el centro del ojo y apretó súbitamente...

En seguida se oyó el ruidito de un resorte y se produjo el ansiado movimiento, saliendo fuera la mitad del cajón secreto, cuyos bordes estaban tan excelentemente disimulados bajo los adornos, la pintura y el dibujo de los clavos, que era imposible distinguirlos cuando el cajón no estaba abierto.

Y, ahora que estaba abierto, parecía un cajón la mar de sencillo y sin misterio, un cajón como todos los demás... Pero ¡ya estaba abierto!

¡Y todos los documentos se hallaban allí!

¡Eran, sí, los recios sobres con los grandes sellos de la cre del Estado Mayor, tan bien conocidos por Ivana!... ¡No habían sido tocados! ¡Los documentos estaban tan intactos como el día en que los dejaron allí!

¡Al verlos, no pudieron reprimir un grito de loca alegría y de triunfo!

Y se precipitaron sobre los preciosos papeles, que llenaban el cajón...

Pero ¡en aquel momento sonaron golpes en la puerta!

No cabían dudas. ¡Era Kara-Selim que volvía!

Rouletabille, con pronta decisión, cerró el cajón, que desapareció con los documentos en el secreto del cofrecillo, produciendo un ruidito seco. Luego, sacando el revólver, saltó al rincón de la pared sobre la cual iba a abrirse la puerta, de manera que le ocultaría.

Ivana comprendió. Y decidida a echarse al cuello de Kara-Selim en cuanto éste entrara, avanzó también hacia la puerta.

Los golpes redoblaron con mayor fuerza.

Y por fin la puerta se abrió suavemente.

No era Kara-Selim.

Era la *ken-khich-kadina*, la maestra de ceremonias de la cámara nupcial, que, probablemente, tendría que pasar en vela la noche de bodas. Y se presentaba muy temblorosa.

—¡Perdone, señor!—murmuró—. ¿Ha llamado?

Estaba en el umbral, inclinada y temerosa, sin atreverse a entrar. Y miraba con extrañeza a Ivana, cuya figura macilenta, cuyos vestidos en desorden, cuya actitud extraordinaria e incomprensible era natural que le pasasen. De pronto, exclamó:

—¿Dónde está Kara-Selim? ¡Kara-Selim ha llamado!
¿Dónde está Kara-Selim!

Y dió hacia el interior de la habitación un paso prudente, aunque amenazador para Ivana.

—¿Qué ha hecho de Kara-Selim?

—Ha salido de la habitación—contestó con calma Ivana, que procuraba contestar con tono natural a aquella mujer que tanto sospechaba. Hace unos diez minutos que se halla fuera. Le estoy esperando.

La kadina había entrado en la estancia, pero sin abandonar la puerta, para asegurarse la retirada.

—¡Miente! — exclamó—. ¿A qué viene ese desorden?... ¡Lo ha asesinado!

Y comenzó a dar gritos.

Entonces surgió Rouletabille con ánimo de abalanzarse sobre ella, que salió rápidamente al vestíbulo, dando un portazo. Y, una vez fuera, continuaron oyéndose sus clamores insensatos, que despertarían a todo el harén. Luego, casi en seguida, se produjo un alboroto con las carreras y gritos de la servidumbre.

Rouletabille había cogido a Ivana y se la llevaba como una pluma. Se trataba de llegar al balcón antes de que entraran los esclavos y los eunucos.

Y llegaron en menos de un segundo.

—¡Cógete bien de mi cuello! — le gritó.

Ya se agarraba de la cuerda, a horcajadas en el balcón, cuando entró en la estancia una multitud delirante.

Entonces alargó hacia aquella chusma el brazo que empuñaba el revólver, y disparó.

Se tambalearon varios cuerpos entre aullidos y palabrotas.

Y Rouletabille, llevando a Ivana, bajó con la rapidez de una flecha a lo largo de la cuerda y se sumió en las tinieblas de la opaca noche. Abajo mugían las aguas del torrente...

Arriba continuaba la algarabía. Varios disparos atravesaron la obscuridad. Y las balas se achataron cerca de los fugitivos, pero en las murallas o en la roca.

Ivana continuaba abrazada a Rouletabille.

De pronto el repórter lanzó un grito horrible: ¡la cuerda cedía, ya no les aguantaba!

¿Por qué? Porque acababan de cortarla por arriba...

Pero, afortunadamente, sus pies tocaron casi inmediatamente en las rocas sobre las cuales se levantaba la

Karakulé, y que por aquella parte formaban una especie de cornisa, salida sobre las aguas del torrente, la cual pensaba utilizar Rouletabille para llegar sin molestia hasta el ángulo de la torre del Sudoeste.

Ninguno de los dos estaba herido.

Pero mientras no llegasen a aquel ángulo, continuaban expuestos a los tiros de revólver y de fusil que desde el balcón les disparasen, al azar, por fortuna.

Por fin salieron de la zona peligrosa. Y antes de que las almenas se poblasen de soldados, a los que seguramente azuzarían contra ellos, tenían tiempo de alcanzar el ventano por donde Rouletabille había salido del calabozo subterráneo, el ventano por donde *había escapado el esqueleto*, el misterioso esqueleto que tan curiosamente le había enseñado el camino.

de la cornisa, a las rocosidades, y por otra, aproximadamente, a los jardines de invierno del harén.

Eso le había inspirado la idea—cuando el camino de los tejados no pudo ya serle útil a consecuencia de la fuga y de las revelaciones del señor Priski—de penetrar en el harén utilizando la ventana del calabozo subterráneo que anteriormente recibía luz por encima de la cornisa.

Esta se hallaba formada, como ya hemos dicho, por las rocas que daban al torrente, puesto que los muros de la *Karakulé* habían tenido que ser levantados ligeramente hacia atrás a causa de lo socavadas que estaban las rocas en la parte inferior por las furiosas aguas del torrente bajado del Estrandja-Dagh.

Rouletabille, después de haber dado la vuelta a la tercera torre del Sudoeste, se vió casi a la altura de la abertura enrejada que daba al *haremlík*. Y ¡qué casualidad! la reja había sido quitada y luego colocada sencillamente, con lo cual Rouletabille no tenía más que levantarse a pulso y empujar la reja para encontrarse, como se encontró, en una tronera, desde donde fácilmente se podía ver todo lo que pasaba en aquella parte del harén.

Y ¿qué pasaba? Nada. Frente a él estaba la gran piscina de invierno que servía para los baños de las *hanums*, pero que en aquel momento estaba solitaria.

Todos los moradores del harén—mujeres y eunucos, *kadinas*, *odaliscas* y esclavas—estaban en aquel momento en los jardines, patios y terrazas, entretenidos por los fuegos artificiales.

Rouletabille, al darse cuenta de la feliz coyuntura, saltó a una inmensa estancia lujosamente pavimentada por las piedras más raras, donde murmuraban los surtidores de agua cayendo en lluvia perfumada en albercas, con

CAPITULO VII

LO QUE IVANA, ROULETABILLE Y LA CANDEUR ENCONTRARON EN LUGAR DEL ESQUELETO

ROULETABILLE, en efecto, para llegar hasta Ivana, había sido extrañamente ayudado por las curiosas peregrinaciones de aquel esqueleto. Había encontrado, gracias a él, expedito el camino. Tan servicial era el esqueleto, que, como si presintiese las necesidades de Rouletabille, había atado a uno de los barrotes la cuerda que le había servido para escaparse del calabozo.

El repórter, sin perder tiempo en el esclarecimiento de tan prodigioso misterio, porque estaba dispuesto a no asombrarse de nada desde que había puesto el pie en el fantástico Castillo Negro, se había dejado ir a lo largo de la cuerda y había echado a correr por la estrecha cornisa que, sobre el torrente, bordeaba los muros del Sudoeste hasta el recinto del *haremlík*.

El estudio rápido, pero profundo, que había hecho de la *Karakulé* en ocasión de sus últimos paseos por los patios y por los tejados, le permitía moverse con seguridad por aquel laberinto de piedras, le había revelado una abertura enrejada que daba por una parte, a poca altura

arreglo a una arquitectura que en nada ha variado desde *Las mil y una noches*.

De allí pasó a una especie de guardarropía, donde estaban colgados velos y vestidos de mujer, *feradje* y *yalmaks*, que sin duda pertenecían a las invitadas a la boda y que habían sido dejados provisionalmente allí, hasta que llegara la hora de marcharse.

Saltar hacia aquellas telas preciosas, envolverse en un *feradje* y cubrirse la cara con el *yalmak*, fué para el repórter cosa de un instante.

Semejante disfraz serviría maravillosamente a Rouletabille en aquellos momentos en que la noche empezaba, y, sobre todo, en una fiesta que había atraído numerosas mujeres desconocidas, esclavas y eunucos.

El joven, efectivamente, vagó por todas partes, por el interior y por los patios, sin ser atajado ni una sola vez por pregunta alguna, cuya contestación, por cierto, le hubiese puesto en grave aprieto.

Así había podido acercarse a los aposentos de la nueva kadina favorita y entrar en la cámara del ajuar sin ser distinguido por dos eunucos que tenían el encargo de vigilar el vestíbulo, pero que estaban asomados a una ventana para disfrutar del espectáculo. Una vez allí, empujando una puerta, vió en el fondo de un cuarto, donde habían dejado las maravillas del *aski* nupcial, el cofrecillo bizantino que aquella misma noche tenía que ser llevado a la habitación de Ivana.

Llegar hasta allí, forzar la cerradura, abrir el cofre y arrojarlo dentro al oír ruido en la cámara del ajuar... ¡eso había sido el plan del repórter, tan pronto realizado como concebido!

Ahora bien: era jugarse el todo por el todo, incluso la vida de Ivana y la suya.

¿No había corrido muchos peligros? Y ¿no había escapado milagrosamente de ellos? Además, desde hacía una hora, todo parecía salirle bien y *ayudarle en sus pasos y gestiones*. Todos los obstáculos habían desaparecido oportunamente ante él, que ya no desesperaba de triunfar.

Sin embargo, el rumor que había oído y que le había hecho suponer que iban a buscar el cofrecillo, no tuvo continuación. Y quedóse allí dentro, resollando, sudando, casi ahogándose, levantando de vez en cuando la tapa para respirar. Y allí dentro estuvo más tiempo del que hubiera deseado.

Cuando ya comenzaba a perder la paciencia, oyó, efectivamente, que se aproximaban los criados... Y lo levantaron. ¡Qué terrible emoción! ¿Encontrarían el cofrecillo muy pesado?... ¡No, no!... El traslado se hacía normalmente.

Ya le dejaban nuevamente en el suelo... Oyó la voz de Gantlow. ¡Y también oyó la voz de Ivana!

Ahora que ya sabemos el camino seguido por Rouletabille, vamos a buscarle en el camino por donde se lleva a Ivana, en aquella cornisa que lleva a los dos fugitivos hasta el torreón.

En aquel momento era el castillo entero una batahola de clamores y llamamientos. Resonaron las trompetas. De todas partes salían disparos. El deslunado despedía un enorme estruendo. Corrían los soldados por las murallas. En lo alto de las torres eran encendidas hogueras que lanzaban siniestros resplandores en la noche oscura, en la noche atormentada por las fragorosas aguas que bajaban de las sierras.

¡Cuánta prisa tenían que darse Ivana y Rouletabille para llegar a su refugio!... Ya estaban junto a la ventana

del calabozo... La cuerda continuaba allí... Subieron hasta la abertura... Rouletabille hizo pasar a Ivana delante... ¡Salvada!... ¡Estaba salvada!... Así, al menos, lo creía él... Y lo estaría, si el torreón resistía el ataque formidable que desarrollarían todas las fuerzas de la *Karakulé*, conducidas al combate por Gaulow, furioso a causa del rapto de Ivana.

Muchas cosas había hecho Rouletabille... Pero ¿cuáles no haría aún, ahora que tenía a Ivana y poseía por fin el inviolado secreto del cofrecillo bizantino?... Su programa, en efecto, estaba próximo a cumplirse. Le había arrebatado la preciosa presa a Gaulow, y sabía que Gaulow ignoraba por completo los planes de movilización, los planos, que estaban intactos en el fondo del cajón.

¡Lo único que le quedaba por hacer era avisar al general Stanislawof, llevar la noticia a quien la esperaba con su ejército detrás del Istrandja-Daghi!

Pero ¿por quién lo haría saber? ¿Quién sería su mensajero, ahora que Atanasio había desaparecido? En cuanto a él, estaba decidido a no abandonar a Ivana. Y, personalmente, los documentos búlgaros no le interesaban más que si fueran documentos turcos. Pero, de todos modos, era una dificultad inesperada, que iba a ponerse de manifiesto en seguida, y de la cual no recelaba Ivana, la cual suponía con júbilo que mientras ella, con su presencia, refendría alrededor del torreón a Gaulow y a sus soldados, empeñados en no dejarla escapar, el portador de la buena nueva, o sea Atanasio, del cual nadie se ocuparía, pasaría la frontera disfrazado de mulero y traería consigo el ejército...

Ivana sólo pensaba en eso...

¡No se le ocurría darle las gracias a Rouletabille, que acababa de hacer tantos milagros!

Apenas bajaron sanos y salvos al calabozo; apenas entraron en la paz subterránea, luego de haber escapado a la espantosa tormenta que contra ellos se había declarado en el exterior, Ivana le preguntó con ansia:

—¿Y Atanasio?... ¿Dónde está?... ¡Es preciso que parta en seguida!... ¿No me dijiste que tenías un medio seguro para que saliera de aquí?... ¡No se puede perder un minuto!

Rouletabille no respondió de buenas a primeras. Hasta parecía un poco molesto.

¡Ni unas palabras de gratitud! ¡Ni un beso!...

¡Sólo pensaba en Atanasio!

En eso Rouletabille era injusto, porque sobradamente sabía por qué pensaba en Atanasio. Pero, de pronto, contestó casi con alegría:

—¡Atanasio ha muerto!

—¿Ha muerto?—repitió ella con voz ronca—. ¿Ha muerto Atanasio?

El otro callaba.

Y ella le gritó:

—¿Estás seguro?

—Seguro, no—respondió buscando por el suelo, a tientas, su lamparilla, y escuchando curiosa y anhelantemente la emoción y el estremecimiento de la joven en el fondo de las nieblas—. No estoy seguro; pero para el caso, como si lo estuviese... ¡Ha desaparecido tan absolutamente hace veinticuatro horas, que no puedo explicarme su desaparición más que por la muerte!... De todas suertes, no podemos contar con él.

—Entonces, me iré yo—murmuró Ivana, cuya agitación parecía estar en el colmo.

—¡Imposible!... Si quieres que el mensaje no llegue nunca al general... ¡no tienes más que ir tú!

—¡Ah!.. ¡No sabes lo que soy capaz de hacer!

—¡Oh!—gruñó el otro, malhumorado, buscando con tesón la lamparilla...

—¡Sólo viajaré de noche!

—Para que el mensaje llegue a tiempo hay que viajar de noche y de día sin que te estorben a uno... como lo hubiera hecho Atanasio disfrazado de mulero.

—¡Ay, Rouletabille!... Si él podía realizar esa tarea, ¿por qué has dejado que muriese?

—¡Oh, qué cosas!—exclamó Rouletabille.

Y levantando la cabeza con suma irritación, agregó:

—¿Todo eso es lo que se te ocurre decirme?

—Perdóname—dijo ella, súbitamente suavizada—.

Pero ¿cómo nos vamos a arreglar?

—¡Ya veremos!... Tenemos a nuestro *katerdjibaschi*, nuestro jefe de muleros, y a Vladimir.

—¿Quién es Vladimir?

—Mi secretario...

—¿Has traído aquí a tu secretario?

—Sí. Ya te lo presentaré... Conoce todas las lenguas del Istrandja-Dagh y es muy despejado... ¿Ves? No estamos completamente apurados. Todo se arreglará... Pero déjame que respire un poco y que encienda luz... ¡No sé dónde he dejado mi lamparilla!

Se inclinó... Palpó... Pasó las manos por la pared... Movi6 una cadena... ¡Oh! ¿Qué notó bajo su mano?

¡Dió un salto en la obscuridad!

—¡El esqueleto!—gritó—. ¡Ha vuelto el esqueleto!...

—¿El esqueleto? ¿Qué esqueleto?—preguntó Ivana. Trastornada también por el trastorno ajeno.

—He tocado un cráneo con mi mano... Había un esqueleto encadenado... No hace mucho se marchó... ¡Y ahora ha vuelto!...

—¡Rouletabille!—dijo Ivana con mucha gravedad—. Vas a volverte loco.

—Tienes razón—respondió él, procurando reír—. No sé dónde estoy. ¡Ah! ¡Ya tengo la lamparilla!... ¡Vamos a ver qué pasará!...

Se irguió con la dichosa lamparilla, disponiéndose a encenderla, cuando la puerta del calabozo se abrió y se cerró con fuerza irresistible, casi al mismo tiempo que una sombra se echaba a sus piernas brutalmente. Simultáneamente una formidable explosión conmovió toda la *Karakulé*.

Por las exclamaciones lanzadas se conocieron Rouletabille y La Candeur.

—No temas, Ivana—dijo en seguida el repórter—. Es que mi amigo La Candeur acaba de volar varias murellas para protegernos de toda sorpresa.

Y en las tinieblas presentó a su colaborador.

—¡Por lo visto—pensó la joven—se ha traído a toda la redacción del periódico!

Y continuó la conversación.

—¿Sabes que el esqueleto ha vuelto?—dijo Rouletabille.

—¡Imposible!—contestó La Candeur.

La lamparilla fué encendida luego de apagarse. Y los dos jóvenes se inclinaron sobre el esqueleto.

—¡Caramba!—exclamó Rouletabille—. ¡Ha engordado!...

Y quedaron estupefactos ante un cuerpo de hombre tendido en el mismo lugar en que antes se encontraba el esqueleto y que, como él, tenía el anillo de hierro en el tobillo. Estaba fuertemente atado y amordazado con una tela muy manchada de sangre, que le cubría completamente la cara.

—He aquí la más curiosa aventura de cuantas nos han sucedido—declaró Rouletabille pensativo—. ¿Qué será todo esto?

Y, acercando la lamparilla a la cabeza, quitó la tela. De las tres bocas escapó el mismo grito:

—¡Gaulow!

Era, sí, Gaulow; su cuerpo, vestido de negro, el espadón al lado... Le habían atado, pues, a pesar de su espada de dos filos, de su mandoble de verdugo, que no había podido utilizar. Al momento se comprendía la causa de que no hubiera podido defenderse. La sangre, que le cubría el rostro y que causaba tan terrible impresión, procedía de una herida hecha en la cara con un instrumento contundente. Gaulow había sido seguramente abatido por sorpresa, aunque no muerto, porque, gracias al resplandor de los rayos de la lamparilla, no tardó en abrir los ojos. Pero en seguida los volvió a cerrar, espantado.

Una furia—Ivana—se lanzó hacia él, le hundió los dedos en la garganta y le escupió al rostro toda clase de injurias y la expresión de su terrible odio.

Como una fiera, ensangrentaba sus uñas en aquella presa. Al ver cómo avanzaba su mandíbula, de una manera repugnante, hasta cerca de Gaulow, se hubiera dicho que iba a comérselo.

Rouletabille, al ver la escena lamentable que constituía Ivana encarnizándose con aquel ser medio muerto, retrocedió, se apoyó en el muro y volvió la cabeza.

Menos repulsión le hubiera dado un perro que devorase un cadáver.

Por un momento llegó a creer que ya no podría querer nunca jamás a Ivana, ya descendida de la categoría de persona.

Y fué preciso, para reponerse de semejante sentimiento, que a los gritos roncós y a las sílabas incomprensibles sucediesen las frases terribles de una requisitoria angustiada que resucitaba el pasado tan criminal de aquel hombre.

Ivana parecía sacar del fondo de las tinieblas, para echárselos encima, los cuerpos de sus víctimas, las entrañas colgantes de los desdichados a quienes había desgarrado el vientre su sable de rufián, los fantasmas acribillados de heridas que el bandolero del *Istrandja-Dagh* había mandado a los infiernos. Y hacia que le gritasen, entre estertores, las últimas maldiciones. ¡Cómo gemía Irene, la hermanita que murió ahogada en el Bósforo, dentro de un saco de cuero! Y finalmente, Ivana recordaba al monstruo las súplicas de la madre genuflexa, a la que él hería sin compasión.

Entonces, Rouletabille, acordándose de que Ivana, varios minutos antes, tenía bastante dominio de sí misma para permitir que aquel hombre juntara sus labios con los de ella, porque en eso estribaba quizá la salvación de la patria, le perdonó su arrebato feroz y sus devoradores gestos de lobezna.

¡A ver si llegaba a la locura a causa de tan prodigioso e inesperado cambio! Ivana tenía vencido, a su disposición, a aquel Gaulow que poco antes hablaba como dueño y señor. ¡Y podía hacerle todo cuanto quisiera! ¡Todo! No se preguntaba cómo habían ocurrido las cosas ni qué ejecutor de los altos designios providenciales había llevado al calabozo a aquel cuerpo aborrecido con el cual podía ahora hacer cuanto quisiera.

Estaba en una crisis de llanto, durante la cual pronunciaba sin cesar el nombre de la madre asesinada. De pronto, se abalanzó al puño del espadón, y, tirando con

ambas manos, consiguió sacarlo enteramente de la vaina.
—¡Voy a cortarte la cabeza, Gaulow!—dijo levantándose—. Y si no lo consigo al primer golpe, insistiré cuanto sea preciso.

Gaulow tenía a la sazón desencajados los ojos de puro abrirlos. Era fácil adivinar que el miedo los poseía, quizá por primera vez en su vida.

Nada podía salvarle de aquella furia vengadora. Y un rictus horrible contrajo su cara, que tan hermosa había sido.

La Candeur cayó de rodillas.

Rouletabille no decía palabra ni hacía un gesto para detener o suspender aquella ejecución. Se daba perfecta cuenta de que no le sería perdonada jamás una frase de compasión pronunciada entonces, ni un movimiento de generosidad o de retroceso con motivo de tal venganza.

Ella le cogió de la mano la lamparilla, que él cedió con docilidad. Y la dejó no lejos de la cabeza de Gaulow. El cuello se presentaba sin estorbos, desnudo, inclinando a la hoja del espadón.

Y ya levantaba éste, cuando, como caídas del cielo, sonaron estas palabras:

—¡Espere, Ivana, que voy a ayudarla!

Todos alzaron la cabeza.

—¡Atanasio!

Sí; era Atanasio, que se escurría por el ventano del calabozo, diciendo:

—Por un poco me mata la explosión. Todo el basamento de la segunda torre del Sudoeste ha cedido, por lo cual se ha derrumbado toda la torre. Ha estado en un tris que no me sepultaran los escombros cuando llegaba a la cornisa.

Y saltó al calabozo.

—¡Oh, Ivana!—dijo hablándole con sumo respeto—. Yo la buscaba todavía en el harén. Pero ¿está aquí? Habrá encontrado a Gaulow, ¿eh?... ¿Le gusta el regalo que le he hecho?

—¿Ha sido usted quien ha aprisionado a Gaulow?—preguntó Rouletabille—. ¡Veo que mientras nosotros le suponíamos muerto, no perdía usted el tiempo!

—Démonos prisa—repuso Atanasio—. ¡Qué descontento hay arriba! Todo el mundo busca a Gaulow. Su desaparición les ha vuelto locos... Acabarán por figurarse que nos lo hemos llevado nosotros. ¿Está el torreón a propósito para defenderse?

—Sí—dijo Rouletabille.

—Por la parte de la cornisa estamos protegidos—explicó Atanasio—, gracias al derrumbamiento de la segunda torre, porque el torrente, al encontrar un obstáculo, se ha subido por la cornisa... Luego de estar a punto de ser aplastado, he estado a punto de ahogarme. ¡Acabemos de una!...

Mientras tanto, Ivana había retrocedido, poniéndose fuera del alcance de la lamparilla. Apenas se distinguía su silueta apoyada en el espadón. Y cuando Atanasio se inclinó hacia Gaulow, sin duda para colocar mejor la cabeza, dijo Ivana con voz extrañamente cambiada:

—¡Atanasio!... Déjame a mí el cuidado de la venganza. En estos momentos tenemos que cumplir un deber más sagrado. Tenemos la seguridad, porque lo hemos visto, de que los documentos no han sido tocados. ¡Ni tan siquiera se sospecha la existencia del cajón secreto! Y hay que partir en seguida, Atanasio. Es preciso que dentro de veinticuatro horas haya pasado la frontera del Norte.

—¡Bueno!—contestó Atanasio luego de reflexionar

unos instantes ante Ivana, silenciosa—. ¡Bueno! ¡Partiré! Pero me hubiera gustado también cortarle el cuello...

Y señalaba a Gaulow, tendido en el suelo.

—¡Ya lo hará a la vuelta, amigo mío!... ¡Le esperaremos!

—¡Si es cosa de poco tiempo!... Déme esa espada, Ivana... ¡Ya verá!...

Ivana retrocedió de nuevo.

—Le aseguro que esperaremos su vuelta... ¡Váyase!... Procuraremos resistir todo el tiempo que sea preciso. ¡Aprisa!... A Gaulow no le mataremos en seguida. Nos servirá de rehenes. ¿Comprende?

Atanasio, al principio, no contestó. Era evidente que con su mirada procuraba atravesar las tinieblas para «conocer» el rostro de Ivana en aquel preciso momento. Pero le fué imposible verlo. Nadie le veía. Su cara estaba sumida en la obscuridad, su voz parecía mentir.

Rouletabille pensaba:

—La cosa está clara. Quiere matarlo ella sola. Por eso despide a Atanasio.

Este, luego de varias vacilaciones, dijo de manera muy extraña:

—No le matará en seguida, no!... Al fin y al cabo, quizá tenga razón al decir que puede servirle de rehenes... ¡Me marchó!

Rouletabille, desde el momento que vió a Gaulow en el calabozo, había pensado que serviría excelentemente de rehenes. Pero al ver a Ivana hecha una fiera, creyó que sería imposible arrancarle la presa... ¡Y ahora era ella la que hablaba de rehenes!...

Atanasio, que sólo pensaba ya en su partida, se arreglaba los harapos, pues, como ya hemos dicho, vestía como el más pobre de los *katerdjibaschi*.

—Sólo podrá marcharse por el torrente—le dijo Rouletabille—. No se puede por la parte del torreón, que está vigilada, ni por el lado del precipicio, al Oeste, que es por donde yo quería que bajara...

Atanasio repuso friamente:

—No me asusta el torrente, sobre todo ahora que las aguas se han desbordado a causa de la presa formada por la caída de la segunda torre. Antes he visto ya por dónde podría pasar, dónde podría atracar... La noche es oscura; llueve a raudales. ¡El éxito es seguro!

—Es preciso—afirmó Ivana—que tengamos esa seguridad, porque si muriese al atravesar el torrente, saldría otro...

Y Rouletabille añadió:

—Sólo podemos salvarnos si usted sale rápidamente con bien. Intentaremos resistir tres días o, a lo sumo, cuatro. Y ello parlamentando gracias a los rehenes. (Con estas palabras pensaba inculcar más profunda y seriamente la idea de los rehenes en el ardiente cerebro de la joven.) Antes de penetrar en Bulgaria puede darnos noticias de usted. Desde lo alto del torreón se distinguen los confines del país de Gaulow. ¿Se acuerda de aquella cumbre que le señalaba yo el otro día, de aquella cumbre que dominaba el desfiladero por donde yo me figuraba que llegarían los ejércitos búlgaros?... Pues bien: si ha conseguido atravesar sin dificultad el país de Gaulow, suba a esa cumbre, que en fin de cuentas le viene a mano, y háganos una señal atando un pañuelo blanco a cualquier palo... Tengo unos gemelos muy buenos... Le veremos... Caminando toda la noche, llegará allí a eso del mediodía...

—De acuerdo—contestó Atanasio—. Pero les advierto que tengo hambre. No he probado nada desde hace vein-

ticuatro horas. ¡Si pudiera llevarme un cacho de pan! —¡Corre a la cantina!— ordenó Rouletabille a La Candeur. Y dile a Vladimir que te dé dos almuerzos del ciclista. Tráelos en seguida. ¿eh?

La Candeur desapareció.

—¿Quiere armas?— preguntó Rouletabille.

—No! Aunque las he perdido, conservo mi cuchillo, que es lo que necesita un pobre mulero...

—¿Con ese atavío ha podido entrar en el harén?— preguntó el repórter.

—Sí. ¿Y usted?

—¡Oh! ¡Me disfracé de mujer!

—Pues yo— siguió diciendo Atanasio— estuve escondido por los tejados hasta que se hizo de noche. Entonces, a gatas, conseguí llegar al *haremlik*. Por un poco me mató al dejarme caer a los jardines desde una altura de diez metros, porque la cuerda que yo llevaba era muy corta. Afortunadamente, no me herí, pero maté a un eunuco, cuyo cuerpo apenas tuve tiempo de ocultar en una ventana. Conseguí después llegar a la piscina. Y para reservarme una retirada en el caso de que consiguiera salvar a Ivana, luego de matar a Gaulow, arranqué la reja de una ventanita que daba a la cornisa del torrente... ¿A que usted ha entrado en el harén por esa ventanita?

—¡Es verdad!— dijo Rouletabille—. Me ha extrañado encontrar el camino tan expedito...

—Asomando la cabeza— continuó Rouletabille—, vi la cornisa y se me ocurrió que por allí podía llegar hasta el torreón. Para convencerme, bajé a la cornisa y llegué hasta ese ventano que, a juzgar por la disposición del lugar, daba al calabozo que nos había enseñado Priskl. Los barrotes estaban encajados en una piedra medio carbonada por el musgo. Así es que no me costó mucho

arrancarlos... Luego, para apurar la comprobación, me metí en el calabozo. Al ver el esqueleto prisionero se me ocurrió, precisamente por el deseo que tenía de ofrecerle Gaulow a mi querida Ivana, la idea de libertar al esqueleto con la esperanza de que tal vez pudiera sustituirle por ese respetado señor...

Y volviéndose hacia la joven, que no había salido de la más profunda sombra, dijo:

—Mi éxito ha superado todas las esperanzas, puesto que el esqueleto está ahí al lado y usted puede hacer con la cabeza de Gaulow cuanto le plazca...

Las sombras moviéronse como estremecidas donde estaba Ivana; y mientras tanto, el repórter pensaba:

—¿Qué misteriosa historia será ésta?

Y ya en voz alta, preguntó de pronto:

—Pero ¿cómo se ha apoderado usted de Gaulow?

—Una vez preparado el calabozo adonde yo había decidido llevarle, muerto o vivo, rehice en sentido contrario el camino ya recorrido y volví a entrar en el harén luego de haber vuelto, como la primera vez, a disimular en la ventana del cuarto de la piscina. Por las conversaciones sorprendidas en los jardines me enteré de dónde se encontraba la alcoba nupcial. Sin embargo, para no ser sorprendido por dos eunucos armados hasta los dientes, tuve que trepar a una pequeña terraza, por la cual se había de pasar para entrar en el vestíbulo que llevaba a dicha alcoba. La terraza tenía balaustres y adornos, entre los cuales conseguí ocultarme. Allí encontré un completo surtido de enseres para jardineros u obreros. Allí, pues, encontré la maza con que había de derribar a ese bandido, el cual, varias horas más tarde, salía del aposento nupcial, se dirigía a los jardines, sin duda para tomar aire, y, luego de haber hecho volver a las habitacio-

nes a los dos guardianes, se dirigía precisamente a mi terraza, mirando a todas partes por si le veían y con propósito que no me entretuve en dilucidar...

Gaulow cayó bajo mi golpe. ¿Había muerto? ¿Estaba vivo? No gasté el tiempo en averiguarlo. Arrastré tras de mí aquel ser inerte, volví a atravesar la estancia de la piscina, que continuaba desierta; bajé mi carga a la cornisa y la traje sin grandes molestias hasta aquí. Ya está explicado el misterio. Comoquiera que lo eché con cierta violencia desde el ventano hasta el suelo, lanzó un gemido. ¡No había muerto! Le sujeté al anillo y le até con los harapos de mi capa, apresuradamente anudados. Luego, Ivana, *me volví a marchar para salvarla*. Pero el cuanto llegué al harén, una gran gritería me anunció su libertad.

Atanasio, de haber podido ver las facciones de Rouletabille, se hubiera asombrado del grado de asombro que denotaban. Realmente, había para asombrarse. Pero Atanasio no parecía conceder a su relato ningún carácter excepcional. ¡Vaya un hombre, que pretendía querer a Ivana y que, en realidad, solamente se había preocupado de Gaulow!

En aquel momento volvió La Candeur agitando con desesperación sus manos vacías.

—¿Y los desayunos del ciclista?— preguntó Rouletabille.

—¡Dice Vladimír que no quedan!

Rouletabille le espetó a La Candeur:

—¡Miente!

—¡Ah! ¡Yo repito lo que me ha dicho!...

—¡Bueno! ¿Y las conservas M. H.?

—No me habías dicho que trajera conservas M. H.—arguyó candorosamente La Candeur.

—¡Qué idiota eres!—bramó Rouletabille—. ¡Vuelve a torreón!

—¡Déjenlo estar!—dijo Atanasio—. Me voy en seguida. Dentro de tres días volveré.

—¡Si, vaya!—corroboró Ivana—. ¡El hambre le dará alást... En cuanto a mí, querido Atanasio, no tengo hambre ni sed frente al hartazgo que me ha ofrecido.

Ivana miraba ferozmente a Gaulow, que ya había recobrado completamente el conocimiento y que apoyaba la espalda en el muro. Y añadió:

—¡Gracias, Atanasio!

Atanasio se arrodilló y le besó largamente las manos, mientras Rouletabille sentíase morir.

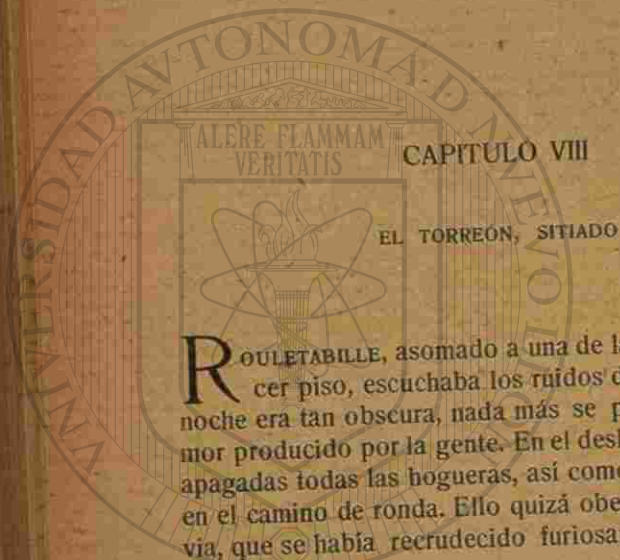
—¡Hasta la vista, Atanasio!—añadió la joven—. ¡Lleve la buena nueva al general! ¡Y que Dios le acompañe... Le esperamos, ¿eh? ¡Adiós!

El otro repitió:

—¡Adiós, Ivana! ¡Hasta pronto!

Y subiendo al ventano sin volver la cabeza, se lanzó a la horrenda obscuridad en que hervía el Estrandjaghi.

—¡Ojalá pueda llegar sano y salvo! exclamó Ivana suspirando extrañamente.



ROULETABILLE, asomado a una de las troneras del tercer piso, escuchaba los ruidos de fuera. Como la noche era tan oscura, nada más se percibía cierto rumor producido por la gente. En el deslunado habían sido apagadas todas las hogueras, así como en los patios y en el camino de ronda. Ello quizá obedecía más a la lluvia, que se había recrudecido furiosamente, que a una orden determinada.

Los soldados de Gaulow habían tenido que refugiarse en los techados, galerías y claustros. Pero no estaban lejos. Se les oía en las tinieblas. A veces se llamaban con gritos y maldiciones.

Sin embargo, nada intentaron en toda la noche.

En la *Karakulé* debía reinar un desorden grande. La desaparición de Kara-Selim luego de la fuga de Ivana y la herida de Stefo el Dálmata, dejaban sin jefe el castillo en el momento en que más lo necesitaba. Los *kachafs* se habrían reunido con los lugartenientes, embotados por una jornada de festines; pero todos se habrían visto muy perplejos para tomar un partido.

Así se explicaba Rouletabille la tranquilidad relativa que por el momento se les permitía gozar.

En cuanto se marchó Atanasio, comenzó Rouletabille los trabajos. En primer lugar se ocupó del subterráneo. Para ello salió casi inmediatamente del calabozo, llevándose a La Candeur y rogando a Ivana que guardara un ratito al prisionero. Las últimas palabras que le dijo se refirieron a eso.

La dejaba a solas con Gaulow para que por sí decidiese lo que tenía que hacer. Sabía que Ivana no encontraría más que en sí misma la razón suficiente para comprender que Gaulow les serviría más en vida que muerto.

Y si ella tenía un marcado interés en gustar la embriaguez sangrienta de la venganza, nada de lo que se le dijese podría hacerla cambiar de resolución.

Rouletabille le había sugerido una solución práctica, dada la desesperada situación en que se encontraban. Pero había tenido la torpeza de insistir.

La dejó, pues, dándole a entender con aquella actitud que el prisionero le pertenecía. Si le mataba, si le martirizaba, si le torturaba, de lo cual era muy capaz aquella hija del Balkán, educada entre dos asesinatos, Rouletabille no presenciaria una escena que, solamente en imaginarla, le llenaba de horror, de tanto horror que, cuando se figuraba a Ivana cometiendo tales atrocidades, se preguntaba cómo había podido amarla.

Al cabo de cierto tiempo volvió de su excursión por el subterráneo, en la cual pudo comprobar que la dinamita había resultado eficaz y que el derrumbamiento había alcanzado tales proporciones, que los sitiados no tenían que temer nada por debajo de tierra. Y quedó muy sorprendido y contento al encontrar junto a Ivana a

Gaulow vivo, intacto. Entonces, cogiendo las manos de la joven, le dijo:

—¡Gracias!...

La adoraba.

—¡Qué tentaciones habría tenido la joven en la obscuridad en que él la había dejado, en la obscuridad, en que a su placer hubiese podido torturar a Gaulow!...

—Puedes estar tranquilo, Rouletabille — murmuró ella—. Mé habías dejado sin luz... Y yo, cuando mate a Gaulow, quiero verlo morir.

—Pero mientras, lo conservaremos en vida, ¿no?

—Sí, sí... Mientras no hayamos pensado el suplicio.

—Pues dedica a eso tres o cuatro días... ¡Luego harás con él lo que te plazca!

—¿No hay otro calabozo?

—Sí, aquí al lado. No son calabozos lo que falta en la *Karakulé*. Escogeremos uno cuyos barrotes no dejen escapar a muertos ni a vivos.

—Y ¿quién le vigilará continuamente?

—¡El *katerdjibaschi*!— contestó el repórter—. Si con nosotros está un jefe de muleros a quien los pomaks le han matado varios parientes... ¡Y lo vigilará bien!

—Pero, sobre todo, que no le haga nada... ¡Me responderá con su cabeza!

—¡Bueno!

Y subieron al torreón, donde Vladimir les recibió con mil extremos de cortesía.

Ivana quería verlo, conocerlo, inspeccionarlo todo con Rouletabille.

Este distribuyó a la gente.

Destinó al *katerdjibaschi* al subterráneo y a Modesto al cuerpo de guardia, con la misión—para que se mantuviera despierto—de practicar a punta de cuchillo dos

pequeñas aspilleras en la dura madera de la enorme puerta que cerraba aquella estancia por la parte del puente levadizo... cuando había puente levadizo.

En el primer piso dejó a La Candeur y a Vladimir, cada uno en una aspillera que dominaban el camino de ronda. En cuanto al segundo piso, intentó concluir una alianza con los alemanes; pero no consiguió más que atraerse una descarga de injurias. Ahora, y menos que nunca, no querían hablar con quien no fuese su cónsul. Ya que era imposible entenderse con ellos, y dado que podían resultar peligrosos por sus extravagancias, Rouletabille mandó condenar su puerta con gruesos maderos, con lo cual quedaron encerrados.

En el tercer piso había dos habitaciones. Rouletabille las cedió a Ivana, reservándose, sin embargo, el derecho a entrar cuando quisiera en una de ellas, desde donde podía observar casi todo lo que ocurriera en la *Karakulé*.

El cuarto piso era la plataforma del torreón, rodeada de altas almenas. La torre, ciertamente, era elevada; pero a pesar de ello, su plataforma no se encontraba a mayor altura, por ejemplo, que la plataforma de la torre del vigía, que distaba un centenar de metros. Ello provenía de los diferentes niveles de la roca en que estaba asentada la *Karakulé*. Por tanto, era peligroso permanecer en la plataforma del torreón, ya que se podía recibir el fuego hecho desde la torre del vigía. Afortunadamente, la estrecha escalera que llevaba a la plataforma del torreón desembocaba bajo una especie de garita de piedra, en la cual podía colocarse tranquilamente un centinela para observar la parte Oeste y Sudoeste de las murallas y fosos de la *Karakulé*.

Para ver los lados Este y Norte, había que salir de la

garita y avanzar por la plataforma, pero arrastrándose de rodillas detrás de las almenas. Así se podía escapar a los disparos de la torre del vigía a poca agilidad que se tuviese.

Rouletabille puso a Tondor en la garita.

Tondor, desde allí, dominaba directamente las murallas bañadas por las aguas del torrente desde que la caída de la torre del Oeste había hecho subir las aguas e inaccesible el camino de la cornisa. Si Gaulow, zafándose del *katerdjibaschi*, era capaz de huir por el ventano del calabozo, aún tendría que sortear los tiros de Tondor.

El torreón, así vigilado y defendido, era más seguro que muchos «fuertes chabrol» que, durante jornadas históricas, detuvieron a la fuerza pública ante sus débiles murallas.

La sillería tenía un espesor de al menos cuatro metros. El único punto vulnerable era la puerta del cuerpo de guardia. Pero ¡qué puerta!... Además, había que llegar a ella. El torreón estaba rodeado por un foso de seis metros de profundidad y el puente levadizo se hallaba hecho polvo.

Los primeros resplandores del día empezaban a iluminar ya las cumbres del Istrandja-Dagh, cuando Rouletabille se encontraba en las habitaciones del primer piso, donde acababa de comprobar la existencia de municiones. Entre las de revólver y las de carabina de repetición, tenían los sitiados para disparar ochenta tiros. No era mucho. Pero tampoco era nada.

—Pronto llegará la hora de almorzar—dijo Rouletabille a La Candeur—. Aprovechemos el tiempo para ver las provisiones de boca con que contamos. Supongo que podremos alimentarnos durante cuatro días, aunque nos tengamos que apretar el vientre. ¡La guerra es la guerra! Y, a propósito, ¿por qué Vladimir ha negado los «almuer-

zos del ciclista» a ese pobre Atanasio? Ya sé yo que no estamos en la opulencia, pero eso no era nada caritativo... Porque supongo que no habrá ocurrido un desaguisado con los «almuerzos del ciclista», ¿eh? A Vladimir le entregué una caja llena...

—Voy a preguntárselo—contestó precipitadamente La Candeur, a quien todos aquellos preparativos de guerra ponían cada vez más melancólico.

Y se lanzó a la escalera, llamando a Vladimir, que precisamente había bajado a dar una vueltecita por el cuerpo de guardia, aunque había recibido la orden de no separarse de la espillera de su habitación. No tardó en volver La Candeur solo, sin Vladimir.

—Me ha dicho Vladimir que está muy ocupado escuchando con Modesto un ruidito que parece venir del camino de ronda y que tiene trazas de mal agüero...

—Vladimir ha hecho muy mal abandonando su puesto—replicó severamente Rouletabille—. Voy a bajar para ver de qué se trata y para reñirle. Pero antes abre tu cantina, querido La Candeur, para ver de cuántas cajas de conservas M. H. disponemos.

—¡Rouletabille!—gritó La Candeur, que se había acercado a la escalera—. Creo que Tondor nos llama desde arriba. Debe ocurrir alguna novedad...

—¿Estás seguro de que llama?... ¡Yo no oigo nada!

—¡Pues yo lo he oído perfectamente!... ¿Será algo grave?... Convendría subir... ¡No te molestes!... Yo mismo subiré.

Y se lanzó a lo alto del torreón, como poco antes había descendido al cuerpo de guardia. Rouletabille, intriguado, echó tras él.

Llegaron simultáneamente a la garita de la plataforma, donde encontraron a Tondor muy asombrado al verles.

Como les indicó que no ocurría nada de particular, volvieron a bajar.

—¡Me había equivocado!— declaró La Candeur algo cariacontecido—. Pero eso no tiene nada de extraordinario tratándose de un centinela que conoce tan poco nuestra lengua.

—Bueno; pero si el centinela no dice nada—dedujo luminosamente Rouletabille—, es fácil comprender que no llama...

La Candeur volvió la cabeza.

—¿Qué miras?— preguntó Rouletabille.

—Me estaba fijando por si acaso, a través de esa aspillera, se podía distinguir el punto que le has indicado a Atanasio para que nos haga señales.

—Sigueme.

—Es que creo que desde aquí, cuando haya mayor claridad, podré distinguir...

—¡Te digo que me sigas!

Rouletabille se sabía de memoria a La Candeur. Y adivinaba que éste le ocultaba algo de importancia, por cuanto se atrevía a mentirle en semejantes circunstancias. La Candeur, en efecto, no había oído nada.

Rouletabille bajó de todos modos al cuerpo de guardia para enterarse de lo que allí ocurría. Encontró a Modesto medio dormitando, pero aplicado a practicar con la punta de su cuchillo un agujero en la puerta, que era dura como el hierro, lo cual, desde cierto punto de vista, no le disgustaba.

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Nada!

—¿Y ese ruidito del camino de ronda?

—¿Qué ruidito? ¡No sé, nada!

—¡Es que dormía!—atajó La Candeur.

—¿Dónde está Vladimir?

—El señor Vladimir acaba de bajar al subterráneo. Me ha dicho que le dijera que iba a vigilar al *katerdjibaschi*, el cual, a su vez, parece que está vigilando a un prisionero.

—Ve a buscarle y dile que venga en seguida. Sube con él, ¿eh? ¿Adónde vas, La Candeur?

—Iba a subir para ver si la aspillera de la escalera...

—¡Quédate aquí!

Rouletabille paseaba nerviosamente por el cuerpo de guardia, con las manos a la espalda y el ceño fruncido. Cada vez que pasaba por el cono de luz de la lámpara que, medio apagada, habían colocado en un ángulo de la mesa, frente al «tablón de viajeros», La Candeur dejaba escapar un suspiro.

Por fin, y sucesivamente, surgieron Modesto y Vladimir de las profundidades subterráneas.

Rouletabille ordenó a Modesto que fuera a continuar su tarea, y luego, volviéndose hacia los otros dos reporters, les dijo con voz grave:

—Estamos en estado de guerra. La menor falta de uno de nosotros puede producir la perdición de todos. Así, pues, el que de ahora en adelante abandone su puesto sin haber recibido orden de ello, será condenado a muerte! Subid delante de mí.

No se lo hicieron repetir dos veces.

La Candeur, mientras subía, temblaba como el azogue. Y Vladimir no parecía más tranquilo.

—¿Qué les pasa?—comenzaba a preguntarse Rouletabille, ya con cierta inquietud—. ¿Qué voy a descubrir? ¿Qué otra hazaña me habrán hecho estos dos botarates? ¡Vamos! ¡Más aprisa!...

Una vez en las habitaciones, se cuadraron tan triste y

grotescamente ante Rouletabille, que éste se asustó verdaderamente.

—Bueno—exclamó—. ¿Queréis decirme a qué vienen esas caras?

No contestaron. Permanecían ambos con los brazos temblorosos y como atacados de idiocia.

Rouletabille, ya perdida la paciencia, sacudió brusca-mente a La Candeur, que acabó por decir gimiendo:

—Te advierto que tienes parte de culpa... ¡Como siempre estás hablando de saltarnos la tapa de los sesos!... ¿Comprendes?...

—¡No!... Es decir, sí... Comprendo que estáis haciendo el imbécil en un momento poco oportuno... ¡Andad! Abre la cantina y dime cuántas cajas de conservas nos quedan.

La Candeur se puso de rodillas, como si fuera a efectuar lo ordenado; pero en aquel preciso momento levantó la cabeza hacia Rouletabille y le dijo:

—Mira... ¡Prefiero decírtelo en seguida! Para alimentarnos, no hay que contar con las conservas de aquí dentro.

—¿Por qué?

—Porque...

Pero no pudo decir más, sino que se puso a llorar y berrear. Rouletabille estaba lívido. Y se arrojó sobre La Candeur, gritando:

—¡Anímal! ¡Te lo habrás comido todo!

—No.

—¡Abre! ¡Abre!

Pero, apartando a La Candeur, abrió él mismo. A la luz del día naciente, pudo ver lo que había en la cantina. Y dió un grito.

¡Caramba! ¿Quién lo había de esperar?... ¡La cantina estaba llena de calzado! Había brodequines, zapatos, bo-

tas con gomas y abotonadas, calzado de trabajo y de fantasía, de paseo y de noche. Todos eran del mismo número. ¡Pero qué número!... El de La Candeur. Y todos estaban nuevos, flamantes, relucientes, como si acabaran de salir del bazar.

¿Qué era aquello? Rouletabille, con voz ronca y gesto amenazador, primero asombrado, luego furioso, le preguntó al interesado... La Candeur retrocedía ante él pidiendo perdón como un niño.

—¿Dónde están las cajas de conserva? ¡Dí!

—¡Las he dejado abajo!

—¿Para meter en su lugar el calzado? —aulló Rouletabille.

—Mira... Mira...—dijo el otro sonándose y enjugándose los ojos—. ¿No lo comprendes?... ¡Representa una fortuna!

—¿Qué?

—Mi calzado...

—¿Quieres dedicarte a ese negocio en Turquía?

El otro, resoplando y haciéndose el ánimo, contestó:

—No lo he comprado para venderlo, sino para gastarlo.

—No te verás obligado a ir descalzo, no—dijo Rouletabille.

—¿Verdad que no?—replicó el gigante con verdadero orgullo—. Ello no deja de ser un consuelo a todos mis dolores pasados, presentes y futuros. Y de todos esos dolores, Rouletabille, el peor es el sufrimiento de los pies. No me refiero al dolor físico y vulgar, sino al que representa la humillación espantosa reservada a los pobres chicos que van de la Ceca a la Meca sin encontrar ni unos malos botitos arrojados al arroyo con los cuales, disimular la miseria que a fuerza de ingenio consiguen

disimular en el resto de su persona. Tú, Rouletabille, ni tan siquiera te figuras lo que es eso. En el fondo, ¡has tenido mucha suerte! Si te han arrastrado descalzo por los muelles de Marsella, no es menos cierto que te calzaron en seguida y que no tuviste que aguantar esa miseria...

«Pero, yo, amigo mío, que había dejado mi profesión de maestro para dedicarme a la literatura; yo que he ido de despacho en despacho con mis manuscritos; yo que he pasado no sé cuántas horas disimulando mis extremidades posteriores bajo las banquetas donde esperaba ser recibido por un hombre del que invariablemente dependía mi porvenir, te aseguro que parecía hipnotizado al ver mis zapatos tan estropeados, con la piel desgarrada, sostenidos milagrosamente con cordeles teñidos de tinta... ¡Y te aseguro también que no hay peor suplicio para un hombre honrado que conserva el menor sentimiento de su dignidad profesional!

«Por eso pensé que, en cuanto tuviera algún dinero y mi situación lo permitiese, lo primero que haría sería recogerme calzado para cuando viniesen malos tiempos. ¡Y me he cumplido la palabra, Rouletabille! Desde que conseguí entrar en un gran periódico, he procurado hacerme cada mes un par de botas. Y en eso, Rouletabille, he invertido mis economías. ¿Cómo quieres que las abandonara?

«¡Desdichado!—exclamó Rouletabille, sinceramente compadecido ante las inesperadas razones—. ¿Para qué te servirán esas economías cuando, por tu culpa, haremos muerto de hambre todos?

«¡Oh! Aún nos queda mucho para llegar hasta ahí—dijo La Candeur con gran aplomo—. Tenemos todavía los «almuerzos del ciclista» de Vladimir...

Vladimir le dirigió una mirada fulminante.

Y Rouletabille dijo a Vladimir:

«¿Sabiendo eso, no me lo ha dicho? Ahora comprendo que se negara a desprenderse de dos «almuerzos del ciclista». Claro está que en el fondo ha hecho bien. Dos almuerzos nos permitirán resistir veinticuatro horas más. Y puesto que hemos perdido las conservas, tendremos que apretarnos el vientre... Veámos ahora esos almuerzos, Vladimir... Supongo que no tendrá la cantina llena de zapatos, ¿eh? ¡Abra! Pero ¿qué espera?

«He perdido la llave...

«¡Igual da—dijo Rouletabille—. Basta con saltar la cerradura.

«¿Con qué?

«¡Vaya!... ¡Ya tenemos otro estúpido como La Candeur!...

Y puso él mismo manos a la obra. La cerradura, que era fuerte, se resistía mucho.

Pero por fin fué abierta la caja. Y Rouletabille se levantó vacilante. Allí no había «almuerzos del ciclista» ni provisiones de ninguna clase.

Estaba llena de una masa informe y oscura, que el repórter levantó sin llegar a comprender para qué podía servir. Además, el objeto en sí mismo era perfectamente indiferente. Lo terrible era que ocupase un lugar tan precioso... Los animales—caballos y mulas—, luego de pasar en el torreón la primera noche, fueron devueltos al techado del camino de ronda, para no llamar la atención, y no habían sido llevados al cuerpo de guardia, de manera que Rouletabille y sus compañeros no tenían nada, absolutamente nada que comer.

El repórter, sin abandonar aquella masa informe que tenía en la mano, se volvió diciendo:

—¿Qué es esto?

—Mi coraza de cuero—gimió Vladimir en el tono más lastimero y humilde que pudo encontrar.

—¿Qué coraza?

—¿Cómo?... ¿Ha olvidado usted que tengo una coraza? Le he hablado muchas veces de ella. Y por poca atención que me hubiese prestado...

—¡Bueno! ¡La atención se la prestaré ahora! ¡Dígal—replicó Rouletabille sombríamente, casi con ferocidad.

—Como usted sabe—comenzó diciendo el otro con encantadora timidez—se ha intentado muchas veces inventar corazas para balas...

—Eso dicen, sí.

—Pero ¡qué gran verdad es que los inventores son tratados con indiferencia! La de usted me disgusta... Pero cuando le haya explicado que la coraza Dowe estaba constituida por un almohadillado muy denso que en el interior tiene los tejidos más resistentes...

Silenció de Rouletabille. Vladimir, que quizá esperaba un aliento, tosió al ver que no venía; y siguió diciendo:

—Cuando le haya recordado que la resistencia de los tejidos de la coraza Dowe tiene límites rápidos, comprenderá cómo he llegado a la idea de fabricar un tejido más resistente que el de la coraza Dowe... ¿Eh?

Silencio.

—Y mi rasgo genial ha sido encontrar un tejido que raja al paso la envoltura de níquel o de acero que recubre la moderna bala de plomo... Sí, la raja, en vez de ser desgarrada.

Silencio.

—Y en el interior mismo de la coraza hay una especie

de expansión, si vale la palabra, y hasta de reparto del plomo, a causa de la fusión de éste...

Silencio.

—Eso quita a la bala su potencia perforadora.

¡Oh, aquello era el colmo! Rouletabille se volvió hacia Vladimir Petrovitch y le dió con toda su alma una patada en cierta parte posterior.

—En adelante ya sabrás dónde poner tu coraza—le dijo, mientras el otro se frotaba, con alguna melancolía, el lugar contusionado. Pero Vladimir, que era un buen chico, no se enfadó. Desde que tenía el honor de estar al servicio de Rouletabille, ¡había visto tantas cosas! Así, por ejemplo, el día en que Rouletabille se dió cuenta de que Vladimir raspaba, a veces, los recibos de los telegramas para sacarle sumas, ínfimas por cierto, oyó el elegante joven palabras más vejatorias para su amor propio que el puntapié en la aludida parte de su singular persona... Vladimir, pues, no protestó, sino que, para evitar otro golpe, huyó seguido rápidamente por La Candeur, que se precipitó hacia la escalera, tropezó, bajó dando tumbos hasta el cuerpo de guardia y quedó allí deshecho.

Vladimir, suspirando, sentóse a su lado.

—¡Rouletabille—dijo—ha hecho mal enfadándose! Ya se pondrá contento cuando pueda ponérsela contra las balas! Una coraza siempre es útil en un sitio...

—¿Y mi calzado?—exclamó La Candeur—. Suponiendo que alguna vez salgamos de aquí, tendremos que andar mucho. Y cuando nuestro calzado se gaste en esas ásperas montañas...

En aquel momento estalló una formidable descarga de fusilería en el camino de ronda. Varias balas penetraron, rebotando por las aspilleras, en el cuerpo de guardia.

—¡Todo el mundo a su sitio!—aulló Rouletabille. Y mientras cada cual se dirigía a la aspillera al piso que le había sido indicado, saltaba él los escalones de cuatro en cuatro para llegar a la plataforma.

Toudor se disponía a disparar. Y Rouletabille, asomándose entre dos almenas, pudo ver el camino de ronda lleno de soldados, que se empujaban cerca de escaleras echadas al foso, mientras que otros, para cubrir la operación, tiraban a más y mejor hacia el torreón, esperando acertar a las aspilleras e impedir así que los sitiados molestaran a quienes tenían la misión de llegar a la poterna y hundir la puerta.

Pronto concibió y ejecutó su plan Rouletabille. La plataforma del torreón tenía un reborde, una especie de cornisa sostenida por modillones. Entre cada par de modillones, y muy cerca de las almenas, había una abertura por la cual se bajaba directamente al foso que rodeaba el torreón. Tales aberturas estaban destinadas antaño a dejar caer sobre el asaltante pez, aceite hirviendo, plomo derretido, etc. Rouletabille llamó a todos los suyos a la plataforma, y haciendo que se pusieran de bruces, con la vista en aquella abertura, dispuso tranquilamente que se fuera fusilando a los bandoleros, que ya eran muy numerosos en el foso.

—¡Disparad lentamente y con reposo!... ¡Apuntad bien—deciales Rouletabille—. ¡No podemos derrochar municiones!

Y él mismo, dando ejemplo, no fallaba nunca el tiro. Desde el camino de ronda resultaba imposible dar a los jóvenes sitiados, porque eran invisibles tras la defensa de piedra. Eso no disuadía a los de abajo de dirigir hacia arriba nutridas descargas, que, desde luego, no tenían resultado alguno. Los atacantes no hubieran podido mo-

lestar a los sitiados más que desde la torre del vigía, pero aún no se les había ocurrido.

En cuanto a los soldados que había en el foso, hubieran tenido que disparar en línea recta hacia arriba, con la culata del fusil encima del hombro y con extraordinaria habilidad para que sus proyectiles se deslizaran por las estrechas aberturas por donde les caía aquella lluvia infernal.

Ya hemos dicho que para bajar al foso hubo empujones entre los soldados. Lo mismo ocurrió cuando quisieron volver al camino de ronda. Entonces no hubo necesidad más que de disparar sobre el grupo e ir dejando que se vaciaran los cargadores, que derribaban de las escaleras racimos de soldados.

Pocos pudieron librarse. Y quienes lo consiguieron sembraron el espanto entre las fuerzas encargadas de cubrirles, que también sufrían el fuego directo del torreón.

Era que Rouletabille, viendo el foso desembarazado, gritó a la pequeña guarnición:

—¡A las aspilleras!...

Y todos bajaron a su respectivo sitio, corriendo de aspillera en aspillera, disparando desde cada piso, dando la ilusión de una tropa entusiasta y decidida a vender cara la vida.

Por otra parte, como en lo alto del torreón continuaba Toudor disparando entre las almenas, los atacantes, desconcertados, se preguntarían con qué número de sitiados se las habían.

La primera operación, pues, había sido desastrosa para la gente del Castillo Negro.

No encontrando refugio alguno en el camino de ronda, lo abandonaban a toda prisa y volvían al deslunado, lle-

vándose solamente algunos heridos, pues no habían tenido tiempo para recoger a los que gemían y pedían socorro arrastrándose por el foso. Luego de haberse puesto en salvo, cerraron tras ellos la pesada puerta del deslunado. Y el camino de ronda quedó completamente limpio de atacantes.

—¡Alto el fuego!—ordenó Rouletabille, pensando siempre en administrar bien las municiones.

Entonces pudieron todos felicitarse de aquella primera victoria. Vladimir bailaba de alegría. El *katerdjibaschi*, a quien Ivana había relevado de su misión para que pudiera combatir, reía diabólicamente mientras acariciaba la culata de la carabina de Atanasio, que Ivana le había entregado.

Por cierto que Rouletabille se extrañó mucho de que la joven no acudiera a disparar junto a él. Como conocía su carácter, sobradamente esforzado, pensó que tomaría parte en la lucha. Pero prefirió hacerse carcelera. Quizá había sido impulsada a ello por el odio invencible; pensaría que, si acaso forzaban el torreón, tendría al menos la alegría de, antes de morir, matar a Gaulow con sus propias manos. Y para que las cosas no dejaran de ocurrir así, en todo caso se encargó de vigilarle.

—¡Hombre! ¡Priski!... ¡Ese sí que no lo yerrol!—exclamó Vladimir, que había asomado la nariz por una espillera y que se echó al hombro la carabina para dispararla contra el mayordomo, cuya silueta se erguía encima de la cortina del Norte. Pero resonó otro tiro.

Al punto se tambaleó Priski y desapareció tras la muralla. La voz de La Candeur, subiendo desde el cuerpo de guardia, decía:

—¡He matado a Priski! ¡He matado a Priski!

Los jóvenes bajaron.

—¿Qué hacías ahí?—preguntó Rouletabille, que parecía de muy mal humor.—¡Había dicho que todos arriba!

—Y yo fui en seguida, en seguidita—replicó La Candeur.

—Pero no te has quedado.

—No... ¡Como disparaban tanto!... A mí el olor de la pólvora no me gusta.

—¡Vaya un valientel

—No lo seré; pero ¡he matado a Priski!

—¡Buena la has hecho!... ¿Sabes que ha muerto el capellán? ¡Ayer vi que se lo llevaban con Stefo el Dálmata! Sólo quedaba Priski para poder entrar en razón a esos salvajes, para hacerles temer represalias, para hablarles del sobrino de Rotchschild...

—¡Pues lamento que haya muerto!—dijo La Candeur enfadado.—Al fin y al cabo, no he tenido yo la culpa...

—¿No has tenido tú la culpa?

—¡No! Ha sido mi fusil, que se ha disparado solo. En cuanto lo he apoyado en la espillera... ¡pum!... Y Priski estaba muerto... ¿Qué quieres que le haga?... Yo no quería matar a Priski ni a nadie... ¡No me gusta hacer daño!...

—¡Oh, ya lo sabemos!—dijo Rouletabille.—No hay miedo de que tú solo agotes las municiones...

—Cada cual puede ser útil de una manera—replicó La Candeur con un tono de suficiencia que hizo levantar la cabeza a Rouletabille.

—Pero ¿tú crees que procuras ser útil? ¡Tienes demasiado egoísmo para eso! ¡Sólo te preocupas de reunir un tesoro en zapatos para tu ancianidad!

—¿Por qué has de hablar mal de eso? ¿Por qué has de tener antipatía a mi calzado? ¡Mira, mira si sirven o no sirven!

Rouletabille y Vladimir se dieron entonces cuenta de que todas las botas y los zapatos de La Candeur habían sido bajados al cuerpo de guardia y puestos a pares junto a la poterna.

—¡Ja, ja!—exclamó Rouletabille.

—¿Comprendes?—preguntó La Candeur.

—¡Sí, hombre! ¡Eres un pillastre!

—¿Están bien colocados o no?... Cuando esos salvajes vengan a derribar la puerta, cuando trepen hasta aquí desde el foso, ¿qué es lo primero que verán entre la gastada base de la puerta y el no menos gastado pavimento?... ¡Mis pares de calzado!... Y dirán: «¡Cáspital! Los sitiados han recibido refuerzos! ¡Tomemos las de Villadiegol» ¿Qué tal?

Rouletabille y Vladimir no pudieron contener la risa.

—¿Tienes razón para enfadarte?—preguntó La Candeur.

Y contestó Rouletabille:

—¡No!

En esto, una voz adorable, juvenil y alegre, que parecía de bajo tierra, gritó:

—¡Tengo hambre! ¿Cuándo se almuerza?

Era Ivana. Se plantó jubilosamente en medio de los defensores del torreón.

—¡Hemos vencido!—exclamó—. Me lo acaba de decir el *katerdjibaschi*... La enhorabuena más cumplida, ¿eh?... Y ahora ¡a celebrar la victoria!... Tengo que dar una buena noticia. Pero antes almorcemos. El combate supongo que les habrá despertado el apetito. Y en cuanto a mí, ¡me muero de hambre!

—¡Ay, Ivana!—repuso Rouletabille—. Pídale de qué comer a estos señores; yo no puedo ofrecerle nada.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó la joven con asombro—. ¿Es que no tienen provisiones?

—Se las han dejado en el camino y han preferido traer objetos de uso personal... Esa es la razón, Ivana, de que no tengamos ni un trozo de pan... Así es que no almorzaré ni comeré... ¡ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana!...

—¡Vaya una perspectiva!—declaró la joven—. Pero no hay que desesperar, porque me figuro que este asunto no tardará en arreglarse...

—¿Cómo?—preguntó Rouletabille.

—¡He hablado con Gaulow!

—¿Y qué?

—Se ha puesto muy razonable.

—Un recién casado, a poco que sea galante, no puede negar nada a su esposa—insinuó neciamente La Candeur, pensando que hacía la mar de gracia.

—¡Qué oportuno!—comentó Ivana sin pestañear—. Mi esposo, en efecto, me ha otorgado todo cuanto le he pedido.

—Y ¿qué le ha pedido, Ivana?—preguntó Rouletabille, que de pronto se había puesto tétrico.

—Una cosa que me parece muy sencilla y que supongo satisfará a todos. Gaulow nos deja nada menos que salir de la *Karakulé* y atravesar su país, comprometidos a no causarnos ninguna molestia, con tal de que le perdonemos la vida y le devolvamos la libertad.

—¿Eso dice?—exclamó La Candeur—. ¡El caso es que no se trata de un hombre de fiar!... Estoy seguro de que en cuanto le devolvamos la libertad y hayamos salido del torreón, nos atacará con toda su gente...

—Yo también—repuso Ivana—. Por eso he estipulado que no le pondremos en libertad hasta que no lleguemos a la frontera de Bulgaria, con tal de que estemos lejos de sus tropas, las cuales recibirán la orden de no seguirnos.

—¡Oh!—exclamó Rouletabille—. ¡Qué confianza más grande tiene Gaulow en usted, Ivana!

—Aunque yo—replicó la joven—no cumpliera mi palabra, ¡y juré que la cumpliré!, saldría ganando por de pronto el no ser muerto en seguida... Porque yo no le he ocultado que si no llegábamos inmediatamente a un acuerdo, *empezaría a hacerle morir...*

—Entonces no le ha dejado elegir!

—Así lo habrá comprendido él!

—La felicito, pues.

—*Puede felicítarme, Rouletabille*—dijo ella en un tono que durante unos momentos atrajo la atención del reportero.

Decididamente había ocasiones en que Ivana se le escapaba, como, por ejemplo, ahora, en que hacía gala de una diplomacia tanto más extraña cuanto que *implicaba la renuncia sin esfuerzo a una venganza por la que en otras circunstancias hubiera dado su vida y la de los demás...*

Y le dijo:

—Me place verla tan conciliadora, Ivana. De sobra sé que para usted representa un gran sacrificio concedernos a Gaulow. La dificultad está ahora en saber si los bandidos de la *Karakulé* se avienen al pacto...

—¿Lo duda?

—Dudo, sí, que acepten las condiciones fijadas por usted. Difícilmente admitirán que nos llevemos a Gaulow. ¡Y comprendo su desconfianza!

—¡Yo también comprendo la de usted!—añadió ella con singular sonrisa—. Usted supone que no es menester cumplir una palabra dada a Gaulow, y que yo, una vez a salvo, no cumpliría la mía, ¿verdad?

—¡Psé!

—¡Pues le repito que cumpliré mi palabra!

—¡Ivana! ¡La desconozco!

—¿Sí? ¡Es que me civilizo! Pero ¿qué opina usted?

—Ante todo, procurar parlamentar con ayuda de Vladimir. Pero, créame, aunque nos dejen salir, no salgamos más que en último caso. Usted dice que cumplirá su palabra. Bien. Pero nadie nos dice que ellos cumplirán la suya...

—Y ¿qué haremos si nos quedamos aquí? No hay viveres...

—Ayunaremos durante cuatro días; es preferible ese ayuno entre estos muros, a comer a dos carrillos en un país donde a cada paso estaremos en peligro de que nos asesinen...

—En resumen: le parece mal que haya negociado nuestra liberación, ¿no es eso?

—No es eso. Lo que creo—respondió Rouletabille con mucha seriedad—es que se ha precipitado un poco, y que, *sobre todo, lo que ha negociado es la liberación de Gaulow.*

Esto último lo dijo mirándola de hito en hito.

Ella volvió la cabeza mordiendo los labios y estuvo algunos instantes sin contestar.

—¡Bueno!—acabó diciendo—. Supongamos que no he tratado con Gaulow. ¡Y no se hable más de la cosa!

—¿Por qué?—objetó Rouletabille—. Ya que hemos entrado plenamente en el terreno de la diplomacia, continuemos en él, es decir, tomemos algunas precauciones, sin adoptar ninguna resolución definitiva. No me parece mal que esa gentuza sepa que tenemos a Gaulow, y que si lo recelan, posean la seguridad. Además, suponiendo que acepten el pacto, quedamos libres de ejecutarlo cuando queramos... ¿Qué hora será?—Mirando su reloj,

se contestó:—¡Las diez! ¡Sólo las diez! En cambio, mi estómago señala mediodía. ¡Ojalá fuera!

—¿Para almorzar?

—No. Para saber si Atanasio ha salido con bien.

—¡Es verdad! Ya no me acordaba.

No había acabado de pronunciar aquella frase cuando se puso roja como una amapola... ¡Extraña Ivana! ¿En qué pensaría si no pensaba en el mejor éxito de aquello por lo cual había accedido en casarse a lo musulmán con Kara-Selim?

Rouletabille se dió cuenta de su rubor, de su—digamos la palabra—vergüenza. ¡Porque vergüenza era para una patriota haber dejado de pensar en aquello!

—¡Dios mío! ¿Qué pasará en esa cabecita?—pensaba Rouletabille—. Si no piensa en eso, ¿en qué piensa? ¡Seguramente no será en mí! Desde que la traje al torreón ni me ha dado cordialmente las gracias ni ha tenido un impulso de verdadera ternura. Se ha encerrado en su habitación. Y cuando, a través de la puerta, la he llamado, no me ha respondido. A la hora de la pelea ha ido a enterrarse con el Gaulow ese. ¿Para asesinarlo? Eso creía yo; pero ha vuelto con un tratado de alianza. ¿Qué significa eso? ¿Qué significa?

Llamó a Vladimir.

—Ate el pañuelo a su carabina—le dijo—y venga. Intentaremos parlamentar.

Ambos jóvenes subieron a lo alto del torreón. Ivana les siguió. Tondor declaró que no había visto ni un enemigo desde que la puerta del camino de ronda se cerró al huir los infieles.

—Se pondrá entre dos almenas y agitará la «bandera blanca»—dijo Rouletabille a Vladimir—. Yo vigilaré los alrededores para que no disparen contra usted.

Y llegaron a la pequeña plataforma.

Inmediatamente resonó al exterior una descarga de fusilería. Y una granizada de balas silbaron en los oídos de Vladimir y Rouletabille. ¡Qué rápidamente se retiraron a la garita! Había sido un milagro salir ilesos.

Por todas partes caían trozos de piedras rotas por las balas.

—Si es así—declaró Vladimir—como se parlamenta en este país, no es menester que desembollemos nuestros discursos.

—Disparan desde lo alto de la torre del vigía—dijo Rouletabille—. Tendremos que abandonar la plataforma. ¡Verdad es que tal vez no hayan tenido tiempo de ver nuestro pañuelo blanco!

—Eso creo—ratificó Ivana—. Vladimir apenas lo ha enseñado...

—¡Pero Ivana!—exclamó Rouletabille para poner en buen lugar el amor propio de Vladimir—. ¿Qué hubiera hecho usted en su lugar?...

¡Desdichada frase! Al momento la deploró. Ivana arrancaba ya la improvisada bandera de manos de Vladimir y se lanzaba a la plataforma.

—¡Ivana!...

¡Oh, la admirable y furiosa joven estaba en lo alto de la torre siendo cebo de cincuenta fusiles que le apuntaban! Parecía un extraño desecho de alguna heroica mascarada con los harapos de su ropa de gala azotándole las piernas y el abrigo que Rouletabille le había puesto para cubrir sus brazos y su garganta desnudos. ¡Y agitaba la bandera, la agitaba!...

Pero no la agitó mucho tiempo, sino los escasos segundos precisos para que Rouletabille se diera cuenta de aquella locura, se arrojara sobre ella, la empujara brutal-

mente hacia las almenas y la sujetara allí como un animal vencido para que no se levantara, a pesar de los deseos que de ello tenía. Y como había conseguido levantar la cabeza, que sobresaldría de las almenas, Rouletabille tuvo que agarrarla del moño... Ivana lanzó un grito de dolor y mordió acerbamente.

Entonces gritó Rouletabille, con lágrimas en los ojos:

—¡Ay! ¡Bien empiezan nuestros amores!

—¿Nuestros amores? ¡Te detesto!—masculló la joven, a la cual rechinaban los dientes.

—Comienzo a creerlo así—aseguró Rouletabille—. De todos modos, Ivana, no es el momento oportuno para estas escenas. Hay que volver a la garita. Cuidado con que nos hagan blanco, ¿eh?

—¡Bah!

—¡Ivana! ¿Se ha vuelto loca? ¿Qué le pasa? ¿Le ha sucedido algo que yo ignore? ¡Dígamelo, Ivana!

—Ya le he dicho que lo único que me pasa es que le detesto.

—¿De veras?

—¡Muy de veras!

—¿Qué motivos he dado para eso?

Ella, mirándole de mala manera, contestó:

—¡Discutir mis planes! Y a mí no me gusta que discutan mis planes.

—Me parece que no he dicho tonterías, sino cosas puestas en razón.

—¿Puestas en razón?—exclamó la joven—. Me ha dicho una cosa que no olvidaré jamás: me ha dicho que sobre todo había negociado la liberación de Gaulow!

—¡Cuidado!

Una bala acababa de dar en la piedra precisamente encima de la cabeza de Ivana. Pero ya hemos dicho que

ésta, furibunda, se resistía encarnizadamente a las intenciones del repórter, que hacía todo lo posible para salvarla, para impedir que la hirieran. Y todo ello lo hacía sin darse cuenta de que se exponía él.

—¡Le detesto! ¡Le detesto!

Su voz hacía daño a Rouletabille, que contestó:

—¡Demasiado lo repite, Ivana, para que no sea verdad! En su patria, el odio sucede con facilidad al amor.

—¡Sí!

—¡Repítalo!

—¡Le detesto!

—¡Diga que me odia!

—¡Le odio!

La dejó y se puso en pie entre dos almenas.

—¡Que la maten, si tiene gusto en ello!—le gritó a Ivana—. ¡Yo voy a lo mío!

Pero Ivana se abalanzó tras él para hacerle bajar del puesto a que había subido, en una extraordinaria y pueril exaltación, a esperar la muerte, ya que Ivana no le quería.

—¡Te quiero!... ¡Te quiero!...

Ahora era ella la que se preocupaba de él, inclinándole a la altura de las piedras protectoras. Y se abrazaron hasta casi ahogarse. Sus labios se unieron otra vez, como dentro del armario trágico.

¡Singular destino el de su amor!... Sólo se amaban en lo más agudo de las peores tormentas, entre sangre, matanzas, asesinatos... Sus bocas sólo se unían cuando la muerte rondaba cerca de ellos... Ahora, en efecto, la muerte se presentía en todas partes. Y se dejaba oír en lúgubres silbidos encima de sus cabezas, que las dementes manos estrechaban en una caricia delirante... Una vez más la muerte era el único festigo de sus ternuras. Y dan-

do sin cesar en la garita, donde se estrellaban las balas, parecía haberse hecho la guardiana de su soledad y amenazar a todo el que asomara la cabeza para ver cómo se abrazaban los dos jóvenes...

—¡Da gusto detestarse así!—dijo Rouletabille cuando pudo hablar—. ¡Procuremos vivir, Jeanne mía!...

Nunca le había dado el nombre que llevan las Ivanas en su patria, en Francia... Pero ahora acababa de dárselo con toda su alma: «¡Jeanne mía!» Y le parecía que hasta entonces no la había querido...

Como quiera que el fuego enemigo había disminuído ligeramente, aprovecharon la ocasión para deslizarse hasta la garita, adonde llegaron sanos y salvos.

—Ya desesperaba de volverles a ver—les dijo Vladimir—. Pero ¡no hay manera de asomar la nariz! Cada vez que lo he intentado ha habido lluvia de balas... ¡Si que han tenido ustedes suerte, sí!... Pero ¿qué le pasa a Rouletabille?... Esa gentuza no quiere saber nada de arreglos, ¿verdad?...

—¡Parecen ignorar hasta lo que significa una bandera blanca!—dijo Rouletabille.

—¡Qué salvaje!... ¡No respetar a los parlamentarios!... Se me ocurre una idea... ¿Quiere que les eche una piedra envuelta en un papel?... Pongámonos en comunicación.

—¡Oh!—dijo Rouletabille—. Habría un procedimiento más sencillo.

—¿Cuál?—preguntó Ivana, que se había sentado en el último peldaño de la escalera, y que levantó hacia el reportero sus hermosos ojos negros, en que aún no se había apagado la llama que poco antes los iluminara.

—Basta—explicó el interpelado—con hacer que suba Gaulow aquí. Hablará a sus soldados y quizá les haga

entrar en vereda... Y eso, Ivana, quizá fuera un medio de realizar su combinación.

—¡Oh! No tengo gran interés por mi combinación—declaró ella vacilando algo—. Ya me ha demostrado que es peligrosa y puede ser inútil... En el fondo, mejor estamos entre estos muros que en otra parte. No se trata más que de tener paciencia mientras esperamos que vengán a libertarnos. ¡Para pactar siempre estamos a tiempo! Guardemos los rehenes para el final.

Ivana hablaba entrecortada, como si las razones se le ocurrieran con dificultad.

—Además—observó Vladimir—, Gaulow no estaría menos libre de las balas que nosotros.

—¿Por qué?

—Porque los soldados, antes de reconocerlo, ya lo habrían muerto.

—Si, tiene razón—dijo Ivana penosamente—. ¡Podrían matárnoslo, cosa de la cual yo no me consolaría nunca!

Rouletabille hizo una mueca. La última frase había sido dicha con una intención oscura que en vano intentó aclarar. Pero ¡el caso era que Ivana encontraba excusas para no exponer a Gaulow!

—¡Déjeme pasar, Ivana!

—¿Adónde va? ¿No estamos bien aquí? ¿Para qué bajar a esa cárcel?

—Vuelvo en seguida. Voy a buscar mis prismáticos.

—¿Falta poco para las doce?

—Poco. Y a las doce estamos citados aquí con Atanasio.

—¡Voy a buscar los prismáticos!—dijo Vladimir. Y se lanzó a la escalera.

—¡Qué sol hace!—exclamó la joven levantándose de pronto—. Me parece que veremos perfectamente. ¡Estoy

segura de que Atanasio ha salido en bien! ¡Es un patriota de veras, un hombre que sabe lo que quiere!

Y riendo extrañamente, agregó:

—Le aseguro que podemos estar tranquilos respecto a su suerte. Ha atravesado el torrente, ha atravesado el país de Gaulow, atravesará la frontera y vendrá a liberarnos. ¡Con un hombre como ése no hay que temer nada! ¡Estamos salvados!

Estaban solos o casi solos. El que Tondor estuviera en la garita no tenía importancia para ellos, pues no oía nada de lo que decían.

Rouletabille atrajo a Ivana hacia su corazón y la abrazó fuerte, muy fuerte, menos como un enamorado que como un protector. Ella le dejó hacer, como una niña. Entonces él esperó la confianza. Y para tenerla, entre dos besos le dijo al oído:

—¡Jeanne!... ¡Mi Jeanne está disgustada!... ¿Me dirá por qué?... ¿Por qué?... ¡Nada nos separa! Si nos hemos de salvar, nos salvaremos juntos... Si hemos de morir, juntos moriremos... ¿Por qué está tan disgustada, Jeanne?

La joven inclinó la cabeza sobre el hombro y rompió en un sollozo que, desde la vispera, henchía su pecho enamorado y juvenil.

Y dijo, acercándose a él, y ocultando su rostro bañado en lágrimas:

—¡Porque quisiera matar a Gaulow!

CAPITULO IX

LA CANCIÓN DEL RÍO MARITZA

ROULETABILLE tenía el corazón de Ivana cerca del suyo, cuando ella dejó escapar aquella exclamación desgarradora. La notó realmente *tan desesperada por no matar*, que se puso lívido al pensar que amaba a una mujer que tanto sabía odiar. Y compadecido de ella, le dijo:

—Mátalo, pues.

—¿Como yo quiera?

¡Oh, cuánto salvajismo quedaba en ella, a pesar de su educación occidental, de su amor, de todo. Rouletabille separó los brazos de ella, que le aprisionaban el cuello. La dejó en libertad sin añadir una palabra. Tampoco ella habló. Estaba tan pálida como él. Y empezó a bajar. El repórter la miraba hundirse por el oscuro hueco de la escalera, y se estremecía pensando la abominación que iba a cometer, la abominación hacia la cual se encaminaba apoyándose en las paredes, como si ya estuviera embriagada con la sangre que pensaba derramar.

El corazón de Rouletabille parecía de hielo. En aquella aventura se pasaba con rapidez del frío al fuego...

segura de que Atanasio ha salido en bien! ¡Es un patriota de veras, un hombre que sabe lo que quiere!

Y riendo extrañamente, agregó:

—Le aseguro que podemos estar tranquilos respecto a su suerte. Ha atravesado el torrente, ha atravesado el país de Gaulow, atravesará la frontera y vendrá a liberarnos. ¡Con un hombre como ése no hay que temer nada! ¡Estamos salvados!

Estaban solos o casi solos. El que Tondor estuviera en la garita no tenía importancia para ellos, pues no oía nada de lo que decían.

Rouletabille atrajo a Ivana hacia su corazón y la abrazó fuerte, muy fuerte, menos como un enamorado que como un protector. Ella le dejó hacer, como una niña. Entonces él esperó la confianza. Y para tenerla, entre dos besos le dijo al oído:

—¡Jeanne!... ¡Mi Jeanne está disgustada!... ¿Me dirá por qué?... ¿Por qué?... ¡Nada nos separa! Si nos hemos de salvar, nos salvaremos juntos... Si hemos de morir, juntos moriremos... ¿Por qué está tan disgustada, Jeanne?

La joven inclinó la cabeza sobre el hombro y rompió en un sollozo que, desde la vispera, henchía su pecho enamorado y juvenil.

Y dijo, acercándose a él, y ocultando su rostro bañado en lágrimas:

—¡Porque quisiera matar a Gaulow!

CAPITULO IX

LA CANCIÓN DEL RÍO MARITZA

ROULETABILLE tenía el corazón de Ivana cerca del suyo, cuando ella dejó escapar aquella exclamación desgarradora. La notó realmente *tan desesperada por no matar*, que se puso lívido al pensar que amaba a una mujer que tanto sabía odiar. Y compadecido de ella, le dijo:

—Mátalo, pues.

—¿Como yo quiera?

¡Oh, cuánto salvajismo quedaba en ella, a pesar de su educación occidental, de su amor, de todo. Rouletabille separó los brazos de ella, que le aprisionaban el cuello. La dejó en libertad sin añadir una palabra. Tampoco ella habló. Estaba tan pálida como él. Y empezó a bajar. El repórter la miraba hundirse por el oscuro hueco de la escalera, y se estremecía pensando la abominación que iba a cometer, la abominación hacia la cual se encaminaba apoyándose en las paredes, como si ya estuviera embriagada con la sangre que pensaba derramar.

El corazón de Rouletabille parecía de hielo. En aquella aventura se pasaba con rapidez del frío al fuego...

¡Qué amor! ¡Qué horror!... No hacía cinco minutos que tenía la seguridad de que Ivana había hecho todo lo posible para evitarle que se expusiera... Obraba alternativamente, como si le odiara y como si... por un momento... no pudiera evitar tenerle lástima... ¡Era tan bello Gaulow! ¿Influiría esa belleza en la joven?... Y Rouletabille pensaba que Ivana, furiosa contra Gaulow y contra sí misma por esa influencia, iría a matarle atrocemente.

Trastornado, casi deshecho ante el misterio cada vez mayor de Ivana, miraba estúpidamente el vasto paisaje desolado, las rocas abruptas, los montes pelados, aquella tierra atormentada y barrida por las eternas aguas del cielo.

En un rincón de aquella tierra iba quizá a aparecer la esperanza. Y he aquí que él no se preocupaba de eso.

No se preocupaba más que de un ángel que iba a volver en seguida con sangre en la cara y en las uñas. Y sólo esperaba que, de pronto, acabaría todo aquello; que dejaría de querer; que se vería descargado para siempre de aquel amor...

—Aquí tiene los prismáticos.

Se volvió. Vladimir estaba delante de él. Pero ¿cómo iba vestido? La ropa era tan enorme y extraña, que le hacía tres veces más grueso de lo que era.

—¿Qué es eso?

—¡Mi coraza!

—¿Por qué te la has puesto?

—Para demostrarle que puede sernos útil.

—¿Y cómo va a sernos útil?

—Ya sabe usted que no podemos observar la cumbre Norte del Istrandja-Dagh más que atravesando la plataforma, barrida por el fuego de la torre del vigía... Por eso he pensado que, cubriendo una parte de mi cuerpo

con la coraza, tendría menos probabilidades de ser muerto que no llevando ninguna coraza.

—¡Profundo razonamiento! —interrumpió Rouletabille—. Pero quien debe llevar esa coraza no eres tú, sino yo, puesto que yo he de atravesar la plataforma.

—¡Cal...! La coraza es mía... Y no se la prestaré...

—¿Por qué?

—Porque es muy peligrosa.

—¡Ja, ja! ¿Ahora resulta que tu coraza es peligrosa?

—¡Oh, muy peligrosa! ¡Hay que saber usarla!

—¡Ya me enseñarás! ¿No me has dicho que detenía las balas? ¡Eso es lo principal!

—Sí... En cuanto a eso ¡sí que detiene balas!

—Entonces, ¿cómo puede ser peligrosa?

—Voy a decírselo... Mi coraza, como ya he tenido el honor de explicarle, está formada por una sucesión de tejidos de tal naturaleza, que en vez de ser desgarrados, desgarran al pasar la envoltura de níquel o de acero de la bala.

—Me acuerdo, sí, me acuerdo.

—En el interior de la coraza hay una especie de expansión y hasta de reparto, si puede hablarse así, por fusión de la materia plomo... Y eso quita a la bala toda potencia perforadora...

—¿Y qué?

—¡Pues que ahí está el peligro!... Ese gran combate entre la bala y el tejido, esa detención del proyectil, esa transformación del níquel y de la materia plomo, no se verifica sin cierto trabajo...

—¡Es de suponer!

—Y ese trabajo es tanto más considerable cuando aumenta la fuerza con que es disparada la bala y la brusquedad con que es detenida en su carrera...

—Continúa, continúa...

—El resto es muy sencillo. Donde hay trabajo, hay desarrollo de calor.

—¡Ah!... ¡Ya empiezo a comprender!

—Y si hay mucho calor, los tejidos que detienen la bala pueden encenderse.

—¡Sí, sí!...

—Y la carga arde...

—¡Qué lástima!...

—Por eso le decía que el empleo de esa coraza exige cierta práctica y conocimientos especiales.

—Y ¿qué se hace cuando arde?

—Hay dos teorías: primera, la de quitársela, lo cual hay que hacerlo con habilidad, porque arde con gran rapidez...

—¿Y la segunda?

—¡Ah! La segunda consiste en apagar el fuego. Ese procedimiento es mejor, porque si la extinción se hace con presteza, la coraza aún puede servir...

—¡Bien, Vladimir Petrovitch!... No quisiera ofenderle, pero prefiero ir a ver lo que pasa en la plataforma sin coraza que con su coraza...

—¡Me la pondré yo!... Sólo le pido una cosa: que tenga a su alcance el cubo de agua que he subido para que pueda echármelo encima en cuanto mi coraza sea alcanzada por algún proyectil.

El obstinado eslavo quería probar la utilidad de su invento. Y cuando a las doce menos cinco minutos Rouletabille se lanzó andando a gatas a la plataforma, le siguió Vladimir con su curioso indumento.

El dios de las batallas, de la juventud y del amor velaba por ellos, que pudieron llegar al extremo opuesto del torreón sin ser alcanzados por las balas, que habían sa-

ludado su breve aparición. Ahora, ocultos entre dos almenas, estaban bastante bien guarnecidos.

Rouletabille, con los prismáticos dirigidos hacia las sierras, no distinguía nada de lo que buscaba, a pesar de que la hora era de gran claridad, pues el velo de nubes que escondía a medias el paisaje se había desgarrado por la acción del viento Norte.

Pero ni aparecía Atanasio ni nada semejante... ¡Las doce!... Las doce y cinco... Las doce y diez... ¡Nada!

¿Había que perder toda esperanza?... ¡Si Atanasio no se presentara, la aventura tomaría terribles caracteres!... En el caso de que no hubiera podido atravesar aquellas tierras que solamente él conocía, ¿quién podría intentar nuevamente el peligroso viaje con alguna probabilidad de éxito?... ¡No cabían paliativos! Si Atanasio no aparecía en el campo de los prismáticos, Rouletabille tendría que deducir que todo había terminado. Y tanto él como sus compañeros no podrían hacer más sino prepararse a bien morir. ¡El torreón de la *Karakulé* sería su tumba!...

—¡Ay!—suspiró Vladimir—. Tampoco yo veo ningún ser humano en esas tristes montañas. Sin embargo, me parece, y tengo buena vista, que de la cumbre sólo vemos una parte pequeña... Quizá conviniera correrse un poco más a la derecha.

—Bueno—dijo Rouletabille—; pero nos expondremos por detrás a las balas.

—No se preocupe... Me subiré la coraza por detrás, de manera que me cubra la espalda y la cabeza... Y como me pondré detrás de usted, ¡quedará usted protegido!

Rouletabille se corrió un poco a la derecha y descubrió una parte de la cumbre que hasta entonces no había visto... Y allí, en las peñas, distinguió un punto que se movía, que trepaba. ¿Sería Atanasio?

—Veo algo; pero no estoy seguro de nada—dijo a Vladimir—. Habría que estar aquí un poco más.

Las balas silbaban alrededor de ellos y chocaban con los sillares.

—Estaremos un poco más... ¡Eso es cuenta mía!... Usted mire todo el tiempo que quiera, sin prisas, tranquilamente...

—¡Ah! ¡Sí que es un hombre!... Y se detiene...

—¡Ya está!—exclamó Vladimir.

—¿Qué es?—preguntó Rouletabille.

—¡Nada! Una bala que me acaba de entrar por la espalda.

—¡Oh!

—Por la espalda de mi coraza... ¡Otra!... ¡Otra!... ¡Otra! ¡Brr! ¡Dése prisa, que me estoy asando!

Pero Rouletabille, sin ocuparse del drama que ocurría tras él, exclamaba por su parte:

—¡Es él!... ¡Agita la bandera blanca! ¡Ha triunfado!

—Pues ¡vámonos! Ya no tenemos nada que hacer aquí—dijo Vladimir.

Y quitándose la coraza, que ya empezaba a arder, se echó de bruces al suelo y llegó a la garita arrastrándose. Le seguía Rouletabille.

—¡Salvados, salvados!—gritaba el repórter, que no podía contener su júbilo—. Dígame a Toudor que dentro de tres días, o cuando más cuatro, vendrán a libertarnos. ¡Se pondrá contento! También hay que participar la noticia a toda la guarnición. Hasta convendría echar un papel a los alemanes por debajo de la puerta.

—Déjeme—dijo Vladimir volviéndose—contemplar por última vez mi pobre coraza... Y déle las gracias, pues no ser por ella, Dios sabe cuántas veces nos habiéramos muerto ya.

A pocos pasos de allí, en efecto, se elevaba la última llama de la coraza, tan alta, por cierto, que Atanasio la vería y la tomaría por una señal de los sitiados contestando a la suya.

—¿No hablará mal de ella, eh?—preguntó Vladimir.

—¡Caj! Hasta lamento que no hayamos podido apagarla a tiempo.

—De todas maneras, el agua que yo había subido no se perderá—declaró Vladimir levantando el cubo y acercándose a los labios—. ¡Qué calor he pasado!... ¡Verdad es que con cuatro balas en la espalda hay para acalorarse!

—Cuando acabe, pásame el búcaro—dijo Rouletabille.

Con gran entusiasmo acogieron los del torreón la noticia del éxito obtenido por Atanasio. Sin embargo, Rouletabille no había vuelto a ver a Ivana. Al bajar al cuerpo de guardia, vió que la placa de hierro que comunicaba el torreón con los calabozos del subterráneo, estaba quitada, luego de permitir el paso de la joven. Y el repórter miraba el oscuro agujero, en el fondo del cual pasaría algo horrible en aquel preciso momento.

No se atrevió a bajar.

Esperó a que Ivana reapareciese... Los minutos le parecían siglos.

Por fin, a ras del pavimento, surgió una cabeza que parecía la de una difunta. Nunca había visto tan pálida a Ivana. La joven salió de allí como un espectro, como una aparición teatral surgiendo del escotillón.

Rouletabille no se atrevía a interrogarla. Además, parecía tan turbado como ella.

—¿Qué?—acabó preguntando ella con voz apagada—. ¿Ha visto a Atanasio?

El repórter dijo que sí con la cabeza.

—¿Ha triunfado?

—¡Ha triunfado!

—Estaba segura de ello! Le impulsa una idea que le hará triunfar de todo...

Y, tras un momento de silencio, repitió lúgubramente:

—¡De todo!

Mientras así hablaba, apoyó una mano en un brazo de Rouletabille, que no se atrevía a mirar aquella mano, ocupada abajo, poco antes, en una labor tan repugnante.

Por otra parte, no tenía valor para preguntar a la joven sobre aquello.

Sin embargo, con aparente sencillez, dijo de una manera indirecta:

—¿Continúa el *katerdjibaschi* en su puesto, en el calabozo?

—¡Claro! ¡El subterráneo no puede quedar sin vigilancia!

Rouletabille se estremeció, porque encontraba la frase explícita a más no poder. Y de pronto miró aquella mano, que había quedado como olvidada sobre su brazo.

¡Las uñas estaban llenas de sangre!

Entonces separóse de ella bruscamente, so capa de que tenía que hacer el recuento de municiones. En el primer piso encontró a La Candeur y Vladimir. Les hizo contar los cartuchos que quedaban. Unos seiscientos... Por lo tanto, el primer ataque les había costado doscientos tiros, a pesar de que apenas había durado un cuarto de hora... Y tenían que sostener el sitio durante tres o cuatro días más.

No cabía ninguna duda de que los atacantes, en el misterio de la *Karakulé*, preparaban una nueva agresión. ¿Qué sería? ¿Qué imaginarían? ¿Qué discurrirían?... Lue-

go de pensarlo mucho, dedujo Rouletabille que un ataque serio sólo podía temerse por el lado de la poterna. Consecuentemente, lo que sobre todo había que defender era la poterna. Y las municiones había que reservarlas únicamente para quienes la atacasen... Pero seiscientas balas no representaban nada. ¿Y si el sitio, en vez de cuatro días, como previó, duraba ocho o quince días?... Porque, al fin y al cabo, podría ocurrir que al cabo de quince días aún no todos hubiesen muerto de hambre. Se han dado casos de mineros sepultados que todavía han vivido más tiempo en el fondo de sus tumbas.

Lo más importante, pues, era administrar bien las municiones. Rouletabille dedicó a pensar en eso toda la tarde, durante la cual el enemigo no dió señales de vida. Cuando le preguntaban en qué reflexionaba, contestaba: «Pienso, luego como. ¡Haced como yo! Pensando en cualquier cosa, no tendréis hambre.» Lo malo era que los demás no pensaban más que en eso: ¡en saciar el hambre! Vladimir y La Candeur lo registraban todo, buscando mendrugos olvidados por los ratones. Y volvían lamentándose, diciendo que no habían encontrado nada, ¡absolutamente nada!

—¡Ya verás—pronosticaba Vladimir a La Candeur—cómo nos veremos obligados a comernos el cuero de tu calzado!

—¡Nunca!—respondía el otro—. ¡Preferiría roerme los pies!

Terminaba el día sin incidentes y de una manera bastante melancólica, cuando Rouletabille, dejando el torreón al cuidado de Toudor arriba, y del *katerdjibaschi* abajo, llamó a La Candeur, Vladimir y Modesto, a quienes hizo quitar algunas piedras, ya consentidas, del cuerpo de guardia y del primer piso. Luego les hizo llevar

aquellas piedras hasta la garita de la plataforma. La tarea no era fácil, porque eran pesadas; pero aquellos esfuerzos les hicieron pasar la hora de la cena sin pensar demasiado en su estómago vacío. Era un resultado que no dejó de halagar al repórter.

—¿Verdad que conviene llevar piedras en vez de cenar?—les decía.

Cuando acabaron el transporte de piedras, les dió orden de que rompieran todos los muebles, que quedaron reducidos a astillas. Mesas, sillas, camas, fueron subidas a trozos a lo alto del torreón.

—¿Qué dirá el dueño a la hora del inventario?—suspiraba el pobre La Candeur, que, con pretexto de que él era tan fuerte como los otros tres, trabajaba tres veces más que los otros, y subía los objetos y las piedras más pesadas. Y refunfuñaba como de costumbre: —Si todo esto es para echarlo a la cabeza de esa gente, ¡no hay ni para cinco minutos!... No vale la pena de trabajar tanto.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Rouletabille al oírle murmurar.

—¡Que tiene gracia esto de defender el torreón destruyéndolo!

—Cierra el pico, La Candeur...

—Ponme en él una rebanada de pan y lo cerraré.

—¡Qué exigente eres!—replicó Vladimir, que no había perdido ni un momento su buen humor—. ¿Acaso no te basta con lo divertido que es el sitio este?... Además, teniendo, como tenemos, la seguridad de que van a venir en nuestro auxilio, ¿qué importa apretarse el vientre un poco más o menos?

—¡Bueno, bueno!—replicó La Candeur, rompiendo una mesa de un puñetazo—. Hoy todavía se puede resistir...

Pero ¡ya veremos si mañana y pasado mañana continúas tan arrogante!...

—A mí—decía Modesto—, igual me da. Como el dormir alimenta, dormiré...

—¡Modesto! ¿Qué tienes como batería de cocina?—le preguntó Rouletabille.

—Dos calderos grandes y una cacerola.

—Pues súbelos arriba junto con la estufa de petróleo.

Mientras tanto había llegado la noche, oscura y lluviosa. El agua caía a cántaros. Rouletabille se felicitó de ello. Y reuniendo a todos en la plataforma, comenzó a hacer rodar las piedras hasta la parte de las almenas recayentes a la torre del vigía.

Bajo sus órdenes, levantaron en dos horas una especie de baluarte, que pondría definitivamente la plataforma al abrigo del fuego de dicha torre. Y como la plataforma no tenía que temer más que el fuego de allí, la parte superior del torreón quedaba a disposición de los atacados, sin peligro de ninguna clase. Eso les permitiría una gran libertad en la defensa. Y, además, no tendrían ningún estorbo para disparar hacia abajo.

Una vez terminada aquella tarea, Rouletabille hizo que su gente subiera cubos de agua extraída del torrente por medio de una cuerda y vaciados en los dos calderos y en la enorme cacerola, hasta llenar estos tres recipientes.

Antes había hecho poner a cobijo de la lluvia la leña preparada.

—¡Ah!—murmuraba—. ¡Si tuviésemos plomo fundido y aceite hirviendo!... Pero con esto también les escaldaremos...

Había descubierto un trozo de canal doblado en brazos desiguales, uno de cuyos extremos podía introducir...

se en el recipiente, mientras que el otro fuese al orificio de un modillón, formándose así una especie de sifón, que bastaba a Rouletabille para el cumplimiento de su propósito. Y se mostró encantado del hallazgo. El agujero del modillón, en que terminaba la canal, venía a caer precisamente encima de la poterna. Falta decir que el repórter había ordenado que en la garita se instalase la estufa de petróleo, sobre la cual estaba la cacerola llena de agua.

A una pregunta ingenua de Modesto, contestó Rouletabille explicando a todos que si bien con aquel procedimiento no tenía la pretensión de rechazar al enemigo, al menos haría difícil la estancia de éste en las cercanías de la poterna. La rociada de agua hirviendo siempre ahorraría balas.

Después, y mientras llegaban los acontecimientos, dió permiso a La Candeur y a Vladimir para que fueran a descansar un rato.

El quedó vigilando, con el oído atento al menor ruido. Pero, a causa de la violencia de la lluvia, le era imposible darse cuenta de lo que pudiese suceder por la parte del camino de ronda, tanto más cuanto que la oscuridad era completa. Así es que, a la hora del alba, tuvo una sorpresa poco agradable.

Si los sitiados no habían perdido la noche, ¡bien habíanla empleado los sitiadores! Con la mayor discreción, sin que nadie lo advirtiese, habían conseguido poner, desde abajo del camino de ronda hasta el umbral de la poterna, una media docena de grandes tablas que formaban puente y que les facilitaría el acceso a la puerta del torreón, ya que venía a substituir el puente levadizo.

Nuestros jóvenes amigos, parapetados tras las piedras, dirigían furiosas miradas a las tablas en cuestión, por

culpa de las cuales dejaban de gozar las ventajas del foso.

—De todas maneras—observó Rouletabille—, no pueden presentarse más de cuatro de frente, como máximo. ¡Y fácil será escaldarlos! Conque ¡ánimo! ¡A calentar agua para servirles el almuerzo!...

—¿Cree que nos atacarán en seguida?—preguntó Vladimir.

—¡Oh! No creo que esperen a la noche y que nos permitan ganar un día.

—¿Por qué no?—objetó La Candeur—. Ellos no tienen ninguna prisa. ¡Si no saben que han de venir en nuestro auxilio! Por lo tanto, igual les dará un día más que menos...

—Es verdad—contestó Rouletabille—. Pero lo que me hace suponer que van a atacar inmediatamente, es la precaución que han tomado de no cerrar por completo la puerta del deslizado.

—Sí; ahí están preparando el golpe.

—¡Cuánta gente hay allí!—agregó La Candeur dándose tono—. Desde aquí se oye.

¿Que le ocurría a La Candeur? ¡Hasta parecía valiente!

—La madera está muy húmeda, señor Rouletabille—dijo Modesto—. No se enciende...

—Echale un poco de petróleo y verás cómo arde—contestó Rouletabille.

Así se hizo. Y el agua comenzó a calentarse en los calderos cuando hervía ya en la estufa de petróleo.

Cuando ya había mucha agua preparada, sonó hacia la izquierda una muy nutrida descarga de fusilería. Y gran número de balas fué a dar en el parapeto, más alto que las almenas, elevado la noche anterior. Aquella primera demostración del enemigo fué tan inútil, que Vladimir y La Candeur soltaron el trapo, se pusieron a bailar y lan-

zaron al aire los gorros. Les satisfacía mucho que se perdiera pólvora enemiga.

—¡Gracias a Dios que te veo contento!—dijo Rouletabille a La Candeur—. Estabas ayer tan sombrío, que llegué a temer que murieses de neurastenia... Pero ¿qué tienes en la mejilla?

—¿En la mejilla?... ¿Yo?...

—Tú, sí... ¡Tienes una fluxión!

—¡Eso está hinchado! Hay que cuidarlo.

—¡Pero si no me pasa nada!

—¿Verdad que sí, Vladimir?

—No sé a qué se refiere usted—repuso Vladimir, que se había puesto tan colorado, al menos, como La Candeur.

—¿No? ¡Pues también usted tiene una fluxión!

—Será efecto de alguna corriente de aire—murmuró La Candeur tartajando.

—¡Es posible! En un torreón siempre abundan las corrientes de aire—corroboró Vladimir.

—¡Qué horror! ¡Ahora ha cambiado de mejilla!

—¿Qué?

—La fluxión de los dos... ¡Eal! ¡Basta ya de bromas!... ¿Qué están masticando? A ver, a ver. Abran la boca... Y hagan el favor de escupir al momento esa porquería.

—¿Acaso quieren envenenarse?

Pero La Candeur y Vladimir no tenían nada en la boca, porque se habían apresurado a tragárselo.

Y ¿qué era?

Rouletabille temía que, para engañar el hambre, hubiesen tomado como alimento algo peligroso. Por ello insistió en saber lo que habían comido.

—Era un poco de estopa sacada de tus vestidos—confesó La Candeur.

—Un cordel...—dijo Vladimir.

—¿Estopa?—exclamó Rouletabille—. Con la estopa, La Candeur, se puede hacer fuego griego... Y usted, Vladimir Petrovitch, no olvide, mientras estemos en el torreón, lo que hubiera hecho Latude en su cárcel si hubiera tenido un ovillo de cordel... ¿Han consumido mucho?...

Y diciendo aquello se precipitó a sus bolsillos, hacia los cuales le llevaba el rápido examen de la ropa, en la cual se veían algunas migajas y cierto polvillo de un color que no tenía que ver nada con la estopa ni con el cáñamo.

Luego de unos ademanes para resistir, Vladimir y La Candeur dejaron hacer, más avergonzados, al parecer, que cuanto pueda decirse. Y Rouletabille registró los bolsillos, de donde sacó dos trozos de bizcocho.

Al principio no supo qué decir. Quedó con la boca abierta ante aquel bizcocho apetitoso y dorado que La Candeur y Vladimir miraban tiernamente, aunque de reojo.

—¿Dónde han encontrado esto?—preguntó—. ¿No les da vergüenza comer bien, cuando sus compañeros se mueren de hambre?

Y Rouletabille echó los dos cachos por encima de las almenas al camino de ronda.

La Candeur y Vladimir lanzaron un aullido.

Pero al mismo tiempo abrióse la puerta de la pared que rodeaba el camino de ronda del torreón. Y una tropa compuesta de unos cien hombres, que parecían atados a parejas, se precipitaron por el camino, atravesaron el improvisado puente de tablas y se lanzaron con el mismo movimiento contra la pesada puerta del torreón, que resonó lúgubemente bajo su prodigioso impulso.

Se habían hecho un formidable ariete con una viga enorme, que se hundió en la puerta con tanta fuerza que todo el torreón se conmovió, mientras que desde lo alto de las almenas, de las aspilleras, de las barbacas y de las cortinas, caía sobre el torreón un diluvio de balas.

Pero simultáneamente empezó a caer otra lluvia, menos fragorosa, pero más pesada... Era una lluvia de agua hirviendo, que formaba burbujas en los cráneos y caras más próximos, que fueron escaldados. Y entre las murallas de la *Karakulé* subían agudos chillidos, que iban a la plataforma del torreón para alegrar el corazón de nuestros amigos.

—¡Buen golpe nos han propinado!—dijo Rouletabille—. ¡Con pocos así, hundirían la puerta! ¡Mano a las carabinas!

Las primeras filas de atacantes, huyendo del agua hirviendo, se habían hecho hacia atrás, con lo cual los siguientes se tambalearon y hasta cayeron en el foso. Pero no tardaron en reponerse todos y a volver a manejar el ariete, llevándose hacia el deslunado, sin duda para proyectarlo con más fuerza.

Esta pequeña operación costó cara a los atacantes. Hasta que no se retiraron definitivamente al deslunado con su ingenio de guerra, estuvieron bajo el fuego de Rouletabille y de sus compañeros, que, desde arriba, disparaban sobre seguro sus carabinas.

Cuando terminó la escaramuza, unos veinte muertos señalaban el camino recorrido por el ariete, aparte de los innumerables heridos que se habían refugiado en el deslunado huyendo de la ardiente lluvia como alma que lleva el diablo... Entonces, detrás de Rouletabille y de sus compañeros, se elevó, en medio del silencio que sucedió a la victoria, el siguiente canto:

«Corre el Maritza
ensangrentado,
llora la viuda
cruelmente herida.

¡Marcha, marcha, general nuestro!
Un, dos, tres... ¡Marchad, soldados!
Suenan en el bosque la trompeta.
¡Marchemos adelante, hurra!
¡Hurra, marchemos adelante!»

¡Era el terrible canto de guerra de los búlgaros! Y aquel himno, que entonces aún no había acompañado a la traición por los campos de batalla, era cantado por Ivana. ¡En la mano tenía una carabina humeante!

CAPITULO X

LOS ÚLTIMOS CARTUCHOS

Si persisten en querer hundir la puerta por ese procedimiento, tendrán que sacrificar quinientos hombres más, porque todos nuestros tiros dan en el blanco.

—¿Quinientos hombres? Lo pensarán mejor—contestó Vladimir—, sobre todo teniendo en cuenta que ignoran si poseemos grandes depósitos de municiones.

—¿No podrían intentar venir por bajo tierra?—insinuó Ivana.

—¿Una mina? ¡No tendrán tiempo de hacerla! Nos libertarán antes... Pero, de todos modos, es posible que piensen hacerla...

Modesto dijo:

—¿Les he servido bastante agua para el almuerzo?

—Sí—contestó Rouletabille riendo—. ¡Ya han servido tus cacerolas para algo!

Y lanzó un suspiro, del que inmediatamente se avergonzó.

—¡Pobre Rouletabille! ¿Tiene hambre?—preguntó Ivana.

—¡Caj! La culpa la tiene Modesto, que se ha puesto a

hablar de almuerzos y de cacerolas... A no ser por eso, no hubiera pensado en semejante cosa. ¿Y usted? ¿No sufre?

—¡No, no!—contestó ella moviendo la cabeza con gran energía—. ¡El olor de la pólvora es muy nutritivo!... Pero estoy inquieta por usted. ¿Es cierto que no tenemos nada, ni un trozo de pan?...

—Hace poco—dijo Rouletabille—nos quedaban dos trozos de bizcocho, pero los he arrojado a esos miserables para demostrarles que no tenemos el hambre. ¿Verdad, Vladimir?

—¡Sí, señor, sí! ¡Ha sido un rasgo heroico!

—¿En qué piensa, Modesto?—le preguntó Rouletabille—. Parece muy preocupado.

—Parece muy preocupado, ¡pero duerme!—observó Vladimir.

—¡No, señor!—replicó Modesto—. No duermo. Pienso.

—¿En qué?

—En que me gustaría hacerles otro guiso distinto al que hemos servido a los señores de abajo...

—¡La idea es buena!—afirmó Rouletabille suspirando—. Pero ¿con qué ibas a hacernos ese guiso, si no tenemos nada?

—¡Oh! ¡A veces basta con muy poco! Yo he visto hacer guisos con diez céntimos de cualquier cosa, de comprimidos de nada, de extractos de cosa alguna alimenticia. Lo cual demuestra que para hacer un guiso no se necesitan alimentos...

—Pero será un guiso que no alimente—dijo Vladimir con desdén.

—¡Qué exigente! ¡Cómo se conoce que acaba de comer!—dijo Rouletabille—. Ese caldo de que habla Modesto, puede ser que no alimente, pero engañará el hambre. ¡Animo, Modesto!

—Estoy buscando, estoy buscando... Y, por de pronto, puedo decirle que no estamos completamente desprovistos de recursos. ¡Nos queda sal!

—¿Sal?

—¡Y pimienta!

—¿Pimienta? Entonces, Modesto, no todo se ha perdido...

—¡Y mostaza!

—¿Mostaza?... ¡Quién se lo figuraba!... ¿No queda nada más?

—Un poco de aceite de oliva.

—¡Oh! Entonces, si no podemos hacer un caldo, bien podremos hacer una ensalada...

—Ya lo había pensado yo... Pero temo que lo que les pueda servir como ensalada sea indigesto...

—¿Qué es?

—¡A fuerza de buscar, he descubierto en un rincón una maceta de geranios!

En aquel momento, La Candeur, que había desaparecido cerca de terminar la batalla, declarando que le horrorizaba el espectáculo de la guerra, se presentó vestido de una manera inesperada. Iba de negro, con una servilleta sobre el vientre que le servía como delantal, y otra en el brazo, que le acababa de dar el tipo tradicional del camarero.

—Las señoras y los caballeros—dijo—pueden sentarse a la mesa cuando gusten.

Rouletabille levantó los párpados como una capota de coche.

—¿Estás loco?—dijo.

Pero Vladimir, que no parecía nada asombrado, ofreció su brazo a Ivana, la cual lo aceptó riendo, como si se prestara a una broma. Y pasaron delante.

—¡Bueno! ¡Echemos detrás!—se dijo Rouletabille—. Ya veremos lo que sucede; pero ¡me parecen demasiadas ceremonias para una ensalada de geranios!

La Candeur guiaba al cortejo. Bajaron un piso, dos pisos. Al pasar frente a la puerta de los alemanes, dijo Rouletabille:

—¡Qué raro! ¡No se les oye! ¿Habrán muerto? ¡Ni tan siquiera piden de comer!

—¡Que nos devuelvan antes Alsacia y Lorena!—exclamó solemnemente La Candeur, que continuaba bajando.

Así condujo al cortejo hasta el cuerpo de guardia. Allí había una mesa admirablemente servida. Las cajas—vacías, desde luego—de provisiones sostenían varias tablas, sobre las cuales había servilletas extendidas, vasos, tenedores y varias botellas con agua clara, todo lo cual imitaba con bastante acierto la realidad.

—¡Si eres tú, La Candeur, quien ha discurrido esta mojiganga, no te lo perdonaré nunca!—exclamó Rouletabille—. ¡Tiene muy mala pata! ¿No te bastaba haber devorado secretamente con Vladimir un bizcocho que robasteis no sé dónde? ¿Y ahora quieres tomarme el pelo? ¿Crees que no tengo hambre? ¡Bandido! ¡Más que bandido!

El otro ni tan siquiera había pestañeado. Cuando Rouletabille acabó de regañar, se volvió hacia Modesto y le dijo:

—¡Sirva el biftec con patatas al señor!... ¡Rápidol! ¡El señor tiene prisa!

Y Modesto se fué, subiendo los escalones de cuatro en cuatro. La Candeur, encarándose con Rouletabille, le dijo tranquilamente:

—¡Qué impaciente está el señor! ¿Ha andado mucho? Le conviene descansar y reponerse. ¡Le advierto que no

se trata de un caso nuevo en el hotel de los Extranjeros! Aquí se llega siempre con gran apetito... Estamos acostumbrados a casos como el del señor... Pero haremos todo lo posible para que el señor quede contento y se convierta en un parroquiano. ¿Quiere sentarse?

Vladimir ya estaba sentado. Y luego de haberse metido una punta de la servilleta entre el cuello de la camisa y la carne, enjugó su vaso y esperó muy serio el primer plato, armada la diestra de cuchillo y la izquierda de tenedor.

Rouletabille miró a Vladimir, volvió a mirar a La Candeur y murmuró:

—Pero ¿a qué viene tanta monserga?

Sin embargo, acabó por sentarse. Ivana sentóse a su lado. Y un pesado silencio reinó en la sala.

Poco después exclamó Rouletabille, furioso:

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro!

Pero no siguió adelante. Un olorillo de los más halagadores venía de la escalera al mismo tiempo que Modesto, el cual se presentó llevando una sartén donde todavía chirriaban, en un aceite bien oliente, trozos de carne que ¡vive Dios! se parecían mucho a verdaderos biftecs...

Rouletabille se levantó con emoción indescriptible y preguntándose en voz alta si aquello era un sueño.

—¡Sírvale el biftec al señor!—gritó La Candeur triunfalmente.

Hubo biftec no solamente para Rouletabille, sino también para cada uno de los felices comensales. Los atacaron sin pensar en pedir explicaciones. ¡Eso para luego! ¡Lo primero era comer! Y los biftecs fueron reconocidos como algo admirable. ¡Nunca jamás los habían comido tan sabrosos!

—¿Qué? ¿Está contento el señor?—preguntó La Candeur a Rouletabille, que se limpiaba su intento de bigote luego de haber hecho desaparecer el último trozo.

—¡Ay, La Candeur!—repuso Rouletabille, que le tomaba gusto a la comida—. ¡Gran desgracia es que luego de anunciarnos un biftec de patatas nos sirvas un biftec sin ellas!

—¡Ingrato!—exclamó donosamente Ivana, que, por su parte, también hacía honor a la comida.

—¡Las patatas fritas del señor!—anunció La Candeur con voz estentórea.

Modesto, efectivamente, bajaba de nuevo con la sartén, que cantaba una canción agradable para los hambrientos: ¡la canción de las patatas fritas!... Eran doradas, brillantes de aceite, bien cortadas, bonitas a más no poder.

—La casa pide perdón a su distinguida clientela—explicó La Candeur con petulancia—por no haber servido las patatas al mismo tiempo que los biftecs. Ha sido imposible, porque la casa sólo dispone de una sartén y es preciso que los biftecs se sirvan muy calientes, ardiendo. También pide perdón la casa por no tener parrillas; tenía, sí, pero se las robó un noble *pomak*, que creía apoderarse de un instrumento de música.

—¡Propongo que brindemos por la casa!—dijo Vladimir levantándose con un vaso en la mano—. ¡Viva el hotel de los Extranjeros! Bebamos, señoras y caballeros, por su espíritu hospitalario. ¡Bebamos!

—¡Bebamos!—repitió Rouletabille, que, dispuesto a no asombrarse de nada, esperaba un milagro—. Pero ¿qué hemos de beber? ¡Sólo tenemos agua!...

—¿El señor lo quiere seco o dulce?—preguntó de pronto La Candeur, inclinándose con sendas botellas en las manos,

—¡Oh! ¡Basta ya de bromas!—exclamó Rouletabille.
—Pruébalo...

Y La Candeur llenó los vasos. Bebieron haciendo chascar la lengua en el paladeo. Aquello no era ciertamente un buen vino de Borgoña, que tal vez les hubiera producido demasiado efecto; pero era un vinillo blanco que se dejaba beber.

—Bueno, ¿dónde habrán robado todo esto?

—¡A la salud de Rouletabille! ¡A la salud de nuestro general!—gritaba La Candeur, que parecía ya un poco achispado—. Dentro de dos o tres días seremos libertados; pero le anuncio que todavía tenemos provisiones para ocho días... ¡Hip, hip, hurrat!...

—¡Hip, hip, hurrat!...

—Aquí viene la ensalada—anunció Modesto.

—¿La ensalada de geranios?—preguntó Rouletabille.

—¡No, señor! ¡La ensalada de achicoria! He descubierto algunas matas de capuchinos entre las viejas piedras de la plataforma del torreón. Caían melancólicamente sobre la cornisa exterior. Y me he jugado la vida para cogerlos. ¡Piensen, señoras y caballeros, que esos capuchinos podrían estar teñidos con mi sangre! Pero he preferido servirlos con aceite y vinagre... ¿Qué tal?

La opinión unánime fué que la ensalada estaba riquísima, y que no la encontraban así por estar encerrados en el viejo torreón, sino porque lo era.

—Supongo que habrás pensado en los fieles guardianes, ¿eh?—observó Rouletabille.

—¡Claro! Tienen lo que necesitan—contestó Modesto—. Tanto Tudor como el *Katerdjibaschi* están refocilándose a estas horas.

—Bien, bien... Ya me contarán...

—Come y calla, Rouletabille—atajó La Candeur—. ¿No te basta con eso?

—Pero...

—La curiosidad perderá al hombre, de la misma manera que perdió a la mujer—sentenció Vladimir.

—¡Bien pagamos el crimen!—dijo Ivana.

—¡Oh, no hablemos de crímenes!

Rouletabille ya no tenía hambre ni sed... Estaba en pie...

—¡Que sólo nuestra conciencia cargue con la culpa!—dijo La Candeur casi lúgubramente.

—Pero que nuestros estómagos digieran—añadió Vladimir tendiendo su copa—. ¡No me olvide, camarero!

De pronto Rouletabille se tambaleó, hasta el punto de que hubo de apoyarse en la mesa para no caer. Se le había ocurrido una idea que le hizo doblar las piernas. Apenas podía tenerse.

—¡Miserables!—masculló—. ¡Me habéis dado a comer carne del prisionero!

Formidables carcajadas acogieron la inesperada explicación a una comida de gala.

—¡Ja, ja! ¡Tiene gracia! ¡Biftec de pomak!—decía La Candeur—. Propongo, para perpetuar este minuto inolvidable, que fundemos la institución del biftec de pomak. Si salimos con bien de esta aventura, nos reuniremos al menos una vez al año para comer biftec de pomak. ¡Y escribiremos ocho días antes a la *Karakulé* para que nos manden mercancía bien fresca!

Rouletabille ya reía más a gusto que los demás. Y dirigiéndose a Ivana, que parecía divertirse mucho, la rogó:

—¡Querida Ivana!... Me siento enfermo... ¡Sea más caritativa que los demás! Dígame por qué arte de magia...

—¡Adivínelo—contestó ella—. ¿Por qué no discurrir?
—Vamos a ver—aceptó Rouletabille—. ¿No les quedaba nada de provisiones?

—¡Nadal!—proclamaron los interesados.

—¿No han salido de la *Karakulé*?

—No.

—Por lo tanto, esas provisiones estarían en el torreón sin que nosotros lo supiéramos...

—¡Adelante!—exclamó La Candeur.

—Comencemos por arriba—dijo Rouletabille—. En la plataforma, ¡nada!... En el tercer piso, ¡nada!... En el segundo piso... ¡los alemanes!... ¿A que han encontrado allí todo eso?

—Sí—concluyó Vladimir.

Pero Rouletabille dió un descomunal puñetazo en la mesa.

—¡Insensatos!... ¿Y los habéis asesinado?

—No... ¿A santo de qué?

—¿No hablabais de crímenes?

Es un simple delito de robo a mano armada—confesó La Candeur.

Y relataron la expedición contra los inquilinos del segundo. A quien se le ocurrió la idea fué a Vladimir, al oír la noche antes, cuando pasaban por el piso de los alemanes, un tintineo insólito de tenedores.

Desde cuarenta y ocho horas antes no les habían llevado nada que comer, y, a pesar de ello, no solamente no se quejaban, sino que producían ruido de cubiertos. La cosa no era natural. Y Vladimir se convenció de que mientras él y sus compañeros ayunaban, los alemanes no se privaban de nada.

Comunicó su pensamiento a La Candeur, el cual le contestó en seguida «que había que impedir a los alema-

nes que desperdiciasen las provisiones». Por su parte, pasó y volvió a pasar ante la puerta. Y cada vez que oía el choque con un plato o el rumor de una mandíbula en funciones, se ponía enfermo.

Luego de participar el descubrimiento a Modesto, comenzaron a desembarazar el piso de los alemanes. Por consejo de Vladimir, Modesto, que hablaba muy bien el alemán, se plantó ante la puerta como enviado por el cónsul de Kirk-Kilissé, a quien había llegado el rumor de que unos súbditos alemanes habían sido molestados en el Estrandja-Dagh. La puerta estaba entreabierta ya. Y poco después, con ayuda del gigantesco La Candeur y con la amenaza del revólver de Vladimir, toda la familia alemana quedaba atada y amordazada. Las habitaciones fueron saqueadas a conciencia. Había allí cajas enteras de conservas, patatas en un saco, *caru-beef* para varios días, dulces variados y ¡hasta vino! Ciertamente que sabía de una manera algo rara; pero, al fin y al cabo, era verdadero *rudesheimer*.

Al encontrarse con todo aquello, que valía un Potosí, se pusieron los tres amigos a bailar una danza tan desenfrenada, que atrajo a Ivana.

—Sobre todo—pidió—no digan nada a Rouletabille.

Y concibió la idea de darle una sorpresa. Además, se encargó de preparar subrepticamente el cubierto.

Rouletabille le besó la punta de los dedos, de aquellos dedos que antes había visto enrojecidos y que ahora le eran ofrecidos por ella limpios de la sangre de Gaulow. ¡Bah! ¡Era la guerra! ¡Vida y muerte! ¡Matar y abrazarse! ¡Pisotear cadáveres y beber un buen vaso de vino!

—Los postres...

—¡No has echado todo el bizcocho!—dijo La Candeur a Rouletabille.

Modesto, en efecto, traía el bizcocho de marras. Y ya le hincaban el diente los jóvenes, cuando una formidable explosión conmovió de nuevo todo el torreón.

—¡Ya tenemos fuegos artificiales para terminar la fiesta!— exclamó Rouletabille—. ¡Cada uno a su puesto!...

Empuñaron las carabinas y se dirigieron al lugar señalado para en caso de peligro. Rouletabille, ya en la plataforma del torreón, miraba, entre dos almenas, al foso. Subía acre y densa humareda. Al disiparse pudo darse cuenta, por algunos desgastes cercanos a la poterna, de que se trataba de una mina. Pero había sido dispuesta tan mal, quizá por la prisa, que había producido más ruido que daño.

Habían volado trozos de roca y de piedras, pero sólo en ínfima parte, de los enormes fundamentos del torreón. En cuanto a la poterna, continuaba intacta. Además—con probable sorpresa para quien planeó la mina—habían saltado dos maderos del puente provisional a causa del desplazamiento de aire en el foso, de manera que casi no quedaba nada de una obra seguramente muy estimada por los sitiadores.

Sin embargo, el incidente dejó muy preocupado a Rouletabille. Lo que principalmente atraía a los atacantes era la poterna. Si saltaba a consecuencia de otra mina, la situación de los sitiados sería difícil, si no desesperada. Tendrían que defenderse de piso en piso. Y sobre todo de noche, con un tiempo de lluvia y de tinieblas, era muy difícil, por no decir imposible, impedir que el enemigo hiciese cuanto le viniera en gana alrededor del torreón, ya que la pequeña guarnición ni le veía ni podía, por la escasez de municiones, disparar al azar una lluvia de balas en torno al susodicho torreón.

Rouletabille, luego de pensar unos momentos en el

nuevo peligro, mandó que bajaran al cuerpo de guardia todo el combustible restante del que el día anterior fuera subido a la plataforma. Los sitiados emplearon el resto de la tarde derribando con los picos de las tiendas de campaña, que les servían de palanca, parte de la escalera que llevaba al primer piso y a horadar el suelo de éste y la bóveda, de manera que desde arriba se pudiera, si fuese necesario, fusilar fácilmente a quienes se encontraran abajo.

Cuando hubo en la escalera una solución de continuidad bastante para asegurar la retirada, pusieron sobre aquel vacío dos tablas arrancadas a una puerta del tercer piso, para permitir de momento que los huéspedes del torreón pudieran comunicarse entre sí.

Al hacerse de noche, Rouletabille hizo encender en el cuerpo de guardia, y cerca de la poterna, una hoguera cuyas brasas fueron conservadas cuidadosamente, y cuyo resplandor, pasando por debajo de la poterna, que, como hemos dicho, no se ajustaba en su parte inferior con el gastado pavimento, iluminaba al exterior las proximidades de dicha poterna, y al menos la parte del foso cercana al umbral. Rouletabille, desde lo alto del torreón, se percató de que, mirando por los agujeros de los modillones, podría vigilar aquel sector de la defensa, que le tenía en un jay!

Lo malo era que no quedaba combustible más que para una noche, y que no disponían de ninguna otra clase de iluminación. Quedaba, ciertamente, un bidón de petróleo; pero el repórter tenía en mucho aquella reserva para guardarla hasta última hora.

Los comienzos de aquella noche, que era la del 18 al 19 de octubre, transcurrieron con desconcertante tranquilidad.

En el castillo no se oía rumor alguno, ni los pasos de un soldado, ni la voz de un centinela.

Semejante silencio daba mala espina a Rouletabille, que ordenó a todos que permanecieran en vela. Sin duda, el enemigo quería dar a los sitiados una sensación de paz para sorprenderlos en el sueño o al menos amodorrados.

Ello era tanto más probable cuanto Rouletabille, por la tarde, mientras vigilaba los trabajos del torreón, había oído trabajar en el deslunado, al abrigo de la «camisa». ¿Para qué? Eso era lo imposible de adivinar. Pero los martillazos no habían cesado hasta el crepúsculo. ¿Qué máquina de guerra fabricaban para acabar con aquella poterna ante la cual habían perdido tanta gente?

Y en eso pensaba Rouletabille desde lo alto del torreón, mientras miraba el resplandor que, en la noche opaca, sólo le revelaba una pequeñísima parte del misterio de las finieblas.

Por raro caso no llovía. Luego acabó el cielo por quedar limpio de nubes. Y, hacia media noche, surgió la luna.

Pasaron otras dos horas de calma absoluta... Rouletabille, para que no le dominara el sueño, paseó un poco por la terraza. Cerca de él, en la garita, roncaba Tondor, confiando en Rouletabille.

El repórter contempló largamente los montes lejanos de la frontera, cuyas cumbres se destacaban azules en la claridad lunar. ¿Vendría de allí el socorro? Pero ¿cuándo? Atanasio ya habría cumplido su misión. ¿Estaría ya de vuelta? ¿Volvería solo o con el ejército del general Stanislawof? ¿Se había declarado ya la guerra? Aquellas preguntas, de las cuales dependía la salvación de todos, no podían ser contestadas por nadie de la *Karakulá*.

Había preguntado a Ivana su opinión acerca de lo que esperaba, si esperaba todavía. Ella le contestó que se confiaba al destino y a él, a Rouletabille. Y en las mismas manos se ponían los demás. Los más inquietos, como La Candeur, acababan por demostrar confianza al verle tan seguro del éxito final. Pero, realmente, no tenía ninguna seguridad. El torreón, ciertamente, podía resistir ocho días; pero también podía ser tomado en dos horas. ¡Cualquiera sabía! ¿Acaso estaban enterados de lo que se tramaba contra ellos en el fondo de aquellas silenciosas finieblas?...

De pronto Rouletabille aguzó el oído. Oía pasos en el deslunado. Llegaron hasta él voces apagadas. Y le pareció que la noche se llenaba poco a poco de un inmenso rumoreo.

Despertó a Tondor y le encargó que fuera a buscar a La Candeur, Vladimir y Modesto. Los primeros llegaron muy apuestos y parlanchines. Por lo visto, habían pasado la noche recreándose con manjares cuya existencia habían ocultado a Rouletabille y tomados a los alemanes, quienes, por cierto, fueron desatados por la tarde y vueltos a encerrar en su casa con lo necesario para no morir de hambre. Huelga decir que estas operaciones fueron acompañadas de injurias tudescas y amenazas de declaración de guerra. Los de Hamburgo no estaban contentos. ¡Y tenían motivos para no estarlo!

—¡Sobre todo, no hagan ruido!—murmuró Rouletabille a los dos periodistas, mientras sacudía a Modesto, sustituto de Tondor en la garita, y que ya había empezado a roncar—. ¿Están a punto los cargadores?... ¡Me parece que vamos a presenciar algo extraordinario!... Pero no sé lo que nos han preparado.

Mientras tanto, acababa de llevar cerca de las alme-

nas y del reducto de piedra las municiones acumuladas en la tarima.

—Como, seguramente, atacarán la poterna, en ninguna parte estaremos mejor que aquí para ver y tirar.

—Estamos en la primera fila de butacas—comentó La Candeur, a quien la pitanza de aquel día memorable había dejado como nuevo.

—¡Qué luna!—exclamó Vladimir.

—¡Silencio!—ordenó Rouletabille—. Les oigo.

—Pues yo no oigo nada—afirmó La Candeur.

—¡No oyes porque hablas! ¡Cállate!

—¡Bueno! Callaré.

—¡Está borracho!—dijo Vladimir—. No hay que hacerle caso.

Rouletabille, volviéndose furioso hacia ellos, les dijo:

—Para despejarse un poco, miren hacia allá... ¿Qué avanza hacia la poterna?...

—¡Dios mío!—dijo La Candeur—. ¡Qué miedo!

—¡Qué miedo!—repitió Vladimir.

Y, cada vez más intranquilos, asomaron el cuello entre las almenas para ver mejor aquello, de forma desconocida y extraordinaria, que se deslizaba avanzando más allá de la puerta del camino de ronda, y que avanzaba a pasos cortos, como un animal monstruoso... ¡Y aquel animal tenía mil patas!... Parecía una gigantesca oruga, de unos cinco pies de altura y dorso peludo.

La luna iluminaba al monstruo, que continuaba avanzando con paso regular. De pronto, Rouletabille gritó:

—¡El gato!...

Era, en efecto, un gato, el gato de guerra antañón, que los guerreros de otras edades fabricaban, con el propósito de acercarse a los muros del torreón sin necesidad de temer a los sitiados.

Pero ¿de qué estaba hecho aquel techo que llevaban encima como un inmenso escudo? ¿Lo estaría a prueba de balas?

Los jóvenes descargaron sus carabinas sobre el terrible animal, que, sin embargo, continuó avanzando como si no hubiera sido tocado. ¡A pesar de todo, aquel carapacho parecía ser de madera! Pero Rouletabille no tardó en darse cuenta de que estaba completamente cubierto de paja y de forraje espesos, en el cual entraban las balas, pero perdían en seguida su fuerza de penetración.

—¡A las patas!... ¡Tiren a las patas!—gritaba Rouletabille.

A lo largo del gato, efectivamente, asomaban las patas, que eran las piernas de quienes llevaban el singular ingenio de guerra. Y en cuanto las alcanzaron los primeros tiros, se encogieron y desaparecieron.

El largo animal peludo llegaba ya al foso y comenzaba a pisar los tres tablones que llevaban a la poterna.

Y allí abajo, los soldados de la *Karakulé* tendían tranquilidad para manejar el ariete, que acabaría por echar abajo la poterna.

Rouletabille, viendo que iba perdiendo los preciados proyectiles, detuvo el fuego y gritó a La Candeur, a Vladimir y a Modesto que le siguieran.

Bajaron, pero pronto volvieron con toda la paja que habían podido encontrar en el torreón, sobre todo en jergones de las camas.

Rouletabille la roció con petróleo cuando ya sonaban los primeros golpes contra la puerta y los sitiadores manejaban el ariete, lanzando gritos salvajes.

Al momento fueron arrojados hacia abajo los jergones, que cayeron sobre la espalda del monstruo, que comenzó a incendiarse. Al ver aquello, Rouletabille echó por

un agujero de modillón el resto del bidón de petróleo, que fué *illico* a aumentar el incendio.

Al principio, los atacantes, bajo su caparazón, no se dieron cuenta de nada; pero pronto les alcanzaron las llamas, y tuvieron que huir desordenadamente para no ser carbonizados. Abandonaron, pues, el apocalíptico animal, que acabó lentamente de consumirse, produciendo gran iluminación y haciendo surgir de las tinieblas, por unos momentos, las altas murallas de la *Karakulé*, que parecía entonces un castillo infernal.

Al ver la desbandada de los adversarios, los sitiados volvieron a coger la carabina, con las cuales les acompañaron en su huida, causando aún varias decenas de muertes. El furor del enemigo se manifestó entonces desde lo alto de todas las cortinas por una descarga general que tomó el torreón como blanco, pero que no consiguió herir más que piedras.

Los clamores de los atacantes heridos se mezclaban a aquel fragor, sobre todo lo cual se sobrepuso la alegría desbordante de Vladimir, que bailaba una extravagante zarabanda en la plataforma, mientras las balas silbaban a su alrededor luego de dar inútilmente en el parapeto, que tan hábilmente había mandado edificar Rouletabille.

—Les aseguro—decía éste—que a no ser que traigan cañones no podrán con nosotros!

En esto apareció Ivana.

—¿Dónde estaba?—le preguntó Rouletabille—. ¡Esta vez hemos vencido sin usted!

—He ido a darle comida al prisionero—contestó tranquilamente, dando una mirada al campo de batalla.

—¿Qué prisionero?—preguntó el repórter, estupefacto.

—¡Gaulow! ¿Qué prisionero iba a ser?...

—¿Que todavía vive?...

—Sí—dijo ella con espantosa sonrisa—. Le cuidó yo.
—¡Ah! Creía que había muerto—dijo Rouletabille llamándola aparte.

—¿Y por qué creía eso?

—¡Ivana!... Aquella sangre que le llenaba las uñas... ¿De qué era?

—¿Quizá se lo diga algún día!

—¡Oh! ¿Le ha torturado sin matarlo?

—Gaulow se encuentra muy bien de salud, amigo mío. No hay que olvidar que podemos necesitarle en último extremo y que su vida puede salvarnos la nuestra.

—¡Bien, Ivana, bien!... ¡Veo que se ha puesto en razón! ¡Así me gusta!...

—Lamento mucho no gustarle de otra manera—replicó. Y se fué.

—¿Qué le pasará?... ¿Qué le pasará?—se preguntaba el repórter, al verla desaparecer por el hueco de la garita.

Surgió la aurora del 20 de octubre. Y los jóvenes sitiados tuvieron la alegría de comprobar que el incendio no solamente había destruído el «gato», sino también el puentecillo provisional tendido sobre el foso.

Sin embargo, aquella jornada que tan bien había comenzado, terminó de una manera muy lúgubre.

Pensaban que si Atanasio había salido en bien, como era de esperar, no tardarían en atisbar, ya que no un ejército, si una columna de socorro. Todo el día se lo pasaron mirando el horizonte.

La guarnición de la *Karakulé*, luego del fracaso de la noche anterior, les dejaba en paz. Y como estaba suficientemente demostrado que no se podía dar a los que estaban en la plataforma, los soldados que se encontraban en la torre del vigía habían dejado de disparar.

Rouletabille y sus compañeros andaban, pues, por la plataforma como Pedro por su casa. Desde allí procuraban distinguir en la lejanía de los campos las tropas que venían a libertarlos.

Los prismáticos de Rouletabille pasaban de mano en mano. Y cuando en los desfiladeros del Norte aparecía algún grupo algo numeroso, la esperanza hacia latir todos los corazones. Pero el grupo no era seguido por más gente. Y cuando podía ser distinguido en detalle, se le notaba constituido por campesinos o por pastores con sus rebaños.

Pero los prismáticos no solamente interrogaban los caminos del Norte, si pueden llamarse caminos a las pistas que las recientes lluvias habían puesto más impracticables.

El auxilio podía venir también del Nordeste y hasta del Oeste, en el caso de que el ejército hubiera comenzado a franquear la frontera el día anterior por Develli Agatch.

Según los cálculos de Rouletabille y lo que conocía de la movilización búlgara, por allí entrarían las brigadas de la cuarta división... Y por la tarde, cuando Vladimir, cansado de mirar al Norte, se había vuelto hacia el Oeste, su atención fué atraída por un punto negro que bajaba entre peñas y que parecía moverse con tanta dificultad. Rogó a Rouletabille que le prestara los prismáticos.

Vladimir permaneció varios instantes sin decir nada y sin moverse; pero su fisonomía, a medida que se fijaba en el punto dicho, parecía ponerse radiante. Y sus camaradas lo advirtieron.

—Pero ¿quieres decirnos qué es eso?—preguntó La Candeur.

Vladimir no contestó al principio; pero puso una cara de mayor satisfacción.

—Nos estás matando—gimió La Candeur.

—Así resucitarás mejor—replicó el otro—. ¡Estamos salvados!... No cabe duda. Por el desfiladero desemboca la cabeza del ejército que baja a los dominios de Gaulow.

—¿Es caballería?—preguntó Rouletabille.

—No; los búlgaros tienen poca caballería... ¡Es artillería! Veo los cañones...

Rouletabille le arrancó los prismáticos.

—¡A ver! ¡A ver!...—Y miró.

Los otros estaban a su alrededor tan emocionados, que no podían articular palabra. Pero cuando Rouletabille acabó de mirar, no se atrevieron a preguntarle nada, porque tenía un rostro descompuesto.

—¿No son?—se atrevió a suspirar La Candeur.

—Serán ellos, pero no traen cañones—contestó con desconsuelo el redactor de *L'Epoque*—. Vladimir no ha visto bien... ¡Sólo llevan un cañón! Y me parece que no es de la artillería búlgara.

—¡Oh! ¿Qué te inclina a creer eso?

—Que no hay ejemplo de un ejército que se presente en país enemigo con un solo cañón. Además, parece que ese cañón va rodeado de una tropa poco... ortodoxa... Y si he de ser franco, les diré que, a mi parecer, pertenece a los pomaks o a los turcos, que han ido a buscarlo a cualquier puesto avanzado, y quizá a Kirk-Kilissé mismo, para reducirnos, para derribar el torreón... Entramos en un período de gravedad, porque contra el cañón no podemos nada...

—¡Pobres de nosotros!—gimió La Candeur. Y desapareció en el fondo de la garita.

—¿Cuántas balas nos quedan?

—Unos trescientos tiros—contestó Vladimir.

—¡Trescientos tiros y *Gaulow!*... Aún podemos resistir varias horas—dijo Ivana, que había asistido en silencio a la desesperada conversación—. Y si resistimos hasta mañana a mediodía, daremos tiempo a que lleguen nuestros amigos.

—Si que creo posible resistir hasta mañana a mediodía—contestó Rouletabille—. Ya se hace de noche. El cañón no llegará antes del amanecer... Nos cañonearán en seguida. Volará la puerta... El paso del foso y el asalto serán rápidos, ya que tendrán enfrente la puerta abierta. A las ocho de la mañana, pues, se habrán apoderado del cuerpo de guardia.

—¿Y qué?... ¡En el cuerpo de guardia no estarán como en lecho de rosas!—observó Vladimir—. Los fusilaremos a quema ropa por los agujeros del techo.

—Durante diez minutos... Pero luego volarán el techo. ¡Tienen pólvora!

—¡Señor mío!... ¡Jesús!...—repetía La Candeur—. ¡A las ocho y diez minutos ya volarán el techo!... ¿Cómo vamos a resistir hasta las doce?... Además, ¿quién nos garantiza que los otros lleguen precisamente a mediodía?

—Tienes razón sobrada, La Candeur—replicó Rouletabille—. Nadie nos lo garantiza... Y es cosa tan segura, que yo, en tu caso, por no pasar fragos tan amargos, me suicidaría al momento...

—No está el horno para bollos—gruñó La Candeur.

—Yo creo—declaró Ivana—que no es hora de llorar ni de reír, sino de preparar la defensa de piso en piso, de puerta en puerta, palmo a palmo... Así es que tomen las últimas disposiciones mientras voy a ocuparme del prisionero. ¿Dónde le meteremos?

Decididamente, sólo pensaba en Gaulow.

—¡Llévelo al tercer piso del torreón!—dijo Rouletabille—. Ese será nuestro último refugio antes de la plataforma. Y cuando lleguemos allí, llegará también la hora de ganar una o dos horas, tratando a base de él.

—Sea como fuese el tratado, una vez que lo hayamos devuelto ¡nos achicharrarán!—observó La Candeur, que todo lo veía negro.

—Por eso lo devolveremos cuando no podamos hacer otra cosa—explicó Vladimir.

—Se me ocurre una idea—exclamó de pronto La Candeur—. Cuando nos asedien en nuestro último refugio, colocaremos a Gaulow en medio de la escalera, atado a un poste, como un blanco... Como un blanco para ellos, ¡pero para nosotros como un escudo! No podrán tirar sobre nosotros, sin exponerse a matarlo... ¿Qué tal la idea?

—No está mal—contestó Vladimir.

—¿Qué le parece, Ivana?—preguntó Rouletabille volviéndose hacia la joven.

Pero quedó asombrado al verla muy pálida, casi temblorosa, agitada al menos por movimientos nerviosos, que apenas podía dominar. Se encogió de hombros, sin contestar, y bajó.

Varios minutos después, Tondor y el *katerdjibaschi*, vigilados por Ivana, subieron a Gaulow hasta un cuarto del tercer piso, al lado del cuarto de Ivana. Allí fué nuevamente atado de pies y manos. Y se convino que tendría siempre un guardián, como en el calabozo. Acerca de esto dijo Ivana a Rouletabille:

—¡Tome toda clase de disposiciones para guardar a Gaulow! Pero, ¡créame!, aleje de él al *katerdjibaschi*... Aunque por ser pomak deteste a los turcos, amará el di-

nero... Y antes he sorprendido frases de un diálogo entre el jefe de los muleros y Gaulow, que me da a entender que hay tentativa de corrupción...

—¡Era de esperar! —afirmó Rouletabille—. Pero usted me había asegurado que podíamos estar seguros del *katerdjibaschi*.

—Todo lo seguros que se puede estar de un pobre hombre a quien se le ofrece un millón...

—¿Le ha ofrecido Gaulow un millón?

—¡Yo lo he oído!

—Y el *katerdjibaschi*, ya lo ve usted, ha resistido!

—Ha resistido porque no cree que el otro, una vez libre, cumpla la palabra.

—¡Un millón!... Ofreciendo tanto, casi lo mejor sería no ponerle guardianes... para tener seguridad...

—Lo que usted quiera —dijo Ivana—. Pero que no se escape... ¡Eso, Rouletabille, no se lo perdonaría yo nunca!...

Y se fué, luego de dirigir al prisionero una última mirada, una mirada terrible.

Rouletabille tuvo entonces la curiosidad de mirar a Gaulow más de cerca, para ver si lo había torturado. Parecía que no. Gaulow ni se quejaba, ni gemía, ni reclamaba. En su desgracia conservaba todo su orgullo y casi toda su nobleza.

Aunque pasaba casi todas las horas de su cautiverio en una posición de las más dolorosas, con los miembros atados, no se rebajaba a participar sus sufrimientos. Su rostro permanecía impasible, sus facciones inmóviles, como si hubieran sido talladas en mármol. Lo general era que tuviera los ojos cerrados. A veces, sin embargo, miraba a sus carceleros con una fijeza insostenible.

Y Rouletabille contemplaba ahora aquel corpachón

tendido a sus pies. A pesar de la miseria y la porquería de que estaba cubierto aquel magnífico desecho, continuaba siendo el bello Gaulow de siempre. La cabeza era soberbia.

Rouletabille no le dirigió la palabra. ¿Qué iba a decirle? No podía prometerle una salvación que, por lo demás, en manera alguna se merecía. Aquel hombre pertenecía a Ivana. Y si Ivana quería, dentro de varios minutos estaría hecho cachitos.

Preguntó el repórter si le habían dado de comer. Contestáronle que Gaulow había rechazado todo alimento. Quizá temiera el veneno.

Para que estuviera mejor guardado, y bajo la responsabilidad de todos, trasladó Rouletabille el cuartel general del cuerpo de guardia al cuarto del tercer piso en que yacía Gaulow. Así, el prisionero nunca estaba solo ni mucho tiempo con el mismo guardián. El *katerdjibaschi*, para relevar a Tondor y alejarlo de los intentos de seducción de Kara-Selim.

Durante toda la noche se trabajó en el torreón preparando activamente la defensa de cada peldaño, de cada pasillo, de cada cuarto. Las últimas reservas fueron llevadas a la plataforma, cuyo acceso por la garita resultaría casi imposible mediante la supresión de algunos escalones. El enemigo no llevó a cabo ninguna tentativa aquella noche. Esperaba el cañón, que no tardaría en llegar. Conforme a lo previsto por Rouletabille, la pieza de artillería hizo su entrada en la *Karakulé* al apuntar el día. Fue saludada por los gritos alegres y los hurras de la soldadesca del deslunado. Y, de pronto, los sitiados supieron la suerte que les estaba reservada.

Desde lo alto del torreón oyeron los clamores de feroz alegría que anunciaban su próximo suplicio.

En vano se volvían sus miradas a todo el horizonte... Los desfiladeros continuaban vacíos; las cumbres no se animaban con la marcha de las tropas, esperadas con una impaciencia agotadora, porque en la esperanza se manifestaba continuamente un desengaño.

¿Habían de resolverse a morir? ¿Vería el 21 de octubre el fin de su existencia? En todo caso, estaban decididos a vender caras sus vidas.

—¡Guárdense todos una bala para el fin!—les había aconsejado Rouletabille, lo cual provocó horribles muecas en el rostro de La Candeur.

—¡No son precisamente medios de morir lo que faltan en esta malhadada tierra!—observó—. ¡Basta con arrojar desde el torreón! Prefiero eso a meterme una pistola en la boca... ¡Me conozco! O erraré el tiro, o no tendré fuerza para apretar el gatillo.

Del deslunado llegaba gran alboroto. Había sido abierta la doble puerta del camino de ronda. Pero los sitiados no podían oponerse a que, tras las murallas, encarasen el cañón. Y de repente se produjo el estallido en medio de una salvaje gritería. Una lengua de fuego se tendió por el camino de ronda; una espesa humareda salió del deslunado, y la puerta del torreón voló al primer tiro. Sin embargo, los asaltantes dispararon otro cañonazo antes de proceder al ataque, lo que hicieron a continuación, disparando todos los fusiles hacia las aspilleras, y aullando.

Arrojáronse por centenares al foso y levantaron escaleras que se habían traído. Se atropellaban unos a otros por llegar los primeros al torreón, que el cañonazo les había abierto.

Vladimir y La Candeur comenzaron a disparar contra aquella masa humana; pero Rouletabille les detuvo in-

mediatamente. No había que defender exteriormente el torreón, ya tomado. Convenía conservar las municiones para el interior.

Bajaron todos al primer piso y pasaron los cañones de sus carabinas por los orificios practicados en la bóveda, y que dominaba el cuerpo de guardia.

Los primeros asaltantes que entraron fueron fusilados con tanta rapidez, que quienes les seguían vacilaron unos instantes en lo alto de las escaleras. Pero empujados por los de abajo, que no comprendían lo que pasaba, tuvieron que entrar a su vez en el cuerpo de guardia y recibir la descarga de los defensores. Desgraciadamente, entraban muchos en aquel recinto infernal, que parecía escupir mortandad por todas sus paredes. Y pronto se reunió allí una multitud que aullaba.

La matanza fué buena.

Los de la *Karakulé* acribillaron con sus balas la gruesa bóveda de la mampostería; pero aquello era una manifestación de rabia que no causaba grave perjuicio a la defensa. Cuando se precipitaron a la escalera, encontraron un vacío que no pudieron salvar. Y también allí fueron recibidos por nutrida descarga. Los vivos tropezaron con los muertos; los heridos proferían quejas lastimeras. Y todo lo que era desorden en los atacantes, era orden en los de arriba. Estos, sin comunicarse ni por exclamaciones su ardor o su desesperación, disparaban, disparaban sin cesar.

—¡Apuntad bien!—decía Rouletabille—. ¡Apuntad bien!..

Era lo único que se oía, aparte de los tiros.

Por fortuna, los atacantes no tenían escaleras bastante largas para llegar desde el fondo del foso a las aspilleras del primer piso. Necesitaban, al precio que fuese,

pasar por aquel condenado cuerpo de guardia, en el que tantos valientes soldados de Gaulow habían encontrado ya la tumba. Pero ante una carnicería que no podían evitar y que no les aprovechaba para nada, tuvieron que retroceder.

Sí, Rouletabille y sus compañeros vieron que aquella gente vacilaba, desalojaba precipitadamente el cuerpo de guardia y se echaba al foso. Pero, casi al mismo tiempo, vieron una mecha que terminaba en un tonelito que habían llevado hasta allí sin que los sitiados se dieran cuenta, distraídos por la batalla. Estaba colocado junto al pilar principal que sostenía la bóveda.

—¡Pólvora!—exclamó Rouletabille—. ¡Van a hacernos volar! ¡Todos al tercer piso!

Subieron apresuradamente. Al pasar por el segundo piso, Rouletabille dijo a los alemanes, que se habían atrincherado por dentro, que les siguieran a lo alto del torreón si no querían volar. Pero no recibió por contestación más que injurias. Y la explosión se produjo de pronto.

Hubo tal desplazamiento de aire en la escalera, que Rouletabille, que aún se encontraba en el segundo piso parlamentando con los alemanes, fué alcanzado por el golpe. Y pareció que todo el torreón iba a desplomarse.

Pero sólo se trataba de una sensación, aunque desagradable. Únicamente se hundió la bóveda del cuerpo de guardia, con los pilares que la sostenían. Ni el segundo piso padeció. A continuación, las fuerzas de la *Karakulé* se precipitaron de nuevo al torreón, y empezó una batalla encarnizada en la escalera y en los pasillos del segundo piso. Los jóvenes sitiados retrocedían paso a paso, luego de haber descargado sus armas. Pero de pronto gritó Vladimir:

—¡No me quedan cartuchos!

A La Candeur sólo le quedaban unos diez. Y se precipitaron hacia el tercer piso, llevándose a Modesto, que estaba gravemente herido.

Ya subían clamores de triunfo, porque el fuego de los sitiados disminuía notablemente y se suponía, con fundamento, que estaba cercano el momento de la rendición.

Rouletabille entregó sus últimas municiones a los compañeros, diciéndoles:

—¡Que duren! ¡Voy a buscar a Gaulow!

—¡Hay que ponerle un puñal en el gañote para que ordene a los suyos que cesen el fuego!—aulló Vladimir.

Apenas se entendían. El hueco de la escalera no era más que un conducto de llamas, humo y plomo.

Se desplomaban escaleras y caían racimos de hombres. Pero los atacantes volvían a la carga, poniendo tablas y escaleras y agarrándose al menor saliente del muro. ¡Y lo hacían con tanto más ímpetu cuanto que desde arriba ya no tiraban!

Rouletabille había entrado en el cuarto de Gaulow creyendo encontrar al prisionero y a Ivana, a la cual había ordenado varios minutos antes que no se expusiera a los disparos de la escalera, y que en seguida subió al tercer piso.

¿Cuál no sería su asombro al ver que no estaban ni Ivana ni el prisionero?

Saltó a las otras habitaciones... ¡Nada!... Y en otro salto llegó a la plataforma.

Al pronto tuvo que hacer un movimiento de retroceso ante una humareda acre que el viento le echaba encima y que parecía subir de la misma base del torreón, que parecía arder por los cuatro costados.

Luego aventuró un paso fuera de la garita. Entonces vió como en sueños que Ivana estaba dedicada a una tarea muy extraña. Manejaba con cuidado aquella especie de cabria con la cual pensó un día Rouletabille que Atanasio se hiciera al campo... La cabria tenía enrollada una cuerda que la joven desenrollaba ahora más precipitadamente, pero asomándose de vez en cuando por encima de las almenas, para ver, sin duda, la labor ya realizada... Pero ¿qué labor era aquella? ¿A quién bajaría? ¿A quién?

También miró Rouletabille... Y lo que vió le hizo volver en un soplo a la garita, sin que, a causa del tumulto de aquel final de lucha lleno de clamores y de humareda, hubiese podido ver Ivana que Rouletabille había visto...

Y ¡había visto que Ivana salvaba a Gaulow! Sí; lo devolvía a los suyos ¡por nada! en el momento en que los sitiados iban a necesitarle más, en que iban a intentar el rescate de las vidas propias a cambio de la de Gaulow...

El caso era que no le quedaba ni el recurso de dudar nunca de lo que había visto. La visión, aunque en el marco estruendoso de la batalla, había sido bastante clara para que a Rouletabille no se le hubiera escapado ninguna de las precauciones tomadas por Ivana para dejar al prisionero en lugar seguro.

Además, Rouletabille no solamente había visto, sino que había oído una frase turca, salida de los labios de Ivana, y que entendió porque la habían pronunciado muchas veces delante de él: *Teliliké vauni?* (¿Hay peligro?) *Djevab vez.* (Contesta.) Y Gaulow, desde el cabo de la cuerda, había contestado: *Yok! Yok! Techeken iderün!* (¡No! ¡No! ¡Gracias!) Luego Ivana había desenrollado más cuerda, hasta que Kara-Selim fué recogido por sus

guerreros, mientras gritaba a la joven: *Benem ilé guel!* Pero Rouletabille no había comprendido aquellas palabras, lo que, al fin y al cabo, importaba poco, porque habían sido pronunciadas con tal tono de reconocimiento y alegría, que sólo podían ser un reflejo de tales sentimientos.

¡Rouletabille pareció volverse loco al ver y oír aquello! En unas zancadas se reunió a sus compañeros, que disparaban los últimos tiros.

—¿Y Gaulow?—gritó La Candeur.

—¡Ha huido!—aulló una voz desesperada detrás de Rouletabille.

Y aquella voz era la de Ivana, que añadió como explicación:

—¡Ha huido por arriba, por medio de una cuerda! ¡Ay ¡Ya lo había dicho yo! ¡Ya había dicho que todas las precauciones eran pocas!... ¡Oh! ¿Por qué no lo habré matado? ¿Por qué...—y se dirigió a Rouletabille, el cual, a su vez, volvió la cabeza, estremecido ante tanta mentira—, por qué me impidió que le matara?...

—¡Buena la hemos hecho!—exclamó La Candeur.

—Aún se puede resistir un poco en la plataforma—dijo Vladimir—. ¡El torreón está ardiendo!... ¡Cuando no podamos más, nos arrojaremos a las llamas! ¡Animo! ¡Adelante!

Aunque Rouletabille dijo «adelante», quería decir «¡atrás!» ¡Era el último retroceso! Luego no quedaba más que el cielo, o, como había dicho Vladimir, las llamas. Toudor se echó a la espalda a Modesto, herido, que parecía agonizar y muy próximo al sueño postrero. Todos pudieron llegar a la plataforma, gracias a la precaución que habían tomado de preparar también allí la ruptura de algunos escalones tras ellos.

Cuando llegaron al último piso, dijo Vladimir:

—¡No nos queda ni un cartucho! ¡Ya pueden venir!

—¡Sí!— corroboró La Candeur—. ¡No tienen más que presentarse!

El humo que les envolvía era tan denso que apenas podían respirar y les era imposible distinguir lo que pasaba a varios pasos de ellos. Creían estar en el centro de una hoguera. ¡Y esperaban, de un momento a otro, ser pasto de las llamas!

En aquel momento La Candeur vió la cabría y la cuerda que colgaba fuera del torreón.

—Por ahí se ha salvado Gaulow— explicó Ivana, que parecía sufrir mucho conteniendo su hipócrita furor.

—¡Pues habrá tenido un cómplice!— exclamó el bueno de La Candeur.

—¡Bah! ¿Qué importa?— repuso Vladimir con la fatalidad de los esclavos frente a lo inevitable—. ¿Qué importa, si vamos a morir?

—¡Es que antes de morir me hubiera desahogado reventando a ese cómplice!— gruñó el gigante crispando los puños y mirando ferozmente a su alrededor.

¡Oh, ya no era el La Candeur tímido y sencillote! Era el gigante que, al sentir la proximidad de la muerte, quiere castigar al traidor con todas sus fuerzas, hasta agotarlas, antes de cerrar los ojos para siempre. Y gruñía:

—¡Kara-Selim prometía dinero!... ¡A mí me ofreció!... ¿Quién de nosotros se ha vendido a Kara-Selim? ¿Quién ha unido todas nuestras cuerdas para asegurar la salvación de Gaulow? ¿Cree que tiene la vida segura? ¡Ay, si le agarro!

—¡Ya está castigado!— dijo Ivana, señalando con falsa actitud de tragedia el cuerpo del *katerdjibaschi*, que estaba entre dos almenas y cuyas entrañas colgaban

hacia fuera. Y añadió:—¡Yo misma lo he despanzurrado con la espada que Kara-Selim dejó aquí, sin duda porque le estorbaba!

Y con otro gesto teatral señalaba el mandoble en que todavía humeaba la sangre del *katerdjibaschi*.

—¡Miserable!— gruñó Rouletabille entre dientes—. ¡Ha matado a ese pobre hombre porque se oponía a la evasión!

La Candeur cogió aquella espada de titán, limpió la punta con su ropa y cogiendo con ambas manos aquella punta, mientras el espadín se apoyaba en el suelo por la empuñadura, se colocó cerca de la garita. Y entonces, inmóvil y magnífico cual un héroe antiguo que apoyado en su clava esperase sin emoción a los monstruos de las selvas mitológicas, dijo:

—Antes de morir, ¡van a ver algo!

Y, efectivamente, algo vieron.

Ya hemos dicho que la escalera del torreón daba a éste por medio de la garita. Y cerca de la garita estaba La Candeur, pero de manera que no le viesan los atacantes al subir la escalera.

Desde hacía unos minutos, los jóvenes gozaban una especie de tregua en medio de los torbellinos de humo que les envolvían. Ello era debido a que abajo se trabajaba en arreglar la solución de continuidad producida en la escalera del tercer piso.

Pronto fué llevado a cabo el arreglo. Y la gente de la *Karakulé* se precipitó por el conducto con gran coraje y audacia, pues se habían dado cuenta de que los sitiados ya no tenían municiones.

Y un nuevo y formidable clamoreo hizo saber a Rouletabille, a Ivana, a La Candeur y a Vladimir que su último refugio iba a ser invadido.

Por el hueco de la garita asomaba ya la primera cabeza con una boca abierta que lanzaba palabras furiosas. Al momento giró en manos de La Candeur la formidable espada para caer sobre el cráneo del infiel, que se desplomó por la escalera.

—¿Qué decía?—preguntó La Candeur.

—Que nos rindiéramos—explicó Vladimir.

Aquella ejecución aumentó la rabia de quienes se aplastaban para pasar por la angosta escalera. Resonaron nuevos aullidos. Aparecieron dos puños armados de sendas pistolas, que fueron desarmados. Aventuróse otra cabeza. El mandoble resplandeció de nuevo e hirió. Desapareció la cabeza.

Una tercera cabeza se presentó mascullando palabras incomprensibles en son de protesta.

—¡Es inútil que insista, caballero!—dijo La Candeur.—
¡No entiendo el turco!

Y le derribó.

Luego ya no dijo esta boca es mía, porque estaba muy ocupado... Además, tenía que estar muy alerta para evitar la lluvia de metralla que salía por aquel endiablado hueco. Pero cada vez que aparecía una cabeza, no dejaba de ajustarle las cuentas. Protegido por la pared de la garita, entre la explosión de las armas, llamas y humareda, hería, hería sin cesar. Y su terrible espada destrozaba cráneos como el hacha del leñador destroza troncos.

Y sucedió que los atacantes se cansaron antes que él. Dejaron de asomar las cabezas por la abertura de la garita; cesaron los gritos en el conducto infernal...

Extraño silencio sucedió de repente al espantoso estruendo. Y La Candeur, que continuaba esperando con su espadón, se asombró de no tener ya trabajo.

Al mismo tiempo parecía disminuir la intensidad de la

humareda que rodeaba al torreón. Por tanto, los jóvenes sitiados pudieron respirar a sus anchas. Y Vladimir exclamó jubilosamente:

—¡Bravo, La Candeur! ¡Nos has salvado! ¡Tú solo los has hecho huir! ¡Ven que te abrace!

—¡También yo quiero abrazarte, La Candeur!—dijo Rouletabille, que había asistido a aquella última fase de la lucha sin decir una palabra y vigilando constantemente a Ivana, que, arrimada a una almena, ocultaba la cara entre sus manos—. ¡Abracémonos, amigos míos! ¡Ahora sí que creo que ha sonado la hora de nuestro fin!

—¿Por qué dice eso?—preguntó Vladimir—. Luego de lo de La Candeur, no se atreverán tan pronto a venir.

—¡Ay, Vladimir! ¡Me asusta tan gran silencio luego de tanto estruendo! Seguramente habrán puesto alguna mina. ¡Y si se han ido es para no volar con nosotros!

Y los tres jóvenes se abrazaron porque comprendían que la hipótesis de Rouletabille era la única verosímil.

—¿No viene aquí con nosotros?—preguntó Rouletabille—. ¡Dése prisa si quiere que muramos juntos!

Pero Ivana gemía con la cara tapada por las manos. Y murmuraba:

—¡Qué espanto! ¡Qué espanto!

—¡Quizá tenga todavía tiempo para bajar por esa cuerda, que tan útil ha sido a Gaulow!—añadió Rouletabille, implacable—. ¡A nosotros no nos sirve! Sabemos que nos recibirán mal... Pero ¡usted! ¡Es una mujer!... Y tendrán lástima de una mujer, ¡de la mujer de Gaulow!...

Ivana cayó de hinojos, sin contestar. Tanto se ocultaba el rostro que era imposible verlo.

—¡Arrodillémonos! Como Ivana...—dijo Vladimir—.

¡Arrodillémonos y recemos, porque vamos a morir!

Rouletabille pensó en la señora vestida de luto, dejó

de mirar a la joven tan amada por él y que acababa de traicionarle, y, dejándose caer de rodillas junto a Vladimir, pidió perdón a Dios y a su madre.

—¡Yo moriré en pie!—dijo La Candeur, que había recibido una educación laica.

Y esperó, apoyado en el mandoble, la enorme detonación que había de aniquilarles a todos.

—¡Cuánto tarda!—murmuró Vladimir.

—Sí—dijo Rouletabille—. ¡Tarda mucho!

De pronto, Vladimir dió un salto lanzando un grito que no tenía nada de humano. Todos creyeron que empezaba la catástrofe. Y de todos los pechos escapó una sorda exclamación de horror. Pero he aquí que Vladimir corría alrededor de la terraza y, señalando el campo con gestos de demente, exclamaba:

—¡Allá, allá...

Tan grande era su emoción, que parecía no poder decir más.

Todos se levantaron. El viento Norte acababa de disipar los últimos jirones de humo, el último velo que envolvía el torreón. Y he aquí que las montañas, las cumbres, los desfiladeros aparecían cubiertos de una multitud en marcha. Largos cordones de tropa se deslizaban por los caminos, cabalgaban jinetes por las laderas de los montes, brillaban los estandartes a los primeros rayos del sol.

—¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!

—¡Nos hemos salvado!

¡Tenían razón! Los ejércitos del general Stanislawof bajaban cantando las pendientes del Istrandja-Dagh, reputadas como infranqueables, y perseguían ya a las tropas de Gaulow.

Estas, sorprendidas por la noticia de aquella marcha

fulminante, habían abandonado su presa en el momento en que más segura la creían. Y el Castillo Negro quedó al momento libre de las pandillas de bandoleros.

El entusiasmo de los reporters ante aquel espectáculo no tuvo límites. Se abrazaron de nuevo, como lo habían hecho antes, pero con tanta más alegría cuanto desesperación habían pasado. La Candeur y Vladimir, de puro entusiasmados con el triunfo, no se dieron cuenta de que Rouletabille e Ivana tomaban poca parte en las manifestaciones de júbilo. Ivana se había levantado como los demás, pero, cogiendo los prismáticos del repórter y sin prestar atención al auxilio que llegaba por el Norte, parecía interesarse únicamente por lo que pasaba en los caminos del Sur, donde corría desenfrenadamente la soldadesca de la *Karakulé*.

Rouletabille, inclinado sobre el pobre Modesto, que agonizaba, recogía su último suspiro y sus postreras palabras:

—¡Ay! ¡Ahora voy a poder resarcirme de las veintitrés mil trescientas setenta y cinco horas de sueño!...

Y Modesto murió. Rouletabille se puso a llorar. ¿Lloraba solamente por el difunto? ¡Pobre Rouletabille! Había hecho imposibles por Ivana, pero Ivana ni tan siquiera le miraba... Acababa de abandonar precipitadamente la terraza sin decir a los periodistas ni una palabra de adiós.

¿Qué misterio la había transformado? ¿Sería un insondable misterio del corazón de Ivana... o algo peor? ¿Por qué milagro aquella heroína aparecía de repente a sus ojos como traidora a su amor y a su patria? ¡Vamos, Rouletabille! ¡No llores! ¡Escapa a las llamas de la *Karakulé* y corre, corre por el camino de la guerra detrás de Ivana, que te huye!... Y, sobre todo, no pierdas en el ca-

mino, además del corazón, *tu razón...* Sigue sin desfallecimiento tu caprichosa fortuna, llega, ¡oh Rouletabille!, hasta el fin del misterio, hasta la conclusión de esta rara historia de guerra y de amor, hasta tu *extraña boda...*

Léase la continuación de EL CASTILLO NEGRO en *La extraña boda de Rouletabille.*

INDICE

PRIMERA PARTE

EL CORAZÓN DE IVANA

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—¡Amor!... ¡Amor!.....	7
CAP. II.—¡Sangre!... ¡Sangre!.....	14
CAP. III.—Noche de Oriente.....	24
CAP. IV.—¡Demasiado tarde!.....	47
CAP. V.—Atanasio Khetew.....	56
CAP. VI.—En el palacio real.....	68
CAP. VII.—Expedición.....	82
CAP. VIII.—El Castillo Negro.....	89
CAP. IX.—Kara-Selim.....	105
CAP. X.—El torreón.....	119
CAP. XI.—Las mazmorras del Castillo Negro.....	129
CAP. XII.—A través del infierno.....	148
CAP. XIII.—Por los tejados.....	158
CAP. XIV.—«Te quiero».....	166
CAP. XV.—Varios acontecimientos en el torreón.....	185

mino, además del corazón, *tu razón...* Sigue sin desfallecimiento tu caprichosa fortuna, llega, ¡oh Rouletabille!, hasta el fin del misterio, hasta la conclusión de esta rara historia de guerra y de amor, hasta tu *extraña boda...*

Léase la continuación de EL CASTILLO NEGRO en *La extraña boda de Rouletabille.*

INDICE

PRIMERA PARTE

EL CORAZÓN DE IVANA

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.—¡Amor!... ¡Amor!.....	7
CAP. II.—¡Sangre!... ¡Sangre!.....	14
CAP. III.—Noche de Oriente.....	24
CAP. IV.—¡Demasiado tarde!.....	47
CAP. V.—Atanasio Khetew.....	56
CAP. VI.—En el palacio real.....	68
CAP. VII.—Expedición.....	82
CAP. VIII.—El Castillo Negro.....	89
CAP. IX.—Kara-Selim.....	105
CAP. X.—El torreón.....	119
CAP. XI.—Las mazmorras del Castillo Negro.....	129
CAP. XII.—A través del infierno.....	148
CAP. XIII.—Por los tejados.....	158
CAP. XIV.—«Te quiero».....	166
CAP. XV.—Varios acontecimientos en el torreón.....	185

SEGUNDA PARTE

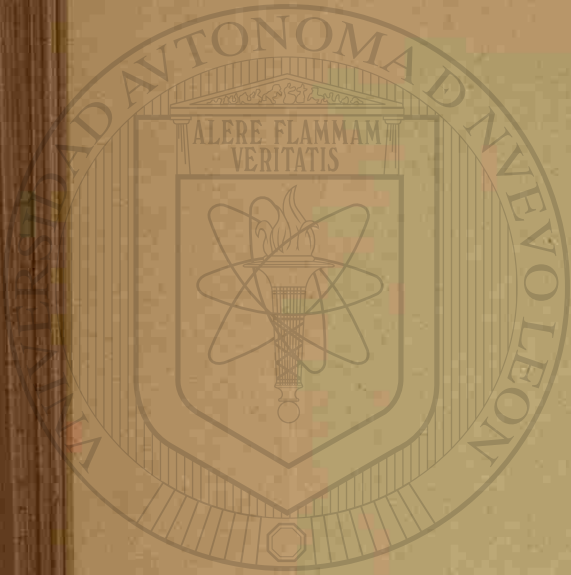
EL TERRIBLE GAULOW

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO.—Aparece por primera vez el señor Kasbeck...	203
CAP. II.—La boda de Ivana Hanum.....	222
CAP. III.—¡Oh, noche de amor, bella noche de amor!...	238
CAP. IV.—Cómo murió Rouletabille.....	253
CAP. V.—La evasión de un esqueleto.....	265
CAP. VI.—El cajón secreto.....	271
CAP. VII.—Lo que Ivana, Rouletabille y La Candeur encontraron en lugar del esqueleto.....	296
CAP. VIII.—El torreón, sitiado.....	314
CAP. IX.—La canción del río Maritza.....	343
CAP. X.—Los últimos cartuchos.....	360

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30443

N
L618e



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



